CÉSAR

GUERRA DE LAS GALIAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

CÉSAR

GUERRA DE LAS GALIAS

TRADUCCIÓN DE
VALENTÍN GARCÍA YERBA
E
HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO



BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

Tercera edición.

La *Guerra de las Galias* fue una de las primeras obras publicadas por la Editorial Gredos, por lo tanto, no fue publicada en la famosa Biblioteca Clásica que se crearía más tarde, pero sí fue publicada como parte de las reediciones de la biblioteca clásica como sería la Biblioteca Básica Gredos.

El VIII libro que culmina la obra, escrito no por el divino Julio, sino por su amigo Aulo Hircio, que también escribiría la continuación de la *Guerra Civil,* quedó sin ser traducido por Gredos, por lo que utilicé el texto horriblemente traducido por José Goya Muniáin y Manuel Balbuena para la editorial Iberia, luego de realizarle numerosas correcciones.

LIBRO I

I. Toda la Galia está dividida en tres partes, de las cuales habitan una los belgas, otra los aquitanos y la tercera los que en su lengua se llaman celtas y en la nuestra galos. Todos éstos se diferencian entre sí por el idioma, las costumbres y las leyes. Separa a los galos de los aquitanos el río Garona; de los belgas, el Mame y el Sena. Los más fuertes entre todos éstos son los belgas, porque son los más apartados del refinamiento y de la civilización de la Provincia, porque rarísima vez llegan a ellos mercaderes con aquellas cosas que sirven para afeminar los ánimos, y porque son vecinos de los germanos, que habitan al otro lado del Rin, con los cuales están en continua guerra. Éste es también el motivo de que los helvecios aventajen en valor a los demás galos, pues casi diariamente traban lucha con los germanos, ya alejándolos de sus propias fronteras, ya haciendo la guerra en las de ellos. La parte que, según hemos dicho, ocupan los galos comienza en el Ródano y confina con el Garona, con el Océano y con las fronteras de los belgas; por el lado de los secuanos y de los helvecios llega hasta el Rin, doblando luego hacia el Septentrión. Los belgas comienzan en los últimos límites de la Galia, se extienden hasta el curso inferior del Rin y están orientados al Septentrión y al Oriente. Aquitania

llega desde el Garona a los Pirineos y a aquella parte del Océano que baña las costas de España; está orientada a Poniente y Norte.

II. Entre los helvecios fue con mucho el más noble y rico Orgetórix. Éste, durante el consulado de M. Mésala y M. Pisón, impulsado por la ambición de reinar, fraguó una conjuración de la nobleza y persuadió a sus conciudadanos a salir de su país con todos sus efectivos. Hízoles ver que era cosa sumamente fácil enseñorearse de toda la Galia, ya que eran los más valerosos de todos. Persuadióles de esto tanto más fácilmente cuanto que los helvecios están limitados desde todas partes por la naturaleza de su región; de un lado, por el Rin, río muy ancho y profundo, que separa el país helvecio del germano; de otro, por el Jura, monte altísimo, que se alza entre los secuanos y los helvecios; finalmente, por el lago Leman y por el Ródano, que separa nuestra provincia de los helvecios. En estas circunstancias, sucedía que ni podían espaciarse a sus anchas ni hacer cómodamente la guerra a sus vecinos; lo cual era motivo de aflicción para aquellos hombres belicosos. Además, teniendo en cuenta el crecido número de habitantes y su reputación de valientes guerreros, parecíanles estrechas sus fronteras, que medían doscientos cuarenta mil pasos de largo por ciento ochenta mil de ancho.

III. Inducidos por estos motivos e impulsados por la influencia de Orgetórix, determinaron preparar todo lo necesario para la marcha, comprando el mayor número posible de acémilas y carros, sembrando con la mayor abundancia para estar bien provistos de trigo durante la marcha y consolidando la paz y alianza con los pueblos limítrofes. Para llevar a cabo todo esto creyeron que les bastaban dos años; por un acuerdo solemne

fijaron la marcha para el tercero. Para llevar a cabo estas cosas fue elegido Orgetórix, que se encargó de ponerse en contacto con los otros pueblos. Durante este viaje persuadió a Castico, secuano, hijo de Catamantaledes, cuyo padre había sido durante muchos años rey de los secuanos y había recibido del senado del pueblo romano el título de amigo, a que ocupase el trono en que antes se había sentado su padre; también persuadió al heduo Dumnórix, hermano de Diviciaco, que por aquel tiempo ejercía gran influencia en su patria y gozaba de gran prestigio ante el pueblo, a que intentase hacer lo mismo, y le dio su hija en matrimonio. Hízoles ver que la empresa era muy fácil, teniendo en cuenta que él, por su parte, había de obtener el mando de su pueblo; y que no se podía dudar de que los helvecios fuesen los más poderosos de toda la Galia, asegurándoles que él les sometería los reinos con sus fuerzas y su ejército. Movidos por estos argumentos, se juran mutua fidelidad, esperando que, una vez afianzada su soberanía, por medio de los tres pueblos más poderosos y fuertes podrían apoderarse de toda la Galia.

IV. Llegó esto a noticia de los helvecios por un» denuncia. Siguiendo su costumbre, obligaron a Dumnórix a defenderse cargado de cadenas. Si se le condenaba, había de ser quemado vivo. El día señalado para la defensa, Orgetórix hizo que de todas partes acudieran al juicio todos sus familiares, en número de unas diez mil personas, y reunió también allí a todos sus clientes y deudores, que eran muchos; por su intervención se libró del proceso. Mientras el pueblo, irritado por tal atropello, trataba de hacer valer sus derechos con las armas y los magistrados reunían muchos hombres de los campos, murió Orgetórix; y no deja de sospecharse, según opinión de los helvecios, que él mismo se dio la muerte.

V. Muerto él, no por eso dejaron los helvecios de intentar lo que se habían propuesto: salir de su comarca. Cuando les pareció que ya estaban preparados para tal empresa, incendian todas sus ciudades, en número de doce, junto con cuatrocientas aldeas y los demás caseríos aislados; queman todo el trigo, excepto el que habían de llevar consigo, para que, perdida la esperanza de volver a la patria, estuviesen más dispuestos a arrostrar todos los peligros, y mandan que cada uno se provea de harina para tres meses. Inducen a los rauracos, tulingos y latobicos, vecinos suyos, a que, siguiendo su ejemplo, quemen sus ciudades y aldeas y se pongan en marcha con ellos; igualmente indujeron, recibiéndolos como aliados, a los boyos, que, habitando al otro lado del Rin, habían pasado al país nórico y asaltado Noreya.

VI. Había sólo dos caminos por los cuales podían salir de su tierra: uno, estrecho y difícil, a través del país de los secuanos, entre el monte Jura y el Ródano, que apenas podía dar paso a los cairos de uno en uno; estaba, además, dominado por un monte elevadísimo, de manera que muy pocos podían cortar el paso. Otro, a través de nuestra provincia, mucho más fácil y expedito, puesto que entre los helvecios y alóbroges, los cuales habían sido pacificados recientemente, corre el Ródano, que en algunos sitios es vadeable. La última ciudad de los alóbroges, próxima a la raya de los helvecios, es Ginebra. Dicha ciudad está unida por un puente con el territorio de los helvecios. Éstos creían que, o bien persuadirían a los alóbroges, pues les parecía que aún no miraban con buenos ojos a los romanos, o bien les obligarían por la fuerza a que les dejaran paso por sus tierras. Dispuestas todas las cosas para la marcha, señalan un día fijo, en el cual todos deben reunirse a la orilla del Ródano. Este día era el 28 de marzo, siendo cónsules L. Pisón y A. Gabinio.

VII. Informado César de que trataban de pasar por nuestra provincia, apresúrase a salir de Roma y, dirigiéndose a marchas forzadas a la Galia ulterior, llega a Ginebra. Da orden a toda la Provincia para que le procure el mayor número de soldados —no había en la Galia ulterior más que una legión— y manda cortar el puente de Ginebra. Luego que los helvecios supieron su llegada, enviáronle como emisarios a las personas más distinguidas entre ellos. Al frente de esta embajada iban Nameyo y Veruclecio, para decirle que su ánimo era pasar por la Provincia, ya que no tenían más camino, sin hacer daño alguno: que le rogaban les diera su consentimiento para ello. César, que tenía presente en su memoria la muerte del cónsul L. Casio y la derrota infligida entonces al ejército romano, que había sido obligado por los helvecios a pasar bajo el yugo, juzgaba que no debía acceder a su demanda; tampoco creía que hombres de sentimientos hostiles, si se les autorizaba a pasar por la Provincia, se abstuvieran de ultrajes y daños. No obstante, para dar lugar a que llegaran los soldados que había mandado reunir, contestó a los emisarios que tomaría algún tiempo para pensarlo: si querían, que volviesen el día 13 de abril.

VIII. Mientras tanto, con la legión que tenía consigo y con los soldados que se habían reunido de la Provincia, levanta un muro de diez y nueve mil pasos de largo por diez y seis pies de alto, con su correspondiente foso, desde el lago Leman, que vierte sus aguas en el Ródano, hasta el monte Jura, que separa las tierras de los secuanos de las de los helvecios. Acabada esta construcción, puso guardias de trecho en trecho y fortificó los castilletes a fin de poder rechazar más fácilmente a los enemigos, si intentaban pasar contra su voluntad. Llegado el día que había convenido con los legados y habiéndose vuelto a presentar éstos,

díjoles que, según costumbre y ejemplo del pueblo romano, él no podía dar paso a nadie por la Provincia, y que, si trataban de forzarlo, estaba dispuesto a impedirlo. Los helvecios, perdida esta esperanza, intentaron abrirse paso, unos en naves que juntaron y en muchas balsas. que hicieron, otros por los vados del Ródano, por donde menos profundo era el río, a veces de día y más frecuentemente de noche; pero, fracasando siempre ante la solidez de la construcción y ante la vigorosa defensa de los soldados, cejaron en su empeño.

IX. Quedábales sólo el camino a través de los secuanos; mas, sin el consentimiento de éstos, no podían emprenderlo, a causa de su angostura. Como no pudiesen persuadirles por sí solos, enviaron emisarios al heduo Dumnórix, a fin de conseguirlo por su intercesión. Dumnórix tenía entre los secuanos mucho valimiento, debido a sus favores y liberalidades, y era amigo de los helvecios, por haberse casado con la hija de Orgetórix, que era de aquel país; movido, además, por su ambición de reinar, era aficionado a las aventuras y quería tener obligado con sus beneficios el mayor número posible de pueblos. Así, pues, toma a su cargo la cosa y logra de los secuanos que consientan en dar paso por su tierra a los helvecios, y consigue que se den mutuos rehenes: los secuanos, en prenda de que no estorbarán el paso a los helvecios; éstos, como garantía de que, al pasar, no causarán daños ni ultrajes.

X. Avisan a César de que los helvecios tienen intención de pasar por el país de los secuanos y heduos al de los santonos, que no distan mucho de los tolosanos, pueblo éste que pertenece a la Provincia. Si tal cosa llegaba a suceder, comprendía que la Provincia se vería expuesta a gran peligro, teniendo como

vecinos en regiones abiertas y muy ricas en trigo a aquellos hombres amigos de la guerra y enemigos del pueblo romano. Por estos motivos, dejando al frente de las fortificaciones hechas al legado T. Labieno, dirigese él a Italia a marchas forzadas, alista allí dos legiones, saca de los cuarteles de invierno tres que lo pasaban en las cercanías de Aquileya y, cruzando los Alpes por la ruta más corta, pónese en camino hacia la Galia ulterior, seguido de estas cinco legiones. Allí los ceutrones, grayocelos y catúriges, ocupando las alturas, tratan de impedir el paso al ejército. Derrotados éstos en varios encuentros, llega en siete días desde Ocelo, último lugar de la Provincia citerior, a la región de los voconcios, que pertenecen a la Provincia ulterior; desde allí conduce el ejército a las tierras de los alóbroges, y desde éstas a las de los segusiavos. Éstos son los primeros, al otro lado del Ródano, fuera de la provincia.

XI. Mientras tanto, los helvecios habían pasado sus tropas por los desfiladeros y confines de los secuanos y, habiendo llegado al país de los heduos, devastaban sus campos. Los heduos, no pudiendo defender contra ellos ni sus personas ni sus bienes, envían emisarios a César en demanda de socorro, recordándole que sus merecimientos para con el pueblo romano habían sido siempre tales que no debiera consentirse que, casi a la vista de nuestro ejército, fueran devastados sus campos, reducidos a esclavitud sus hijos y asoladas sus ciudades. Al mismo tiempo, los heduos ambarros, amigos y parientes de los heduos, pusieron en conocimiento de César que ellos, arrasadas ya sus tierras, apenas podían defender sus ciudades de la violencia del enemigo. Asimismo los alóbroges que tenían aldeas y propiedades al otro lado del Ródano se acogen al amparo de César, asegurándole que no les quedaba nada más que la

desnuda tierra de sus campos. Movido por todas estas cosas, resolvió César no aguardar a que los helvecios llegasen al país de los santonos después de haber arrasado todos los bienes de los aliados.

XII. Por tierras de los heduos y de los secuanos pasa el río Saona, que desemboca en el Ródano con tan asombrosa lentitud que, a simple vista, no puede asegurarse hacia qué parte corre. Los helvecios estaban pasando este río en barcas y almadías unidas. Luego que César supo por los exploradores que los helvecios habían pasado ya tres partes de sus tropas a la otra orilla y que otra cuarta parte aproximadamente quedaba de este lado, saliendo del campamento poco después de media noche con tres legiones, cayó sobre aquella parte que aún no había cruzado el río. Habiéndolos cogido en plena maniobra y descuidados, dio muerte a gran parte de ellos; los demás emprendieron la huida y se refugiaron en los bosques próximos. Era ésta la tribu tigurina, una de las cuatro en que toda la nación helvecia se divide. Esta tribu, habiendo salido sola de su tierra en tiempo de nuestros padres, dio muerte al cónsul L. Casio y obligó a su ejército a pasar bajo el yugo. Así, ya fuera por azar, ya por voluntad de los dioses inmortales, aquella parte de la nación helvecia que había causado al pueblo romano un gran desastre fue la que primero sufrió el castigo. Con lo cual César vengó no sólo los agravios públicos, sino también los propios, puesto que los tigurinos habían dado muerte al legado L. Pisón, abuelo de su suegro L. Pisón, en la misma batalla en que mataron a Casio.

XIII. Después de esta batalla, a fin de poder dar alcance a las demás tropas de los helvecios, manda tender un puente sobre el

Saona y pasa por él su ejército. Los helvecios, espantados por su repentina llegada, viendo que él había cruzado el río en un día, mientras que ellos con sumo trabajo habían llevado a cabo esto en veinte, envíanle una embajada; iba a la cabeza de ella Divicón, que había acaudillado a los helvecios en la guerra contra Casio. Éste habló con César en los términos siguientes: Si el pueblo romano hacía la paz con los helvecios, ellos estaban dispuestos a ir y permanecer donde César determinara y quisiera; mas, si persistía en hacer la guerra, que se acordase de la antigua derrota del pueblo romano y del valor que siempre habían demostrado los helvecios. Que, por el hecho de haber sorprendido a una tribu aislada, cuando los que habían pasado el río no podían acudir en auxilio de los suyos, no debía alardear mucho de su valor ni despreciarlos a ellos. Que ellos habían aprendido de sus mayores a confiar, en el combate, más en su propio valor que en los ardides y estratagemas. Por lo tanto, que no diese ocasión a que el lugar en que se hallaban se hiciese famoso y perpetuase el recuerdo del desastre del pueblo romano y de la matanza de su ejército.

XIV. A estas razones contestó César: Que precisamente por eso hallaba él menos posibilidad de duda, porque tenía en la memoria lo que los legados helvecios le habían recordado, y que esto le causaba tanto mayor pesadumbre cuanto menos lo había merecido el pueblo romano: el cual, si hubiera tenido conciencia de haber cometido alguna injusticia, fácilmente se habría prevenido; pero había sido cogido en la trampa precisamente porque no veía en sus actos ningún motivo de temor, y porque juzgaba que no se debía temer sin motivo. Y, aun cuando quisiera olvidar el antiguo ultraje, ¿acaso podía borrar también la memoria de las actuales ofensas, cuales eran haber intentado

pasar por la Provincia contra su voluntad y haber maltratado a los heduos, a los ambarros y a los alóbroges? Que tanta insolencia en gloriarse de su victoria y su admiración por haber escapado al castigo durante tanto tiempo venía a parar en lo mismo. Pues suelen los dioses inmortales, para que sientan más el cambio de la fortuna aquellos a quienes quieren castigar por sus crímenes, concederles a veces mayor prosperidad y una impunidad más duradera. A pesar de todo, si le entregan rehenes como garantía de que cumplirán lo que prometen, si dan satisfacción a los heduos por los daños que a ellos y a sus aliados han hecho, y asimismo a los alóbroges, hará la paz con ellos. Divicón respondió: Que los helvecios tenían como tradición de sus mayores recibir rehenes, no el darlos: el pueblo romano era testigo de ello. Dicho esto, se marchó.

XV. Al día siguiente alzan de allí el campo. Lo mismo hace César, enviando delante la caballería que, en número de cuatro mil jinetes, había alistado en toda la Provincia, entre los heduos y los aliados de éstos, para que observen hacia dónde se dirigen los enemigos. Habiendo seguido a la retaguardia enemiga con excesivo ardor, traban combate con la caballería helvecia en un lugar desfavorable, y caen algunos de los nuestros. Engreídos los helvecios por este combate, ya que con quinientos de a caballo habían rechazado tan gran multitud de jinetes, empezaron a detenerse de cuando en cuando con más audacia y a provocar a combate a los nuestros, haciéndoles frente con su retaguardia, César reprimía el ardor de los suyos y se contentaba de momento con impedir que los enemigos hicieran rapiñas, se aprovisionaran de forraje y talaran los campos. Así caminaron cerca de quince días, de manera que entre la retaguardia enemiga y nuestra vanguardia no mediasen más de cinco o seis mil pasos.

XVI. Mientras tanto, César instaba todos los días a los heduos, reclamándoles el trigo que oficialmente habían prometido. Pues, a causa del frío, ya que, como antes se ha dicho, la Galia está situada al septentrión, no sólo no estaban aún en sazón los trigos de los campos, sino que ni siquiera había forraje bastante. Tampoco podía señarse del trigo que había conducido en barcas por el Saona, puesto que los helvecios hablan apartado su camino de este río y él no quería perderlos de vista. Daban largas los heduos de un día para otro, diciendo que se estaba recogiendo, que venía de camino, que ya llegaba. Cuando él vio que le estaban entreteniendo y que se echaba encima el día en que había que distribuir la ración a los soldados, convocó a los nobles de aquel pueblo, que militaban con él en gran número — entre ellos estaban Diviciaco y Lisco, que desempeñaba la magistratura suprema, llamada por los heduos vergobreto, el cual, nombrado anualmente, tiene sobre los suyos poder de vida y muerte— y les reprochó agriamente el que no fuera ayudado por ellos en circunstancias tan apremiantes y estando tan cerca los enemigos, cuando no era posible ni comprarlo, ni recogerlo de los campos, y muy especialmente porque en gran parte había emprendido la guerra movido por sus ruegos. Mucho más amargamente se queja por haber sido engañado.

XVII. Al fin Lisco, movido por las palabras de César, manifiesta lo que hasta entonces había callado: Que había algunos cuya influencia ante la plebe era tan grande que, siendo meros particulares, podían más que los magistrados. Que éstos, con razones sediciosas y mal intencionadas hacían que el pueblo no aportara el trigo que debía, diciendo que, de no poder ya conseguir ellos el dominio de la Galia, era preferible soportar el yugo de los galos antes que el de los romanos, y que no había

duda de que, si los romanos vencían a los helvecios, quitarían la libertad a los heduos no menos que al resto de la Galia. Que éstos mismos descubrían al enemigo nuestras intenciones y lo que pasaba en el campamento romano: que él no podía reprimirlos. Más aún, que, por haberse visto obligado a descubrir a César aquel asunto importantísimo, bien sabía él a qué peligro se exponía, y que por este motivo había callado mientras había podido.

XVIII. César comprendía que las palabras de Lisco se referían a Dumnórix, hermano de Diviciaco; pero, no queriendo tratar estos asuntos en presencia de muchos, disuelve en seguida la asamblea y manda quedar a Lisco. Pregúntale a solas sobre lo que había dicho en la junta. Explícase Lisco con más libertad y franqueza. Pregunta César secretamente a otros sobre el mismo asunto, y encuentra que es verdad. Que efectivamente era Dumnórix, hombre de mucha audacia, de gran valimiento ante la plebe, debido a sus liberalidades, y amigo de novedades. Que tenía en arriendo desde muchos años atrás y por poco precio el portazgo y todas las demás alcabalas de los heduos, ya que, haciendo él postura, nadie se atrevía a pujar contra él. Con estos negocios había acrecentado su hacienda privada y conseguido grandes caudales para sus liberalidades: mantenía de continuo a sus expensas un gran cuerpo de caballería, del que siempre andaba rodeado; y no sólo en su patria tenía gran influencia, sino también en los pueblos vecinos, y con miras a esta influencia había casado a su madre entre los bitúriges con un hombre de la primera nobleza y de gran autoridad en el país. Él mismo había tomado por mujer a una helvecia, y había casado en pueblos extranjeros a una hermana suya por parte de madre y a otras parientes. Favorecía a los helvecios, simpatizaba con ellos a causa

de este parentesco, y odiaba personalmente a César y a los romanos, porque con su llegada había menguado su poder y porque su hermano Diviciaco había sido repuesto en su antiguo crédito y honra. Si fracasaban los romanos, tenía grandes esperanzas de alzarse con el reino, ayudado por los helvecios; si aquéllos afianzaban su dominación, no sólo desesperaba de Uegar al trono, sino también de conservar la influencia que tenía. Iba averiguando asimismo César con estas pesquisas que, en el combate ecuestre que pocos días antes había resultado desfavorable, la fuga había sido iniciada por Dumnórix y sus jinetes —Dumnórix mandaba la caballería que los heduos habían enviado en socorro de César—; que con su fuga se había desordenado el resto de la caballería.

XIX. Hechas estas averiguaciones y confirmados estos indicios con pruebas evidentísimas de haber sido él quien había pasado a los helvecios por las tierras de los heduos, de haber procurado que se dieran mutuos rehenes, todo lo cual había hecho no sólo sin autorización de César ni de su propio pueblo, sino incluso a espaldas de ambos, y de ser acusado por el gobierno de los heduos, juzgó que había motivo suficiente para tomar medidas contra él o encargar a su pueblo que las tomara. Lo único que le impedía hacerlo era la reconocida adhesión de su hermano Diviciaco al pueblo romano, el gran afecto de éste a su propia persona, su egregia fidelidad, rectitud y moderación, pues temía, si castigaba a Dumnórix, herir los sentimientos de Diviciaco. Así, pues, antes de intentar nada, manda llamar a Diviciaco y, despidiendo a los intérpretes ordinarios y empleando como tal a C. Valerio Troucilo, uno de los nobles de la Provincia, amigo suyo y en quien tenía confianza absoluta, conversa con aquél; recuérdale lo que, estando él presente, se

había dicho de Dumnórix en la asamblea de los galos y le manifiesta lo que cada uno en particular le había comunicado acerca del mismo; ruégale muy encarecidamente que no tome a mal que el mismo César dicte la sentencia, una vez sustanciado el proceso, o que mande dictarla al pueblo.

XX. Diviciaco, deshecho en lágrimas y abrazándose a César, se puso a suplicarle que no tomara medidas duras contra su hermano: Bien sabía él que todo aquello era verdad, y a nadie causaba más dolor que a él, puesto que, cuando tenía en su patria y en toda la Galia grandísima influencia y su hermano ninguna, por ser todavía un muchacho, él le había ayudado a medrar, y ahora éste empleaba su poder e influencia no sólo para menguar su valimiento, sino casi para perderle. Él, sin embargo, se dejaba guiar por el amor fraterno y por la opinión pública. Si su hermano era duramente castigado por César, siendo él tan amigo suyo, nadie dejaría de creer que se había hecho con su consentimiento; lo cual daría lugar a que se le enajenaran los ánimos de toda la Galia. Como repitiera estas súplicas con muchas palabras y lágrimas, César tómale la diestra y, consolándolo, le ruega que no diga ya más: dale a entender que tiene en tanto su amistad que, en atención a su afecto y a sus súplicas, perdona las ofensas hechas a la república y a su persona. Llama a Dumnórix a su presencia y, delante de su hermano, le manifiesta lo que en su conducta hay de censurable; le hace saber lo que él mismo ha averiguado y aquello de que el pueblo le acusa; amonéstale para que en adelante evite cualquier motivo de sospecha, asegurando que le perdona todo lo pasado en atención a su hermano Diviciaco. Pone espías a Dumnórix para estar al corriente de sus actos y de con quiénes habla.

XXI. Aquel mismo día, habiéndole comunicado los exploradores que el enemigo había hecho alto al pie de un monte, a ocho mil pasos de su propio campamento, envió gente a reconocer la naturaleza del terreno y qué tal era la subida por las laderas. Volvieron con la noticia de que era fácil. Hacia la media noche ordena a Tito Labieno, legado propretor, que, con dos legiones y llevando como guías a los que habían reconocido el camino, suba a la cima del monte; manifiéstale cuál es su pensamiento. Él, por su parte, se dirige tres horas más tarde hacia los enemigos por el mismo camino que éstos habían seguido, poniendo en vanguardia toda la caballería. P. Considio, a quien se consideraba como muy experto en materias militares y había estado en el ejército de L. Sila y luego en el de M. Craso, es destacado delante con los exploradores.

XXII. Al despuntar el día, estando ya la cumbre del monte ocupada por Labieno, y César mismo a una distancia de los enemigos no mayor de mil quinientos pasos, sin que éstos, como luego averiguó por los cautivos, supieran nada de su Uegada ni de la de Labieno, Considio galopa hacia él a rienda suelta; dícele que el monte que había mandado ocupar a Labieno estaba en poder de los enemigos; que él lo había conocido por las armas y divisas de los galos. César Ueva ocultamente sus fuerzas hasta un collado próximo y las pone en orden de batalla. Labieno, habiéndole ordenado César que no trabase combate mientras no apareciesen sus fuerzas cerca del campamento de los enemigos, a fin de arremeter por todas partes a la vez contra éstos, después de ocupar el monte se mantenía a la espera de los nuestros sin presentar batalla. Finalmente, ya muy avanzado el día, supo César por los exploradores que el monte estaba en poder de los suyos, que los helvecios habían levantado el campo y que

Considio le había anunciado como si lo hubiera visto lo que no era sino efecto de su miedo. Aquel día siguió a los enemigos con la distancia de costumbre y estableció su campamento a tres mil pasos del de ellos.

XXIII. Al día siguiente, considerando que sólo faltaban dos para la fecha en que había que repartir el trigo al ejército, y que no distaba más de dieciocho mil pasos de Bibracte, ciudad con mucho la más populosa y rica de los heduos, creyó oportuno cuidar del aprovisionamiento de grano; dejó, pues, de seguir a los helvecios y se dirigió a Bibracte. Esta determinación llegó a conocimiento de los enemigos por unos esclavos fugitivos de L. Emilio, decurión de la caballería gala. Los helvecios, ya porque creyeran que los romanos se retiraban por miedo, sobre todo teniendo en cuenta que, estando la víspera en posiciones tan ventajosas, no habían trabado combate, ya porque esperasen poder impedirles el aprovisionamiento de trigo, cambiando de idea y de camino, comenzaron a seguir y molestar a nuestra retaguardia.

XXIV. Luego que César lo advirtió, condujo sus tropas a una colina próxima y envió la caballería para que sostuviese el empuje de los enemigos. Él, mientras tanto, hacia la mitad de la colina, dispuso en triple fila de combate las cuatro legiones de veteranos, colocando más arriba de él, en la cima de aquélla, las dos legiones que recientemente había alistado en la Galia citerior y todas las tropas auxiliares, de manera que todo el cerro quedase lleno de soldados; entretanto, mandó que toda la impedimenta se reuniese en un mismo sitio, que había de ser protegido por los que estaban en la línea superior. Los helvecios, habiéndoles seguido con todos sus carros, reunieron también sus

bagajes en un solo lugar; luego, en filas apretadísimas, rechazada nuestra caballería y formando en falange, se acercaron a nuestra primera línea.

XXV. César habiendo hecho retirar los caballos de todos y en primer lugar el suyo, para que, siendo igual para todos el peligro, nadie esperase huir, después de arengar a los suyos, trabó batalla. Los soldados, disparando sus dardos desde la posición elevada que ocupaban, rompieron fácilmente la falange enemiga. Deshecha ésta y desenvainando las espadas, arremetieron contra ellos. Los galos veíanse muy embarazados para el combate por el hecho de que un solo dardo atravesaba y ensartaba varios de sus escudos y, retorciéndose el hierro, ni podían arrancarlo ni luchar cómodamente, teniendo impedida la izquierda, hasta el punto de que muchos, después de hacer largos esfuerzos con el brazo, preferían soltar los escudos y luchar a cuerpo descubierto. Finalmente, desfallecidos por las heridas, comenzaron a retroceder y a retirarse a un monte que había a unos mil pasos. Ocupado por ellos el monte y mientras los nuestros les seguían, los boyos y tulingos, que con cerca de quince mil hombres cerraban el ejército enemigo y cubrían su retaguardia, atacando a los nuestros sobre la marcha por el lado derecho, trataron de envolverlos. Dándose cuenta de esto los helvecios que se habían refugiado en el monte, cobrando nuevos bríos, volvieron a la carga. Los romanos, haciendo variación derecha, presentaron dos frentes: la primera y segunda línea debían resistir a los que habían sido vencidos y alejados; la tercera, detener a los que venían de refresco.

XXVI. Así se luchó durante mucho tiempo y con ardor en una batalla de dos frentes. No pudiendo los enemigos sostener

por más tiempo el ímpetu de los nuestros, unos se refugiaron en el monte, como antes habían empezado a hacer, retirándose los otros al sitio donde estaban sus bagajes y carros. Pero en toda esta batalla, que duró desde poco después del mediodía hasta el atardecer, nadie vio la espalda al enemigo. Hasta muy entrada la noche se siguió luchando en tomo a los bagajes, pues habían puesto los carros de parapeto y desde su posición ventajosa lanzaban dardos contra los que se acercaban, y algunos disparaban picas y chuzos por entre los carros y las ruedas y herían a los nuestros. Después de una lucha prolongada, apoderáronse los nuestros de los bagajes y del campamento. Allí fueron capturados la hija de Orgetórix y uno de sus hijos. De aquella batalla se salvaron unos ciento treinta mil hombres, que caminaron sin cesar toda la noche; sin haber interrumpido la marcha en toda ella, llegaron a los cuatro días al país de los langreses, no habiendo podido los nuestros perseguirlos por detenerse tres días a curar a los heridos y enterrar a los muertos. César envió a los langreses emisarios y cartas, ordenando que no los socorriesen ni con trigo ni con otra cosa; si los socorrían, los trataría a ellos del mismo modo que a los helvecios. Pasados tres días, comenzó a seguirlos con todo el ejército.

XXVII. Los helvecios, obligados por la más extrema penuria, le enviaron emisarios para tratar de la rendición. Los cuales, presentándosele en el camino y postrados a sus pies, le pidieron la paz con súplicas y llantos y, habiéndoles él mandado que esperasen su llegada en el lugar en que entonces se encontraban, obedecieron. Llegado César allí, pidió rehenes, las armas y los siervos fugitivos que se habían refugiado entre ellos. Mientras se llevan a cabo estas diligencias, habiéndose hecho de noche, unos seis mil hombres de la tribu llamada verbigena, ya por miedo de

que, una vez entregadas las armas, se les diera muerte, ya porque esperasen salvarse, pensando que entre tantos prisioneros se podría encubrir su fuga o pasar en absoluto ignorada, a primera hora de la noche salieron del campamento de los helvecios y se encaminaron al Rin, hacia las tierras de los germanos.

XXVIII. César, tan pronto como lo supo, mandó a todos aquellos por cuyas tierras habían ido que, si querían justificarse a sus ojos, los persiguiesen y los hiciesen volver: una vez vueltos, tratólos como enemigos; a todos los demás, hecha la entrega de rehenes, armas y fugitivos, los recibió bajo su protección. A los helvecios tulingos y latobicos mandóles volver al país de donde habían salido y, como no tenían en sus tierras nada con que remediar el hambre por haber perdido todos los productos, ordenó a los alóbroges que les proveyeran de trigo; a ellos mismos les mandó reconstruir las ciudades y aldeas que habían quemado. El motivo de hacer esto fue principalmente que no quería que aquel lugar de donde habían salido los helvecios estuviera despoblado, no fuera que, atraídos por la fertilidad de los campos, los germanos, que habitan al otro lado del Rin, pasaran de sus tierras a la de los helvecios, quedando vecinos de nuestra provincia y de los alóbroges. A petición de los heduos, concedió a éstos que establecieran en su territorio a los boyos, por ser gente de reconocido valor; diéronles ellos tierras y les hicieron partícipes de todos sus derechos y privilegios.

XXIX. En el campamento de los helvecios se hallaron unas tablas escritas en caracteres griegos, las cuales fueron llevadas a César; contenían estas tablas la relación nominal de todos aquellos que habían salido de la patria en estado de manejar las armas y, en lista separada, los niños, los ancianos y las mujeres.

La suma total de personas era: de los helvecios doscientos sesenta y tres mil, de los tulingos treinta y seis mil, de los latobicos catorce mil, de los rauracos veintitrés mil, de los boyos treinta y dos mil; de todos éstos los que podían llevar armas, unos noventa y dos mil. El número total andaba cerca de los trescientos sesenta y ocho mil. Los que volvieron a sus tierras, según censo hecho por orden de César, fueron ciento diez mil.

XXX. Terminada la guerra de los helvecios, vinieron como legados de casi toda la Galia los principales personajes de los diversos pueblos a felicitar a César: Hiciéronle presente que, si bien había vengado con las armas las antiguas injurias que los helvecios habían hecho al pueblo romano, la victoria no redundaba sólo en provecho de éste, sino de todo el país galo, puesto que los helvecios habían abandonado sus casas en el mayor auge de la fortuna con intención de hacer guerra a toda la Galia, adueñarse de ella y escoger para su establecimiento entre muchas comarcas la que mejor y más fértil les pareciese de todo el país, teniendo como tributarios a los restantes pueblos. Pidiéronle autorización para convocar en un día señalado, con aprobación de César, una asamblea de toda la Galia, pues tenían algunas coséis que querían pedirle de común acuerdo. Obtenida esta licencia, fijaron la fecha para la asamblea y se obligaron entre sí con juramento a no divulgar lo tratado, fuera de aquellos a quienes de común acuerdo se encargase.

XXXI. Disuelta la asamblea, acudieron nuevamente a César los mismos personajes que antes le habían visitado y le pidieron que les permitiese tratar con él, a solas y en secreto, de su salvación y la de todos. Otorgado este permiso, echáronse todos llorando a los pies de César, diciéndole que no tenían menor

interés y empeño en que no se divulgase lo que iban a decirle que en alcanzar lo que querían, porque, si se divulgaba, sabían que les aguardaban espantosos tormentos. Habló en nombre de todos el heduo Diviciaco y dijo que toda la Galia se dividía en dos bandos; al frente de uno estaban los heduos, del otro, los arvernos. Habiendo éstos luchado entre sí obstinadamente durante muchos años por la hegemonía, vino a suceder que los germanos fueran llamados como mercenarios por los arvernos y secuanos. Al principio habían pasado el Rin unos quince mil de ellos; mas, habiéndose aficionado aquellos hombres feroces y bárbaros a los campos, a la cultura y a las riquezas de los galos, habían pasado muchos más; ahora había en la Galia hasta ciento veinte mil. Con éstos habían luchado los heduos y sus partidarios repetidas veces y, habiendo sido derrotados, se hallaban en gran miseria, después de perder toda la nobleza, todo el senado, toda la caballería. Quebrantados por estas luchas y desastres, ellos, que por su propio valor y por la protección y amistad del pueblo romano habían sido antes los más poderosos de la Galia, se hablan visto obligados a entregar a los secuanos como rehenes las personas más nobles de su pueblo y a obligarse con juramento a no reclamar los rehenes, ni pedir auxilio al pueblo romano, ni tratar jamás de levantarse contra el dominio y tiranía de aquéllos. Él era el único de todo el pueblo heduo a quien no habían podido obligar a jurar ni a entregar sus hijos como rehenes. Por aquel motivo había huido de su patria y acudido a Roma a solicitar auxilio ante el Senado, puesto que era el único que no estaba ligado ni por juramento ni por rehenes. Pero aún peor les había ido a los secuanos vencedores que a los vencidos heduos, pues Ariovisto, rey de los germanos, se había establecido en sus tierras y había ocupado la tercera parte del campo de los secuanos, que era el mejor de toda la Galia, y ahora les mandaba

que evacuaran otra tercera parte, en vista de que pocos meses antes habían acudido a él veinticuatro mil harudes, a quienes habla que preparar sitio y alojamiento. Así sucedería que, en pocos años, todos serían expulsados del país galo y pasarían el Rin todos los germanos; pues no se podía comparar la tierra de los galos con la de los germanos, ni la vida que se llevaba aquí con la de allá. Ariovisto, por su parte, después de su victoria decisiva sobre las tropas de los galos en la batalla de Admagetóbriga, ejercía su imperio con cruel tiranía, exigiendo como rehenes los hijos de la primera nobleza y ejercitando en ellos los tormentos más monstruosos, si algo no se hacía a su antojo y capricho. Era un hombre bárbaro, iracundo y temerario: no podían aguantar ya más su despotismo. De no encontrar algún remedio en César y en el pueblo romano, tendrían que hacer todos los galos lo que habían hecho los helvecios: emigrar de su patria, buscar otro domicilio y otras tierras apartadas de los germanos y probar fortuna, fuese la que fuese. Si lo que él había dicho llegaba a conocimiento de Ariovisto, estaba seguro de que tomaría la más cruel venganza de todos los rehenes que en su poder tenía. César, ya por su propia autoridad y la de su ejército, ya por su reciente victoria, ya por el prestigio del pueblo romano, podía impedir que pasaran el río más germanos y defender a toda la Galia contra la tiranía de Ariovisto.

XXXII. Apenas acabó de hablar Diviciaco, todos los presentes comenzaron, con grandes sollozos, a implorar el auxilio de César. Advirtió César que solamente los secuanos dejaban de hacer lo que los demás hacían, y que, tristes y cabizbajos, miraban al suelo. Extrañado de esto, les preguntó a ellos mismos el motivo. Nada contestaban los secuanos, sino que permanecían tristes y callados como antes. Habiéndoles

preguntado varias veces sin poder arrancarles una palabra, contestó el mismo Diviciaco: Que esto era lo que hacía más miserable y desgraciada la suerte de los secuanos, el ser los únicos que ni aun en secreto osaban quejarse ni pedir auxilio, pues temían la crueldad de Ariovisto, aunque estuviera ausente, como si se hallara presente, ya que a los demás les quedaba siquiera el recurso de huir, mientras que los secuanos, que habían recibido a Ariovisto dentro de sus fronteras y cuyas ciudades estaban todas en poder de éste, quedaban expuestos a los mayores tormentos.

XXXIII. Enterado César de esto, animó con sus palabras a los galos y prometió tomar aquel asunto por su cuenta; díjoles que tenía grandes esperanzas de que Ariovisto, movido por sus beneficios y autoridad, pondría fin a las violencias. Con estas promesas despidió la asamblea. En conformidad con esto, había muchas razones que le movían a pensar en esta empresa y encargarse de ella. En primer lugar, el ver a los heduos, muchas veces honrados por el senado con el título de hermanos y parientes, sometidos al dominio y servidumbre de los germanos, con sus rehenes en poder de Ariovisto y de los secuanos; lo cual, teniendo en cuenta el gran poder del pueblo romano, consideraba sumamente oprobioso para su persona y para la República. Por otra parte, el que los germanos se acostumbraran poco a poco a pasar el Rin y que llegara a la Galia una gran multitud de ellos, considerábalo peligroso para el pueblo romano; y no creía que aquellos hombres feroces y bárbaros, una vez ocupada toda la Galia, se abstuviesen de pasar a la Provincia, como antes habían hecho los cimbros y teutones, dirigiéndose de allí a Italia, principalmente no separando a los secuanos de nuestra provincia más que el Ródano; pensaba que había que

salir al paso de todos estos peligros cuanto antes. Ariovisto, por su parte, había cobrado tantos humos y tanta arrogancia, que no se le debía soportar más.

XXXIV. Por este motivo parecióle conveniente enviar emisarios a Ariovisto, pidiéndole que designara algún lugar a mitad de camino entre ambos para entrevistarse, diciéndole que quería tratar con él asuntos políticos y cosas de suma importancia para ambos. A esta embajada contestó Ariovisto que, si él necesitara algo de César, habría ido a verle; si César quería algo de él, preciso era que fuese en su busca. Que, por lo demás, él no se atrevía a ir sin su ejército a aquellas partes de la Galia que César poseía, y que no podía, sin grandes preparativos y gastos, llevar su ejército a un lugar determinado. De todos modos, no comprendía qué tenían que hacer César ni el pueblo romano en la Galia, que era suya por derecho de guerra.

XXXV. César, en vista de esta respuesta, envíale nuevos emisarios con las siguientes proposiciones: Ya que, después de haber recibido tan señalado beneficio de su parte y de la del pueblo romano, puesto que durante su consulado había sido honrado por el senado con el título de rey y amigo, ahora les pagaba de aquel modo, desdeñando aceptar su invitación para una entrevista y no pareciéndole bien el proponer y escuchar lo que a todos interesaba, esto era lo que le pedía: primeramente, que no siguiera pasando hombres por el Rin a la Galia; en segundo lugar, que devolviera los rehenes que tenía de los heduos y diera licencia a los secuanos para que, con su aprobación, pudieran devolver los que ellos tenían; que no hiciese más agravios a los heduos ni guerra contra ellos o sus aliados. Si atendía a sus demandas, tendría con él y con el pueblo

romano perpetua paz y amistad; si no accedía a ellas, César no pasaría por alto las injusticias cometidas contra los heduos, ya que, durante el consulado de M. Mésala y M. Pisón, había decretado el Senado que todo aquel que obtuviera el gobierno de la Provincia defendiera, siempre que pudiera hacerlo sin perjuicio de la República, a los heduos y a los demás amigos del pueblo romano.

XXXVI. A esto contestó Ariovisto: Que era ley de guerra el que los vencedores trataran como quisieran a los vencidos; así lo hacía el pueblo romano, que no solía disponer de los vencidos según prescripción ajena, sino al propio arbitrio. Si él no prescribía al pueblo romano la manera de usar de su derecho, tampoco era razonable que el pueblo romano le estorbara en el suyo. Que los heduos por haber probado fortuna en la guerra, luchando y quedando vencidos, habían pasado a ser tributarios suyos. César cometía con él una gran injusticia, puesto que con su llegada le hacía disminuir las rentas. Que no estaba dispuesto a devolver los rehenes a los heduos, ni les haría la guerra injustamente, como tampoco a sus aliados, si se atenían a lo estipulado y pagaban cada año su tributo; si no lo hacían, de nada les serviría su título de hermanos del pueblo romano. En cuanto a la afirmación de César, de no pasar por alto los agravios de los heduos, que supiera que nadie había luchado con él sin sufrir un descalabro. Podía atacarle cuando quisiera: ya vería de cuánto era capaz el valor de los germanos, hombres sumamente aguerridos, que durante catorce años no se habían guarecido bajo techo.

XXXVII. Al mismo tiempo que se comunicaba a César esta respuesta, llegaron emisarios de los heduos y de los tréveros: los

heduos, a quejarse de que los harudes, que recientemente habían sido transportados a la Galia, devastaban sus campos, sin que, a pesar de los rehenes entregados, hubieran logrado conservar la paz prometida por Ariovisto; los tréveros, a anunciarle que cien tribus de suevos habían acampado a las orillas del Rin e intentaban pasar el río; a su frente venían los hermanos Nasua y Cimberio. Muy alarmado César por estas noticias, juzgó que debía apresurarse, temiendo que, si una nueva multitud de suevos se unía con las antiguas tropas de Ariovisto, no fuera tan fácil resistirles. Así, pues, habiendo hecho provisión de trigo lo más aprisa que pudo, se dirigió a marchas forzadas al encuentro de Ariovisto.

XXXVIII. A los tres días de marcha, se le anunció que Ariovisto se dirigía con todo su ejército a ocupar Besançon, que es la mayor ciudad de los secuanos, y que ya había caminado tres días desde sus cuarteles. Creía César que debía poner sumo interés en que esto no sucediera. Pues de todas las cosas útiles para la guerra había en aquella ciudad gran abundanda, y estaba tan defendida por la índole del terreno, que se prestaba mucho a hacer una guerra larga, puesto que el río Doubs, como trazado a compás, ciñe la ciudad casi por completo; el espacio restante, por donde no la baña el río, ocúpalo un monte de gran altura, de manera que sus laderas caen por ambas partes sobre el cauce de aquél. Un muro que lo rodea hace de él una fortaleza y lo une a la ciudad. Allí se dirigió César a grandes marchas de noche y de día, y, ocupada la ciudad, puso en ella una guarnición.

XXXIX. Mientras permanece unos días en Besançon para cargar trigo y hacer otras provisiones, por las preguntas de los nuestros y los rumores que propalaban los galos y mercaderes,

que aseguraban que los germanos eran de extraordinaria corpulencia y de un valor y habilidad increíbles en el manejo de las armas —decían que, habiendo tenido muchos encuentros con ellos, ni siquiera habían podido soportar su aspecto y la fuerza de sus miradas—, invadió súbitamente a todo el ejército tan gran temor que perturbó no poco los espíritus y corazones de todos. Comenzó este miedo por los tribunos militares, los prefectos y todos aquellos que, habiendo seguido a César desde Roma para cultivar su amistad, no tenían gran experiencia de la guerra. De éstos, alegando unos un motivo y otros otro, por el cual aseguraban que les era necesario marchar, pedíanle su aprobación para irse; algunos, movidos por el pundonor, para que no se sospechara que tenían miedo, se quedaban. Pero no podían disimularlo y, a veces, ni aun retener las lágrimas; escondidos en sus tiendas, o. maldecían de su sino o se lamentaban con sus amigos del común peligro. Por todo el campamento se hacían testamentos. Con los lamentos y el miedo de éstos poco a poco se fueron contagiando incluso los muy aguerridos, los soldados, los centuriones y los que mandaban la caballería. Los que querían pasar por menos cobardes, decían que no les asustaba el enemigo, sino las angosturas del camino y la magnitud de los bosques que mediaban entre ellos y Ariovisto, o que el trigo acaso no pudiera transportarse fácilmente. Algunos habían llegado a anunciar a César que, cuando mandara levantar el campo y ponerse en marcha, los soldados no obedecerían la orden ni, de puro miedo, avanzarían un paso.

XL. En vista de esta situación, llamando a consejo y haciendo asistir a él a los centuriones de todos los órdenes, reprendiólos ásperamente: primero, por creerse con derecho a inquirir o indagar a dónde o con qué objeto se les llevaba. Hízoles saber

que Ariovisto, durante su consulado, habla solicitado con gran interés la amistad del pueblo romano; ¿por qué se había de creer que ahora tan sin motivo se iba a apartar de su obligación? Él tenía la seguridad de que, en cuanto conociera sus demandas y viera la justicia de sus condiciones; no renunciaría ni a su amistad ni a la del pueblo romano. Y si, movido por un furor demente, hacía la guerra, ¿por qué habían de temer? ¿o por qué desconfiaban de su propio valor o de la vigilancia de César? Ya se había probado a este enemigo en tiempo de nuestros padres, cuando, derrotados por Cayo Mario los cimbros y teutones, había cosechado el ejército laureles no inferiores a los de su general; y recientemente en Italia, en la sublevación de los esclavos, los cuales, sin embargo, tenían a su favor la pericia y disciplina que habían aprendido de nosotros. De lo cual podía deducirse cuán grandes eran las ventajas que la constancia llevaba consigo, pues a los mismos que al principio habían temido, a pesar de estar sin armas, habíanlos vencido más tarde armados y victoriosos. Finalmente, éstos eran aquellos mismos con quienes, no sólo en su propio país, sino también dentro de Germania, habían luchado muchas veces, derrotándolos las más de ellas, los helvecios, que, sin embargo, no habían podido resistir a nuestro ejército. Si algunos se desalentaban ante la derrota y fuga de los galos, podían comprobar, si se enteraban bien, que Ariovisto, cuando aquéllos estaban ya cansados por la duración de la guerra, habiendo él permanecido acuartelado muchos meses entre pantanos, sin presentar batalla, cogiéndolos desprevenidos y dispersos, los había vencido más por astucia y maña que por su valor. Pero que ni el mismo Ariovisto esperaba sorprender a nuestro ejército con esta treta que había podido emplearse contra hombres bárbaros y rudos. Los que disfrazaban su miedo con la preocupación por el aprovisionamiento y las

angosturas del camino se comportaban de manera insolente, pues parecía que o desconfiaban de la capacidad del general o querían darle lecciones. A su cargo corrían todas estas cosas: el trigo estaban dispuestos a proporcionarlo lo secuanos, leucos y lingones, y ya estaban en sazón las mieses en los campos; del camino ellos mismos podrían juzgar en breve. Que le dijeran que los soldados no iban a obedecer sus órdenes ni seguir adelante le traía sin cuidado: sabía muy bien que todos aquellos a quienes no habían obedecido sus ejércitos o bien habían sido abandonados por la fortuna a causa de un desastre militar o habían mostrado su avaricia con injusticias manifiestas: el desinterés de César se había demostrado en toda su vida, y su buena suerte, en la guerra de los helvecios. Por todo lo cual había determinado hacer ya lo que antes pensaba dejar para más tarde, y en la noche siguiente, muy de madrugada, levantaría el campo, para ver qué era lo que podía más en ellos, si el honroso cumplimiento del deber o el miedo. Por lo demás, aun cuando nadie le siguiera, él iría adelante sólo con la legión décima, de la cual no tenía duda ninguna, y ésta le serviría de cohorte pretoria. Esta legión era con la que más atenciones había tenido siempre César y en la que, a causa de su valor, más confiaba.

XLI. Pronunciado este discurso, se cambiaron maravillosamente los ánimos de todos y un gran denuedo y deseo de combatir nació en ellos; principalmente la legión décima, por mediación de los tribunos militares, le dio las gracias por la altísima opinión que tenía de ella y le aseguró que estaba sumamente dispuesta a la lucha. En seguida las demás legiones con los tribunos militares y los centuriones de los primeros órdenes trataron de dar satisfacción a César, asegurándole que ellos jamás habían dudado ni temido, ni habían considerado cosa

de su incumbencia, sino de la de César, el juzgar acerca de la dirección de la guerra. Admitidas sus disculpas y confiando la dirección del camino a Diviciaco, por ser en quien más confiaba de todos los galos, proponiéndose dar un rodeo de más de cincuenta mil pasos con el fin de poder llevar el ejército por lugares descampados, al romper el alba, como había dicho, púsose en marcha. Al séptimo día, sin haber dejado aún de caminar, notificáronle los exploradores que las tropas de Ariovisto distaban de las nuestras veinticuatro mil pasos.

XLII. Ariovisto, cuando supo la llegada de César, le envió emisarios: Lo que antes le había pedido acerca de la entrevista, estaba, por su parte, dispuesto a concederlo, ya que César se había acercado más y él creía que podía hacerlo sin peligro. César no rechazó su proposición, sino que creyó que volvía ya en su juicio, puesto que lo que había rehusado antes, cuando se le pedía, ofrecíalo ahora espontáneamente, y concibió muchas esperanzas de que, en atención a tan grandes beneficios suyos y del pueblo romano, tan pronto como oyera sus pretensiones, desistiría de su terquedad. Se fijó como fecha de la entrevista el día quinto a partir de aquél. Mientras tanto, enviándose con frecuencia emisarios de una y otra parte, Ariovisto pidió que César no llevase consigo a la entrevista ningún soldado de a pie, pues temía que le tendiese alguna emboscada, sino que uno y otro fuesen acompañados de jinetes; de otro modo, él no acudiría. César, que no quería que la entrevista se malograse por cualquier pretexto y, por otra parte, tampoco se atrevía a confiar su vida a la caballería gala, juzgó lo más seguro quitar todos los caballos a los jinetes galos y montar en ellos soldados de la legión décima, en la cual tenía puesta su mayor confianza, para tener, en caso necesario, una guardia de toda garantía. Mientras esto se

llevaba a cabo, dijo, no sin gracia, uno de los soldados de la legión décima que César hacía más de lo que había prometido: había prometido que los soldados de la legión décima le servirían de guardia pretoria, y ahora los hacía caballeros.

XLIII. Entre el campamento de Ariovisto y el de César había una gran llanura y en ella, casi a igual distancia de uno y otro, un túmulo de tierra bastante grande. Allí acudieron a la entrevista, como habían convenido. César colocó a doscientos pasos de aquel altozano la legión montada. También los jinetes de Ariovisto se detuvieron a igual distancia. Pidió Ariovisto que la conferencia se celebrase a caballo y que cada uno llevase a ella consigo diez hombres. Luego que allí llegaron, comenzó a hablar César recordándole sus beneficios y los del senado: el haber recibido de éste los títulos de rey y de amigo, acompañados de espléndidos regalos, lo cual a pocos les había cabido en suerte y sólo en premio de grandes servicios solía concederse, mientras que él había conseguido estas distinciones sin tener merecimientos ni motivos que le hicieran acreedor a ellas, sólo por favor y liberalidad de César y del senado. Manifestóle también cuán antiguas y justas causas de amistad mediaban entre los romanos y los heduos, qué decretos del senado, cuántas veces y en qué términos tan honoríficos se habían promulgado en favor de ellos; cómo siempre los heduos habían tenido la primacía de toda la Galia, aun antes de haber solicitado nuestra amistad. Que la costumbre del pueblo romano era que sus aliados y amigos, lejos de sufrir menoscabo alguno, crecieran en estimación, dignidad y prestigio. ¿Cómo, pues, se iba a tolerar que los despojasen de lo que tenían al hacerse amigos del pueblo romano? A continuación le pidió lo mismo que ya le había participado por sus emisarios: que no hiciera

guerra ni a los heduos ni a sus aliados; que les devolviera los rehenes; que, si no podía hacer volver a sus tierras a parte de los germanos, por lo menos no permitiera que pasasen otros al Rin.

XLIV. Ariovisto contestó a las proposiciones de César con pocas palabras, gastando muchas en pregonar sus propios méritos: No había pasado él el Rin por su iniciativa, sino a ruego y súplicas de los galos; ni había dejado su patria y sus allegados sin la esperanza de grandes premios; si tenía tierras en la Galia, era porque aquéllos se las habían concedido, y los rehenes se los habían entregado libremente; el derecho de guerra le autorizaba a cobrar los tributos que los vencedores solían imponer a los vencidos. No había hecho él la guerra a los galos, sino los galos a él; todos los pueblos de la Galia habían ido a combatirle y se habían aunado contra él; pero todas aquellas tropas habían sido derrotadas y vencidas por él en una sola batalla. Si querían probar fortuna otra vez, él estaba dispuesto a luchar de nuevo; mas, si querían conservar la paz, era injusto que le negaran el tributo que hasta entonces habían pagado de buena gana. La amistad del pueblo romano debía redundar en honra y provecho suyo, no en su perjuicio, y con esta esperanza la había él solicitado. Pero, si por culpa del pueblo romano se menguaban sus tributos y perdía sus vasallos, renunciaría a aquella amistad tan gustoso como la había pedido. Si pasaba a la Galia gran número de germanos, lo hacía para asegurarse él, no para invadir la Galia; prueba de esto era que, de no haber sido llamado, no habría venido, y que la guerra que había hecho no había sido ofensiva, sino defensiva. Él había llegado a la Galia antes que el pueblo romano. Nunca, hasta entonces, el ejército romano había traspasado las fronteras de la Provincia. ¿Qué pretendía al meterse en sus posesiones? Esta parte de la Galia era provincia

suya, como aquélla lo era nuestra. Así como él no tenía derecho a invadir nuestras fronteras, tampoco lo teníamos nosotros para turbarle en el ejercicio del suyo. Y, en cuanto a lo que decía César sobre el título de hermanos concedido a los heduos, no era él tan bárbaro ni tan ignorante de lo que pasaba, para no saber que los heduos ni habían ayudado a los romanos en la reciente guerra con los alóbroges ni habían recibido ayuda del pueblo romano en las luchas que contra él y contra los secuanos habían sostenido. Esto le hacía sospechar que César, so capa de amistad, mantenía su ejército en la Galia con el fin de atacarle. Por consiguiente, si no se retiraba, sacando el ejército de aquellas regiones, no le consideraría como amigo, sino como enemigo. Y, si llegara a matarlo, complacería a muchos nobles señores del pueblo romano (esto lo sabía él por los emisarios que ellos mismos le habían enviado), conquistando con su muerte el favor y la amistad de todos ellos. Mas, si se retiraba César y le dejaba libre la posesión de la Galia, se lo remuneraría con un gran premio y se pondría a su disposición para llevar a cabo todas las guerras que quisiera hacer, sin que le costaran ningún trabajo ni se expusiera a ningún peligro.

XLV. Alegó César muchas razones por las cuales no podía renunciar a su empresa: Que no era costumbre suya ni del pueblo romano abandonar a unos aliados que tan bien se habían portado, y que no creía que la Galia fuese más de Ariovisto que del pueblo romano. Que Q. Fabio Máximo había derrotado en la guerra a los arvernos y rutenos, a los cuales había indultado el pueblo romano, sin reducirlos a provincia ni imponerles tributo. Que, si había que atender a la mayor antigüedad, el dominio del pueblo romano en la Galia era justísimo, y si había que atenerse al juicio del senado, debía ser libre la Galia, pues, a pesar de

haber sido vencida en guerra, aquél había querido que se gobernase por sus leyes.

XLVI. Mientras se discutían estas cosas, avisaron a César de que los jinetes de Ariovisto se acercaban al montículo y cabalgaban hacia los nuestros disparándoles piedras y dardos. César cortó la conversación y se retiró a los suyos ordenándoles que no contestasen al enemigo ni con un solo disparo. Pues, aunque veía que su legión escogida podía luchar sin peligro alguno contra la caballería, creía, sin embargo, que no debía dar lugar a que, derrotados los enemigos, pudiera decirse que él los había sorprendido a traición durante la conferencia, violando la palabra dada. Después que entre los soldados corrió la voz de la arrogancia con que Ariovisto quería expulsar de toda la Galia a los romanos y cómo sus jinetes habían atacado a los nuestros, interrumpiendo así la entrevista, se encendió en el ejército mucho mayor coraje y más deseo de luchar.

XLVII. Dos días después, Ariovisto envía emisarios a César, diciéndole que quería tratar con él de aquellos asuntos que habían empezado a tratar, sin concluirlos: que o bien señalase de nuevo fecha para una entrevista o, si lo prefería, le enviase alguno de sus legados. No vio César motivo para nueva entrevista, tanto más cuanto que, dos días antes, no se había podido impedir que los germanos disparasen contra los nuestros. Creía que enviarle uno de sus legados y exponerlo a aquellos hombres feroces, no podría hacerlo sin gran peligro. Consideró lo más acertado enviarle a Cayo Valerio Procilo, hijo de C. Valerio Caburo, joven muy valeroso y cultivado (cuyo padre había sido agraciado con la ciudadanía por Cayo Valerio Flaco), en atención a su lealtad y a su conocimiento de la lengua gala, que ya Ariovisto por su

larga práctica hablaba mucho y porque los germanos no tendrían ningún motivo para ultrajarle y junto con él a M. Meció, que era huésped de Ariovisto. Encargóles que se enteraran de lo que quería Ariovisto y volvieran a comunicárselo. Cuando Ariovisto los vio ante sí en el campamento, les preguntó a gritos delante de su ejército a qué iban allí: ¿acaso como espías? Al intentar ellos hablar, se lo impidió y los puso en cadenas.

XLVIII. Aquel mismo día adelantó su campamento y vino a ponerlo en la falda de un monte, a seis mil pasos del de César. Al siguiente, pasó sus tropas por delante del campamento de César y las acampó a dos mil pasos más allá de él con intención de interceptarle el trigo y demás provisiones que le traían de los sequanos y heduos. A partir de aquel día, César, durante cinco seguidos, sacó sus tropas delante del campamento, manteniéndolas en orden de batalla, para que, si Ariovisto quería luchar, no le faltase ocasión de hacerlo. Durante todos estos días Ariovisto retuvo su ejército en el campamento, escaramuceando diariamente con la caballería. Era éste un género de lucha en que los germanos se habían ejercitado. Tenían seis mil jinetes y otros tantos infantes velocísimos y fortísimos, habiendo escogido cada jinete el suyo entre todo el ejército para que le escoltase; con éstos entraban en batalla. A éstos se acogían los jinetes; éstos les socorrían si había algún peligro; si alguno, gravemente herido, caía del caballo, rodeábanlo ellos; si había que avanzar mucho o retirarse presurosamente, era tanta la rapidez que les daba su entrenamiento, que, agarrados a la crin de los caballos, igualaban su carrera.

XLIX. Cuando César comprendió que Ariovisto se mantenía en el campamento, para no verse estorbado por más tiempo en

el aprovisionamiento, eligió un lugar a propósito para acampar, unos seiscientos pasos más allá del sitio en que habían acampado los germanos y, en triple línea de combate, trasladó allí sus tropas. Ordenó que la primera y segunda línea permanecieran sobre las armas y que la tercera fortificase el campamento. Distaba este lugar de los enemigos unos seiscientos pasos, como se ha dicho. Ariovisto envió allí unos diez y seis mil soldados ligeros con toda la caballería, para que estas tropas amedrantaran a los nuestros y les impidieran fortificarse. No obstante, César, de acuerdo con lo que había establecido, mandó que las dos formaciones primeras rechazasen al enemigo y que la otra concluyera su trabajo. Una vez fortificado este campamento, dejó allí dos legiones y parte de las tropas auxiliares, volviéndose con las otras cuatro al campamento principal.

L. Al día siguiente, según su costumbre, sacó César las tropas de ambos campamentos y, adelantándose un poco desde el campamento principal, las dispuso en orden de batalla y dio a los enemigos ocasión de combatir. Viendo que ni aun con eso se movían, bacía el mediodía condujo nuevamente el ejército al campamento. Entonces, por fin, Ariovisto envió parte de sus tropas para que asaltasen nuestro campamento menor. Se peleó fieramente por ambas partes hasta el atardecer. Al ponerse el sol, Ariovisto retiró sus tropas al campamento, después de inferir y recibir muchas heridas. Preguntando César a los prisioneros por qué motivo no aceptaba Ariovisto la batalla, dijéronle ser la causa una costumbre de los germanos, siguiendo la cual, las madres de f am ilia decidían por suertes y adivinaciones si convenía o no dar la batalla; que ellas decían que no era posible que vencieran los germanos si entraban en batalla antes de la luna nueva.

LI. Al día siguiente, dejó César en ambos campamentos la guarnición que le pareció suficiente y colocó a todos los auxiliares a la vista del enemigo, delante del campamento menor, para suplir con éstos en apariencia el número de los soldados legionarios, que era pequeño en comparación con el de los enemigos; él personalmente, formado el ejército en tres columnas, avanzó hasta el campamento de los enemigos. Entonces, por fin, obligados por la necesidad, los germanos sacaron sus tropas del campamento y las colocaron por pueblos, con intervalos iguales: los harudes, marcomanos, tribocos, vangiones, nemetes, sedusios y suevos, rodeando toda su formadón con carretas y carros, para que no les quedase ninguna esperanza de huir. Encima de los vehículos pusieron a sus mujeres, que, tendiendo sus manos abiertas, llorando suplicaban a los que se dirigían al combate que no las dejasen caer en la esclavitud de los romanos.

LII. César puso al frente de cada legión un legado y el cuestor correspondiente, para que cada uno los tuviera como testigos de su valor; él mismo comenzó el ataque desde el ala derecha, porque había advertido que aquélla era la parte más floja del enemigo. Dada la señal, con tan fiero ímpetu atacaron los nuestros al enemigo y tan súbita y rápidamente avanzó éste, que no se dio tiempo a disparar las picas contra los adversarios. Abandonadas éstas, se luchó cuerpo a cuerpo con las espadas. Pero los germanos, formando rápidamente la falange, según su costumbre, resistieron los golpes de las espadas. Hubo muchos de nuestros soldados que, saltando sobre las falanges de los enemigos, les arrancaron los escudos con las manos y los hirieron desde arriba. Habiendo sido derrotada y puesta en fuga la formación enemiga en su ala izquierda, por la derecha ponían en

gran aprieto a los nuestros con el gran número de los suyos. Advirtiendo esto Publio Craso el joven, que mandaba la caballería, estando él más holgado que los que se hallaban empeñados en la lucha, envió el tercer escuadrón en socorro de aquellos de los nuestros que peligraban.

LIII. Así se restableció la batalla y todos los enemigos volvieron las espaldas, sin dejar de huir hasta que llegaron al Rin, que distaba de allí unos cinco mil pasos. Muy pocos fueron los que allí pudieron ponerse a salvo, unos a nado y otros en chalupas que encontraron; uno de éstos fue Ariovisto, que, encontrando una barca amarrada a la orilla del río, huyó en ella; a todos los demás dieron muerte los nuestros, habiéndoles dado alcance con la caballería. Dos fueron las mujeres de Ariovisto; una de nación sueva, que había traído consigo de su tierra; nórica la otra, hermana del rey Vocción, con la que se había casado en la Galia, habiéndole sido enviada por su hermano; ambas perecieron en aquella huida; dos fueron también sus hijas: de ellas una fue muerta y la otra cayó prisionera. Valerio Procilo, mientras sus guardias le arrastraban en la huida atado con triple cadena, cayó en manos del mismo César, que perseguía al enemigo con la caballería. Lo cual causó a César no menor placer que la victoria, al ver que había recuperado, arrancándolo de manos del enemigo, al hombre más honrado de la Provincia, amigo y huésped suyo, y que la fortuna no había querido ensombrecer con la muerte de éste gozo y alegría tan grandes. Decía Procilo que por tres veces habían echado suertes en presencia suya para ver si debía morir inmediatamente en la hoguera o ser reservado para otra ocasión: que gracias a las suertes permanecía sano y salvo. También fue hallado Marco Meció, que fue conducido a presencia de César.

LIV. Conocida esta batalla al otro lado del Rin, los suevos, que habían llegado hasta sus riberas, comenzaron a volver a su tierra. Cuando los habitantes de las cercanías del Rin los vieron amedrentados, yendo en su persecución, mataron gran número de ellos. César, habiendo acabado en un solo verano dos guerras de la mayor importancia, retiró el ejército a los campamentos de invierno, en las tierras de los secuanos, algo antes de lo que pedía la estación; nombró jefe del campamento a Labieno, y él se dirigió a la Galia citerior a celebrar asambleas.

LIBRO II

I. Estando César en la Galia citerior y las legiones establecidas en el campamento de invierno, como arriba hemos indicado, llegábanle frecuentes rumores y asimismo le informaba Labieno en sus cartas de que todos los belgas, que, según dijimos, constituyen la tercera parte de la Galia, se conjuraban contra el pueblo romano y se daban mutuos rehenes; decíale que las causas de la conjuración eran éstas: primeramente, el temor de que, una vez pacificada toda la Galia, nuestro ejército fuera conducido contra ellos; en segundo lugar, el ser solicitados por algunos galos, por una parte, los que, así como se habían opuesto a que los germanos se detuvieran largo tiempo en la Galia, así ahora llevaban a mal que el ejército del pueblo romano invernara y se asentara en ella: por otra, los que, por volubilidad y ligereza de ánimo, ansiaban nuevo gobierno, y algunos también porque en la Galia solían apoderarse del mando los más poderosos y los que tenían recursos para tomar tropas a sueldo, los cuales, bajo nuestro mandato, difícilmente podían conseguirlo.

II. Movido César por estas noticias y cartas, reclutó dos nuevas legiones en la Galia citerior y, al comenzar el buen tiempo, envió al legado Q. Pedio para que las condujese a la

Galia ulterior. Él, tan pronto como empezó a haber forraje suficiente, se dirigió al ejército. Encarga a los senones y a los restantes galos limítrofes de los belgas que averigüen lo que entre éstos sucede y se lo comuniquen. Anunciáronle todos unánimemente que se hacían levas y que el ejército se congregaba en un lugar determinado. Entonces resolvió que sin dudarlo debía marchar contra ellos. Después de hacer provisión de trigo, levanta el campo y, de allí a unos quince días, llega a las fronteras de los belgas.

III. Habiendo llegado de improviso y más pronto de lo que nadie hubiera creído, los remos, que son entre los. belgas los más próximos a la Galia, enviáronle como emisarios a Icio y Andocumborio, principales personajes de su pueblo, con encargo de decirle que ellos se entregaban con todo lo suyo a la protección y soberanía del pueblo romano, y que no estaban de acuerdo con los demás belgas ni se habían conjurado contra el pueblo romano: que estaban dispuestos a darle rehenes y a obedecer sus órdenes, así como a recibirle en sus ciudades y suministrarle víveres y demás cosas: que todos los demás belgas estaban en armas y que los germanos de este lado del Rin se habían unido con ellos, y que tan grande era la locura de todos, que ni siquiera habían podido impedir que los suesiones, hermanos suyos y de su misma sangre, que tenían sus mismos fueros y leyes y estaban sujetos al mismo m ando militar y a la misma magistratura, se pusieran de acuerdo con aquéllos.

IV. Preguntándoles cuáles y cuán grandes eran los pueblos que estaban en armas y cuánta su fuerza en la guerra, averiguó lo siguiente: Que la mayor parte de los belgas descendían de los germanos y que, habiendo pasado antiguamente el Rin, se

habían asentado allí a causa de la fertilidad del suelo y habían expulsado a los galos que habitaban aquellas tierras, y eran los únicos que en tiempo de nuestros padres habían impedido a los cimbros y teutones, después de saquear éstos toda la Galia, entrar en sus tierras; por lo cual sucedía que, con el recuerdo de aquellas hazañas, se arrogaban gran autoridad y muchos humos en el arte militar. Acerca de su número, decían los remos que estaban muy bien enterados porque, unidos a ellos por vecindad y parentesco, sabían qué contingente de hombres había ofrecido cada cual para esta guerra en la asamblea general de los belgas. Aseguraban que los más poderosos de todos eran los belovacos, tanto por su valor y prestigio como por el número de sus combatientes: éstos podían poner en pie de guerra hasta cien mil hombres; de éstos habían prometido sesenta mil escogidos, y reclamaban el mando supremo de la guerra. Los suesiones, vecinos suyos, poseían tierras muy dilatadas y feraces. Habían tenido como rey, todavía en nuestro tiempo, a Diviciaco, el más poderoso de toda la Galia, que había dominado no sólo en gran parte de estas regiones, sino también en Bretaña; ahora su rey era Galba; a éste se había confiado, por su justicia y prudencia, la dirección suprema de la guerra; tenían doce plazas fuertes y prometían cincuenta mil soldados; otros tantos los nervios, que eran considerados como los más fieros entre ellos y eran los más distantes; quince mil los atrebates, diez mil los am· bianos, veinticinco mil los morinos, siete mil los menapios, diez mil los caletos, otros tantos los veliocases y viromanduos, los atuatucos diez y nueve mil; los condrusos, eburones, ceresos y pemanos, conocidos con el nombre común de germanos, calculaban ellos que unos cuarenta mil.

V. César, animando a los remos y prosiguiendo su discurso en tono amistoso, mandó que todo el senado se reuniera ante él y que le fueran entregados como rehenes los hijos de los principales. Todo lo cual hicieron ellos puntualmente en el día señalado. Él, exhortando muy encarecidamente al heduo Diviciaco, demuéstrale lo mucho que importa a la república y al bien común el dividir las fuerzas de los enemigos, para no tener que luchar al mismo tiempo con tantos. Esto podía lograrse si los heduos metían sus tropas en las tierras de los belovacos y comenzaban a devastar sus campos. Con estos encargos, le despidió. Luego que supo que todas las tropas de los belgas, formando un solo ejército, venían contra él y se enteró por aquellos que había enviado como exploradores y por los remos de que ya no distaban mucho, apresuróse a pasar el ejército al otro lado del río Aisne, que está en la raya de los remos, y allí asentó el campamento. Con esta maniobra quedaba protegido un lado del campamento por las márgenes del río, ponía su espalda a cubierto del enemigo y hacía que pudieran llevarle sin peligro provisiones de los remos y de los demás pueblos. Había en aquel río un puente. Pone allí una guarnición y deja en la otra orilla del rio al legado Q. Titurio Sabino con seis cohortes. Manda fortificar el campamento con un parapeto de doce pies de alto y un foso de diez y ocho.

VI. A ocho mil pasos de este campamento había una plaza fuerte de los remos, llamada Bíbrax. Los belgas trataron de expugnarla sobre la marcha con gran ímpetu. Con dificultad pudieron resistir sus defensores aquel día. Los galos y los belgas usan el mismo género de asalto. Colocando gran cantidad de gente alrededor de toda la muralla, luego que comienzan a llover piedras de todas partes contra el muro y éste queda

desguarnecido de defensores, formando empavesada, incendian las puertas y abren brechas en el muro. Lo cual entonces era fácil. Porque, siendo tantos a disparar piedras y dardos, nadie podía permanecer en el muro. Habiendo puesto la noche fin al asalto, el remo Icio, hombre de la primera nobleza y de gran prestigio entre los suyos, que entonces estaba al frente de la ciudad y era uno de aquellos que habían acudido a César a proponerle la paz, despáchale un mensaje, diciendo que, si no se le enviaba socorro, no podría resistir más tiempo.

VII. César, inmediatamente después de media noche, usando como guías los mismos que habían sido enviados como mensajeros por Ido, envía en socorro de la ciudad arqueros númidas y cretenses, y honderos baleares; con cuya llegada se inflamó en los remos el deseo de luchar, junto con la esperanza de una eficaz defensa, y los enemigos, por el mismo motivo, perdieron la de apoderarse de la ciudad. En vista de ello, después de haberse detenido un poco ante la ciudad y haber devastado los campos de los remos e incendiado todas las aldeas y granjas a que pudieron llegar, dirigiéronse con todas sus tropas hada el campamento de César y asentaron el suyo a menos de dos mil pasos; el cual, como indicaban el humo y las hogueras, se extendía por más de ocho mil.

VIII. César al prindpio, ya por la multitud de los enemigos, ya por su gran fama de valientes, determinó abstenerse de la batalla; no obstante, probaba a diario en escaramuzas ecuestres hasta dónde llegaba el coraje del enemigo y cuánto era el esfuerzo de los nuestros. Cuando vio que los nuestros no eran inferiores, teniendo delante del campamento un lugar oportuno y apropiado por su naturaleza para formar el ejército, puesto que

la colina que ocupaba el campamento, no muy elevada sobre la llanura, tenía por la parte que miraba al enemigo justamente la anchura que podía ocupar el ejército formado para la batalla y por ambos lados pendientes escarpadas, mientras que por delante descendía suavemente hasta la llanura, abrió por ambos lados de la colina un foso transversal de unos cuatrocientos pasos y guarneció los extremos de los fosos con fortines, colocando allí baterías, a fin de evitar que los enemigos, cuando él formase el ejército, siendo tantos en número, pudieran envolver a los nuestros por los lados durante la batalla. Hecho esto, dejó en el campamento las dos legiones que había alistado últimamente, a fin de poder utilizarlas como refuerzo en caso necesario, y formó a las otras seis en orden de batalla delante del campamento. Los enemigos habían sacado asimismo sus tropas del campamento y las habían dispuesto para la lucha.

IX. Entre nuestro ejército y el de los enemigos había un pantano mediano. Esperaban los enemigos a ver si los nuestros lo pasaban; los nuestros, por su parte, estaban sobre las armas, para atacarlos en el atolladero, si empezaban a pasarlo aquéllos. Mientras tanto los caballos andaban escaramuceando entre los dos ejércitos. Como ni unos ni otros se decidiesen a ser los primeros en pasar, César, habiendo resultado favorable para los nuestros el encuentro de la caballería, retiró a los suyos al campamento. Los enemigos marcharon al punto de allí hacia el río Aisne, que, según se ha dicho, corría detrás de nuestro campamento. Habiendo encontrado allí vados, trataron de pasar parte de sus tropas, con intención de expugnar, si podían, el fuerte que mandaba el legado Q. Titurio y cortar el puente, o, cuando menos, devastar los campos de los remos, que nos eran

de gran utilidad para la guerra, e impedir el aprovisionamiento de los nuestros.

X. César, avisado de esto por Titurio, pasa el puente con toda la caballería y la tropa ligera de los númidas, junto con los honderos y flecheros, y se dirige contra ellos. Luchóse duramente en aquel lugar. Atacando los nuestros a los enemigos mientras se hallaban ocupados en pasar el río, mataron gran número de ellos. A los demás, que intentaban con gran arrojo pasar por encima de sus cadáveres, rechazáronlos con una nube de dardos; a los que habían pasado al principio rodeáronlos con la caballería y les dieron muerte. Cuando los enemigos vieron frustrada su esperanza, no sólo de expugnar la ciudad, sino también de pasar el río, y que los nuestros no salían a luchar en lugar menos ventajoso, y al comenzar a escasearles las provisiones, convocada una asamblea, concluyeron que lo mejor era volver cada cual a su tierra y acudir de todas parte en defensa de aquellos cuyas fronteras cruzase primero el ejército romano, a fin de luchar en su territorio con más comodidad que en el ajeno y servirse del fruto de sus cosechas. Moviólos a esta resolución, junto con otras causas, la noticia de que Diviciaco y los heduos se acercaban a las fronteras de los belovacos. A éstos no se les podía persuadir a que demoraran más el acudir en auxilio de los suyos.

XI. Tomada esta determinación, saliendo del campamento hacia la media noche con gran ruido y alboroto, sin ningún orden ni concierto, procurando cada cual adelantar a los otros y llegar a su tierra lo antes posible, hicieron que su marcha fuese semejante a una huida. César, avisado al punto de esto por los escuchas, temiendo alguna emboscada, porque aún no había penetrado el motivo de su marcha, retuvo la infantería y la

caballería en el campamento. Al despuntar el día, habiéndole confirmado el hecho los exploradores, envió delante a toda la caballería para que entorpeciese a la retaguardia enemiga. Puso al mando de ella a los legados Q. Pedio y L. Aurunculeyo Cota. Dispuso que el legado T. Labieno fuera detrás con tres legiones. Dando éstos alcance a los postreros y persiguiéndolos muchos miles de pasos, hicieron en los fugitivos gran matanza; habiéndose detenido los de la retaguardia, a los cuales habían llegado los nuestros, y resistiendo con valentía su acometida, los delanteros, pareciéndoles estar fuera de peligro y no sintiéndose contenidos por ninguna fuerza ni mando, al oír el griterío, desordenadas las filas, buscaron todos la salvación en la huida. De esta manera, sin peligro ninguno, mataron los nuestros tan gran número de ellos como le permitió la duración del día, cesando en la matanza al ponerse el sol y retirándose al campamento, conforme se les había ordenado.

XII. Al día siguiente, antes de que los enemigos se recobraran del terror y de la fuga, llevó César su ejército a las tierras de los suesiones, que eran vecinos de los remos y, tras una larga marcha, llegó a la plaza fuerte de Novioduno. Habiendo intentado expugnarla sobre la marcha, pues le decían que se hallaba desguarnecida, a causa de la anchura del foso y de la altura del muro, a pesar de ser pocos los defensores, no pudo tomarla. Fortificado el campamento, comenzó a montar los manteletes y disponer todo lo conveniente para batir los muros. Mientras tanto, toda la multitud de los suesiones que venían huyendo llegó a la plaza la noche siguiente. Habiendo acercado rápidamente los manteletes, formado el terraplén y levantadas las torres, los galos, atemorizados por la grandeza de aquellas obras, por ellos nunca vistas ni oídas, y por la rapidez de los romanos,

envían emisarios a César para tratar la rendición y consiguen, por mediación de los remos, que se les perdone.

XIII. César, después de recibir como rehenes a los más destacado· del pueblo y a dos hijos del propio rey Galba, y una vez entregadas todas las armas de la plaza, admitió por vasallos a los suesiones y llevó su ejército contra los belovacos. Habiéndose acogido éstos con todos sus bienes a la plaza fuerte de Bratuspancio, cuando llegó César con su ejército a unos cinco mil pasos de dicha plaza, saliendo de la ciudad todos los ancianos, comenzaron a tender sus manos a César y a manifestarle con sus voces que venían a rendírsele a discreción y que no moverían las armas contra el pueblo romano. Asimismo, después que se acercó a la plaza y al asentar allí el campamento, los niños y las mujeres, desde el muro, tendidas las manos según su costumbre, pidieron la paz a los romanos.

XIV. Diviciaco (que, después de la retirada de los belgas, licenciadas las tropas de los heduos, había vuelto al lado de César) aboga por ellos, diciendo: que los belovacos habían sido siempre fieles amigos del pueblo heduo; que, inducidos por sus jefes, los cuales decían que los heduos, reducidos a esclavitud por César, soportaban toda clase de oprobios y de injurias, se habían apartado de los heduos y habían hecho guerra a los romanos. Los principales autores de aquella determinación, comprendiendo cuán grave perjuicio habían acarreado a su pueblo, habían huido a Bretaña. Ahora le suplicaban no sólo los belovacos, sino también los heduos como intercesores suyos, que los tratara con su acostumbrada clemencia y benignidad. Si esto hacía, acrecentaría el prestigio de los heduos ante todos los

belgas, con cuyos socorros y recursos solían sostener las guerras que ocurrían.

XV. César, por honrar a Diviciaco y a los heduos, dijo que los recibirla y conservaría en su gracia; mas por tratarse de un pueblo que destacaba entre los belgas por su gran prestigio y por el número de sus habitantes, pidióles seiscientos rehenes. Entregados éstos con todas las armas de la ciudad, pasó de allí a las tierras de los ambianos, que se entregaron sin demora con todas sus cosas. Con éstos confinaban los nervios; acerca de cuya índole y costumbres como preguntase César, vino a entender: Que los mercaderes no tenían acceso ninguno a ellos; que no toleraban la importación de vino ni de las demás cosas que sirven para una vida muelle, persuadidos de que con estas mercancías languidecían los ánimos y menguaba el valor; que eran hombres fieros y de gran valor y afrentaban y acusaban a los demás belgas por haberse sometido al pueblo romano olvidando la valentía de sus mayores; y aseguraban que ellos ni enviarían emisarios ni aceptarían ninguna condición de paz.

XVI. Después de haber avanzado tres días por territorio de éstos, supo César por los cautivos que el río Sambre no distaba de su campamento más de diez mil pasos: que al otro lado de este río habían acampado todos los nervios y allí esperaban la llegada de los romanos, unidos con los atrebates y viromanduos, fronterizos suyos, (pues habían persuadido a estos dos pueblos a que corrieran la misma suerte de la guerra); esperaban, además, a las tropas de los atuatucos, que ya estaban de camino; a las mujeres y a los que por su edad parecían incapaces de manejar las armas, habíanlos reunido en un lugar adonde no tenía acceso el ejército a causa de los pantanos.

XVII. Con estos informes, envía delante exploradores y centuriones, con encargo de elegir un lugar apropiado para el campamento. Como le acompañasen muchos de los belgas sometidos y de los restantes galos, los cuales habían seguido a César, algunos de éstos, como luego se averiguó por los cautivos, habiendo observado durante aquellos días el orden que nuestro ejército seguía en la marcha, pasáronse de noche a los nervios y les descubrieron que entre una legión y otra mediaba gran cantidad de bagajes y que, al llegar la primera al lugar del campamento, quedando las restantes muy alejadas, no era nada difícil sorprenderla embarazada con la impedimenta; derrotada la cual y saqueados los bagajes, sucedería que las otras no se atreverían a hacerles frente. Por otra parte, el consejo de los tránsfugas era más aceptable por cuanto los nervios antes, no teniendo fuerza de caballería (ni siquiera ahora cultivan este género de lucha, sino que todas sus fuerzas son de a pie), para defenderse más fácilmente de la caballería de sus vecinos cuando hiciesen correrías por sus campos, desmochando árboles tiernos y doblándolos, con las muchas ramas que de ellos nacían a lo ancho y metiendo entre ellas zarzas y espinos, habían formado setos que les servían de muros, a través de los cuales no sólo no se podía entrar, pero ni siquiera ver. Estando el paso de nuestro ejército estorbando por este medio, juzgaron los nervios que no debían despreciar el consejo.

XVIII. La naturaleza del lugar que los nuestros habían elegido para campamento era la siguiente: Una colina descendía, con bajada uniforme desde la cima, hasta el río Sambre, que hemos nombrado arriba. De la ribera opuesta, frente por frente de la primera colina, nacía otra de igual alzada, despejada en la falda unos doscientos pasos y enmarañada en la cima, hasta el punto

de que apenas podía penetrar dentro la vista. Entre aquellas breñas estaban emboscados los enemigos; en el terreno despejado, por la orilla del río, se veían algunos piquetes de caballería. La hondura del río era de tres pies aproximadamente.

XIX. César, habiendo enviado delante la caballería, seguía con todo el ejército; pero el plan y el orden de su marcha era diverso del que los belgas habían manifestado a los nervios. Pues, teniendo en cuenta que el enemigo estaba tan cerca, según su costumbre, llevaba César seis legiones sin más carga que las armas; detrás de éstas había colocado los bagajes de todo el ejército; por último, cerrando la marcha, venían las dos legiones que había alistado recientemente, las cuales servían de escolta a la impedimenta. Nuestros jinetes, pasando el río con los honderos y arqueros, trabaron combate con la caballería enemiga. Mientras éstos tan pronto se retiraban a los matorrales y se refugiaban entre los suyos como salían nuevamente de las breñas y atacaban a los nuestros, sin que los nuestros se atrevieran a seguirlos más allá de donde llegaba el terreno descubierto, las seis legiones que habían llegado primero, una vez medido el terreno, comenzaron a fortificar el campamento. Tan pronto como los primeros bagajes de nuestro ejército fueron divisados por los que estaban ocultos en la selva, que era el momento convenido entre ellos para entablar combate, dado que ya habían formado sus líneas dentro de la selva y de este modo se habían prevenido, de repente se dispararon con todas sus tropas y atacaron a nuestros jinetes. Batidos y desordenados éstos fácilmente, corrieron hasta el río con rapidez increíble, de manera que casi al mismo tiempo se les veía a la salida del bosque, en el río y ya en combate con los nuestros. Y con la

misma rapidez se dirigieron colina arriba contra nuestro campamento y los que en él trabajaban.

XX. César tenía que hacerlo todo a la vez: enarbolar el estandarte, que servía de enseña cuando había que acudir a las armas; dar la señal de ataque; retirar a los soldados del trabajo; llamar a los que se habían alejado un tanto excesivamente en busca de materiales; formar el ejército; arengar a los soldados; dar la contraseña. De estas cosas, veíanse muchas estorbadas por la brevedad del tiempo y por la continua llegada de los enemigos. En medio de tantas dificultades, dos cosas venían a ayudarle: la instrucción y experiencia de los soldados, los cuales, ejercitados en anteriores batallas, eran tan capaces de dirigirse por su propia iniciativa como por las órdenes de otros, y el haber prohibido César que ningún legado se apartara de su legión correspondiente antes de que estuviera fortificado el campamento. Éstos, ante la proximidad y rapidez de los enemigos, ya no aguardaban las órdenes de César, sino que disponían por sí mismos lo que les parecía oportuno.

XXI. César, dadas las órdenes indispensables, corrió a arengar a los soldados adonde le guió la suerte, y se encontró con la legión décima. Sin decir más a los soldados, sino que se acordasen de su antiguo valor y que, sin asustarse, resistiesen el ataque de los enemigos, viendo que éstos no distaban ya más de un tiro de dardo, dio la señal de trabar batalla. Y, marchando a otra parte con el mismo fin de arengar a los soldados, los encontró ya combatiendo. Fue tanta la brevedad del tiempo y tan dispuesto para la lucha el ánimo de los enemigos, que faltó lugar, no digamos para ajustar las enseñas, sino incluso para ponerse los yelmos y desenfundar los escudos. Donde cada cual

acertó a llegar al dejar el trabajo, allí se paró, agregándose a las primeras banderas que alcanzó a ver, para no gastar el tiempo de pelear en buscar a los suyos.

XXII. Formado el ejército atendiendo más a la naturaleza del terreno, a la cuesta de la colina y a la escasez de tiempo que a las reglas y disciplina del arte militar; defendiéndose las legiones por separado contra los enemigos, unas en un sitio y otras en otro, e impedida la vista por la espesura de los setos interpuestos, como antes dijimos, era imposible que un hombre solo pudiese poner las reservas precisas en el lugar conveniente, ni tomar las medidas oportunas en cada momento, ni dar todas las órdenes adecuadas. Y así, en circunstancias tan desiguales, eran también diversos los sucesos de la fortuna.

XXIII. Los soldados de las legiones novena y décima, que habían formado en el ala izquierda, disparando sus dardos contra los atrebates (pues a éstos les había correspondido aquella parte) agotados por el cansancio de la carrera y cubiertos de heridas, pronto los desalojaron de la colina hasta el río y, persiguiéndolos espada en mano, mientras ellos estaban ocupados en pasarlo, mataron a gran parte de ellos. No repararon los nuestros en pasar también el río; y, como al avanzar a un lugar desfavorable, les hicieran frente de nuevo los enemigos, restablecida la batalla, pusiéronlos otra vez en fuga. Asimismo en otra parte, dos legiones separadas, la undécima y la octava, después de ahuyentar de la colina a los viromanduos, con quienes habían trabado combate, seguían luchando en las mismas orillas del río. Pero, habiendo quedado casi todo el campamento desguarnecido por delante y por la izquierda, estando apostada en el lado derecho la legión duodécima y, a no mucha distancia,

la séptima, todos los nervios, en filas apretadísimas y a las órdenes de Boduognato, que tenía el mando supremo, se lanzaron contra aquel lugar; una parte de ellos trató de envolver a las legiones por el lado descubierto, otra quiso alcanzar la parte más elevada del campamento.

XXIV. Al mismo tiempo, nuestros jinetes y los infantes ligeros que les acompañaban, los cuales, como ya he dicho, habían sido derrotados por el enemigo en el primer encuentro, al retirarse al campamento tropezaban con los enemigos y nuevamente huían hacia otro lado, y los calones, que desde la puerta decumana, en la cumbre de la colina, habían visto a los nuestros pasar vencedores el río, saliendo a hacer botín, al volver la vista atrás y ver que los enemigos se hallaban en nuestro campamento, comenzaron a huir precipitadamente. En medio de todo esto se alzaban las voces y alaridos de los que venían con los bagajes, los cuales se dispersaban, aterrados, en distintas direcciones. Movidos por estos sucesos, los jinetes tréveros, de cuyo valor tienen los galos muy alta opinión, y que habían sido enviados en ayuda de César por su pueblo, como viesen que nuestro campamento estaba cubierto de enemigos, que las legiones se hallaban en aprieto y poco menos que cercadas y que los calones, jinetes, honderos y númidas huían en todas direcciones dispersos y diseminados, dando nuestra situación por perdida, se volvieron a su patria, llevando a sus conciudadanos la noticia de que los romanos quedaban desbaratados y vencidos, y su campamento y sus bagajes, en poder del enemigo.

XXV. César, después de arengar a la legión décima, dirigiéndose al ala derecha, cuando vio el aprieto de los suyos y que, por estar apiñados los estandartes, los soldados de la

duodécima legión se hallaban tan juntos que se estorbaban ellos mismos en la lucha; que, muertos todos los centuriones y el abanderado de la cuarta cohorte, perdido el estandarte, heridos o muertos casi todos los centuriones de las demás cohortes, entre ellos el primipilo P. Sextio Báculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas, hasta el punto de que ya no podía tenerse en pie, los demás se mostraban remisos; que algunos, abandonados por los que les guardaban la espalda, dejaban la lucha tratando de evitar los disparos, y que los enemigos no cesaban de subir la cuesta por el frente y que acometían por ambos lados y que la situación era apurada, sin que hubiera reserva alguna que pudiera enviarse en socorro, arrebatando el escudo a un soldado de las últimas filas, pues César había llegado allí sin escudo, se adelantó hasta la primera y, llamando por sus nombres a los centuriones y arengando a los demás soldados, mandó avanzar y ensanchar las filas para que pudieran servirse mejor de las espadas. Con su llegada cobraron esperanza y nuevos bríos los soldados y, deseando cada cual hacer los últimos esfuerzos en presencia del general, aun en el mayor peligro, cesó un poco el ímpetu de los enemigos.

XXVI. César, habiendo advertido que la séptima legión, que se encontraba muy cerca, se veía también acosada por los enemigos, encargó a los tribunos de los soldados que poco a poco se fuesen aproximando las legiones y a banderas desplegadas cargaran contra el enemigo. Hecho lo cual, como los unos socorriesen a los otros y no temiesen ya que el enemigo los envolviese por la espalda, comenzaron a resistir con más audacia y a pelear con mayor valentía. Mientras tanto, los soldados de las dos legiones que venían en la retaguardia escoltando los bagajes y habían acelerado la marcha tan pronto

como tuvieron noticia de la batalla, se dejaban ya ver de los enemigos en la cima de la colina, y T. Labieno, que se había apoderado del campamento enemigo, viendo desde la altura lo que sucedía en el nuestro, envió la décima legión a socorremos. Los soldados de ésta, infiriendo de la fuga de los jinetes y calones el extremo en que la situación se hallaba y cuán grave peligro corrían el campamento, las legiones y el general, avanzaron lo más rápidamente que les fue posible.

XXVII. Con su llegada, prodújose tal cambio en la situación que los nuestros, incluso los que habían caído agotados por las heridas, apoyándose en los escudos, renovaron el combate, y hasta los calones, viendo a los enemigos consternados, se enfrentaban incluso sin armas a los armados; por su parte los jinetes, para borrar a fuerza de valor la afrenta de la fuga, se anteponían a los legionarios en todos los lugares de la lucha. Pero los enemigos, a pesar de verse ya casi perdidos, demostraron tanta valentía, que, al caer los delanteros, acudían a ocupar sus puestos los inmediatos y luchaban sobre sus cuerpos; derribados éstos y amontonados los cadáveres, los supervivientes, utilizándolos como parapeto, disparaban desde allí contra los nuestros y les volvían a lanzar los dardos que de nuestro lado les tiraban; de manera que no se podría juzgar empresa descabellada en aquellos hombres tan valerosos el haberse atrevido a cruzar un río tan ancho, trepar por tan ásperas riberas y apostarse en un lugar tan escarpado, pues estas cosas tan difíciles las había hecho fáciles su extraordinaria bravura.

XXVIII. Terminada esta batalla, que casi puso fin al pueblo y nombre de los nervios, los ancianos, que, según dijimos, se hallaban refugiados con los niños y las mujeres en estuarios y

pantanos, al tener noticia de este desastre, considerando que para los vencedores no habla ya ningún obstáculo ni para los vencidos seguridad alguna, con el consentimiento de todos los supervivientes, enviaron emisarios a César y se le entregaron, y, al referir la desgracia de su pueblo, afirmaron que de seiscientos senadores habían quedado tres, y de sesenta mil combatientes apenas se habían salvado quinientos. A los cuales César, dando muestra de su clemencia con los miserables y rendidos, conservó con el mayor cuidado y les dejó la libre posesión de sus tierras y ciudades, ordenando a sus vecinos que nadie se atreviese a molestarlos ni hacerles daño.

XXIX. Los atuatucos, de los cuales ya se habló arriba, habiendo tenido noticia de esta batalla mientras venían con todas sus fuerzas en ayuda de los nervios, dieron la vuelta hacia su tierra; abandonando todas sus ciudades y castillos, se retiraron con cuanto tenían a una plaza extraordinariamente fortificada por la naturaleza. Pues, estando rodeada por todas partes de altísimos peñascos y barrancos, únicamente por un lado tenía un acceso de suave pendiente, cuya anchura no pasaba de doscientos pies; lugar éste que habían fortificado con doble muro de gran altura; entonces colocaban sobre este muro piedras de gran calibre y estacas puntiagudas. Éstos eran descendientes de los cimbros y teutones, que, al marchar contra nuestra provincia y contra Italia, descargando a este lado del Rin los bagajes que no podían llevar ni transportar consigo, dejaron para su custodia y defensa seis mil hombres de los suyos. Éstos, después de perecer aquéllos, molestados por sus vecinos durante muchos años, atacando unas veces y defendiéndose otras, hecha por fin la paz de común acuerdo, eligieron este lugar para establecerse.

XXX. Pues bien, tan pronto como llegó nuestro ejército, comenzaron hacer frecuentes salidas de la ciudad y a luchar con los nuestros en pequeñas escaramuzas. Después, habiendo sido circunvaladas con un foso de quince mil pies de circuito y con numerosos castilletes, manteníanse en la ciudad. Cuando, avanzados los manteletes y formado el terraplén, vieron levantarse una torre a lo lejos, al principio se burlaban desde el muro y se mofaban a voces de que a tanta distancia se levantara tan grande aparato: ¿con qué manos o con qué fuerzas, sobre todo unos hombres de tan corta estatura (pues generalmente todos los galos desprecian nuestra pequeñez por ser ellos de gran tamaño), esperaban arrimar al muro una torre de tanto peso?

XXXI. Mas, cuando vieron que se movía y aproximaba a las murallas, aterrados por aquel nuevo y desusado espectáculo, enviaron a César emisarios de paz, que vinieron a decir lo siguiente: Que no creían que los romanos hicieran la guerra sin la asistencia divina, pues podían hacer avanzar con tal rapidez máquinas de tan enorme altura; por lo cual se entregaban en sus manos con todo cuanto tenían. Una sola cosa le pedían y suplicaban: Que, si, llevado de su clemencia y benignidad, de que ellos tenían noticias por otros, resolvía perdonar a los atuatucos, no los despojara de sus armas. Pues casi todos sus vecinos les eran hostiles y estaban envidiosos de su poder; de los cuales no podrían defenderse, si entregaban las armas. Que, si habían de llegar a tal situación, preferían sufrir cualquier suerte de parte de los romanos a morir atormentados por aquellos entre los cuales estaban acostumbrados a dominar.

XXXII. A esto respondió César: Que estaba dispuesto a conservar su ciudad en atención más a su propia costumbre que

a los méritos de ellos, si se rendían antes de que el ariete empezara a batir el muro; pero que no aceptaría su rendición, si no entregaban las armas. Que él haría lo que había hecho con los nervios, prohibiendo a sus vecinos todo agravio contra vasallos del pueblo romano. Comunicada esta respuesta a los suyos, dijeron que harían lo que se les ordenase. Arrojada, pues, gran cantidad de armas desde el muro al foso que había ante la ciudad, de suerte que los montones de ellas casi llegaban a la altura del muro y del terraplén, a pesar de haber ocultado y retenido en la ciudad, como después se vio, cerca de una tercera parte, abiertas de par en par las puertas, tuvieron paz aquel día.

XXXIII. Al atardecer mandó César cerrar las puertas y que los soldados salieran de la ciudad, para que ninguno pudiera inferir durante la noche algún ultraje a sus habitantes. Pero éstos, habiéndolo convenido ya antes así, como luego se supo, pensando que los nuestros, una vez hecha la entrega retirarían las guardias o por lo menos no estarían tan prevenidos, unos con las armas que habían retenido y ocultado, otros con escudos hechos de corteza de árbol o de mimbres entretejidas, los cuales recubrieron de pieles con toda rapidez según lo exigía la premura del tiempo, pasada la medianoche, por donde menos difícil parecía la subida hasta nuestras defensas, hicieron desde la ciudad una salida repentina con todas sus tropas. Habiéndose hecho en seguida señales con fuegos desde los baluartes próximos, conforme César lo había ordenado de antemano, se acudió rápidamente al lugar atacado; los enemigos lucharon con tanto arrojo como se podía esperar de hombres valientes, reducidos casi a extrema desesperación, que combatían en lugar desfavorable contra quienes les disparaban desde el parapeto y desde las torres, y cuya única esperanza se cifraba en su valentía.

Muertos unos cuatro mil hombres, los demás fueron rechazados a la ciudad. Al día siguiente, rotas las puertas, que ya nadie defendía, habiendo entrado nuestros soldados, César vendió en pública subasta todo lo que había en la ciudad. Los compradores le presentaron una lista en la que figuraban cincuenta y tres mil personas.

XXXIV. Por aquel mismo tiempo le informó Publio Craso, al cual había enviado con una legión a las tierras de los vénetos, únelos, osismos, coriosolites, esubios, aulercos y redones, que son pueblos marítimos, sobre la costa del Océano, que todos ellos habían sido sometidos a la jurisdicción y dominio del pueblo romano.

XXXV. Concluidas estas empresas, con lo cual quedó pacificada toda la Galia, llegó tal fama de esta guerra hasta los bárbaros, que las naciones que habitaban al otro lado del Rin enviaron emisarios a César, prometiendo darle rehenes y acatar sus órdenes. César, por tener que partir hacia Italia y el Ilírico, mandó que estas embajadas volvieran a él al comienzo del verano siguiente. Y él, después de haber distribuido las legiones en cuarteles de invierno por las tierras de los carnutes, andes, turones y demás pueblos próximos a las comarcas en que había hecho la guerra, marchó a Italia. Por estos éxitos, leídas en Roma las cartas de César, se decretaron fiestas solemnes durante quince días, lo cual hasta entonces nunca se había hecho con nadie.

LIBRO III

I. Al marchar César a Italia, envió a Servio Galba con la legión duodécima y parte de la caballería a los nantuates, veragros y sedunos, que se extienden desde las fronteras de los alóbroges y el lago Leman y el Ródano hasta lo alto de los Alpes. El motivo de enviarlo fue su deseo de que estuviera libre el camino a través de los Alpes, por el cual solían pasar los mercaderes con gran peligro y muchos portazgos. Diole permiso para que, si lo juzgaba necesario, invernara con la legión en aquellos parajes. Galba, después de algunos combates favorables y de tomar algunos reductos de los naturales, habiéndole llegado emisarios de todas partes, recibidos rehenes y hecha la paz, determinó alojar dos cohortes en tierras de los nantuates y pasar él el invierno con las demás cohortes de la legión en una aldea de los veragros, llamada Octoduro; la cual, sita en una hondonada que forma una llanura no grande, está rodeada por todas partes de montes altísimos. Como la aldea estuviese dividida por un río en dos partes, dejó una para que invernaran en ella los galos y la otra, una vez evacuada por éstos, la asignó a las cohortes. Fortificó aquel lugar con una estacada y un foso.

II. Pasada ya buena parte del invierno y habiendo dado órdenes para el acarreo de provisiones, supo de pronto por los exploradores que todos los galos habían marchado por la noche de aquella parte de la aldea que les había dejado y que los montes circundantes estaban ocupados por una gran multitud de sedunos y veragros. Varios motivos habían inducido a los galos a esta súbita determinación de renovar la guerra y caer sobre la legión; primeramente, porque, a causa de su corto número, tenían en poco a una legión, y ésa no completa, pues se la había mermado en dos cohortes y en muchos soldados aislados, que habían sido enviados a hacer provisiones; en segundo lugar, porque, teniendo en cuenta la desventaja del lugar, cuando ellos bajaran corriendo y disparando sus dardos desde los montes al valle, pensaban que los nuestros no podrían resistir siquiera su primera carga. A esto se añadía su encono por habérseles quitado sus hijos a título de rehenes y el estar persuadidos de que los romanos trataban de ocupar las cumbres de los Alpes no sólo con miras a proteger los caminos sino a una posesión perpetua, con intención de agregar aquellos lugares a la provincia vecina.

III. Recibidas estas noticias, Galba, no estando aún acabadas las obras ni la fortificación del campamento de invierno y no habiendo tomado suficientes medidas respecto al acopio de trigo y demás provisiones, porque había pensado que, una vez llevada a cabo la rendición y entregados los rehenes, no había que temer ningún levantamiento, convocando al punto consejo de guerra, comenzó a pedir opiniones. En aquel consejo, ante peligro tan grave, tan repentino e imprevisto, viendo casi todas las alturas llenas de gente armada, sin poder ser socorridos ni recibir provisiones por estar cerrados los caminos, dándose ya casi por perdidos, opinaron algunos que, abandonando los bagajes, se

tratara de buscar la salvación abriendo paso por los mismos caminos que se habían traído. Pero la mayor parte prefirió, reservando esta determinación para el último trance, esperar mientras tanto los acontecimientos y defender el campamento.

IV. Dejando pasar un poco de tiempo, apenas el suficiente para disponer y ejecutar lo acordado, los enemigos, dada la señal, comenzaron a bajar corriendo de todas partes, arrojando piedras y dardos contra nuestro vallado. Los nuestros, al principio, teniendo las fuerzas enteras, rechazábanlos vigorosamente, sin hacer un disparo en vano desde su posición ventajosa, y, tan pronto como alguna parte del campamento parecía en peligro por falta de defensores, corrían a llevarle auxilio; pero tenían en contra suya que los enemigos, cuando por la duración del combate se cansaban, salían de la batalla, relevándolos otros de refresco; cosa que no podían hacer los nuestros a causa de su corto número, pues no sólo no podía el cansado salir de la batalla pero ni siquiera el herido abandonar el puesto que ocupaba y retirarse.

V. Continuando ya el combate por más de seis horas y faltando a los nuestros no sólo las fuerzas sino también las armas arrojadizas, como los enemigos atacasen con más furor y, aprovechando la debilidad de los nuestros, comenzasen a forzar el vallado y a llenar los fosos, estando ya la situación en el momento más crítico, el primer centurión Publio Sextio Báculo, que, según dijimos, fue cubierto de heridas en la batalla nérvica, y asimismo Cayo Voluseno, tribuno de los soldados, varón de gran prudencia y valor, corren a Galba y le hacen ver que sólo queda una esperanza de salvación: probar el último recurso rompiendo a través de los enemigos. Así, pues, convocando en

seguida a los centuriones, advierte por ellos a los soldados que suspendan por un poco el combate, y que, sin hacer más que parar los disparos que les hagan, se recobren de la fatiga; que, al darse la señal, salgan vigorosamente del campamento y pongan toda la esperanza de salvación en su bravura.

VI. Como se les ordenó, así lo hacen y, saliendo repentinamente por todas las puertas, no dan lugar al enemigo para enterarse de lo que sucede ni para reorganizarse. De este modo, trocada la suerte, envolviendo por todas partes a los que ya esperaban apoderarse del campamento, hacen en ellos gran matanza, y de más de treinta mil bárbaros, que, según consta, asaltaron el campamento, muerta más de la tercera parte, ponen a los demás en pavorosa fuga y ni siquiera les dejan hacer alto en las cumbres de los montes. Derrotadas así y desarmadas todas las tropas de los enemigos, retíranse al campamento y a sus fortificaciones. Acabada esta batalla, no queriendo Galba probar más veces fortuna y considerando que su intención al venir a invernar allí había sido muy diversa de la realidad con que se había encontrado, movido sobre todo por la escasez de trigo y demás provisiones, al día siguiente, después de incendiar todos los edificios de aquella aldea, emprende la vuelta a la provincia y, sin que se le opusiera ningún enemigo ni le estorbara el paso, llevó la legión incólume a las tierras de los nantuates y de allí a las de los alóbroges, donde pasó el resto del invierno.

VII. Después de estos sucesos, cuando todo hacía creer a César que la Galia estaba pacificada, una vez sometidos los belgas, expulsados los germanos y vencidos los sedunos en los Alpes, por lo cual, comenzado ya el invierno, había marchado al Ilírico, deseando llegar también a aquellos pueblos y conocer

aquellas regiones, se suscitó repentinamente una guerra en la Galia. La causa de esta guerra fue la siguiente. Publio Craso el joven, con la legión séptima, había establecido su campamento de invierno cerca del mar Océano, en el país de los andes. Habiendo en estas regiones escasez de trigo, envió a los pueblos vecinos algunos prefectos y tribunos militares a proveerse de él y de otras cosas; entre ellos, fue enviado Tito Terrasidio a los esuvios, Marco Trebio a los corisolites y Quinto Velanio con Tito Silio a los vénetos.

VIII. Éste es el pueblo más poderoso con mucho de toda aquella región marítima, porque los vénetos tienen muchísimas naves, con las cuales suelen navegar hasta Bretaña, y aventajan a los demás en el conocimiento y práctica de la navegación y porque, siendo ellos dueños de los pocos puertos que se encuentran en aquel mar borrascoso y abierto, casi todos los que acostumbran a surcar aquellas aguas les pagan tributo. Comienzan éstos por detener a Silio y a Velanio, esperando que, a cambio de ellos, recuperarían los rehenes que habían entregado a Craso. Movidos por su ejemplo los vecinos, pues así de prontas y arrebatadas son las resoluciones de los galos, detienen por la misma causa a Trebio y a Terrasidio, y, enviándose al punto emisarios, se conjuran por medio de sus jefes, comprometiéndose a no hacer nada sino de común acuerdo y a correr todos la misma suerte. Al mismo tiempo, incitan a los demás pueblos a que prefieran conservar la libertad heredada de sus mayores antes que tolerar la servidumbre impuesta por los romanos. Atraída rápidamente a su parecer toda la región marítima, envían a Publio Craso una embajada común, proponiéndole que, si quiere rescatar los suyos, les devuelva los rehenes.

IX. Informado César de esto por Craso, como quiera que estaba bastante lejos, manda que mientras tanto se construyan naves largas en el río Loira, el cual desemboca en el Océano, que se traigan remeros de la provincia y que se busquen marineros y pilotos. Ejecutadas rápidamente estas órdenes, él, tan pronto como se lo permitió la estación, fue a reunirse con el ejército. Los vénetos y asimismo los demás pueblos, conocida la llegada de César y comprendiendo al mismo tiempo de cuán grave delito se habían hecho reos al detener y poner en cadenas a los legados, que siempre habían sido sagrado e inviolables entre todos los pueblos, tratan de prepararse para la guerra de acuerdo con la gravedad del peligro y disponer sobre todo lo que se refiere al armamento de las naves, notablemente esperanzados porque confiaban mucho en la naturaleza de la región. Sabían que loe caminos terrestres estaban cortados a cada paso por estuarios, y la navegación, estorbada por el desconocimiento de aquellas costas y la escasez de puertos, y esperaban que nuestros ejércitos no podrían detenerse mucho en sus tierras por falta de trigo; y, aun cuando todo saliera contra lo que creían, confiaban sin embargo en sus grandes fuerzas marítimas, mientras que los romanos ni tenían medios de procurarse naves ni conocían los bajíos, puertos e islas de aquellos lugares en que habían de hacer la guerra; además, veían que era muy diferente navegar por un mar cerrado y hacerlo por el Océano, dilatadísimo y casi sin resguardo. Con estos pensamientos, fortifican sus ciudades, acarrean a ellas el trigo de los campos y reúnen en la costa véneta, donde sabían que César iba a iniciar la guerra, el mayor número posible de naves. Se confederan para esta guerra con los osismos, lexovios, namnetes, ambiliatos, morinos, diablintes y menapios, y piden socorros a Bretaña, que está situada enfrente de aquellas regiones.

X. Había para hacer esta guerra las dificultades que dejamos expuestas; pero había también muchos motivos que inducían a César a emprenderla; el atentado de haber detenido a caballeros romanos, la rebelión después de haberse rendido, la traición después de haber entregado rehenes, la conjuración de tantos pueblos, y sobre todo, el temor de que, si se consentía esto, se creyeran los demás pueblos con derecho a hacer lo mismo. Así, pues, sabiendo que casi todos los galos son amigos de novedades y que se lanzan a la guerra con facilidad y prontitud, y que todos los hombres por naturaleza aman la libertad y odian la servidumbre, antes de que se conjurasen más pueblos, pensó que debía dividir su ejército y distribuirlo con más amplitud.

XI. Así, pues, envía al legado Tito Labieno con fuerzas de caballería a las tierras de los tréveros, que están próximos al Rin. Encárgale que se llegue hasta los remos y demás belgas y los mantenga sumisos, y que rechace a los germanos, que, según se decía, habían sido llamados por los galos en su ayuda, si tratan de forzar con naves el paso del río. A Publio Craso mándale partir con doce cohortes legionarias y gran contingente de caballería hacia Aquitania, para impedir que se envíen desde estos pueblos refuerzos a la Galia y se coaliguen naciones tan poderosas. Al legado Quinto Titurio Sabino envíalo con tres legiones a tierras de los únelos, coriosolites y lexovios, para que tenga a raya a aquellos pueblos. A Décimo Bruto el joven pónelo, al frente de la escuadra y de las naves galas, que había mandado aportar a los pictones y santonos y a las demás regiones pacificadas, y le ordena marchar contra los vénetos tan pronto como pueda. Él mismo se dirige contra ellos con la infantería.

XII. La situación de las ciudades era generalmente tal que, estando edificadas en el extremo de estrechas lenguas y promontorios, ni tenían acceso por tierra cuando subía la marea, lo cual sucede allí siempre cada doce horas, ni tampoco para las naves, porque, al bajar de nuevo la marea, encallaban en los bajíos. Así, por uno y otro motivo se hacía difícil el asalto de las ciudades; y, si en algún caso, vencidos por la magnitud de las obras, atajado el mar con terraplenes y diques y elevados éstos hasta el nivel de los muros de la ciudad, comenzaban a perder la esperanza de poder defenderse, echando mano de gran número de naves, de las cuales tenían grandísima cantidad, transportaban todas sus cosas y se refugiaban en las ciudades próximas; allí se defendían nuevamente, aprovechando las mismas ventajas del lugar. Esto lo hacían con más facilidad durante gran parte del verano, porque nuestras naves se veían detenidas por el mal tiempo y era sumamente peligroso navegar por mar tan vasto y abierto, con grandes mareas y pocos puertos o casi ninguno.

XIII. Por lo que hace a sus naves, estaban hechas y dispuestas de esta forma: la quilla, algo más plana que la de las nuestras, para que más fácilmente arrostrasen los bajíos y el descenso de la marea; la proa, muy levantada, y asimismo la popa, acomodadas a la magnitud de las olas y borrascas; la madera, toda de roble, capaz de resistir cualquier choque violento; las traviesas, de vigas de un pie de espesor, aseguradas por clavos de Hierro del grosor de un dedo pulgar; las anclas, amarradas con cadenas de hierro en vez de cables; en lugar de velas, pieles y badanas delgadas, ya por falta de lino y por desconocer su uso o bien, y esto es más verosímil, por juzgar que las velas no podrían resistir las enormes borrascas del Océano y la furia de

los vientos ni gobernar cómodamente navíos tan pesados. Al encontrarse nuestra escuadra con estas naves, sólo las. aventajaban en la rapidez y en el manejo de los remos; todo lo demás era ventajoso y más favorable para ellas, dada la naturaleza del lugar y la fuerza de los temporales. Pues ni podían hacerles daños las nuestras con el espolón (tanta era su solidez) ni, a causa de su altura, era fácil llegar a bordo con los dardos y, por la misma causa, era difícil apresarlas. A todo lo cual se añadía que, cuando comenzaba a arreciar el viento y se entregaban a él, aguantaban más fácilmente la borrasca y fondeaban con mayor seguridad en los bajíos y, aunque se retirase la marea, ningún riesgo corrían por los peñascos y arrecifes; en cambio nuestras naves tenían que guardarse de todos estos peligros.

XIV. César, después de haberse apoderado de muchas ciudades, luego que vio que tanta fatiga era inútil y que no se podía impedir la huida de los enemigos al tomar sus ciudades ni causarles daño alguno, resolvió esperar la armada. Tan pronto como ésta llegó y fue avistada por los enemigos, cerca de doscientas veinte naves adversarias, muy bien equipadas y armadas con toda clase de pertrechos, salieron del puerto y se enfrentaron con las nuestras; ni Bruto, que estaba al frente de nuestra escuadra, ni los tribunos de los soldados y los centuriones, a quienes se había confiado el mando de cada nave, veían claro lo que habían de hacer ni qué modo de combatir adoptarían. Sabían que con los espolones no podían hacerles daño, y aun erigidas torres encima, sobrepasaban su altura las popas de las naves bárbaras, de suerte que no se podía disparar bien contra ellos desde abajo, mientras que los disparos de los galos causaban mayor daño. Una sola cosa de gran provecho tenían preparada los nuestros, y eran hoces muy bien afiladas,

empalmadas y sujetas a varales, semejantes a guadañas murales. Cuando las cuerdas que sujetaban las antenas a los mástiles eran enganchadas y forzadas por estas hoces, al acelerar la marcha con los remos, quedaban rotas. Cortadas éstas, calan forzosamente las antenas, de suerte que, consistiendo toda la ventaja de las naves galas en las velas y aparejos, perdidos éstos, quedaban al mismo tiempo inservibles las naves. Lo restante del combate dependía del valor, en el que nuestros soldados llevaban fácilmente la ventaja, tanto más cuanto que se peleaba ante los ojos de César y de todo el ejército, de manera que ninguna hazaña podía quedar oculta: pues todas las colinas y sitios elevados desde donde se podía contemplar de cerca el mar estaban ocupados por nuestro ejército.

XV. Derribadas, como dijimos, las antenas, después de rodear a cada nave dos o tres nuestras, los soldados hacían el mayor esfuerzo por pasar a las de los enemigos. Cuando los bárbaros se percataron de ello, después de habérseles tomado muchas naves, no encontrando defensa alguna contra esta táctica, trataron de buscar la salvación en la huida. Y, enderezadas ya las naves en sentido del viento, prodújose de súbito tan gran calma y quietud, que no podían moverse de donde estaban. Lo cual fue muy oportuno para completar la victoria; pues los nuestros fueron persiguiéndolas y apresándolas una a una, de manera que, de tan gran número, muy pocas llegaron a tierra, gracias a la venida de la noche, habiéndose luchado aproximadamente desde la hora cuarta (entre 9 y 10 de la mañana) hasta ponerse el sol.

XVI. Con esta batalla se acabó la guerra de los vénetos y de toda la región marítima. Pues no sólo se habían congregado allí

todos los jóvenes, y también los de edad avanzada que tenían algún prestigio o autoridad, sino que, además, habían reunido de todas partes en un solo lugar todas las naves de que disponían. Una vez perdidas éstas, no tenían los demás ni dónde refugiarse ni manera de defender sus ciudades. Así, pues, se entregaron a César con todas sus cosas. César determinó castigarlos con gran severidad para que el derecho de los legados fuera en adelante más diligentemente respetado por los bárbaros. En consecuencia, después de dar muerte a todo el senado, vendió a los demás como esclavos.

XVII. Mientras esto sucede entre los vénetos. Quinto Titurio Sabino llega con las tropas que le había confiado César a las tierras de los únelos. Estaba al frente de éstos Viridóvix, que tenía el mando supremo de todos aquellos pueblos que se habían sublevado, entre los cuales había reclutado un ejército muy numeroso; y en estos pocos días los aulercos, eburóvices y lexovios, después de dar muerte a sus senadores porque se oponían a la guerra, cerraron las puertas y se unieron a Viridóvix. Además, de toda la Galia se les había agregado una gran multitud de bandoleros y ladrones, a quienes la esperanza del pillaje y el deseo de guerrear apartaba del cultivo de la tierra y del trabajo cotidiano. Sabino se mantenía en el campamento, en un lugar ventajoso en todos los aspectos, mientras que Viridóvix había acampado a dos millas frente a él y diariamente, sacando sus tropas, le daba ocasión de luchar, de manera que Sabino ya no era sólo motivo de desprecio para los enemigos, sino que incluso por nuestros soldados era zaherido; y hasta tal punto aparentó temer, que los enemigos osaban ya llegar hasta la valla del campamento. Hacía esto por creer que un legado no debía combatir con tan gran multitud de enemigos, sobre todo estando

ausente el que tenía el mando supremo, a no ser en sitio seguro o con alguna ocasión favorable.

XVIII. Una vez confirmada esta opinión acerca de su miedo, elige a cierto galo de las tropas auxiliares, hombre de quien se podía fiar y astuto. Persuádele con promesas de grandes premios a que pase al campo enemigo, y le manifiesta lo que pretende. El galo, una vez que llegó a ellos como desertor, les hizo ver el miedo de los romanos y les convenció de los apuros que el mismo César estaba pasando entre los vénetos, y que era fácil que a la noche siguiente Sabino levantara ocultamente el campo y marchara a socorrer a César. Oyendo esto, claman todos a una que no se debía perder la ocasión de acabar bien aquella empresa y que era preciso asaltar el campamento. Muchos motivos impulsaban a los galos a esta determinación: la irresolución de Sabino en los días anteriores; las manifestaciones del desertor; la escasez de víveres, de los cuales se habían provisto mal por negligencia; la esperanza que tenían en la guerra de los vénetos y el que casi siempre los hombres se inclinan a creer lo que desean. Movidos por todo esto, no dejan a Viridóvix ni a los demás jefes abandonar la asamblea hasta que les autorizan a empuñar las armas y asaltar el campamento. Alegres con esta concesión, como si ya tuvieran segura la victoria, después de recoger sarmientos y ramas para rellenar los fosos de los romanos, se dirigen al campamento.

XIX. Ocupaba éste un lugar elevado, que subía desde abajo con una suave pendiente como de unos mil pasos. Lanzáronse contra él corriendo velozmente, a fin de dejar a los romanos el menor tiempo posible para reunirse y armarse, con lo cual llegaron agotados. Sabino, arengando a los suyos, les da la señal

tan deseada. Estando aún los enemigos embarazados con las cargas que llevaban, manda hacer súbitamente una salida por dos puertas. La ventaja de nuestra posición, la poca disciplina y mucha fatiga del enemigo, el valor de nuestros soldados y la destreza adquirida en combates anteriores hicieron que los enemigos no resistieran el primer empuje de los nuestros y volvieran al punto las espaldas. Como ya estaban fatigados, al perseguirlos los nuestros con las fuerzas íntegras, luciéronles gran matanza; a los demás dióles alcance la caballería, dejando con vida a pocos, que se habían apartado del camino seguido por los fugitivos. Así tuvieron a la vez noticia Sabino de la batalla naval y César de la victoria de Sabino, y todos los pueblos se rindieron en seguida a Titurio. Pues, así como el ánimo de los galos es brioso y pronto para emprender la guerra, así también su voluntad es floja y muy poco resistente para soportar las desgracias.

XX. Casi por el mismo tiempo, Publio Craso, habiendo llegado a Aquitania, región que, como antes se ha dicho, por la extensión del país y por el gran número de sus habitantes merece ser considerada como la tercera parte de la Galia, pensando que tenía que guerrear en los mismos lugares en que pocos años antes el legado Lucio Valerio Preconino había sido derrotado y muerto, y de donde el procónsul Lucio Manlio había tenido que huir abandonando los bagajes, juzgaba que debía poner en la empresa la mayor diligencia. Por consiguiente, después de abastecerse bien de trigo, reunidas tropas auxiliares y caballería y habiendo llamado nominalmente a muchos hombres valerosos de Tolosa y de Narbona, que son pueblos de nuestra provincia de la Galia vecinos a estas regiones, traspasó con su ejército las fronteras de los sociates. Conocida su llegada, los sociates,

juntando gran número de tropas y caballería, en la cual consistía su mayor fuerza, atacando a los nuestros sobre la marcha, trabaron primeramente un combate ecuestre; luego, rechazada su caballería y perseguida por los nuestros, sacaron de pronto su infantería, que tenían emboscada en una hondonada. Atacando éstos a los nuestros, que andaban desperdigados, restablecieron la batalla.

XXI. El combate fue largo y duro, pues los sociates, ufanos por sus antiguas victorias, pensaban que de su valor dependía la salvación de toda Aquitania, y los nuestros querían experimentar qué eran capaces de hacer sin el general y sin las demás legiones, estando a las órdenes de un jovencillo; por fin, agobiados los enemigos por las heridas, volvieron las espaldas. Después de matar gran número de ellos, Craso trató de tomar sobre la marcha la capital de los sociates. Como resistieran ellos vigorosamente, armó los manteletes y las torres. Los sitiados probaban unas veces a hacer salidas, otras procuraban minar el terraplén y los manteletes, en lo cual son sumamente diestros los aquitanos por las muchas minas de cobre y las numerosas canteras que hay en su territorio; mas, cuando se convencieron de que todo esto no les serviría de nada ante la vigilancia de los nuestros, mandaron emisarios a Craso y le rogaron que aceptara su rendición. Conseguido lo cual, habiéndoseles ordenado entregar las armas así lo hacen.

XXII. Pero, cuando estaban todos los nuestros ocupados en esto, he aquí que, por la otra parte de la ciudad, Adiatuano, que tenía el mando supremo, con seiscientos devotos, a quienes ellos llaman soldurios, cuya profesión es participar en vida de todos los bienes de aquellos a cuya amistad se han consagrado, pero si

a éstos les sucede alguna desgracia, o la han de sufrir junto con ellos o han de darse la muerte; y aún no se sabe de ninguno que, muerto aquel a cuya amistad se había consagrado, haya rehusado morir; intentando, pues, Adiatuano hacer con éstos una salida, levantóse gran clamor por aquella parte de las murallas, y corriendo los nuestros a las armas, se luchó allí duramente, tras de lo cual, rechazado aquél a la ciudad, obtuvo sin embargo de Craso que se le concedieran las mismas condiciones de rendición que a los demás.

XXIII. Recibidas las armas y rehenes, Craso se dirigió a las tierras de los vocates y tarusates. Entonces los bárbaros, asustados al saber que una ciudad fortificada por la naturaleza y por los hombres había sido tomada a los pocos días de llegar ante ella, comenzaron a despachar emisarios a todas partes, a conjurarse, a darse mutuos rehenes, a reclutar tropas. Despáchanse también emisarios a aquellos pueblos de la España citerior que confinan con Aquitania: tráense de allí tropas auxiliares y jefes. Con cuya llegada, se disponen a hacer la guerra con gran prestigio y fuerzas muy numerosas. Son elegidos jefes aquellos que habían acompañado siempre a Quinto Sertorio y tenían fama de ser sumamente entendidos en la táctica militar. Éstos, siguiendo la costumbre del pueblo romano, comienzan a ocupar las posiciones favorables, a fortificar su campamento y a cortar las provisiones a los nuestros. Craso, tan pronto como advirtió que sus tropas, a causa del corto número, no podían ser fácilmente divididas, mientras que el enemigo al mismo tiempo hacía correrías y cerraba los caminos y dejaba suficiente guarnición en el campamento, por lo cual era difícil que pudiera él recibir trigo y otras provisiones, y que el contingente de enemigos aumentaba de día en día, juzgó que no debía retrasar la batalla decisiva.

Habiendo manifestado su parecer en el consejo de guerra, viendo que todos opinaban lo mismo, la fijó para el día siguiente.

XXIV. Sacó sus tropas al rayar el alba y, habiéndolas formado en dos cuerpos, metiendo en medio a los auxiliares, esperaba a ver qué determinación tomaban los enemigos. Ellos, aunque, fiando en su muchedumbre y en su antigua reputación de guerreros y en el escaso número de los nuestros, creían que podían luchar sin peligro, consideraban aún más acertado lograr la victoria sin sangre, con sólo cerrar los caminos e interceptar las provisiones, y, si los romanos, obligados por la escasez de víveres, comenzaban a retirarse, pensaban atacarlos cuando, embarazados por la marcha y por el equipaje, se hallasen con menos bríos. Aprobada esta idea por los jefes, aunque los romanos presentaban batalla, manteníanse ellos en el campamento. Viendo esto Craso, como los enemigos con su indecisión y apariencia de miedo encendiesen más el deseo que de luchar tenían nuestros soldados y se oyesen las voces de todos diciendo que no se debía retrasar más el asaltar el campamento, exhortando a los suyos, conforme al deseo de todos, avanza contra el campo enemigo.

XXV. Allí, mientras unos rellenaban los fosos y otros con una lluvia de dardos desalojaban a los defensores del vallado y de las fortificaciones, y los auxiliares, en quienes Craso confiaba poco para la lucha, ofrecían aspecto y apariencia de combatientes suministrando piedras y armas arrojadizas y llevando césped para el terraplén; luchando asimismo los enemigos con tesón y bravura, sin desperdiciar los disparos, que hacían desde su posición elevada, nuestros jinetes, después de haber dado la vuelta al campamento enemigo, trajeron a Craso la noticia de

que no estaba tan bien fortificado por el lado de la puerta decumana y que tenía por allí fácil acceso.

XXVI. Craso, después de exhortar a los prefectos de la caballería a que animasen a los suyos con la promesa de grandes premios, manifiéstales su intención. Ellos, conforme se les había ordenado, sacan del campamento las cohortes que por haber quedado de guarnición en él estaban descansadas, y llevándolas por un largo rodeo para que no pudiesen verlas desde el campamento enemigo, mientras los ojos y ánimos de todos se hallaban fijos en el combate, llegaron rápidamente a aquellas fortificaciones que dijimos y, rebasadas éstas, se encontraron dentro del campo enemigo antes de que éstos pudieran verlos ni percatarse de lo que sucedía. Y entonces, al oír el griterío que se alzaba de aquella parte, los nuestros, con fuerzas renovadas, como de ordinario sucede cuando se espera la victoria, comenzaron a luchar con más brío. Los enemigos, rodeados por todas partes y dándolo todo por perdido, trataron de buscar la salvación en la fuga, arrojándose de las defensas abajo. Mas, persiguiéndolos la caballería por campos muy abiertos, apenas dejó con vida la cuarta parte de los cincuenta mil que, según constaba, se habían reunido de Aquitania y Cantabria; tras de lo cual, ya muy entrada la noche, se retiró al campamento.

XXVII. Conocida esta batalla, la mayor parte de Aquitania se rindió a Craso y espontáneamente le envió rehenes; entre los sometidos estaban los tarbelos, bigerriones, ptianios, vocates, tarusates, elusates, gates, auscos, garunos, sibuzates y cocosates; unos cuantos pueblos, los más remotos, confiados en lo avanzado de la estación y en la inminencia del invierno, dejaron de hacerlo.

XXVIII. Casi por el mismo tiempo, César, a pesar de que ya el verano estaba acabando, viendo que, pacificada toda la Galia, quedaban todavía en armas los morinos y menapios, que nunca le habían mandado emisarios de paz, y juzgando que esta guerra podía llevarse a cabo rápidamente, llevó el ejército contra ellos; los cuales comenzaron a guerrear con una táctica muy diversa de la de los otros galos. Pues, viendo que habían sido vencidos los poderosísimos pueblos que se habían atrevido a luchar, y teniendo ellos selvas y lagunas ininterrumpidas, acogiéronse a ellas con todas sus cosas. Habiendo llegado César a la entrada de estos bosques y determinado fortificar el campamento, sin haber visto al enemigo hasta entonces, estando los nuestros esparcidos en el trabajo, de repente salieron disparados de todas las partes de la selva y les acometieron. Los nuestros empuñaron rápidamente las armas y los rechazaron al interior de los bosques y, después de matar a muchos, persiguiéndolos demasiado lejos por lugares poco practicables, perdieron unos pocos de los suyos.

XXIX. Durante los días siguientes dedicóse César a talar los bosques y, para que los soldados no pudiesen ser atacados por el flanco mientras estuvieran sin armas y descuidados, colocaba toda la madera cortada dando frente al enemigo y disponiéndola a uno y otro lado en forma de vallado. Talado en pocos días un gran trecho con rapidez increíble, estando ya al alcance de los nuestros sus ganados y la parte zaguera de su impedimenta y refugiándose ellos en selvas más espesas, sobrevinieron tan recios temporales, que necesariamente hubo que suspender los trabajos y, prolongándose las lluvias, los soldados no podían ya resguardarse bajo las tiendas. En vista de ello, después de asolar todos sus campos e incendiar sus aldeas y caseríos, retiró César su ejército y lo distribuyó en campamentos de invierno por tierras

de los aulercos, lexovios y demás pueblos que habían hecho la guerra poco antes.

LIBRO IV

I. En el invierno siguiente, que fue el año del consulado de Cn. Pompeyo y Marco Craso, los germanos usipetes, junto con los tencteros, pasaron el Rin con gran multitud de gente, no lejos de aquel lugar en que dicho río desemboca en el mar. Lo que les movió a pasarlo fue que, molestados muchos años por los suevos, se veían agobiados por la guerra y estorbados en el cultivo de sus campos. La nación sueva es con mucho la mayor y más belicosa de todos los germanos. Dícese que tienen cien distritos, de cada uno de los cuales sacan mil hombres por año para hacer la guerra. Los que permanecen en la patria proporcionan mantenimiento para sí y para aquéllos. Éstos, a su vez, salen al año siguiente a campaña, y aquéllos quedan en sus tierras. De este modo, no se interrumpe la agricultura ni la instrucción y experiencia militar. No existe entre ellos la propiedad privada de la tierra, ni les está permitido permanecer en un lugar más de un año para cultivarlo. Hacen poco uso del trigo para alimentarse; por lo común, viven a base de leche y de la carne del ganado, y son muy dados a la caza: lo cual, por el género de alimento y por el continuo ejercicio y libertad de vida, puesto que, libres desde su infancia de toda obligación y disciplina, no hacen absolutamente nada contrario a su voluntad,

aumenta sus fuerzas y los convierte en hombres de una estatura prodigiosa. Además, están acostumbrados, a pesar de vivir en regiones sumamente frías, a no llevar más vestido que unas pieles, cuya pequeñez deja al descubierto gran parte del cuerpo, y a lavarse en los ríos.

II. Permiten la entrada a los mercaderes más por tener a quien vender el botín de guerra que por deseo de que les llegue algún artículo. Más aún, los germanos no tienen para su uso caballos importados, a los cuales son los galos aficionados en extremo y los pagan a cualquier precio, sino que, ejercitando asiduamente a los del país, pequeños y deformes, consiguen hacerlos sumamente resistentes. En las batallas ecuestres saltan, muchas veces, de los caballos y combaten a pie, y tienen los caballos acostumbrados a permanecer donde los dejan; a los cuales se retiran velozmente cuando es preciso; y nada es a sus ojos más vergonzoso ni cobarde que servirse de monturas. Por lo cual, aunque sean pocos, se atreven a atacar a cualquier número de jinetes que las usen. Está absolutamente prohibida la importación de vino entre ellos, pues creen que con él se debilitan y afeminan los hombres para soportar las fatigas.

III. Consideran como la mayor gloria de su pueblo el que las tierras limítrofes estén desiertas en la mayor extensión posible; en esto ven la prueba de que un gran número de pueblos son incapaces de sostener su empuje. Así se dice que por un lado de los suevos están desiertos unos seiscientos mil pasos de terreno. Por otro lado confinan los ubios, cuyo pueblo fue grande y floreciente, comparado con lo que suelen ser los de los germanos, y son algo más humanos que los demás de su raza, porque limitan con el Rin y porque los mercaderes suelen ir a

ellos con mucha frecuencia, y ellos mismos, a causa de la proximidad, están hechos a las costumbres galas. Si bien los suevos, después de haberlo intentado con repetidas guerras, no pudieron expulsar a los ubios de su territorio, dada la extensión y el gran número de habitantes de este pueblo, los hicieron, sin embargo, tributarios y redujeron grandemente su población y sus fuerzas.

IV. La misma suerte corrieron los usípetes y tencteros, arriba mencionados, los cuales resistieron durante muchos años el empuje de los suevos; pero, al fin, expulsados de sus tierras y después de peregrinar tres años por muchos lugares de Germania, llegaron al Rin. Habitaban estas comarcas los menapios, que poseían tierras, caseríos y aldeas en ambas orillas del río: mas, aterrados por la afluencia de tan gran multitud, emigraron de los caseríos que tenían al otro lado del río y, estableciendo guarniciones del lado de acá, estorbaban el paso a los germanos. Estos, después de poner en juego todos los medios, viendo que no podían combatirlos por la fuerza, a causa de la escasez de naves, ni pasar el río ocultamente, por estorbarlo las guardias de los menapios, fingieron retirarse a las regiones donde antes se hallaban establecidos y, habiéndose alejado durante tres días, dieron la vuelta y, desandando este camino en una sola noche con la caballería, cayeron sobre los menapios, incautos y desprevenidos; los cuales, cerciorados por sus exploradores de la marcha de los germanos, habían regresado sin recelo a sus aldeas del otro lado del Rin. Muertos éstos y habiéndose apoderado de sus naves, antes de que los menapios que quedaban de este lado del Rin tuvieran noticia de lo sucedido, pasaron el río y, habiendo ocupado todos sus caseríos, se

alimentaron el resto del invierno con las provisiones que allí encontraron.

V. Informado César de estos sucesos y temiendo la inconstancia de los galos, porque son mudables en sus resoluciones y, por lo común, amigos de novedades, juzgó que no convenía fiarse de ellos. Pues los galos tienen por costumbre obligar a los viajeros a detenerse aun contra su voluntad, y preguntarles lo que cada uno ha oído o visto acerca de cada cosa, y el vulgo de las ciudades suele rodear a los mercaderes, forzándolos a declarar de qué regiones vienen y qué es lo que en ellas han averiguado. Movidos por estas informaciones inseguras, toman, con frecuencia, determinaciones en los más graves asuntos, de lo cual forzosamente han de arrepentirse luego, siendo así que se rigen por rumores inciertos y los más les cuentan mentiras con ánimo de halagar su deseo.

VI. Conociendo esta costumbre, César, para no tener que hacer frente a una guerra más grave, tornó al ejército más pronto de lo que solía. Al llegar allí, halló ya confirmadas sus sospechas: algunos pueblos habían enviado embajadas a los germanos, invitándolos a dejar las orillas del Rin y prometiéndoles que tendrían dispuesto todo lo que ellos pidieran. Los germanos, movidos por esta esperanza, se iban extendiendo cada vez más, y habían llegado ya a las tierras de los eburones y condrusos, que son clientes de los tréveros. César, habiendo convocado a los personajes de más influencia en la Galia, juzgó que debía disimular todo lo que sabía y, después de halagar y confirmar sus ánimos y pedirles gente de a caballo, determinó hacer la guerra a los germanos.

VII. Hecha provisión de trigo y habiendo seleccionado la caballería, se encaminó hacia aquellas comarcas en que sabía que se encontraban los germanos. Y, estando ya a pocas jornadas de ellos, recibió emisarios suyos, que vinieron a decir lo siguiente: Que los germanos no tomaban la iniciativa en declarar la guerra al pueblo romano, pero que tampoco rehusaban empuñar las armas, si se los provocaba, pues era tradición suya, heredada de sus mayores, resistir, sin tratar de detener con súplicas, a cualquiera que les hiciese guerra. Sin embargo, le hacían presente que habían venido allí contra su propia voluntad, echados de su patria; que, si los romanos querían su amistad, podían serles amigos útiles; que o les asignaran tierras o les dejaran ocupar las que poseían por derecho de guerra. Que ellos sólo reconocían superiores a los suevos, con quienes ni siquiera los dioses inmortales podían enfrentarse; fuera de éstos, no había en la tierra nadie a quien ellos no fueran capaces de vencer.

VIII. A esto respondió César lo que tuvo por conveniente, terminando con las siguientes consideraciones: Que no podía tener con ellos amistad alguna, si se quedaban en la Galia; y que no era justo que quienes no habían podido defender sus tierras ocuparan las ajenas; que, por lo demás, no había en la Galia terrenos desocupados que pudieran ser adjudicados sin injusticia, especialmente a una multitud tan grande; pero que, si querían, podían establecerse en los territorios de los ubios, de los cuales acababa de recibir emisarios, que se quejaban de las injusticias de los suevos y le pedían socorro; que él se lo ordenaría a los ubios.

IX. Los emisarios dijeron que llevarían a los suyos esta respuesta y que, una vez tratado el asunto, volverían a César

después de tres días; le pidieron que mientras tanto no llevara más adelante el ejército. César dijo que ni siquiera esto podía otorgarles. Pues sabía que ellos, pocos días antes, habían enviado gran parte de su caballería a las tierras de los ambivaritos, al otro lado del Mosa, a hacer botín y provisión de trigo; pensaba que estaban esperando a estos jinetes y que por tal motivo trataban de interponer aquella tregua.

X. El Mosa nace en los montes de los Vosgos, enclavados en los territorios de los lingones, y, a una distancia del Océano que no excede los 80.000 pasos, desemboca en el Rin. El Rin, a su vez, nace en tierras de los lepontios, que habitan en los Alpes, y, después de correr largo trecho a través de las tierras de los nantuates, helvecios, secuanos, mediomátricos, tribocos y tréveros con rápida corriente, al aproximarse al Océano, se divide en varios brazos, formando muchas y grandes islas, gran parte de las cuales están habitadas por gentes fieras y bárbaras, entre las que se cuentan aquellos que, según se cree, se alimentan de peces y de huevos de aves, y desemboca en el Océano por muchas bocas.

XI. Cuando ya no distaba César más de 12.000 pasos del enemigo, vuelven a él los emisarios, según se había convenido; habiéndose encontrado con él durante la marcha, le rogaban muy encarecidamente que no siguiera adelante. Cuando vieron que no lo conseguían, le pedían que enviara orden a los jinetes que se habían adelantado al grueso del ejército, prohibiéndoles combatir, y que a ellos les permitiera enviar legados a los ubios; pues, si los jefes y el senado de éstos les juraban fiel amistad, ellos prometían aceptar las condiciones que César les impusiera; que, para llevar a cabo estas cosas, les concediera un plazo de tres

días. Consideraba César que todas estas cosas tenían un solo objeto, que era el dar lugar, con la tregua de tres días, a que regresaran los jinetes que tenían lejos; con todo, dijo que aquel día no avanzaría más de 4.000 pasos, para llegar a sitio donde tuviera agua; que se reunieran allí al día siguiente los más posibles a fin de que él pudiera examinar sus peticiones. Mientras tanto, envió mensajeros a los prefectos que se habían destacado con toda la caballería, con orden de no atacar a los enemigos y que, si ellos eran atacados, no hicieran más que defenderse hasta que él llegase más cerca con el ejército.

XII. Pero los enemigos, tan pronto como divisaron a nuestros jinetes, cuyo número era de 5.000, no pasando ellos de 800, porque aún no estaban de vuelta los que habían ido al otro lado del Mosa a hacer provisión de trigo, estando los nuestros absolutamente desprevenidos, puesto que los legados de aquéllos acababan de despedirse de César y ellos mismos habían pedido este día de tregua, cayeron sobre los nuestros y rápidamente los desordenaron; al oponerles nueva resistencia, saltaron ellos a tierra según su costumbre y, habiendo herido a nuestros caballos por el vientre y derribado algunos jinetes, pusieron a los demás en fuga, y tal pavor les infundieron, que no cesaron de correr hasta que llegaron a vista de nuestro ejército. Murieron en aquel combate 74 de nuestros jinetes, entre ellos Pisón de Aquitania, varón muy esforzado, de familia nobilísima, cuyo abuelo había ocupado el trono en su país, habiéndole otorgado nuestro senado el título de amigo. Este, acudiendo en socorro de su hermano, copado por los enemigos, lo libró del peligro; pero, derribado él por haber sido herido su caballo, resistió, mientras pudo, con gran denuedo; mas, como, habiéndole cercado, cayese después de recibir muchas heridas,

alcanzando a ver esto su hermano, que ya había salido del combate, se lanzó al galope sobre los enemigos y halló la muerte.

XIII. Después de este combate, pensaba César que ya no debía oír a los emisarios ni admitir condiciones de quienes dolosamente y a traición, después de pedir la paz, habían hecho espontáneamente la guerra; por otra parte, esperar a que aumentaran las fuerzas de los enemigos y regresara su caballería, le parecía insigne locura, y, conociendo la volubilidad de los galos, no se le ocultaba cuán gran prestigio habían conseguido a sus ojos los enemigos con un solo combate; a los cuales no convenía dar espacio alguno para adoptar medidas. Tomadas estas resoluciones y habiendo comunicado a los legados y al cuestor su determinación de no dilatar un solo día el presentar batalla, sucedió muy oportunamente que, al día siguiente por la mañana, los germanos, usando de la misma perfidia y disimulo, vinieron al campamento de César en gran número, con todos sus principales personajes y ancianos, según decían, para excusarse de que el día anterior, contrariamente a lo convenido y a lo que ellos mismos habían solicitado, se hubiera trabado batalla y, al mismo tiempo, a ver si con engaños podían lograr alguna cosa en orden a las treguas. César, contento de que se hubieran puesto a su alcance, mandó detenerlos; después sacó todas sus tropas del campamento y ordenó que la caballería siguiera al grueso del ejército, porque le parecía que todavía estaba amedrentada por el reciente combate.

XIV. Formadas las tropas en tres cuerpos y avanzando rápidamente ocho millas, llegó frente al campamento de los enemigos antes de que los germanos pudieran conocer lo que se tramaba. Aterrados éstos súbitamente por todos conceptos, no

sólo por la rapidez de nuestra llegada sino también por la ausencia de los suyos, sin tiempo para deliberar ni empuñar las armas, caen en gran confusión sin saber si debían lanzar sus tropas contra el enemigo o defender el campamento o buscar la salvación en la huida. Conocido su temor por el griterío y tumulto, nuestros soldados, espoleados por la traición de la víspera, irrumpieron contra el campamento. Allí, los que pudieron empuñar pronto las armas opusieron a los nuestros alguna resistencia y trabaron combate entre los carros y la impedimenta; pero la restante multitud de niños y mujeres (pues habían salido de su país y pasado el Rin con todos los suyos) comenzó a huir a la desbandada: para perseguirlos envió César la caballería.

XV. Los germanos, al oír a sus espaldas el clamor de los suyos que perecían, arrojando las armas y abandonando las enseñas se echaron fuera del campamento, y, habiendo llegado a la confluencia del Mosa y del Rin, perdida la esperanza de seguir huyendo y muertos ya gran número de ellos, los restantes se precipitaron al río y allí, oprimidos por el temor, el cansancio y la fuerza de la corriente, perecieron. Los nuestros se retiraron al campamento sin perder un solo hombre y con muy pocos heridos, libres ya de guerra tan temible, pues el número de los enemigos alcanzaba a 430.000 almas. César dio permiso para marchar a aquellos que había retenido en el campamento. Ellos, temiendo el castigo y los tormentos de los galos, cuyos campos habían devastado, dijeron que preferían quedarse con él. César los dejó en libertad.

XVI. Concluida la guerra con los germanos, determinó César pasar el Rin, por muchas razones; entre las cuales fue la de más

peso que, viendo que los germanos se resolvían fácilmente a pasar a la Galia, quiso que también ellos temieran por su propio país, al comprender que el ejército del pueblo romano tenía fuerza y valor para pasar el Rin. A esto se añadía que aquella parte de la caballería de los usipetes y tencteros que, según dije arriba, había pasado el Mosa para hacer botín y provisión de trigo y no había intervenido en la batalla, después de la huida de los suyos. se había refugiado al otro lado del Rin en el territorio de los sugambros, uniéndose con éstos. Habiéndoles enviado César mensajeros a pedir que le entregasen aquellos que habían hecho la guerra contra él y contra la Galia, respondieron: que el imperio del pueblo romano terminaba en el Rin; si no le parecía justo que los germanos pasaran a la Galia contra su voluntad, ¿por qué pretendía tener dominio o jurisdicción al otro lado del río? Por su parte los ubios, que eran los únicos entre los transrenanos que habían enviado emisarios a César, pactando alianza con él y entregándole rehenes, le pedían con grandes instancias que los socorriera, pues se veían gravemente molestados por los suevos: o que, si las ocupaciones del gobierno le impedían hacerlo, por lo menos pasara el ejército al otro lado del Rin: esto les bastaría de momento como socorro y les daría esperanza para el futuro. Tan grande era el renombre y prestigio de su ejército, incluso ante los más remotos pueblos germanos, después de derrotar a Ariovisto y conseguir esta reciente victoria, que podían estar seguros con la fama y amistad del pueblo romano. Prometían gran número de naves para transportar el ejército.

XVII. César, por los motivos que dejo expuestos, había determinado pasar el Rin; pero atravesarlo en naves ni le parecía bastante seguro ni lo juzgaba propio de su dignidad ni de la del

pueblo romano. Así, pues, aunque la construcción de un puente ofrecía grandísima dificultad a causa de la anchura, rapidez y profundidad del río, creía, sin embargo, que debía acometer esta empresa o, de otro modo, no pasar el ejército. El procedimiento que siguió en la construcción del puente fue éste. Hacía unir, con una separación de dos pies, dos maderos de pie y medio de grueso, ligeramente aguzados por abajo y medidos con arreglo a la profundidad del río. Metidos éstos y encajados con máquinas dentro del río, clavábalos con mazas, no perpendicularmente, a manera de postes, sino inclinados oblicuamente, en la dirección de la corriente del río: frente a éstos, unidos del mismo modo y a una distancia de cuarenta pies más abajo, fijaba otros dos, opuestos al ímpetu de la corriente. Unos y otros eran sujetados en su extremidad, por ambas partes, con dos clavijas, después de encajar vigas de dos pies de grueso en la separación que quedaba entre aquellos maderos; separados así y ligados en dirección opuesta, era tan grande la solidez de la construcción, basada en su misma naturaleza, que, cuanto mayor fuera el ímpetu del río, tanto más estrechamente se adherían unas partes a otras. Se trababan entre sí con madera echada encima a lo largo y se cubrían con travesaños y zarzos; de igual modo se plantaban postes oblicuamente, por la parte inferior del río, para que, puestos a modo de ariete y unidos con toda la obra, sostuvieran el ímpetu de la corriente, y asimismo otros de la parte de arriba del puente, a mediana distancia, para que, si los bárbaros enviaban troncos o naves con el fin de deshacer la obra, con estas defensas, disminuyese la violencia de los choques y no pudiesen perjudicar al puente.

XVIII. Acabada la obra a los diez días de comenzarse a reunir los materiales, pasa el ejército. César, dejando una fuerte

guarnición a ambos lados del puente, se dirige a las tierras de los sugambros. Mientras tanto, le llegan emisarios de diversos pueblos, en petición de paz y amistad; a todos ellos responde con generosidad y les manda traerle rehenes. Pero los sugambros, habiendo preparado la huida desde el momento en que comenzó a construirse el puente, por exhortación de aquellos tenderos y usipetes que tenían consigo, habían salido de sus territorios, llevándose todas sus cosas y escondiéndose en la soledad de las selvas.

XIX. César, habiéndose detenido en esta comarca pocos días, después de incendiar todas sus aldeas y caseríos y cortar sus trigos, se retiró a los territorios de los ubios y, prometiéndoles su ayuda si eran vejados por los suevos, supo por confesión de ellos lo siguiente: que los suevos, luego que por medio de sus espías tuvieron noticia de la construcción del puente, reunida asamblea según su costumbre, habían enviado mensajeros a todas partes para que abandonaran las ciudades, ocultaran en las selvas a sus hijos, mujeres y todos sus bienes, y todos los que pudieran manejar armas se reunieran en un solo lugar: que había sido elegido éste para tal fin, por ser aproximadamente el centro de aquellas comarcas que ocupaban los suevos; aquí aguardaban la llegada de los romanos y habían determinado dar la batalla decisiva. Cuando César averiguó esto, una vez conseguidos todos los fines que le habían movido a pasar el ejército: infundir miedo a los germanos, vengarse de los sugambros, librar de la opresión a los ubios, habiendo empleado únicamente dieciocho días al otro lado del Rin, juzgando que había logrado suficiente gloria y provecho, se retiró a la Galia y cortó el puente.

XX. Cuando ya faltaba poco para acabarse el verano, César, aunque en estos lugares llega pronto el invierno por estar la Galia situada al Norte, se propuso marchar a Bretaña, porque sabía que en casi todas las guerras de la Galia llegaban de allí socorros para nuestros enemigos y, en caso de que lo avanzado del año no le permitiera hacer la guerra, le parecía, sin embargo, de gran utilidad, aunque no hiciera más que llegar a la isla, ver qué género de hombres la poblaban y reconocer sus parajes, puertos y accesos; todo lo cual ignoraban en general los galos. Pues ni hay quien se aventure a llegar allí, fuera de los mercaderes, ni éstos conocen nada, fuera de la costa y de aquellas comarcas situadas frente a la Galia. En efecto, después de haber convocado mercaderes de todas partes, no pudo averiguar ni la extensión de la isla, ni cuáles y cuán populosas eran las naciones que la habitaban, ni cuál era su manera de guerrear, ni con qué leyes se gobernaban, ni qué puertos había capaces para muchas naves mayores.

XXI. Para enterarse de esto antes de lanzarse a la empresa, envía delante, con una nave ligera, a C. Voluseno, creyendo que era apto para ello. Encárgale que, después de explorarlo todo, vuelva a su lado cuanto antes. Él, personalmente, m archa con todo el ejército al territorio de los morinos, porque desde allí la travesía a Bretaña era la más corta. Ordena que se congreguen aquí naves de todos los puntos de las regiones vecinas y la escuadra que había construido el verano anterior para la guerra contra los vénetos. Mientras tanto, conocido su intento y divulgado por los mercaderes entre los britanos, vienen a él emisarios de todos los pueblos de la isla a ofrecerle rehenes y prestar obediencia al pueblo romano. Habiéndolos oído, después de hacerles grandes promesas y exhortarlos a que

cumplieran fielmente su palabra, los envía de nuevo a su patria, y junto con ellos a Comio, a quien él mismo, después de vencer a los atrebates, había establecido allí como rey, cuyo valor y prudencia le satisfacían, y al mismo tiempo lo consideraba adicto, y cuya reputación era grande en estas regiones. Encárgale que vaya a todos los pueblos que pueda y los exhorte a colocarse bajo la protección del pueblo romano, anunciándoles su pronta llegada. Voluseno, exploradas todas las regiones que podía explorar un hombre que no se atrevía a salir de la nave y confiarse a los bárbaros, vuelve junto a César al quinto día y le comunica lo que allí había visto.

XXII. Mientras César permanece en estos lugares para preparar naves, vinieron a él emisarios de gran parte de los morinos, a excusarse de la determinación que antes habían tomado; que, por ser ellos bárbaros y no acostumbrados a nuestros usos, habían hecho la guerra al pueblo romano, mientras que ahora prometían hacer lo que él ordenase. Juzgando César que esto le venía bien, porque ni quería dejar enemigos a su espalda ni la estación del año le permitía prolongar la guerra ni le parecía bien anteponer estas ocupaciones sin importancia a la guerra de Bretaña, les exige un gran número de rehenes. Una vez entregados, los recibió en su amistad. Reunidas y aprestadas cerca de ochenta naves de carga, que a su parecer bastaban para transportar dos legiones, distribuyó las otras naves largas que tenía al cuestor, a los legados y a los prefectos. Quedaban todavía diez y ocho naves de carga, que estaban detenidas por el viento a ocho mil pasos de aquel lugar y no podían llegar a aquel mismo puerto: éstas las asignó a los jinetes. El resto del ejército lo dejó a cargo de los legados Q. Titurio Sabino y L. Aurunculeyo Cota, para que lo condujesen contra

los menapios y aquellos distritos de los morinos que no le habían enviado emisarios: al legado P. Sulpicio Rufo, con la guarnición que le pareció suficiente, le encomendó la defensa del puerto.

XXIII. Adoptadas estas medidas, tan pronto como tuvo viento favorable para navegar, levó anclas hacia la media noche y ordenó a la caballería avanzar hasta el puerto de más arriba, embarcarse y seguirle. Como ésta no hubiese maniobrado con la debida rapidez, él con las primeras naves arribó a Bretaña a eso de las diez de la mañana y allí vio las tropas enemigas armadas y ocupando todas las colinas. La naturaleza de aquel lugar era tal y el m ar estaba tan estrechado por los montes, que desde las alturas podían llegar los disparos a la costa. No juzgando este lugar a propósito para desembarcar, echó anclas y esperó hasta las doce, mientras llegaban allí las demás naves. Mientras tanto, convocando a los legados y a los tribunos militares, les manifestó las noticias que le había dado Voluseno y el plan que se había trazado, y les exhortó a que lo hicieran todo a la menor insinuación y en el acto, según lo requería la estrategia y especialmente las operaciones marítimas, de suyo tan variables y expuestas a cambios repentinos. Habiéndolos despedido y logrando a un mismo tiempo viento y marea favorables, dada la señal y levadas las anclas, avanzó unos siete mil pasos desde aquel lugar y fondeó las naves en una playa abierta y despejada.

XXIV. Pero los bárbaros, conociendo el designio de los romanos, enviando delante la caballería y los carros armados, de los cuales suelen hacer gran uso en las batallas, y siguiendo detrás con las demás tropas, impedían a los nuestros el desembarco. La dificultad era grandísima, porque las naves, a causa de su gran tamaño, no podían fondear sino m ar adentro, y los soldados, en

parajes desconocidos, con las manos embarazadas y abrumados por el gran peso de las armas, al mismo tiempo tenían que saltar de las naves, mantenerse entre las olas y luchar con los enemigos, mientras que éstos, desde tierra seca o con sólo meterse un poco en el agua, completamente desembarazados y conociendo palmo a palmo el terreno, disparaban audazmente y espoleaban sus caballos avezados al mar. Acobardados los nuestros por todo esto y totalmente desconocedores de este género de lucha, no mostraban el ánimo y brío que solían en los combates de tierra.

XXV. Advirtiéndolo César, ordenó que las naves largas, cuyo aspecto era más extraño para los bárbaros y su ligereza más apta para maniobrar, se apartaran un poco de las de carga y, a fuerza de remos, se situaran al costado descubierto de los enemigos y, desde allí, con hondas, flechas y ballestas, atacaran y alejaran al enemigo; medida ésta de gran provecho para los nuestros. Pues los bárbaros, aterrados por el aspecto de las naves y por el movimiento de los remos y por aquellas máquinas de guerra nunca vistas, pararon y retrocedieron un poco. Entonces, como vacilasen nuestros soldados, sobre todo ante la profundidad del mar, el que llevaba el águila de la décima legión, invocando a los dioses para que la empresa resultase feliz a la legión, dijo: *Soldados, saltad al agua, si no queréis entregar el águila a los enemigos; yo, ciertamente, he de cumplir mi deber con la república y con el general.* Habiendo dicho esto a grandes voces, se arrojó de la nave y comenzó a avanzar con el águila hacia los enemigos. Entonces los nuestros, animándose unos a otros a impedir tal deshonra, saltaron todos de la nave. Cuando vieron esto los de las naves próximas, los siguieron y se aproximaron a los enemigos.

XXVI. Se luchó por ambas partes con denuedo. Pero los nuestros, al no poder mantener las filas ni hacer pie con seguridad ni seguir las enseñas, y habiéndose agregado unos de una nave y otros de otra a las primeras enseñas que encontraban, andaban en gran desorden; en cambio los enemigos, que conocían todos los vados, tan pronto como desde la costa veían algunos aislados que salían de la nave, espoleando los caballos, los atacaban en medio de su embarazo, rodeando muchos a pocos, mientras otros disparaban contra el grueso de los nuestros por el lado descubierto. Habiéndolo advertido César, mandó llenar de soldados los esquifes de las naves largas y asimismo las barcas exploradoras y, a los que veía apurados, les enviaba socorro. Los nuestros, tan pronto como pisaron en seco, seguidos de todos los suyos, arremetieron contra los enemigos y los pusieron en fuga; y, si no los persiguieron más lejos, fue porque la caballería no había podido mantener el rumbo ni alcanzar la isla. Esto fue lo único que faltó a César para su antigua fortuna.

XXVII. Los enemigos, perdida la batalla, tan pronto como se recobraron de la huida, enviaron emisarios de paz a César, prometiendo que darían rehenes y harían lo que él ordenase. Junto con estos emisarios vino Comio el atrebate, que, según dije arriba, había sido enviado antes por César a Bretaña. Habiendo éste desembarcado, al ir a comunicarles las órdenes de César, lo habían apresado y puesto en cadenas; entonces, después de la batalla, lo soltaron y, al pedir la paz, echaron la culpa de aquel atentado al populacho y pidieron que se lo perdonase teniendo en cuenta su ignorancia. César, echándoles en cara el que después de haberle pedido la paz espontáneamente, enviándole emisarios al continente, le hubiesen hecho guerra sin motivo alguno, dijo que perdonaba su yerro y les exigió rehenes; parte

de éstos, se los entregaron al punto; otra parte, que habían mandado traer de más lejos, dijeron que la darían pocos días después. Mientras tanto, ordenaron a los suyos que regresaran a los campos, y de todas partes comenzaron a acudir los jefes, recomendando sus personas y pueblos a César.

XXVIII. Confirmada así la paz, a los cuatro días de haberse llegado a Bretaña, las dieciocho naves en que, según queda dicho, se habían embarcado los jinetes, se hicieron a la m ar desde el puerto superior con viento favorable. Cuando se acercaban a Bretaña y ya se divisaban desde el campamento, se levantó de pronto tal tormenta que ninguna de ellas pudo conservar el rumbo, y unas regresaron al punto de donde habían salido, mientras que las otras fueron arrojadas a la parte inferior de la isla, que está más hacia occidente, con gran peligro de naufragar; éstas, sin embargo, como, habiendo echado las anclas, fuesen inundadas por las olas, se vieron obligadas, adentrándose en la noche, a salir a alta m ar y dirigirse al continente.

XXIX. Aconteció aquella misma noche haber luna llena, cosa que suele producir en el Océano mareas grandísimas, lo cual era desconocido para los nuestros. De este modo, la marea había inundado al mismo tiempo las naves largas que César había dispuesto para transportar el ejército y que había hecho sacar a tierra, y la tormenta maltrataba las de transporte, que estaban ancladas, sin que los nuestros tuvieran medio alguno de maniobrar ni de socorrerlas. Rotas muchas naves e inutilizadas las restantes para la navegación por haber perdido los cables, las anclas y los demás aparejos, se produjo, como era forzoso, una gran turbación en todo el ejército. Pues ni quedaban otras naves en que pudieran regresar, ni había medio alguno de reparar las

averiadas, ni se había hecho en estos lugares provisión de trigo para el invierno, por estar todos persuadidos de que se había de invernar en la Galia.

XXX. Enterados de esta situación, los principales de Bretaña, que después de la batalla habían acudido a César, conferenciaron entre sí y, viendo que los romanos estaban faltos de caballería, de naves y de trigo, y conociendo el pequeño número de soldados por la pequeñez del campamento, el cual era todavía más reducido por haber César transportado las legiones sin bagajes, creyeron que lo mejor que podían hacer era rebelarse e impedir a los nuestros el aprovisionamiento de trigo, prolongando la campaña hasta el invierno, porque, vencidos éstos o estorbado su regreso, confiaban en que nadie volvería a pasar a Bretaña para hacerles guerra. Así, pues, hecha una nueva conjuración, empezaron a marcharse poco a poco del campamento y a convocar ocultamente a los suyos de los campos.

XXXI. César, por su parte, aun cuando todavía no tenía noticia de sus planes, por la desgracia ocurrida a sus naves y por la dilación en darle los rehenes sospechaba que iba a suceder lo que en efecto acaeció. En vista de ello, hacía acopio de recursos en previsión de cualquier contingencia. Pues diariamente acarreaba trigo de los campos al campamento y empleaba la madera y el bronce de las naves más averiadas para reparar las otras y mandaba traer del continente todo lo que podía ser de provecho a sus planes. De este modo, gracias al celo extraordinario de los soldados, perdiendo doce naves, logró que con las otras pudiera navegarse cómodamente.

XXXII. Mientras esto se hacía, habiendo enviado a recoger trigo, según costumbre, una legión, que era la séptima, sin que hubiera hasta aquel momento la menor sospecha de guerra, pues parte de los isleños permanecía en los campos y otros incluso seguían frecuentando el campamento, los que estaban de guardia ante las puertas de éste comunicaron a César que en aquella parte por donde la legión había ido se veía una polvareda mayor que de costumbre. Sospechando César lo que era, que los bárbaros hubiesen cometido un nuevo atentado, ordenó que las cohortes que estaban de guardia marcharan con él hacia allá, que las sustituyeran en la guardia dos de las restantes y que las demás se armaran y le siguieran inmediatamente. Apenas se hubo alejado un poco del campamento, vio que los suyos eran apremiados por el enemigo y que a duras penas se defendían y que, por estar apiñada la legión, de todas partes llovían sobre ellos los disparos. Pues, segado ya todo el trigo de las demás partes y quedando una sola por segar, sospechando los enemigos que los nuestros irían a ésta, se habían emboscado por la noche en las selvas; y, cayendo súbitamente sobre los nuestros, que, puestas a un lado las armas, andaban dispersos y ocupados en segar, matando a unos pocos, a los demás, antes de que pudieran agrupar las filas, los desordenaron rodeándolos al mismo tiempo con la caballería y los carros.

XXXIII. Su modo de luchar desde los carros es éste. Primeramente avanzan por todas partes disparando dardos, y con el mismo terror que infunden sus caballos y con el estrépito de las ruedas suelen desordenar las filas, y, una vez que se introducen entre los escuadrones de los jinetes, saltan de los carros y combaten a pie. Mientras tanto los aurigas van retirándose poco a poco de la batalla y sitúan los carros de tal

modo que, si aquéllos se ven apremiados por la multitud de los enemigos, tienen libre la retirada hacia los suyos. De esta manera unen en la batalla la rapidez de los jinetes con la firmeza de los infantes, y es tal la destreza que les da el continuo ejercicio que, aun en los parajes pendientes y escabrosos, hacen parar a los caballos lanzados al galope, los refrenan en seguida y les hacen dar vuelta, estando ellos acostumbrados a correr por el timón, a mantenerse en pie sobre el yugo y a volver de allí rapidísimamente a los carros.

XXXIV. A esta situación en que se hallaban los nuestros, desconcertados por la novedad del combate, puso remedio César en el momento más oportuno: pues, con su llegada, detuviéronse los enemigos y los nuestros se recobraron de su miedo. Hecho lo cual, juzgando que la ocasión no era propicia para provocar al enemigo ni para trabar combate, se mantuvo quieto en su puesto y, poco tiempo después, retiró las legiones al campamento. Mientras se desarrollaban estos sucesos, estando todos los nuestros ocupados, los britanos que aún quedaban en los campos marcharon de ellos. Siguiéronse durante muchos días fuertes temporales que impedían a los nuestros la salida del campamento y a los enemigos el combate. Mientras tanto los bárbaros despacharon mensajeros a todas partes, manifestando a los suyos el corto número de los nuestros y haciéndoles ver cuán buena ocasión tenían de hacer botín y asegurar para siempre la libertad, si expulsaban a los romanos del campamento. Reunida de este modo con rapidez gran multitud de infantería y caballería, vinieron contra nuestro campamento.

XXXV. César, aunque veía que iba a suceder lo mismo que los días pasados, que, si los enemigos eran derrotados, escaparían

al peligro gracias a su ligereza, con todo, teniendo a su disposición unos treinta jinetes que había traído consigo Comio el atrebate, del cual se habló antes, puso en orden de batalla las legiones delante del campamento. Trabado el combate, no pudieron los enemigos sostener mucho tiempo el empuje de los nuestros y volvieron las espaldas. Habiéndolos perseguido mientras tuvieron fuerzas para correr tras ellos, m ataron a muchos; después, incendiados todos los caseríos de una gran extensión, se retiraron al campamento.

XXXVI. Aquel mismo día vinieron a César mensajeros enviados por los enemigos a pedir la paz. César les exigió un número de rehenes doble del que antes había pedido y ordenó que fueran llevados al continente, porque, estando próximo el equinoccio, no le parecía conveniente exponerse a navegar en invierno con unas naves averiadas. Así, pues, aprovechando el buen tiempo, poco después de media noche se hizo al m ar con las naves, llegando todas incólumes al continente, aunque dos de las de transporte no pudieron alcanzar los mismos puertos que las demás, sino que arribaron un poco más abajo.

XXXVII. Habiendo desembarcado de estas naves unos trescientos soldados, cuando se dirigían al campamento, los morinos, a los cuales había dejado César pacificados al marchar a Bretaña, movidos por la esperanza de botín, los rodearon, al principio con un número no muy grande de los suyos, y les ordenaron que, si no querían morir, depusieran las armas. Como los nuestros, formando círculo, se defendieran, a las voces de los enemigos acudieron unos seis mil hombres. Apenas tuvo noticia de ello César, envió en socorro de los suyos toda la caballería que tenía en el campamento. Entre tanto nuestros soldados

sostuvieron el empuje de los enemigos y lucharon con gran valentía más de cuatro horas, logrando, sin ser heridos más que unos pocos, matar a muchos de los contrarios. Pero, luego que apareció nuestra caballería, los enemigos, arrojando las armas, volvieron las espaldas y se hizo en ellos gran matanza.

XXXVIII. Al día siguiente envió César al legado T. Labieno con aquellas legiones que había retirado de Bretaña contra los morinos, que se habían rebelado. Los cuales, no teniendo donde refugiarse, por estar secas las lagunas, tras de las cuales se habían amparado el año anterior, vinieron casi todos a poder de Labieno. Por su parte los legados Q. Titurio y L. Cota, que habían conducido sus legiones al país de los menapios, después de asolar todas sus tierras, cortar sus trigos e incendiar sus caseríos, en vista de que todos los menapios se habían escondido en bosques espesísimos, volvieron a reunirse con César. Este dispuso los cuarteles de invierno de todas las legiones entre los belgas. Dos fueron en total los pueblos de Bretaña que allí enviaron rehenes, los demás no se ocuparon de ello. Concluidas estas empresas, en vista de las cartas de César decretó el senado fiestas públicas durante veinte días.

LIBRO V

I. En el consulado de L. Domicio y Ap. Claudio, al partir César de los cuarteles de invierno para Italia, como solía hacer todos los años, ordena a los legados que había puesto al frente de las legiones que procuren construir en el invierno el mayor número posible de naves y reparar las viejas. Les indica las medidas y forma que han de tener. Para cargarlas con más rapidez y sacarlas a tierra fácilmente, las hace más bajas que las que solemos usar en el Mediterráneo, tanto más cuanto que sabía que, por los continuos cambios de las mareas, las olas eran allí más pequeñas; para el transporte de carga y de acémilas, las hace algo más anchas que las que solemos usar en los otros mares. Ordena que se hagan todas ligeras, a lo cual contribuye mucho la escasa altura. Manda que los aparejos sean traídos de España. Él, por su parte, una vez clausuradas las asambleas de la Galia citerior, marcha al Ilírico, pues tenía noticia de que la frontera de aquella provincia era devastada por las correrías de los pirustas. Habiendo llegado allí, ordena a las ciudades reclutar soldados y congregarlos en un lugar determinado. Enterados de esto los pirustas, le envían mensajeros a decir que nada de lo sucedido se había hecho por acuerdo público, y le manifiestan que se hallan dispuestos a darle satisfacción cumplida por los perjuicios

ocasionados. César, después de escucharlos, les exige rehenes y ordena que se los traigan para un día determinado: de no hacerlo así, asegura que les hará guerra sin cuartel. Presentados los rehenes en el día señalado, establece jueces que, arbitrando entre las ciudades, tasen los daños y determinen el castigo.

II. Tomadas estas medidas y concluidas las asambleas, regresa a la Galia citerior, y de allí marcha a reunirse con el ejército. Llegado allí, recorriendo todos los campamentos de invierno, halló equipadas, gracias al extraordinario celo de los soldados y a pesar de la escasez de todas las cosas, cerca de seiscientas naves de la clase que hemos dicho arriba y veintiocho largas, todas las cuales podrían ser botadas al agua pocos días más tarde. Después de felicitar a los soldados y a los que habían estado al frente de la empresa, manifiesta sus intenciones y ordena reunirías todas en el puerto Icio, desde el cual sabía que era muy cómoda la travesía a Bretaña, salvando una distancia de unos treinta mil pasos desde el continente; para esto destinó el número de soldados que le pareció bastante. Él, por su parte, marcha con cuatro legiones armadas a la ligera y ochocientos jinetes al país de los tréveros, en vista de que éstos ni acudían a las asambleas ni obedecían sus órdenes y se decía que andaban solicitando a los germanos del otro lado del Rin.

III. Este pueblo es con mucho el más poderoso de toda la Galia en caballería y, además, tiene grandes tropas de infantería y limita con el Rin, según dejamos dicho. Dos eran los que se disputaban la primacía entre los tréveros, Induciomaro y Cingetórix; el segundo de los cuales, tan pronto como se tuvieron noticias de la llegada de César con las legiones, fue a presentársele y aseguró que él y todos los suyos guardarían

lealtad y no se apartarían de la amistad del pueblo romano, manifestándole, al mismo tiempo, lo que sucedía entre los tréveros. Pero Induciomaro empezó a reunir caballería e infantería y a prepararse para la guerra, después de ocultar a los que no podían manejar las armas por la edad en la selva de las Ardenas, que, en su enorme extensión, pasa por medio del territorio de los tréveros desde el Rin hasta la frontera de los remos. Mas, luego que algunos principales de aquel pueblo, no sólo movidos por la amistad de Cingetórix, sino también asustados por la llegada de nuestro ejército, fueron a César y comenzaron a tratar con él de sus intereses particulares, ya que no podían, a su juicio, mirar por los de la república, temiendo ser abandonado por todos, envía mensajeros a César para hacerle presente: Que él no había querido apartarse de los suyos y presentarse a César con el fin de mantener al pueblo en el deber más fácilmente, no fuera que la plebe se desmandase a causa de su ignorancia al faltarle toda la nobleza: que, en efecto, el pueblo estaba en sus manos y que él, si César daba licencia, iría a verle al campamento y le confiaría su propia suerte y la de su pueblo.

IV. César, aunque sabía por qué se le decía todo esto y qué motivo le había apartado de su propósito, para no verse obligado a pasar la buena estación entre los tréveros hechos ya todos los preparativos para la guerra de Bretaña, ordenó a Induciomaro presentarse con doscientos rehenes. Traídos éstos, entre ellos su hijo y todos sus parientes, los cuales César había pedido expresamente, consoló a Induciomaro y le exhortó a perseverar en la fidelidad prometida; no por eso dejó de convocar a los jefes de los tréveros, recomendando a cada uno de ellos la amistad de Cingetorix, por entender que no sólo se debía así a los

merecimientos de éste, sino que, además, era muy importante que tuviera entre los suyos la mayor influencia posible quien tan firme adhesión le había demostrado. Llevó esto muy a mal Induciomaro, que su influjo entre los suyos fuera aminorado, y, si ya antes nos odiaba, ahora, con este resentimiento, quedó mucho más irritado.

V. Dispuestas así las cosas, llega César con las legiones al puerto Icio. Allí tiene noticia de que sesenta naves que habían sido construidas en el país de los meldos, rechazadas por el temporal, no habían podido mantener el rumbo y habían regresado a su punto de partida; halló las demás dispuestas para navegar y equipadas con todos los pertrechos. Allí mismo se reunió la caballería de toda la Galia, en número de cuatro mil jinetes, y lo más florido de todos los pueblos. De todos éstos había resuelto dejar en la Galia a muy pocos cuya fidelidad le era conocida, y llevar consigo a los demás en calidad de rehenes, pues temía que en su ausencia se produjera un levantamiento de la Galia.

VI. Hallábase entre ellos el heduo Dumnórix, del cual hemos hablado arriba. A éste principalmente había determinado llevar consigo, porque sabía que era amigo de novedades y de mandar, hombre de mucho brío y de gran autoridad entre los galos. A esto se añadía que Dumnórix había dicho en la asamblea de los heduos que César le ofrecía el reino: ofensa de que los heduos estaban muy resentidos, sin que se atreviesen a enviar emisarios a César para manifestar su oposición o suplicarle en contrario. César sabía todo esto de boca de sus huéspedes. Aquél, al principio, se esforzó en conseguir a fuerza de súplicas que se le dejara en la Galia, alegando unas veces que temía al m ar por no

estar acostumbrado a navegar, otras, que se lo impedían deberes religiosos. Cuando se convenció de que todos sus ruegos serían inútiles y perdió toda esperanza de conseguir lo que pedía, comenzó a soliviantar a los principales de la Galia, a infundirles miedo, a hablarles a solas y exhortarlos a permanecer en el continente, haciéndoles ver que no sin motivo se despojaba a la Galia de toda su nobleza; que tal determinación de César tenía por objeto degollar, después de pasarlos a Bretaña, a todos aquellos que no se atrevía a m atar en presencia de toda la Galia; empeñaba su palabra con los que se quedaban y les pedía juramento de que habían de hacer de común acuerdo lo que viesen que era provechoso para la Galia. Todos estos manejos llegaban a conocimiento de César por delación de muchos.

VII. Sabiendo esto César, en vista de la gran estimación que le merecía el pueblo heduo, procuraba reprimir y refrenar a Dumnórix por todos los medios posibles; mas, viendo que su locura iba cada vez más lejos, juzgó necesario tomar medidas para que ni a él ni a la paz pública pudiera acarrear daño. Así, pues, habiéndose detenido cerca de veinticinco días en aquel lugar por impedirle la navegación el cierzo, que suele soplar allí gran parte del año, se esforzaba en tener a raya a Dumnórix, sin dejar por eso de averiguar todos sus designios: al fin, aprovechando un viento favorable, manda embarcarse a la infantería y a la caballería. Mas, cuando todos estaban atentos a esto, Dumnórix con los jinetes heduos, sin conocimiento de César, se encaminó a su tierra. César, tan pronto como tuvo noticia de ello, aplazando la marcha y posponiendo todo lo demás, envía en su persecución gran parte de la caballería y manda que se lo traigan; en caso de que oponga resistencia y se niegue a obedecer, ordena que lo maten, juzgando que en su

ausencia nada bueno haría quien, estando él presente, había despreciado su autoridad. En efecto, habiéndosele dado el alto, Dumnórix intentó resistir y defenderse a mano armada, invocando la fidelidad de los suyos y repitiendo a voces que él era hombre libre y de un pueblo libre. Los nuestros, cumpliendo la orden recibida, lo cercaron y le dieron muerte; pero los jinetes heduos volvieron todos a César.

VIII. Después de estos sucesos, dejando a Labieno en el continente con tres legiones y dos mil jinetes, para que defendiera los puertos, se cuidara del aprovisionamiento de trigo y observara los movimientos de la Galia, tomando las medidas que el tiempo y las circunstancias le aconsejaran, él, con cinco legiones y un número de jinetes igual al que dejaba en el continente, levó anclas al ponerse el sol y, navegando a impulsos de un ábrego suave, al calmarse éste a eso de media noche, perdió el rumbo y, llevado a notable distancia por la corriente, advirtió a la mañana siguiente que Bretaña le quedaba a la izquierda. Siguiendo entonces de nuevo el cambio de la marea, trató de alcanzar a fuerza de remos aquella parte de la isla que, por lo que había observado el verano anterior, ofrecía mayor comodidad para el desembarco. En este lance fue muy de alabar el esfuerzo de los soldados, que, a pesar de navegar en barcazas de carga y pesadas, no cansándose de remar, igualaron la velocidad de las naves largas. Arribaron a Bretaña todas las naves a eso de medio día, sin que en el lugar se dejara ver enemigo alguno; pero, según César averiguó más tarde por los cautivos, habiéndose reunido allí grandes contingentes, aterrados por la multitud de naves, que, junto con las del año anterior y las que muchos particulares habían fletado por su conveniencia,

aparecieron a la vez en número que sobrepasaba las ochocientas, se habían retirado de la playa, refugiándose en las alturas.

IX. César, desembarcado el ejército y elegido un lugar apropiado para el campamento, luego que supo por los cautivos dónde se habían apostado los enemigos, dejando a orillas del m ar diez cohortes y trescientos jinetes para defensa de las naves, después de media noche se dirigió contra los enemigos, siendo menor la preocupación' que le causaban aquéllas, por dejarlas ancladas en una playa apacible y despejada; puso al frente de aquella guarnición y de las naves a Q. Atrio. Habiendo avanzado de noche unos dos mil pasos, descubrió las tropas de los enemigos. Éstos, avanzando hasta un río con la caballería y los carros, trataron, desde sus elevadas posiciones, de estorbar la marcha a los nuestros y trabar combate. Rechazados por la caballería, se refugiaron en los bosques, aprovechando un paraje extraordinariamente fortificado por la naturaleza y por los hombres, el cual ya tenían antes preparado, a lo que parecía, por motivo de una guerra intestina: pues, habiendo cortado muchos árboles, tenían cerrados con ellos todos los accesos. Ellos, desde dentro de los bosques, luchaban diseminados y trataban de impedir a los nuestros la entrada en las defensas. Pero los soldados de la legión séptima, formando empavesada y levantando un terraplén contra sus fortificaciones, tomaron aquel lugar y los expulsaron de los bosques, sin más daño, por su parte, que algunas heridas. Pero César prohibió perseguirlos demasiado lejos en su fuga, no sólo porque desconocía el terreno, sino también porque, estando ya muy avanzado el día, quería dejar tiempo para fortificar el campamento.

X. Al día siguiente por la mañana, destacó tres formaciones de infantería y caballería a perseguir a los que habían huido. Habiendo éstos avanzado un poco, cuando ya los rezagados estaban a la vista, llegaron a César unos jinetes enviados por Q. Atrio a anunciarle que en la pasada noche, habiendo surgido una tempestad enorme, casi todas las naves habían sido averiadas y arrojadas sobre la costa, porque ni las anclas ni las amarras las contenían, ni los pilotos podían resistir la furia del temporal; que, por consiguiente, del entrechoque de las naves había resultado grave daño.

XI. Con estas noticias, César manda volver atrás las legiones y la caballería y él mismo vuelve a las naves; allí ve por sus propios ojos lo mismo que ya le habían comunicado de palabra y por escrito, siendo así que, perdidas unas cuarenta naves, las restantes podían, al parecer, ser reparadas, si bien a costa de gran trabajo. En vista de ello, saca de las legiones algunos carpinteros y manda llamar otros del continente. Escribe a Labieno que con ayuda de sus legiones prepare el mayor número posible de naves. Él, por su parte, aunque la empresa era de muy fatigoso trabajo, pensó que lo mejor sería sacar a tierra todas las naves y defenderlas con la misma fortificación del campamento. En hacer todo esto empleó casi diez días, sin interrumpir el trabajo de los soldados ni siquiera por la noche. Puestas las naves en seco y fortificado muy bien el campamento, deja para defensa de las naves las mismas tropas que antes, marchando él al lugar de donde había regresado. Al llegar allí, era ya mayor el número de los britanos, que de todas partes habían acudido a aquel paraje, habiendo, de común acuerdo, encomendado el mando supremo y la dirección de la guerra a Casivelauno, cuyos territorios están separados de los pueblos marítimos por el río llamado Támesis,

a unos ochenta mil pasos del mar. Los años anteriores había tenido éste continuas guerras con los demás pueblos; pero los britanos, aterrados con nuestra llegada, le habían nombrado general y caudillo.

XII. La parte interior de Bretaña está habitada por hombres que, según ellos mismos dicen que es tradición, son originarios de la isla, mientras que la parte marítima lo está por los que pasaron de Bélgica, para guerrear y hacer botín (todos los cuales conservan casi sin modificación alguna los nombres de los pueblos de que vinieron) y, después de hacer la guerra, se quedaron allí y se dedicaron a la agricultura. La población es enormemente crecida y muchísimos los caseríos, muy semejantes a los de los galos; hay también grandes rebaños de ganado. Usan como moneda ya el cobre ya monedas de oro o bien dados de hierro de peso determinado. Críase allí estaño en las comarcas interiores; en las marítimas, hierro, aunque es poca su abundancia; el cobre que usan, lo traen de fuera. Hay madera de todo género, como en la Galia, excepto haya y abeto. No consideran lícito comer liebre ni gallina ni ganso; sin embargo, crían estos animales por gusto y placer. El clima es más templado que en la Galia, siendo el frío menos intenso.

XIII. La isla es de forma triangular, y uno de sus lados cae frente a la Galia. Un ángulo de este lado, donde está Kent, que es donde arriban casi todas las naves que vienen de la Galia, m ira al Oriente; el inferior, al Mediodía. Este lado tiene una extensión de cerca de quinientos mil pasos. El segundo lado mira a España y a Occidente; a esta parte está situada Irlanda, la mitad más pequeña, según se cree, que Bretaña, pero a igual distancia de ésta que Bretaña de la Galia. En medio de este trecho está la

isla llamada Man; además, se dice que hay allí muchas otras islas menores, próximas entre sí, de las cuales escribieron algunos que en el solsticio de invierno se encontraban en perpetua noche durante treinta días. Nosotros, con nuestras preguntas nada pudimos averiguar de esto, sino que por los relojes de agua observamos que las noches eran aquí más breves que en el continente. La longitud de este lado, según opinión de sus habitantes, es de setecientas millas. El tercero cae hacia el Norte; frente a esta parte no se encuentra tierra alguna, pero el ángulo de este lado m ira más bien a Germania. Éste se calcula que tiene una longitud de ochocientos mil pasos. Así, pues, la isla mide en todo su contorno dos mil millas.

XIV. De todos sus habitantes, los más civilizados con mucho son los de Kent, región marítima toda ella, y no discrepan mucho de las costumbres galas. Los de tierra adentro no cultivan, por lo común, el trigo, sino que se alimentan de leche y carne y andan vestidos de pieles. Por lo demás, todos los britanos se embadurnan con glasto, que produce un color verdeoscuro, lo cual los hace más espantosos en el combate; llevan el cabello largo y todo el cuerpo pelado, excepto la cabeza y el bigote. Diez o doce hombres tienen en común las mujeres, sobre todo hermanos con hermanos y padres con hijos; pero los que nacen de ellas son considerados hijos del que primero tuvo acceso a cada doncella.

XV. Los jinetes y esedarios de los enemigos trabaron en el camino duro combate con nuestra caballería; pero los nuestros llevaron en todo ventaja y los rechazaron a los bosques y colinas; mas, aunque mataron a muchos, dejándose llevar en la persecución de un ardor excesivo, perdieron algunos de los

suyos. Los enemigos, dejando pasar cierto tiempo, cuando vieron a los nuestros desprevenidos y ocupados en la fortificación del campamento, salieron repentinamente de los bosques y, atacando a los que estaban de guardia delante del campamento, lucharon fieramente, y, enviadas por César en su ayuda las dos primeras cohortes de dos legiones, a pesar de haberse detenido éstas muy cerca una de otra, asustados los nuestros por aquel nuevo género de lucha, los enemigos irrumpieron por medio de todos con suma audacia y se retiraron de allí sin recibir daño alguno. Aquel día encontró la muerte Q. Laberio Duro, tribuno militar. Por fin, habiendo sido enviadas contra ellos varias cohortes, fueron rechazados.

XVI. En todo este género de combate, que se desarrollaba a la vista de todos y delante del campamento, se echó de ver que los nuestros, a causa de la pesadez de sus armas, que no les permitían perseguir al enemigo cuando huía, y por no atreverse a desamparar las enseñas, no estaban bien equipados para una lucha semejante; y que los jinetes, por su parte, corrían gran peligro en el combate, debido a que los enemigos retrocedían muchas veces a propósito y, cuando habían conseguido apartar algo a los nuestros de las legiones, saltaban de los carros y luchaban a pie en desigual combate. De manera que la lucha ecuestre era igualmente peligrosa para los nuestros si se retiraban que si avanzaban. A esto se añadía que ellos nunca luchaban en formación compacta, sino diseminados y muy separados entre sí, teniendo reservas escalonadas, con lo cual se relevaban unos a otros y los que tenían las fuerzas enteras sucedían a los cansados.

XVII. Al día siguiente se apostaron los enemigos lejos del campamento, en unas colinas, y comenzaron a presentarse en

número reducido y a hostigar a nuestros jinetes menos intensamente que la víspera. Pero al mediodía, habiendo César destacado tres legiones y toda la caballería con el legado C. Trebonio a forrajear, de repente cayeron por todas partes sobre los que estaban ocupados en esta faena, sin apartarse siquiera de las legiones y sus enseñas. Los nuestros, arremetiendo vigorosamente contra ellos, los rechazaron y no cesaron de perseguirlos; animados los jinetes con esta ayuda, viendo que las legiones les guardaban la espalda, pusieron a los enemigos en precipitada fuga, y, haciendo en ellos gran matanza, no les dieron lugar a rehacerse ni detenerse o saltar de sus carros. Después de esta fuga, escaparon al punto las tropas auxiliares que habían acudido de todas partes, y nunca, en adelante, nos opusieron los enemigos el grueso de sus tropas.

XVIII. César, penetrando sus designios, llevó el ejército a los territorios de Casivelauno, a las orillas del Támesis, río que sólo puede vadearse en un lugar, y aun eso con dificultad. Llegado allí, advirtió que en la ribera opuesta estaban formadas muchas tropas enemigas. Además, la orilla estaba guarnecida de estacas puntiagudas, y clavadas en el fondo del río había otras semejantes, cubiertas por el agua. Enterado César de esto por los cautivos y desertores, enviando delante la caballería, mandó que las legiones siguieran inmediatamente. Y con tal rapidez y brío avanzaron los soldados, a pesar de no quedarles fuera del agua más que la cabeza, que los enemigos, no pudiendo resistir la acometida de las legiones y jinetes, abandonaron la orilla y se dieron a la fuga.

XIX. Casivelauno, como ya dejamos indicado, perdida toda esperanza de contraatacar, licenció el grueso de sus tropas y,

quedándose con unos cuatro mil esedarios, vigilaba los movimientos de los nuestros, apartándose sólo un poco del camino, ocultándose en parajes impracticables y enmarañados y obligando a los habitantes de los lugares por donde sabía que habíamos de pasar a abandonar los campos y refugiarse con sus ganados en los bosques y, cada vez que nuestra caballería se metía demasiado audazmente por los campos a hacer botín y devastarlos, por todos los caminos y senderos enviaba de los bosques a sus esedarios y con gran peligro para nuestros jinetes trababa combate con ellos, impidiéndoles con este temor que anduvieran más a sus anchas. No cabía más sino que César prohibiera alejarse excesivamente del grueso de las legiones y que el daño causado a los enemigos con devastaciones e incendios de los campos se limitara a lo que pudiera alcanzar el trabajo y la marcha de los soldados legionarios.

XX. Mientras tanto, los trinovantes, pueblo quizá el más poderoso de aquellas regiones (de donde el joven Mandubracio, acogiéndose a la protección de César, había venido a juntarse con él en el continente; cuyo padre había ocupado el trono en aquel pueblo y había muerto a manos de Casivelauno, y él mismo se había salvado con la huida), envían emisarios a César, prometiendo entregársele y prestarle obediencia; al mismo tiempo, le suplican que defienda a Mandubracio contra la injusticia de Casivelauno y lo envíe a su pueblo para que lo gobierne y ocupe el trono. César exige que le den cuarenta rehenes y trigo para el ejército, restituyéndoles a Mandubracio. Obedecieron ellos en seguida, enviando los rehenes pedidos y el trigo.

XXI. Protegidos los trinovantes y libres de toda vejación de los soldados, los cenimagnos, segontiacos, ancalites, bibrocos y casos envían asimismo embajadas a César, y se le entregan. Por ellos sabe que no lejos de aquel Jugar se hallaba la plaza fuerte de Casivelauno, rodeada de bosques y lagunas, en la cual se había congregado una multitud notable de hombres y ganado. Los britanos llaman plaza fuerte a cualquier bosque enmarañado que han guarnecido de trinchera y foso, donde suelen acogerse para evitar las incursiones de los enemigos. Hacia allí se encamina con las legiones, encuentra el lugar extraordinariamente defendido por la naturaleza y por los hombres; con todo, trata de asaltarlo por dos partes. Los enemigos, después de una corta resistencia, no pudieron sostener el ímpetu de nuestros soldados y huyeron por otra parte de la plaza fuerte. Allí se encontró gran número de ganado, y en la fuga muchos fueron cogidos y muertos.

XXII. Mientras aquí se desarrollan estos sucesos, Casivelauno envía emisarios a Kent, región marítima, según queda dicho, en la cual mandaban cuatro reyes, Cingetórix, Carvilio, Taximágulo y Segovax, y les ordena que, reuniendo todas sus fuerzas, caigan de improviso sobre nuestro campamento naval y lo asalten. Llegados éstos al campamento, los nuestros, haciendo una salida, mataron a muchos de ellos y cogieron prisionero, entre otros, al noble jefe de Lugotórix, retirándose después al campamento sin sufrir daño alguno. Casivelauno, con la noticia de esta batalla, habiendo recibido tantos descalabros y viendo sus territorios devastados y, sobre todo, desanimado por la defección de los otros pueblos, por mediación del atrebate Comio envía emisarios a César. Éste, que estaba resuelto a invernar en el continente para evitar las repentinas sublevaciones de la Galia y veía que ya le

quedaba poco tiempo del verano, y que aun éste podía pasársele fácilmente, le exige rehenes y determina el tributo que Bretañá había de pagar anualmente al pueblo romano; ordena expresamente a Casivelauno que no moleste a Mandubracio ni a los trinovantes.

XXIII. Recibidos los rehenes, vuelve con el ejército a la costa, y encuentra preparadas todas las naves. Botadas éstas al mar, en vista de que tenía gran número de prisioneros y que se habían perdido algunas naves en la borrasca, determina transportar el ejército en dos expediciones. El resultado fue que, de tan gran número de naves y en tantas navegaciones, ni este año ni el anterior se perdió absolutamente ninguna de las que transportaban soldados; pero de las que volvían vacías del continente, una vez desembarcados los soldados de la primera expedición, y de las sesenta que Labieno había mandado hacer después, fueron muy pocas las que llegaron a su destino, regresando casi todas las demás forzosamente al punto de partida. César, después de haberlas esperado en vano durante algún tiempo, temiendo que la estación le imposibilitase la navegación, pues estaba próximo el equinoccio, no tuvo más remedio que embarcar a los soldados con más apreturas y, levando anclas ya bien entrada la noche, en medio de la mayor bonanza del mar, al rayar el alba tocó tierra, llegando incólumes todas las naves.

XXIV. Sacadas a tierra las naves y celebrada una asamblea de los galos en Samarobriva, por haber sido aquel año en la Galia más escasa la cosecha de trigo a causa de la sequía, se vio obligado a alojar el ejército en los cuarteles de invierno de otra forma que en los años anteriores, distribuyendo las legiones por

diversos pueblos. Una de ellas la encomendó al legado C. Fabio para que la llevara al territorio de los morinos; otra, a Q. Cicerón, con destino al de los nervios; envió la tercera al de los esuvios, al mando de L. Roscio, ordenando que la cuarta, con T. Labieno, invernara entre los remos, en la frontera de los tréveros; alojó tres en tierra de los belgas, al mando del cuestor M. Craso y de los legados L. Munacio Planeo y C. Trebonio. Envió una legión que había alistado recientemente al otro lado del Po y cinco cohortes a los eburones, la mayor parte de los cuales habitan entre el Mosa y el Rin y a la sazón estaban sujetos al dominio de Ambiórix y Catuvolco. Encomendó estas tropas al mando de los legados Q. Titurio Sabino y L. Aurunculeyo Cota. Distribuidas las legiones de este modo, creyó que podría remediar muy fácilmente los efectos de la carestía de trigo. Con todo, los cuarteles de invierno de todas estas legiones, excepto la que al mando de L. Roscio había enviado al país más pacífico y tranquilo, estaban comprendidos en el término de cien mil pasos. Él, mientras tanto, hasta ver que las legiones quedaban alojadas y fortificado el campamento de invierno, resolvió detenerse en la Galia.

XXV. Sobresalía entre los carnutes Tasgecio, hombre de ilustre cuna, cuyos antepasados habían sido reyes de su pueblo. César le había restituido la dignidad de sus mayores en premio a su valor y a la fidelidad que le había guardado, pues en todas las guerras le había prestado notables servicios. Siendo ya este año el tercero de su reinado, sus enemigos le dieron muerte con la complicidad de muchas personas destacadas de su pueblo. Este atentado fue puesto en conocimiento de César. Temiendo él que, por ser tantos los complicados, todo el pueblo se rebelase incitado por ellos, ordena a L. Planeo que vaya prontamente con una legión desde Bélgica al territorio de los carnutes y pase allí

el invierno, enviándole presos a cuantos sabía que habían tenido parte en la muerte de Tasgecio. Mientras tanto, todos aquellos a cuyo mando había confiado las legiones le comunicaron que habían llegado a los campamentos de invierno y que el lugar elegido para éstos quedaba ya fortificado.

XXVI. Cuando apenas hacía quince días que habían acampado, iniciaron un repentino tumulto y levantamiento Ambiórix y Catuvolco; los cuales, a pesar de haber salido a las fronteras de su reino a recibir a Sabino y Cota y haber acarreado trigo al campamento de invierno, instigados por los mensajeros del trévero Induciomaro, sublevaron a los suyos y, después de sorprender a los leñadores, se lanzaron de improviso con gran tropa al asalto del campamento. Como los nuestros, empuñando rápidamente las armas, subiesen al parapeto y, destacando por un lado los jinetes hispanos, quedasen vencedores en el choque de la caballería, los enemigos, perdiendo toda esperanza, retiraron a los suyos del asalto. En seguida, siguiendo su costumbre, dijeron a voces que algunos de los nuestros saliesen a conferenciar: que tenían que hacer proposiciones de interés común, con las cuales esperaban que podrían suavizarse las diferencias.

XXVII. Es enviado a tratar con ellos C. Arpineyo, caballero romano, amigo de Q. Titurio, y cierto hispano llamado Q. Junio, que ya antes, por encargo de César, había ido con frecuencia a entrevistarse con Ambiórix, el cual les habló de esta manera: Que se consideraba muy obligado a César por los beneficios que de él había recibido, pues, con su ayuda, se había visto libre del tributo que acostumbraba a pagar a sus vecinos los atuatucos, y, gracias a él, había recobrado a un hijo y un sobrino suyos, a

quienes los atuatucos, habiéndoselos enviado como rehenes, habían reducido a esclavitud y puesto en cadenas; que el intento de asaltar el campamento no lo había hecho por decisión propia, sino obligado por su pueblo, pues su autoridad era de tal índole que la multitud mandaba sobre él tanto como él sobre la multitud. Que, por lo demás, el motivo que su pueblo había tenido para hacer la guerra había sido únicamente el no haber podido oponerse a la repentina conjuración de la Galia. Lo cual podía demostrar fácilmente por sus pocas fuerzas, pues no era él tan necio como para esperar que con sus tropas podría vencer al pueblo romano. En realidad, se trataba de una conjuración de toda la Galia, habiéndose fijado este día para asaltar todos los campamentos de César, a fin de que ninguna legión pudiese acudir en socorro de otra. Siendo ellos galos, no habían podido negarse fácilmente a los otros galos, sobre todo en un caso en que parecía tratarse de recobrar la libertad común. Mas, habiendo cumplido ya con ellos por razón de patriotismo, ahora quería pagar a César los favores que de él había recibido: que amonestaba y suplicaba a Titurio, invocando los vínculos de la hospitalidad, que se pusiera a salvo con sus soldados. Que había cruzado el Rin gran multitud de germanos asalariados, los cuales llegarían dentro de dos días. Que mirasen a ver si no les convendría más, antes de que se dieran cuenta los comarcanos, sacar los soldados del campamento de invierno y trasladarlos al de Cicerón o al de Labieno, de los cuales uno distaba aproximadamente cincuenta mil pasos y el otro poco más. Lo que él les prometía y aseguraba con juram ento era darles paso seguro por sus territorios. Haciendo lo cual, cumplía con su pueblo, pues se vería libre del campamento de invierno, y se mostraba agradecido a César por los favores que le había hecho. Dicho esto, se despide Ambiórix.

XXVIII. Arpineyo y Junio comunican a los legados lo que acababan de oír. Estos, turbados por tan inesperada noticia, aunque procedía de boca del enemigo, no creían que debiera despreciarse, y lo que más les movía era el no poder creer que un pueblo sin renombre y tan débil como el de los eburones se atreviera por sí solo a hacer la guerra a los romanos. En conclusión, reúnen consejo para deliberar, y se origina entre ellos una gran controversia. L. Aurunculeyo y varios tribunos de los soldados y centuriones de los primeros órdenes juzgaban que no se debía hacer nada con precipitación ni salir del campamento sin orden de César; decían que dentro del campamento fortificado se podían defender contra cualquier multitud de tropas germanas: prueba de ello era que habían resistido vigorosísimamente el primer asalto de los enemigos, causándoles, además, gran daño; que no les faltaba trigo; entre tanto vendrían socorros, enviados por los campamentos vecinos y por César, y, por fin, ¿qué cosa más temeraria o vergonzosa que seguir el parecer del enemigo en asuntos de tanta importancia?

XXIX. Contra esto gritaba Titurio que sería tarde, una vez que se hubiesen reunido más tropas enemigas, con la llegada de los germanos, o cuando se hubiera sufrido algún desastre en los campamentos vecinos. Que aquel asunto pedía una decisión rápida. En su opinión, César había marchado a Italia; de otro modo no se hubieran atrevido los carnutes a m atar a Tasgecio, ni los eburones, estando él en la Galia, llegarían hasta nuestro campamento con tanta arrogancia. Que él no tenía en cuenta las palabras del enemigo, sino la realidad: el Rin estaba próximo, los germanos estaban muy irritados por la muerte de Ariovisto y nuestras pasadas victorias; la Galia ardía en ansias de venganza, viéndose, después de recibir tantas afrentas, sometida al pueblo

romano, oscurecida su antigua gloria militar. Por último, ¿quién podría creer que Ambiórix, sin una esperanza cierta, se hubiera embarcado en empresa semejante? Que su parecer era seguro de cualquier manera: si no ocurría nada de lo que temían, llegarían sin peligro alguno a unirse con la legión próxima; si toda la Galia se sumaba a los germanos, la única salvación estaba en la rapidez. En cambio, el de Cota y sus parciales, contrario al suyo, ¿qué resultado podía tener? Aun cuando de momento no hubiera peligro en seguirlo, ciertamente, en un asedio largo, había que temer el hambre.

XXX. Después de este debate en uno y otro sentido, como Cota y los primeros oficiales siguieran oponiéndose con viveza, Sabino dijo: *Salid con la vuestra, si os empeñáis,* y añadió con voz más clara, a fin de que pudiera oírlo gran parte de los soldados: *Ciertamente no soy yo entre vosotros el que más teme a la muerte; los presentes verán: si ocurre algún desastre, a ti han de pedirte cuentas; porque, si tú los dejas, pasado mañana habrán llegado al campamento próximo y allí correrán con los demás la misma suerte de la guerra, viéndose libres de morir, por el hierro o por el hambre, abandonados y alejados de los otros.*

XXXI. Levántase con esto la reunión; los asistentes rodean a uno y otro y les ruegan que no pongan la situación en grave peligro con su discrepancia y obstinación: les hacen ver que todo puede arreglarse bien, ora se queden ora se vayan, con tal de que haya concordia entre todos; por el contrario, en la disensión no se puede esperar un feliz resultado. Alárgase la discusión hasta media noche. Por fin, cede Cota, movido por sus ruegos: triunfa el parecer de Sabino. Se fija la marcha para el alba. Se

pasa en vela el resto de la noche, examinando cada soldado sus cosas, para ver qué podía llevar consigo y cuáles de los utensilios del campamento de invierno le sería necesario abandonar. No parece sino que se buscan todos los medios para que, marchando de mañana, sea forzoso el combate y se aumente el peligro con el cansancio que una noche en vela producirá en los soldados. Al despuntar el día, salen del campamento como si estuvieran persuadidos de que aquel consejo no se lo había dado un enemigo, sino el mayor amigo, Ambiórix, extendidos en filas larguísimas y con todo el equipaje posible.

XXXII. Pero los enemigos, habiendo conocido por el tumulto y alboroto nocturno que se disponían a marchar, tendiendo una doble asechanza en los bosques, en sitio ventajoso y encubierto, a unos dos mil pasos del campamento, aguardaban la llegada de los romanos y, cuando vieron el grueso de nuestras fuerzas metidas en un profundo valle, se dejaron ver súbitamente por ambas partes del mismo y comenzaron a hostigar a los últimos e impedir la subida a los primeros, trabando combate en un lugar sumamente desfavorable para los nuestros.

XXXIII. Entonces Titurio, que antes ni siquiera había sospechado tal cosa, comenzó a temblar, a correr de un lado para otro, a ordenar las cohortes; pero todo esto, como un hombre asustado y como si ya no le quedara recurso alguno; lo cual suele pasar generalmente a quienes se ven forzados a tomar resoluciones en medio ya de las dificultades. En cambio Cota, que había previsto lo que podía sucederles en el camino y por eso no había sido partidario de la marcha, nada omitía de cuanto podía ser útil a la salvación de todos y hacía al mismo tiempo oficio de general llamando por sus nombres y arengando a los

soldados, y de soldado combatiendo. Mas, viendo que, por ser las filas tan largas, con dificultad podían atender a todo y disponer lo conveniente en cada caso, dieron orden general de que abandonasen la impedimenta y formasen en círculo. Esta decisión, aunque no es de censurar en tal apuro, dio mal resultado; pues no sólo desalentó a nuestros soldados, sino que dio a los enemigos más brío en el combate, por parecerles que aquella medida era señal de pánico y desesperación. Sucedió, además, lo que necesariamente había de acontecer, que los soldados abandonaron en tropel las enseñas y corrieron a buscar y sacar de la impedimenta lo que cada cual tenía en más estima, dejando oír por todas partes alaridos y lamentos.

XXXIV. En cambio los bárbaros manifestaron gran presencia de ánimo. Pues sus jefes dieron orden a todo el ejército de que nadie abandonara su puesto: que de ellos era el botín y para ellos se reservaban los despojos de los romanos; pero debían comprender que todo dependía de la victoria... Los nuestros, a pesar de verse abandonados por su jefe y por la Fortuna, ponían en su valor toda esperanza de salvación y, cada vez que una cohorte arremetía, caía por aquella parte gran número de enemigos. Advertido lo cual, Ambiórix ordena a todos los suyos que disparen de lejos, sin acercarse mucho, y que, siempre que los romanos arremetan, retrocedan ellos; que, gracias a la ligereza de sus armas y a su continuo ejercicio, podrían causarles gran daño; que los persigan después, cuando vuelvan a acogerse a las enseñas.

XXXV. Dando ellos puntual cumplimiento a esta orden, cada vez que alguna cohorte salía del círculo y acometía, los enemigos se retiraban a toda prisa. De este modo, aquella parte quedaba

necesariamente desguarnecida y por el lado descubierto llovían sobre ella los disparos. En seguida, cuando los nuestros comenzaban a retirarse al lugar de donde habían salido, se veían rodeados por los que habían retrocedido y por los que habían quedado cerca, y, si pretendían conservar sus nuevas posiciones, ni podían mostrar su valor ni, estando tan apiñados, evitar los disparos que tan gran multitud les hacía. Con todo, a pesar de verse agobiados por tantos contratiempos y de las muchas heridas recibidas, seguían resistiendo y, pasada ya gran parte del día, sin haber dejado de luchar desde el amanecer hasta las dos de la tarde, nada hacían que pudiera deshonrarlos. Allí atravesaron con un venablo ambos muslos a T. Balvencio, que el año anterior había sido primipilo, varón esforzado y de gran prestigio; Q. Lucanio, centurión del mismo orden, halló la muerte luchando heroicamente, al ir en socorro de su hijo cercado por los enemigos; el legado L. Cota, cuando andaba arengando a todas las cohortes y a todos los órdenes, recibe en la cara un disparo de honda.

XXXVI. Aterrado por todo esto, Q. Titurio, viendo de lejos a Ambiorix que andaba animando a los suyos, le envía su intérprete Cn. Pompeyo con la súplica de que le perdone la vida así como a sus soldados. Ambiorix contestó a este ruego: Que, si quería parlamentar con él, podía hacerlo; que esperaba poder conseguir de la multitud lo relativo a la vida de los soldados; Titurio personalmente no sufriría daño alguno, en lo cual empeñaba él su palabra. Titurio lo consulta con Cota herido, proponiéndole que, si le parece, salga con él de la batalla para entrevistarse ambos con Ambiórix: que había esperanza de salvar sus vidas y las de los soldados. Cota se niega a parlamentar con un enemigo armado, y se mantiene firme en este parecer.

XXXVII. Sabino, dirigiéndose a los tribunos de los soldados y a los centuriones de los primeros órdenes que en aquel momento le rodeaban, manda que le sigan y, al llegar cerca de Ambiórix, habiéndosele ordenado soltar las armas, obedece y manda obedecer a los suyos. En seguida, mientras conferencian sobre las condiciones de paz, alargándose Ambiórix deliberadamente en hablar, poco a poco le van cercando y le dan muerte. Entonces los bárbaros, según su costumbre, proclaman la victoria con grandes gritos y, arremetiendo contra los nuestros, los ponen en desorden. Allí encontró la muerte combatiendo L. Cota, con la mayor parte de los soldados. Los demás se retiraron al campamento de donde habían salido. Entre los cuales, el aquilífero L. Petrosidio, viéndose acosado por gran multitud de enemigos, arrojó el águila dentro del vallado, luchando él con gran valentía hasta caer muerto. Los otros a duras penas resisten el asalto hasta la noche; durante la cual, desesperados todos, se dan muerte unos a otros hasta el último. Unos pocos que escaparon de la batalla, llegan por caminos extraviados, a través de bosques, al campamento de invierno del legado T. Labieno y le notifican el desastre.

XXXVIII. Ambiórix, engreído con esta victoria, marcha en seguida con su caballería al territorio de los atuatucos, que eran fronterizos de su reino; no interrumpe la marcha ni de día ni de noche y ordena a la infantería que le siga. Incitados los atuatucos con la relación del hecho, al día siguiente llega a los nervios y les exhorta a que no dejen pasar la ocasión de asegurar su libertad para siempre y vengar los ultrajes recibidos de los romanos: les explica cómo han muerto dos legados y ha perecido gran parte del ejército; que es cosa muy fácil sorprender a la legión que está acuartelada con Cicerón y destruirla; se ofrece como colaborador

para esta empresa. Con estas razones convence fácilmente a los nervios.

XXXIX. Así, pues, enviando al punto emisarios a los ceutrones, grudios, levacos, pleumoxios y geidumnos, todos los cuales son súbditos suyos, reúnen las mayores tropas que pueden y caen de improviso sobre el campamento de Cicerón, antes de que éste tuviera noticia de la muerte de Titurio. Tampoco Cicerón pudo evitar que algunos soldados, que andaban esparcidos por los bosques en busca de leña y de materiales para las fortificaciones, fuesen copados por la repentina llegada de los jinetes enemigos. Cercados éstos, los eburones, nervios, atuatucos y todos sus aliados y clientes, con gran multitud de hombres, comienzan el asalto de la legión. Los nuestros corren inmediatamente a las armas y ocupan sus puestos en la trinchera. Aquel día resistieron con dificultad, ya que los enemigos ponían en la rapidez toda su esperanza y creían que, habiendo conseguido esta victoria, ya siempre serían vencedores.

XL. Cicerón envía inmediatamente cartas a César, ofreciendo grandes premios, si llegaban; estando todos los caminos vigilados, son capturados los portadores. Por la noche, de la madera que habían acarreado para fortificarse, levantan ciento veinte torres con rapidez increíble y acaban las fortificaciones. Al día siguiente, los enemigos, habiendo reunido fuerzas mucho mayores, asaltan el campamento y llenan el foso. Resisten los nuestros como el día anterior. Lo mismo hacen en los siguientes. No se interrumpe el trabajo en ningún momento de la noche; ni siquiera a los enfermos y heridos les es posible el descanso. Todo lo necesario para resistir el ataque al día siguiente se prepara de noche; se disponen muchas estacas aguzadas y endurecidas al

fuego y gran número de garrochas; se hacen tablados en las torres y se entretejen almenas y parapetos de zarzos. El mismo Cicerón, a pesar de estar muy delicado, ni siquiera se permitía reposar de noche, hasta el punto de que los mismos soldados tenían que obligarle con sus instancias y clamores a mirar por sí.

XLI. Entonces los jefes y personas de autoridad entre los nervios que tenían cierto trato y motivo de amistad con Cicerón, dicen que quieren entrevistarse con él. Habiéndoseles dado licencia, repiten lo mismo que Ambiórix había dicho a Titurio: que toda la Galia estaba en armas; que los germanos habían cruzado el Rin; que los campamentos de César y de los otros estaban sitiados. Le notifican, además, la muerte de Sabino; presentan a Ambiórix como testigo. Dicen que es un desatino esperar cualquier socorro de quienes se ven asimismo en gran aprieto: que, sin embargo, su simpatía por Cicerón y el pueblo romano es tanta, que únicamente se oponen a que inviernen en su país, y que no quieren que se haga ley esta costumbre: que, por ellos, podían abandonar el campamento sin ser molestados y marchar libremente adonde quisieran. Cicerón respondió únicamente a todo esto: que no era costumbre del pueblo romano aceptar condiciones de un enemigo armado: si querían deponer las armas, podían contar con él como mediador y enviar emisarios a César: que él esperaba, dada la clemencia de éste, que les otorgaría lo que pidieran.

XLII. Los nervios, perdida esta esperanza, cercan el campamento con un vallado de diez pies y un foso de quince. Esto lo habían aprendido de los nuestros con el trato de los años anteriores y, además, tenían algunos cautivos del ejército que les daban instrucciones; pero, siendo absoluta su carencia de

herramientas apropiadas para este trabajo, se veían obligados a cortar los céspedes con las espadas y a acarrear la tierra con las manos y en sus ropas. De lo cual se pudo deducir el gran número de hombres: pues en menos de tres horas dejaron terminada una fortificación de quince mil pies en circuito. En los días siguientes fueron levantando torres de la misma altura que nuestro vallado y fabricando hoces y tortugas, lo cual habían aprendido también de los cautivos.

XLIII. Al séptimo día de asedio, habiéndose levantado un viento fortísimo, comenzaron a disparar con hondas bolas de arcilla ardiente y dardos inflamados contras las barracas, que estaban cubiertas de colmo, a la usanza gala. Prendió el fuego rápidamente en éstas y, por la fuerza del viento, se propagó rápidamente a todo el campamento. Los enemigos, dando grandes alaridos, como si la victoria fuera cosa segura, comenzaron a aproximar las torres y las tortugas y a escalar el vallado. Pero fue tanto el valor de nuestros soldados y tal su presencia de ánimo que, a pesar de sentirse chamuscar por todas partes y oprimir por una enorme multitud de dardos, y ver que todas sus alhajas y fortunas eran presa del fuego, no sólo no se apartó nadie del vallado, abandonando su puesto, sino que apenas había quien volviera la vista atrás; antes, al contrario, todos luchaban con mayor brío y denuedo. Este fue para los nuestros el día más penoso: con todo, el resultado fue que los enemigos tuvieron más heridos y muertos que ningún otro día, por estar apiñados al pie del vallado mismo, de manera que los últimos impedían la retirada a los primeros. Habiendo cedido un poco la llama, como los enemigos arrimasen por cierta parte una torre hasta tocar el vallado, los centuriones de la tercera cohorte se retiraron con todos los suyos del puesto que ocupaban y

comenzaron a invitar a los enemigos, con ademanes y voces, a que entraran, si se atrevían; pero ninguno de ellos se aventuró a pasar. Entonces, bajo una lluvia de piedras que les llegaba de todas partes, fueron derrocados ellos y quemada la torre.

XLIV. Había en esta legión dos centuriones valerosísimos, que pronto iban a ascender a los primeros órdenes, T. Pulón y L. Voreno. Andaban éstos en continua competencia para ver quién era preferido, y todos los años se disputaban los grados con la mayor emulación. Pues bien, cuando mayor era la furia del combate al pie de las fortificaciones, dijo Pulón: *¿A qué esperas, Voreno? ¿O cuándo piensas demostrar tu valor? Esta jomada decidirá nuestras competencias.* Dicho esto, sale de las fortificaciones y arremete contra los enemigos donde le parecieron más apiñados. Entonces Voreno tampoco se queda al abrigo del vallado, sino que, temiendo la censura de todos, le sigue inmediatamente. Al llegar a una distancia conveniente, dispara Pulón su pica contra los enemigos y atraviesa a uno de la multitud, que avanzaba corriendo: herido y muerto éste, los enemigos lo protegen con escudos y todos dirigen contra Pulón sus disparos, cerrándole el paso. Atraviésanle el escudo y se clava un venablo en el bálteo. Este accidente le desvía la vaina y, mientras con la derecha se esfuerza en sacar la espada, cércanle los enemigos. Corre a ayudarle su competidor Voreno, socorriéndole en el peligro. Al punto se vuelve contra éste toda la multitud, dando a Pulón por muerto de la estocada. Voreno maneja con ímpetu la espada y, matando a uno, hace retroceder un poco a los otros; al seguirlos con excesivo ardor, se mete en un hoyo y cae. Entonces Pulón, viéndole rodeado de enemigos, corre en su ayuda, y ambos, después de m atar a muchos, se retiran al campamento incólumes y cubiertos de gloria. La

Fortuna guió a uno y otro en la emulación y en la contienda de tal modo que mutuamente, a pesar de sus competencias, se salvaron la vida, sin que pudiera juzgarse cuál aventajaba en valor al otro.

XLV. Cuanto más se agravaba cada día la dureza del asedio, sobre todo porque, heridos gran parte de los soldados, la guarnición había quedado reducida a un corto número de defensores, tanto mayor era la frecuencia con que se enviaban a César cartas y mensajeros: algunos de los cuales eran capturados y recibían una muerte cruel a la vista de nuestros soldados. Había en nuestro campamento un nervio llamado Verticón, nacido de noble cuna, que ya al principio del asedio se había pasado a Cicerón y le había dado grandes pruebas de lealtad. Éste persuade a un esclavo suyo, ofreciéndole la libertad y grandes premios, a que lleve una carta a César. Él la acomoda en un dardo y, como galo, pasa por entre los galos sin que nadie entre en sospechas y llega hasta César. Por él se tiene noticia del peligro que corren Cicerón y la legión.

XLVI. César, recibida la carta a eso de las tres y media de la tarde, envía inmediatamente un mensajero al cuestor M. Craso, cuyo campamento de invierno, en el territorio de los belovacos, distaba veinticinco mil pasos; le manda partir con la legión a media noche y venir rápidamente a reunirse con él. Craso se pone en marcha tan pronto como le llega el mensajero. César envía otro al legado C. Fabio, ordenándole que vaya con su legión a los territorios de los atrebates, por donde pensaba él hacer su m archa. Escribe a Labieno que, si puede hacerlo sin perjuicio, acuda con su legión al territorio de los nervios. Resuelve no esperar al resto del ejército, porque se hallaba algo

más distante; saca de los cuarteles de invierno próximos hasta cuatrocientos jinetes.

XLVII. Hacia las tres de la mañana supo por los batidores la llegada de Craso, y aquel mismo día avanzó veinte mil pasos. Da el gobierno de Samarobriva a Craso, dejándole una legión, porque allí quedaban los bagajes del ejército, los rehenes de los pueblos, los documentos públicos y todo el trigo que había mandado almacenar allí para el invierno. Fabio, cumpliendo las órdenes recibidas, sin detenerse mucho, le sale al encuentro con la legión. Labieno, que conocía la muerte de Sabino y la matanza de sus cohortes, viéndose rodeado por todas las tropas de los tréveros y temeroso de que, si salía como huyendo del campamento, no podría resistir el ímpetu de los enemigos, especialmente sabiendo que estaban engreídos por su reciente victoria, contesta a César, escribiéndole cuánto peligro hay en sacar la legión del campamento; le detalla lo acaecido en tierras de los eburones, y le manifiesta que a tres mil pasos de su campamento se hallan asentadas todas las fuerzas de infantería y caballería de los tréveros.

XLVIII. César, aprobando su resolución, aunque, perdida la esperanza de tener tres legiones, se veía reducido a dos, pensaba, sin embargo, que la rapidez era lo único que podía salvarlos a todos. Llega, a m archas forzadas, a los territorios de los nervios. Allí le informan los prisioneros de la situación de Cicerón y del gran peligro que corre. Entonces persuade con grandes premios a uno de los jinetes galos que lleve a Cicerón una carta. La escribe con letras griegas, para evitar que, si caía en manos de los enemigos, éstos se enteraran de nuestros planes. Le advierte que, si no puede llegar hasta él, arroje dentro de las

fortificaciones del campamento un dardo con la carta atada a la coleta. En ella le dice que él está en camino con las legiones y pronto llegará: lo exhorta a perseverar en su valor de siempre. El galo, temiendo ser descubierto, arroja el dardo como se le había encargado. Éste, por casualidad, quedó clavado en una torre, sin que lo vieran los nuestros durante dos días; al tercero, se fijó en él un soldado y, arrancándolo, se lo llevan a Cicerón. Él, después de leer la carta, hace público su contenido a todos los soldados, que se llenaron de indecible alegría. En esto se divisaban ya a lo lejos las humaredas de los incendios; lo cual disipó toda duda sobre la llegada de las legiones.

XLIX. Los galos, enterados de esto por sus exploradores, levantan el cerco y marchan contra César con todas sus tropas. Se componían éstas de cerca de sesenta mil guerreros. Cicerón, por medio del mismo Verticón, a quien ya hemos mencionado arriba, encuentra un galo dispuesto a llevar una carta a César; le encarga que haga el camino con cautela y diligencia; el contenido de la carta era que los enemigos habían abandonado el cerco y se habían dirigido con todas sus tropas contra César. Recibida esta carta cerca de la media noche, César la da a conocer a los suyos y los anima para el combate. Al día siguiente, al rayar el alba, mueve su campo y, después de avanzar cerca de cuatro mil pasos, descubre la multitud de los enemigos al otro lado de un valle por donde corría un arroyo. Era cosa muy expuesta presentar batalla con tropas tan escasas en un lugar desfavorable; además, sabiendo que Cicerón estaba ya libre del cerco, creía que no era necesario apresurarse; por lo cual hizo alto, acampando y fortificándose en el mejor lugar que pudo, y el campamento, que ya de suyo era pequeño, como hecho para apenas siete mil hombres, y éstos sin ningún bagaje, lo reduce

todavía lo más que puede, estrechando las calles, buscando con esto el mayor desprecio por parte del enemigo. Mientras tanto, envía por todas partes batidores en busca del mejor camino para pasar el valle.

L. Aquel día, limitándose a pequeñas escaramuzas de la caballería junto al arroyo, unos y otros se mantuvieron quietos en sus posiciones: los galos, porque aguardaban refuerzos, que aún no se habían reunido: César, por ver si, fingiendo miedo, podía atraer al enemigo a este lado del valle y dar la batalla delante del campamento; si no lo conseguía, por lo menos podría, una vez explorados los caminos, cruzar el valle y el arroyo con menos peligro. Al rayar el alba, la caballería enemiga se acerca al campamento y traba combate con la nuestra. César ordena a sus jinetes que retrocedan de intento y se retiren al campamento; al mismo tiempo, manda que el campamento sea fortificado por todas partes con un vallado más alto, que se obstruyan las puertas y que en todo esto se obre con el mayor atropellamiento y apariencia de miedo.

LI. Los enemigos, animados por lo que veían, pasan las tropas y las disponen para la batalla en lugar desventajoso; y, retirados los nuestros incluso del vallado, se acercan todavía más, hasta arrojar dardos desde todas partes dentro de las fortificaciones, y por medio de sus pregoneros hacen público que, si alguno, galo o romano, quiere pasarse a ellos antes de las nueve de la mañana, puede hacerlo sin miedo; después de este plazo, no se recibirá a nadie; y tanto llegaron a menospreciar a los nuestros que, estando obstruidas las puertas sólo aparentemente, con una mera capa de césped, y creyendo que por allí no podrían forzar el paso, comenzaron unos a abrir brecha en el vallado con las

manos, otros a llenar los fosos. Entonces César, haciendo una salida impetuosa por todas las puertas y dando suelta a la caballería, pone rápidamente en fuga al enemigo, de manera que ni uno solo intentó resistir, matando gran número de ellos y obligando a todos a soltar las armas.

LII. No atreviéndose a perseguirlos más, por haber en medio bosques y pantanos y porque veía que ya no le quedaba posibilidad de causar les el menor daño, aquel mismo día, con todas sus tropas incólumes, se reunió con Cicerón. Se asombra ante las torres, manteletes y fortificaciones que los enemigos habían construido; revistada la legión, ve que no había siquiera entre cada diez soldados uno que no hubiera sido herido. Por todas estas cosas comprende cuán peligrosa ha sido la situación y cuánto valor ha requerido; elogia debidamente a Cicerón y a sus soldados; felicita, nombrándolos uno por uno, a los centuriones y a los tribunos militares, cuyas pruebas de extraordinario valor conocía por testimonio de Cicerón. Del desastre de Sabino y Cota se entera con más detalle por los cautivos. Al día siguiente, ante todo el ejército, expone lo sucedido, consolando y animando a los soldados: les dice que la derrota sufrida por culpa e imprudencia del legado debe sobrellevarse con serenidad tanto mayor cuanto que, vengado el descalabro gracias a los dioses inmortales y al valor de ellos mismos, ni a los enemigos les ha durado mucho la alegría ni a ellos tan dolorosa afrenta.

LIII. Mientras tanto, la fama de la victoria de César llega a Labieno por medio de los remos con rapidez increíble, hasta el punto de que, distando cerca de sesenta mil pasos del campamento de Cicerón, al cual llegó César después de las tres

de la tarde, antes de la media noche se levantó a las puertas del de Labieno un gran clamor, con el cual los remos festejaban la victoria y felicitaban a Labieno. Divulgada esta noticia entre los tréveros, Induciomaro, que había resuelto asaltar al día siguiente el campamento de Labieno, huye de noche, conduciendo de nuevo sus tropas al territorio de los tréveros. César hace que Fabio vuelva con su legión al campamento, y él resuelve invernar con otras tres en los alrededores de Samarobriva, en tres campamentos, y, en vista de tan grandes sublevaciones de la Galia, determinó permanecer él todo el invierno al frente del ejército. Pues, divulgado el desastre y muerte de Sabino, casi todos los pueblos de la Galia tramaban la guerra, enviando a todas partes mensajeros y embajadas con el fin de averiguar qué pensaban los otros y por dónde habían de comenzar las hostilidades, y reuniendo asambleas nocturnas en parajes desiertos. Y no hubo día en todo aquel invierno que César no estuviera preocupado, pues continuamente recibía avisos sobre los planes y sublevaciones de los galos. Entre ellos, uno de L. Roscio, a quien había dado el mando de la legión decimotercera, en que le comunicaba que numerosas tropas de los pueblos de la Galia llamados aremóricos se habían reunido para asaltarlo, y que ya no distaban de su campamento más de ocho mil pasos cuando, llegada la noticia de la victoria de César, se habían retirado tan precipitadamente que su retirada parecía una fuga.

LIV. Sin embargo, César, llamando a su presencia a los principales de cada pueblo, atemorizando a unos, al darles a entender que conocía lo que tramaban, y exhortando a otros, mantuvo en obediencia a gran parte de la Galia. No obstante, los senones, que son un pueblo de los más poderosos y de mucho prestigio entre los galos, intentaron, por acuerdo público, m atar

a Cavarino, a quien César les había dado por rey y cuyo hermano Moritasgo ocupaba el trono al llegar César a la Galia, como lo habían ocupado antes sus mayores; como él lo sospechase y huyese, persiguiéndolo hasta las fronteras, lo echaron de su reino y patria, y, enviando luego emisarios a César para disculparse, al ver que éste ordenaba que compareciera ante él todo el senado, no le obedecieron. Tanto influyó en aquellos hombres bárbaros el ejemplo de los promotores de la rebelión y hasta tal punto cambió las voluntades de todos, que, fuera de los heduos y los remos, a quienes César trato siempre con especial consideración, a aquéllos por su antigua y perpetua fidelidad al pueblo romano, a éstos por sus recientes servicios en la guerra de la Galia, casi no hubo pueblo alguno que no nos fuera sospechoso. Lo cual acaso no deba parecernos tan extraño, ya por muchos otros motivos, ya, sobre todo, porque unos hombres considerados como superiores a todo el mundo en gloria militar estaban muy resentidos de haber perdido su antiguo prestigio hasta el punto de soportar el dominio de los romanos.

LV. Por su parte los tréveros e Induciomaro durante todo el invierno no pararon de enviar emisarios al otro lado del Rin, tratando de ganarse a los pueblos con promesas de dinero y diciéndoles que, destruida gran parte de nuestro ejército, sólo quedaba otra parte mucho menor. A pesar de todo, no pudieron persuadir a ningún pueblo de Germania a pasar el Rin, pues decían que, habiéndolo intentado ya dos veces, en la guerra de Ariovisto y cuando lo habían cruzado los tencteros, no estaban dispuestos a probar fortuna de nuevo. Induciomaro, a pesar de ver frustrada esta esperanza, comenzó a reunir tropas y ejercitarlas, a buscar caballos en los pueblos limítrofes y atraer a sus filas con grandes promesas a los proscritos y criminales de

toda la Galia. Y tanto había acrecentado ya por estos medios su prestigio en la Galia, que de todas partes le llegaban embajadas solicitando su favor y amistad para pueblos y particulares.

LVI. Cuando vio que acudían a él espontáneamente y que, por un lado, los senones y carnutes andaban inquietos por el remordimiento de su atentado y, por otro, los nervios y atuatucos preparaban la guerra a los romanos, y que no dejarían de unírsele tropas de voluntarios tan pronto como saliera de su tierra, convoca una asamblea de gente armada. Esta asamblea, según costumbre de los galos, indica el comienzo de la guerra; por ley común y tradicional todos los jóvenes están obligados a acudir a ella armados; al que llega el último se le da muerte a vista de toda la multitud, en medio de los mayores tormentos. En tal asamblea declara enemigo de la patria a Cingetórix, caudillo del bando contrario, yerno suyo, del cual dijimos arriba que siempre había guardado fidelidad a César, y confisca sus bienes. Hecho esto, declara públicamente en la asamblea que él ha sido llamado por los senones y carnutes y por muchos otros pueblos de la Galia; que iría a juntarse con ellos pasando por los territorios de los remos y devastando sus campos y que, antes de esto, asaltaría el campamento de Labieno. Da las órdenes que le parecen convenientes.

LVII. Labieno, que tenía un campamento muy bien fortificado por la naturaleza del terreno y por los trabajos realizados, no veía peligro alguno para sí ni para la legión; lo que le preocupaba era no perder ocasión alguna de dar una buena lección al enemigo. Así, pues, informado por Cingetórix y sus allegados del discurso que Induciomaro había pronunciado en la asamblea, envía mensajeros a los pueblos vecinos y convoca

jinetes de todas partes; les señala un día fijo para reunirse. Mientras tanto, Induciomaro con toda su caballería andaba casi diariamente alrededor del campamento de Labieno, ya para reconocer la posición de éste, ya para hablar con los soldados o infundirles miedo; todos sus jinetes solían arrojar dardos dentro de nuestro vallado. Labieno retenía a los suyos dentro de la fortificación y por todos los medios trataba de aumentar la idea que de su miedo tenía el enemigo.

LVIII. Como Induciomaro se aproximase al campamento cada día con mayor desprecio, Labieno, habiendo introducido en una sola noche toda la caballería que había mandado venir de los pueblos limítrofes, dispuso con tanta diligencia los centinelas para contener a los suyos dentro del campamento, que de ningún modo pudo llegar a conocimiento de los tréveros la noticia de aquel refuerzo. Por su parte Induciomaro, siguiendo su diaria costumbre, se acerca al campamento y pasa allí gran parte del día; sus jinetes disparan dardos y con grandes insultos provocan a combate a los nuestros. Como no recibieran de ellos respuesta alguna, cuando les pareció, empezaron a retirarse dispersos y en desorden. Entonces Labieno manda salir por dos puertas a toda la caballería; ordena expresamente que, después de poner en fuga a los enemigos espantados (lo cual veía que había de suceder, como así fue), se dirijan todos contra Induciomaro exclusivamente y que nadie hiera a otro alguno antes de ver a éste muerto, pues no quería que, al detenerse los nuestros en perseguir a otros, él aprovechara la ocasión para escapar; ofrece grandes premios a quienes lo maten; envía unas cohortes en ayuda de la caballería. La Fortuna favoreció el designio de Labieno, pues, dirigiéndose todos contra él, Induciomaro fue apresado y muerto en el preciso momento de

vadear un río, y su cabeza llevada al campamento; al volver nuestros jinetes dan alcance y matan a cuantos pueden. Al tener noticia de esto, todas las tropas de los eburones y de los nervios se dispersan, y, después de esta jornada, César tuvo la Galia algo más tranquila.

LIBRO VI

I. Teniendo César muchos motivos para temer una sublevación mayor de la Galia, resuelve hacer una leva por medio de los legados M. Silano, C. Antistio Regino y T. Sextio; al mismo tiempo, pide al procónsul Cn. Pompeyo, ya que por asuntos públicos permanecía con mando en las cercanías de Roma, que ordene a los soldados que, siendo cónsul, había alistado en la Galia cisalpina acudir a filas y marchar a reunirse con él, juzgando que era de gran importancia para infundir respeto a los galos, incluso en el futuro, hacerles ver que los recursos de Italia eran tan grandes que, si sufría alguna pérdida en la guerra, no sólo podía repararla pronto, sino incluso acrecentar sus fuerzas. Habiéndolo ejecutado así Pompeyo en atención al bien público y a su amistad con César, hecha rápidamente la leva por los legados, organizadas y reunidas tres legiones antes de acabarse el invierno y duplicado el número de las cohortes que había perdido con Q. Titurio, demostró, no menos por la rapidez que por los refuerzos, hasta dónde llegaban la organización y los recursos del pueblo romano.

II. Muerto Induciomaro, como dejamos expuesto, los tréveros dan el mando a sus parientes. Estos no pierden ocasión de

solicitar a los germanos limítrofes ofreciéndoles dinero. No pudiendo convencer a los vecinos, tantean a los de más lejos. Habiendo ganado para su causa a algunos pueblos, se juramentan entre sí y dan rehenes como garantía del dinero; únense con Ambiórix, pactando con él alianza. Sabido esto, César, viendo que por todas partes se preparaba la guerra, que estaban en armas los nervios, atuatucos y menapios junto con todos los germanos de este lado del Rin, que los senones no acudían a la convocatoria y se coaligaban con los carnutes y demás pueblos vecinos, que los germanos eran solicitados por los tréveros con frecuentes embajadas, resolvió disponerse lo antes posible para la guerra.

III. Así pues, sin aguardar a que acabara el invierno, reunidas las cuatro legiones que tenía más cerca, se dirigió rápidamente al territorio de los nervios y antes de que éstos pudieran juntarse o escapar, los obligó a capitular y darle rehenes, después de haberles apresado gran multitud de ganado y de hombres, botín que repartió entre los soldados, y de haber devastado sus campos. Concluida rápidamente esta empresa, condujo nuevamente la; legiones a sus campamentos de invierno. Convocada la asamblea de la Galia al empezar la primavera, según tenía por costumbre, habiendo acudido todos menos los senones, carnutes y tréveros, juzgó que tal proceder equivalía a una declaración de guerra y, para demostrar que todo lo posponía a esto, traslada la asamblea a París. Los habitantes de esta región eran limítrofes de los senones y todavía en tiempos de nuestros padres estaban unidos ambos pueblos, pero se creía que no habían tomado parte en esta conjuración. Anunciada su determinación desde la tribuna, aquel mismo día marcha con las legiones hacia los senones, y llega allí a grandes jornadas.

IV. Al saber su venida Acón, que había sido el promotor de aquella sublevación, manda que la multitud se acoja a las plazas fuertes. Mientras se disponen a hacerlo, antes de que lo logren, se anuncia la presencia de los romanos. Forzosamente abandonan su proyecto y envían emisarios a César para excusarse; utilizan la mediación de los heduos, bajo cuya protección estaba desde antiguo su pueblo. César, a petición de éstos, les perdona gustoso y acepta sus excusas, juzgando que el verano debía emplearlo en la guerra inminente, no en averiguaciones. Habiéndoles exigido cien rehenes, los entrega a los heduos para su custodia. También los carnutes le envían allí emisarios y rehenes, utilizando como intercesores a los remos, cuyos clientes eran: reciben de César la misma respuesta. Celebra éste la asamblea y exige a los pueblos fuerzas de a caballo.

V. Pacificada esta parte de la Galia, consagra toda su atención y sus esfuerzos a la guerra contra los tréveros y Ambiórix. Ordena a Cavariño que le siga con la caballería de los senones, para evitar cualquier sublevación que pudiera producirse o por la irritación de éste o por el odio que se había granjeado en su pueblo. Arregladas estas cosas, dando por seguro que Ambiórix no aceptaría batalla, trataba de indagar cuáles podrían ser sus planes. Los menapios, próximos a las fronteras de los eburones y defendidos por pantanos y bosques ininterrumpidos, eran los únicos de la Galia que nunca habían enviado a César emisarios de paz. Sabía que Ambiórix tenía con ellos vínculos de hospedaje y, asimismo, que había trabado amistad con los germanos por mediación de los tréveros. Le parecía que, antes de hacerle directamente la guerra, debía privarlo de estos recursos, para evitar que, desesperado, o bien se refugiara entre

los menapios o se viera obligado a unirse con los trasrenanos. Tomada esta determinación, envía los bagajes de todo el ejército a Labieno, al territorio de los tréveros, con dos legiones que deben ponerse a sus órdenes: él, por su parte, marcha contra los menapios con cinco legiones armadas a la ligera. Estos, que, fiados en la fortaleza del sitio, no habían reunido tropa alguna, huyen a los bosques y pantanos, y se llevan allí todo lo suyo.

VI. César, repartiendo las tropas con el legado C. Fabio y el cuestor M. Craso y construidos rápidamente unos puentes, marcha por tres partes, incendia caseríos y aldeas y se apodera de gran cantidad de ganado y de gente. Los menapios, obligados por estas pérdidas, le envían emisarios a pedir la paz. Él, después de recibir rehenes, les asegura que los tratará como enemigos, si reciben en su territorio a Ambiórix o a sus emisarios. Arregladas estas cosas, deja al atrebate Comio con su caballería entre los menapios para que los tenga a raya; él se dirige a los tréveros.

VII. Mientras César lleva a cabo todo esto, los tréveros, reunidas grandes tropas de infantería y caballería, se disponían a atacar a Labieno, que con una sola legión había pasado el invierno en su comarca; y ya no distaban de él más de dos jomadas, cuando supieron que habían llegado dos legiones enviadas por César. Acampando a quince mil pasos, resuelven esperar los refuerzos de los germanos. Labieno, conociendo el designio de los enemigos y, esperando que la temeridad de ellos le ofrecería alguna ocasión de combatir, deja cinco cohortes para defensa de los bagajes y marcha contra el enemigo con otras veinticinco y gran número de jinetes, y, a una distancia de mil pasos, fortifica su campamento. Quedaba entre Labieno y el enemigo un río de difícil paso y de escarpadas riberas. Ni él tenía

intención de pasarlo, ni creía que los enemigos lo pasaran. Cada día se acrecentaba en éstos la esperanza de refuerzos. Labieno dice en público consejo que, en vista de que, según se decía, los germanos estaban al llegar, él no pondría en peligro su persona ni el ejército, sino que al día siguiente, tan pronto como amaneciera, levantaría el campo. Rápidamente llegan estos planes a conocimiento del enemigo, pues, habiendo en nuestro campamento gran número de jinetes galos, era natural que algunos trataran de favorecer los intereses de la Galia. Labieno, convocando de noche a los tribunos de los soldados y a los centuriones de los primeros órdenes, les manifiesta su intención y, para ofrecer al enemigo mayor apariencia de miedo, manda levantar el campo con más estrépito y tumulto del que suele producirse entre romanos. De este modo consigue que la m archa se asemeje a una huida. También de esto dan parte al enemigo sus espías antes del alba, pues tan cerca estaban de nuestro campamento.

VIII. Apenas la retaguardia había salido de las fortificaciones, cuando los galos, exhortándose mutuamente a no dejar escapar de las manos la esperada presa: (que era inoportuno, estando asustados los romanos, esperar el refuerzo de los germanos y que sería una deshonra para ellos no atreverse a atacar con tantas fuerzas a una tropa tan reducida y, además, embarazada en la huida), no dudan en cruzar el río y trabar batalla en un lugar desfavorable. Labieno, sospechando lo que iba a suceder, continuó su fingida retirada, caminando tranquilamente, hasta tenerlos a todos de este lado del río. Entonces, enviando un poco adelante los bagajes y situándolos en un ribazo, dijo: *Soldados, aquí tenéis la ocasión que pedíais: tenéis al enemigo en un lugar embarazoso y desfavorable para él; mostrad ahora, bajo nuestro*

mando, el mismo valor que tantas veces habéis mostrado bajo el de nuestro general y portaos como si él estuviera presente y os viera con sus propios ojos. Al mismo tiempo, manda dar cara al enemigo y enfrentarse con él, y, destacando algunos jinetes para defensa de los bagajes, sitúa el resto de la caballería a los lados. En seguida los nuestros, alzando gran vocerío, disparan sus dardos contra los enemigos. Estos, al ver que, contra su esperanza, cargaban sobre ellos a banderas desplegadas los que ellos creían fugitivos, no pudieron sostener la arremetida y, puestos en fuga al primer encuentro, escaparon hacia los bosques próximos. Labieno, dándoles alcance con la caballería, mató gran número de ellos e hizo bastantes prisioneros, con lo que a los pocos días se le entregó todo aquel pueblo. Pues los germanos que venían en su ayuda, tan pronto como supieron la derrota de los tréveros, se volvieron a sus tierras. Abandonaron el país en compañía de éstos los parientes de Induciomaro, que habían sido los autores de la rebelión. El gobierno y el mando militar fueron confiados a Cingetórix, que, según queda dicho, siempre se mantuvo fiel a los romanos.

IX. César, después de haber llegado del país de los menapios al de los tréveros, determinó pasar el Rin por dos razones: una de ellas era que los germanos habían enviado refuerzos a los tréveros contra él; la otra, que deseaba evitar que Ambiórix pudiera refugiarse entre ellos. Tomada esta determinación, resuelve hacer un puente poco más arriba de aquel lugar por donde antes había pasado el ejército. Por el sistema ya conocido y practicado y gracias al gran esfuerzo de los soldados, se concluye la obra en pocos días. Dejando una fuerte guarnición junto al puente en la ribera de los tréveros, para evitar cualquier levantamiento repentino de éstos, pasa el resto del ejército y la

caballería. Los ubios, que antes le habían dado rehenes y se le habían sometido, le envían ahora emisarios para excusarse, asegurando que ni habían enviado refuerzos a los tréveros ni habían quebrantado su fidelidad: le ruegan encarecidamente que no los maltrate, ni dé lugar a que, a causa del odio contra todos los germanos, paguen inocentes por culpables; si quiere que se le den más rehenes, están dispuestos a darlos. César, averiguado el hecho, comprueba que los refuerzos habían sido enviados por los suevos; acepta las excusas de los ubios y se informa sobre los caminos que daban entrada al país de los suevos.

X. Mientras tanto, pocos días después, le hacen saber los ubios que los suevos están reuniendo en un solo lugar todas sus tropas, obligando a los pueblos sujetos a su dominio a enviarles refuerzos de infantería y caballería. Con estas noticias, hace provisión de trigo y emplaza su campamento en un lugar ventajoso. Ordena a los ubios que recojan sus ganados y pongan a salvo en las plazas fuertes todo lo que tienen en los campos, esperando que los suevos, gente bárbara y sin disciplina, movidos por la escasez de alimentos, se resolverían a luchar aun en condiciones desfavorables; les encarga que envíen frecuentemente espías a los suevos, para averiguar lo que entre éstos pasa. Obedecen ellos y, a los pocos días, vuelven con la noticia de que todos los suevos, tan pronto como supieron de cierto la llegada del ejército romano, se habían retirado con todas sus tropas y las de los aliados a la parte más remota de su territorio: que había allí una selva interminable, llamada Bacenes, de enorme profundidad, la cual, siendo como una barrera natural, protegía a los queruscos y suevos de los mutuos ataques y correrías; que a la entrada de esta selva habían resuelto los suevos aguardar la llegada de los romanos.

XI. Y ya que hemos llegado a este lugar, no estará de más describir las costumbres de la Galia y de Germania y la diferencia que hay entre estas naciones. En la Galia, no sólo todos los pueblos, distritos y comarcas, sino también casi todas las familias, se dividen en bandos, siendo jefes de estos bandos los que a juicio de los otros tienen mayor prestigio, a cuyo arbitrio y parecer se deja la decisión de todos los asuntos y deliberaciones. Lo cual parece ser una institución antigua, que tiene por objeto que a ningún plebeyo le falte amparo contra un poderoso; pues nadie consiente que los que le siguen sean oprimidos ni vejados, y, si así no lo hace, pierde toda autoridad entre los suyos. Este mismo régimen se observa en el conjunto de toda la Galia; pues todos sus pueblos están divididos en dos facciones.

XII. Cuando César llegó a la Galia, eran jefes de una facción los heduos; de la otra, los secuanos. Estos, siendo de suyo menos poderosos, porque desde antiguo detentaban los heduos la hegemonía y tenían grandes clientelas, se habían aliado con los germanos y con Ariovisto, atrayéndolos a su partido con grandes dispendios y promesas. Y, después de obtener varias victorias y dar muerte a toda la nobleza de los heduos, tanto los habían sobrepasado en poderío, que hicieron suyos gran parte de los clientes de los heduos, obligando a éstos a entregarles como rehenes los hijos de los principales y a ju rar solemnemente que no tomarían determinación alguna contra los secuanos; quedaron, además, en posesión de parte del territorio limítrofe, que habían ocupado por la fuerza, y se alzaron con la primacía de toda la Galia. Diviciaco, que, obligado por estos motivos, acudió al senado romano en demanda de auxilio, había regresado sin conseguirlo. Con la llegada de César cambió la situación: se devolvieron a los heduos sus rehenes, se les

restituyeron sus antiguas clientelas y adquirieron, gracias a César, otras nuevas, pues los que se aliaban con ellos veían que mejoraban de condición y de gobierno, y, acrecentado en todo lo demás el valimiento y prestigio de los heduos, habían perdido los secuanos su hegemonía. Pasaron a ocupar su lugar los remos, pues, sabiendo que eran tan estimados por César como los heduos, los que por viejas enemistades no podían avenirse con éstos, se hacían clientes de los remos. Los cuales ponían gran cuidado en protegerlos, y así sostenían la nueva dignidad que de repente habían alcanzado. La situación era ahora la siguiente: los heduos ocupaban sin discusión el primer lugar, y el segundo, los remos.

XIII. En toda la Galia hay dos clases de personas que disfrutan de cierto prestigio y estimación. Pues los plebeyos son considerados casi como siervos, y nada emprenden por sí mismos ni son admitidos a consejo. La mayor parte, cuando se ven agobiados por las deudas o por el peso de los tributos o por la tiranía de los poderosos, se hacen siervos de los nobles, los cuales ejercen sobre ellos los mismos derechos que los dueños sobre sus esclavos. De aquellas dos clases, una es la de los druidas, otra la de los caballeros. Los primeros atienden el culto divino, ofician en los sacrificios públicos y privados, interpretan los misterios de la religión: a ellos acude gran número de adolescentes para instruirse, y les tienen mucho respeto. Pues ellos sentencian casi todas las controversias públicas y privadas y, si se comete algún delito, si ocurre alguna muerte, si hay algún pleito sobre herencias o linderos, ellos son los que deciden y determinan los premios y los castigos: si alguna persona, particular o pública, no se atiene a su fallo, la ponen en entredicho. Este castigo es para ellos el más grave. Los así puestos

en entredicho son considerados como impíos y criminales, todos se apartan de su camino y rehuyen su encuentro y conversación por temor a contaminarse: ni se les hace justicia aunque la pidan, ni se los hace partícipes de honor alguno. Al frente de todos estos druidas hay uno, que tiene entre ellos la autoridad suprema. Muerto éste, o bien le sucede otro que aventaje a los demás en prestigio o, si hay varios iguales, se hace la elección por votación de los druidas; en ocasiones, llegan a disputarse la primacía con las armas. En cierta época del año, se reúnen los druidas en un lugar sagrado del país de los carnutes, considerado como el centro de toda la Galia. Aquí concurren de todas partes los que tienen pleitos, y se atienen a sus decretos y sentencias. Se cree que su doctrina tuvo origen en Bretaña y que de allí pasó a la Galia, y, todavía ahora, los que quieren conocerla más a fondo suelen ir allí para aprenderla.

XIV. Los druidas no suelen tomar parte en la guerra, ni tampoco pagan tributos como los demás: están exentos de la milicia y libres de toda carga. Movidos por tan grandes privilegios, son muchos los que se dedican a su profesión por inclinación propia o enviados por sus padres y allegados. Se dice que allí aprenden gran número de versos. Así es que algunos emplean en el aprendizaje veinte años. Y no consideran lícito escribirlos, si bien en casi todos los demás asuntos públicos y privados utilizan los caracteres griegos. Esto creo yo que lo han dispuesto así por dos razones, porque no quieren que su doctrina se divulgue ni que sus discípulos, confiados en los escritos, dejen de cultivar la memoria; que es lo que suele acontecer a muchos, pues, con la ayuda de los libros, pierden el estímulo de aprender y retener de memoria. El punto capital de su doctrina es la inmortalidad de las almas, que, según ellos, pasan de unos a otros

después de la muerte, y piensan que con esto se animan sobre manera a practicar la virtud, perdiendo el miedo a la muerte. Además de esto, discuten y enseñan a la juventud muchas otras cosas acerca de los astros y de su movimiento, de la naturaleza de las cosas y de la fuerza y poder de los dioses inmortales.

XV. La otra clase es la de los caballeros. Estos, cuando es preciso y ocurre alguna guerra (que, antes de la llegada de César, solía ocurrir casi todos los años, ya fuesen ellos los atacantes o los defensores), salen todos a campaña, y, cuanto uno es más noble y rico, tantos más escuderos y clientes lleva consigo. Este es entre ellos el único distintivo de grandeza y poder.

XVI. Toda la nación gala es muy supersticiosa, y por este motivo los que padecen enfermedades graves y los que se encuentran en batallas y peligros o sacrifican víctimas humanas o hacen voto de sacrificarlas, utilizando como ministros de estos sacrificios a los druidas, porque creen que, si no se ofrenda la vida de un hombre para salvar la de otro, no es posible aplacar la ira de los dioses inmortales, y tienen leyes públicas que establecen tales sacrificios. Algunos tienen efigies de descomunal tamaño, cuyos miembros, entretejidos con mimbres, llenan de hombres vivos; al pegarles fuego, los hombres que hay dentro mueren entre las llamas. En su opinión, los suplicios de aquellos que han sido cogidos en hurto o latrocinio o en algún otro delito son más agradables a los dioses inmortales; pero, cuando no tienen bastantes de éstos, echan mano incluso de los inocentes.

XVII. El dios que más veneran es Mercurio; éste es el que tiene más imágenes; lo consideran inventor de todas las artes, guía de los caminos y viajes, y le atribuyen influencia decisiva en

el logro de dinero y en el comercio. Después de éste veneran a Apolo, Marte, Júpiter y Minerva. De éstos piensan aproximadamente como las demás naciones: que Apolo cura las enfermedades, que Minerva inicia a los hombres en sus trabajos y artefactos, que Júpiter gobierna el cielo y que Marte preside la guerra. A éste, cuando se resuelven a entrar en batalla, suelen ofrecerle con voto el botín de guerra; cuando triunfan, inmolan los seres vivos apresados, reuniendo todo lo demás en un solo lugar. En muchos pueblos pueden verse túmulos erigidos con estos despojos en lugares sagrados: y rara vez sucede que alguno, despreciando la religión, se atreva a ocultar lo que cogió o hurtar lo depositado, y se castiga este delito con la muerte acompañada de tormentos atroces.

XVIII. Todos los galos blasonan de ser descendientes de Plutón, lo cual dicen ser tradición de los druidas. Por esta razón, no miden el tiempo por días, sino por noches; en sus cumpleaños y en los principios de mes y año siempre cuentan de modo que el día siga a la noche. En sus otras costumbres lo que más los diferencia de los demás es que no consienten que sus hijos se les presenten en público antes de haber llegado a la edad en que pueden salir a campaña, y consideran vergonzoso que un hijo todavía niño esté públicamente en presencia de su padre.

XIX. Los varones añaden a los bienes recibidos de sus mujeres como dote otros tantos de los suyos, después de haber tasado aquéllos. Todo este caudal se administra conjuntamente y se depositan los frutos; muerto uno de los esposos, el que sobrevive entra en posesión de la parte del otro y de los frutos producidos durante el matrimonio. Los maridos tienen sobre sus mujeres, lo mismo que sobre sus hijos, poder de vida y muerte,

y, cuando muere algún padre de familia de la nobleza, se reúnen sus allegados y, si hay motivo de sospecha, someten a interrogatorio sobre su muerte a las mujeres, como se hace con los esclavos, y, si se confirman las sospechas, les dan muerte en la hoguera y en medio de los mayores tormentos. Los funerales de los galos son, a su modo, magníficos y suntuosos; queman con el muerto todo aquello que, a su juicio, amaba más en vida, incluso los animales, y, todavía no hace mucho tiempo, los siervos y clientes que se sabía haber sido predilectos del difunto eran quemados junto con él, si se hacían funerales regulares y completos.

XX. Los pueblos más acreditados por su buen gobierno tienen por ley inviolable, si alguno oye de los comarcanos algún rumor o noticia referente al Estado, que lo ponga en conocimiento de un magistrado y no lo manifieste a ningún otro, por ser cosa averiguada que muchas veces las gentes precipitadas e ignorantes se asustan con falsos rumores, cometen atropellos y toman resoluciones en asuntos de la mayor importancia. Los magistrados ocultan lo que les parece y manifiestan al pueblo lo que juzgan conveniente. No se permite hablar de política, sino a través de la asamblea.

XXI. Los germanos tienen costumbres muy diferentes. Pues ni tienen druidas que presidan el culto, ni son dados a sacrificios. No consideran como dioses sino a los que ven y cuyo favor sienten palpablemente: al Sol, a Vulcano y a. la Luna; de los demás ni siquiera tienen noticia. Toda su vida la pasan en cacerías y ejercicios militares; desde pequeños se acostumbran al trabajo y a las fatigas. Los que más tiempo permanecen castos son los que más prestigio alcanzan entre los suyos: con esto

piensan que se acrecienta la estatura, que aumentan las fuerzas y se robustecen los músculos. El conocer mujer antes de los veinte años lo consideran sumamente vergonzoso: y esto no es posible ocultarlo, porque se bañan promiscuamente en los ríos y se visten de pieles o pequeñas zamarras, dejando desnuda gran parte del cuerpo.

XXII. No se dedican a la agricultura, y la mayor parte de su alimento consiste en leche, queso y carne. Ni tiene nadie campos deslindados ni términos propios, sino que los magistrados y principales distribuyen cada año a las familias y grupos afines que viven juntos la extensión de terreno y en el lugar que les parece, y, al año siguiente, los obligan a cambiarse a otro sitio. Para esto alegan muchas razones: el evitar que, atraídos por la vida sedentaria, cambien la afición a la guerra por la agricultura: que se esfuercen en agrandar sus terrenos y los más poderosos echen a los más débiles de sus posesiones; que edifiquen con excesivo cuidado, para evitar los fríos y calores; que nazca la codicia de dinero, semillero de discordias y disensiones; el mantener contenta a la plebe, ya que cualquiera puede considerarse tan rico como los más poderosos.

XXIII. La mayor gloria para los pueblos consiste en estar rodeados de soledades vastísimas, asolados todos los contornos. Consideran prueba de su valor que los vecinos abandonen sus tierras expulsados por ellos y que nadie se atreva a vivir en las cercanías: al mismo tiempo les parece que así estarán más seguros y sin temor de repentinas incursiones. Cuando un pueblo entra en guerra, ya sea defensiva u ofensiva, eligen magistrados que la dirijan, y les dan poder de vida y muerte. En tiempo de paz no tienen ningún magistrado común, sino que los principales

de cada región y distrito administran justicia a los suyos y fallan los pleitos. Los robos hechos fuera del territorio del propio pueblo no llevan consigo ningún desdoro, y aseguran que sirven para ejercitar a la juventud y desterrar el ocio. Tan pronto como alguno de los principales se ofrece en la asamblea como jefe, invitando a los que quieran seguirle, se levantan todos aquellos que aprueban la empresa y la persona, y le prometen su ayuda, siendo aplaudidos por la multitud; si algunos de éstos no le siguen, son considerados como desertores y traidores y, en adelante, se les niega el crédito en todo. No les parece lícito violar el vínculo de hospedaje; a quienes por cualquier motivo van a sus tierras, los protegen de todo atropello, los consideran sagrados y todos les abren sus puertas y les ofrecen alimento.

XXIV. Hubo un tiempo en que los galos superaban en valor a los germanos, les declaraban guerras y, a causa del exceso de su población y la escasez de tierra, enviaban colonias al otro lado del Rin. Así fue cómo los volcas tectosages se apoderaron de los campos más fértiles de Germania, en los alrededores de la selva Hercinia, (de la cual Eratóstenes y algunos otros griegos tuvieron noticia y la llamaron Orcinia) y allí se establecieron; hasta el día de hoy siguen ocupando aquel territorio y tienen grandísima reputación de hombres justos y de esforzados guerreros. En cambio, ahora, como quiera que los germanos siguen en la misma pobreza, indigencia y vida rigurosa, alimentándose y vistiéndose como antes, mientras que a los galos la vecindad de nuestras provincias y el comercio ultramarino les proporcionan muchas cosas para su comodidad y regalo, acostumbrados poco a poco a la superioridad de los otros y vencidos en muchas batallas, ni ellos mismos se atreven a compararse en valor con los germanos.

XXV. La selva Hercinia, que dejamos mencionada, tiene de ancho nueve días largos de camino; no es posible fijar su extensión de otro modo, pues no conocen medidas itinerarias. Comienza en las fronteras de los helvecios, nemetes y rauracos y, siguiendo el curso del Danubio, va directamente hasta el país de los dacios y anartes; desde aquí tuerce a mano izquierda, apartándose del río y, dada su extensión, llega a los territorios de muchas naciones; y no hay nadie en todas estas regiones de Germania que diga haber llegado al principio de esta selva, aun después de haber caminado sesenta días, o que tenga noticia del lugar en que nace; se sabe que cría muchos géneros de fieras, nunca vistos en otros parajes; entre los cuales, los más extraños y dignos de mención son los siguientes.

XXVI. Hay un bóvido parecido al ciervo, de cuya testud, entre las dos orejas, sale un cuerno más elevado y más derecho que los conocidos por nosotros; su extremidad se ramifica en una especie de palmas muy anchas. La hembra tiene la misma contextura, la misma forma y tamaño de los cuernos que el macho.

XXVII. Hay también otros animales llamados alces. Estos se asemejan en la figura y variedad de la piel a las cabras, pero son un poco más grandes y carecen de cuernos; además, tienen las patas sin junturas ni articulaciones, por lo cual no se echan para dormir, y, si por algún accidente caen, ya no pueden levantarse ni valerse. Estos tienen los árboles como albergue; se arriman a ellos y así, ligeramente reclinados, se entregan al descanso. Cuando los cazadores notan por sus huellas dónde suelen guarecerse, o socavan o cortan al ras del suelo todos los árboles de aquel paraje, teniendo buen cuidado de que aparentemente

queden firmes. Al reclinarse los alces, según su costumbre, derriban con su peso los árboles endebles y caen junto con ellos.

XXVIII. La tercera raza es la de aquellos que se llaman uros. Estos son algo más pequeños que los elefantes y tienen aspecto, color y figura de toros. Su fuerza es grande y grande también su ligereza, y atacan a todo hombre o fiera que ven. Los matan cogiéndolos en hoyos mañosamente dispuestos; con esta práctica se curten los jóvenes, ejercitándose en este género de caza, y los que han matado mayor número de ellos, presentando públicamente los cuernos como prueba, reciben grandes aplausos. Pero no es posible domesticarlos ni amansarlos, aunque los cojan de pequeños. La magnitud, disposición y aspecto de los cuernos difiere mucho de los de nuestros bóvidos. Buscados con diligencia, los guarnecen de plata en los bordes y los usan como copas en los más espléndidos banquetes.

XXIX. César, al saber por los exploradores ubios que los suevos se habían retirado a los bosques, temiendo la escasez de trigo, porque, según dejamos expuesto, los germanos apenas se dedican a la agricultura, resolvió no seguir adelante; sin embargo, para dejar a los bárbaros algún temor de su vuelta y estorbar el paso de sus tropas auxiliares, después de retirar el ejército, cortó el extremo del puente que tocaba la ribera de los ubios, en una extensión de doscientos pies, y al otro extremo levantó una torre de cuatro pisos, dejando allí, para defensa del puente, una guarnición de doce cohortes y pertrechando aquel lugar con grandes fortificaciones. Al frente de aquella avanzada y de la guarnición puso al joven C. Volcad o Tulo. Él, cuando ya empezaban a madurar los trigos, marchando a guerrear contra Ambiórix, envía delante a L. Minucio Basilo con toda la

caballería por la selva Ardena, que es la mayor de toda la Galia y llega desde las orillas del Rin y las fronteras de los tréveros hasta el país de los nervios y se extiende por más de quinientas millas, para ver si con la rapidez de la marcha y la oportunidad del tiempo podía adelantar algo; le advierte que prohíba hacer fuegos en el campamento, para que no se observe de lejos ninguna señal de su llegada; le dice que él irá detrás.

XXX. Basilo cumple lo que se le había ordenado. Hecho el viaje con una rapidez que nadie esperaba, sorprende a muchos descuidados en los campos; siguiendo las indicaciones de éstos, se dirige al paraje en que, según decían, estaba Ambiórix con unos pocos jinetes. En todo puede mucho la Fortuna, y más en la guerra. Pues, así como fue gran casualidad que Basilo lo cogiera descuidado y desprevenido, llegando él mismo a vista de aquellos hombres antes que cualquier rumor o noticia, así fue gran suerte para Ambiórix escapar a la muerte, después de haberle sido arrebatados todos los medios de defensa de que estaba rodeado y apresados sus carros y caballos. Pero también le ayudó en esto el hecho de que, estando su casa rodeada de bosque, como acostumbran a estar las moradas de los galos, que para evitar los calores suelen buscar la proximidad de bosques y ríos, sus compañeros y familiares detuvieron un poco, en un paraje angosto, el ímpetu de nuestra caballería. Mientras éstos luchaban, uno de los suyos lo montó en un caballo, y el bosque protegió su fuga. Así, lo mismo para meterlo en el peligro que para sacarlo de él, influyó mucho la Fortuna.

XXXI. Si Ambiórix no reunió sus tropas de propósito, por parecerle que no tendría que presentar batalla, o falto de tiempo e impedido por la repentina llegada de nuestra caballería,

creyendo que venía detrás todo el ejército, es cosa dudosa. Lo cierto es que, enviando mensajeros por los campos, mandó que cada uno mirase por sí. Huyeron unos a la selva de las Ardenas, otros a los pantanos contiguos; los que estaban cerca del Océano, se refugiaron en los islotes que suelen formar las mareas; muchos, abandonando su país, confiaron sus personas y haciendas a las gentes más extrañas. Catuvolco, rey de la mitad de los eburones, que había hecho suya la decisión de Ambiórix, agobiado ya por los años y no pudiendo arrostrar las fatigas de la guerra ni de la fuga, después de haber echado sobre Ambiórix, que había sido autor de la conjura, toda clase de maldiciones, se quitó la vida con zumo de tejo, del cual hay en la Galia y en Germania gran abundancia.

XXXII. Los segnos y condrusos, que forman parte de los germanos y están situados entre los eburones y los tréveros, enviaron emisarios a César para rogarle que no los considerara enemigos ni creyera que todos los germanos de este lado del Rin eran igualmente culpables: que ellos no habían tenido parte alguna en esta guerra ni habían enviado refuerzos a Ambiórix. César, después de averiguar la verdad interrogando a los cautivos, les ordenó que, si algunos de los eburones fugitivos se habían refugiado entre ellos, se los entregara; si así lo hacían, les prometía no violar sus fronteras. Entonces, dividiendo el ejército en tres partes, llevó los bagajes de todas las legiones a Atuatuca. Así se llama cierta fortaleza, situada casi en el centro del territorio de los eburones, donde Titurio y Aurunculeyo habían acampado para pasar el invierno. Eligió César este lugar, entre otras razones, por conservarse aún intactas las fortificaciones del año anterior, con lo cual aliviaría de trabajo a los soldados. Dejó para defensa de los bagajes la legión decimocuarta, una de las tres que,

recientemente alistadas, había traído de Italia. Al frente de esta legión y del campamento puso a Q. Tulio Cicerón, dejándole doscientos jinetes.

XXXIII. Dividido el ejército, ordena a T. Labieno marchar con tres legiones a las costas del Océano confinantes con los menapios; envía a C. Trebonio con otras tantas legiones a talar la región adyacente a los Atuatucos; él, con las tres restantes, determina ir al río Escalda, que desemboca en el Mosa, y al extremo de la selva de las Ardenas, adonde, según le decían, se había dirigido Ambiórix con unos pocos jinetes. Al marchar, promete regresar después de siete días, pues sabía que para tal fecha era necesario dar a la legión que quedaba de guarnición su paga de trigo. Encarga a Labieno y a Trebonio que, si pueden hacerlo sin perjuicio, vuelvan para el mismo día, a fin de que, cambiando nuevas impresiones y averiguados los planes de los enemigos, puedan comenzar otra vez la guerra con más brío.

XXXIV. Como arriba queda expuesto, los enemigos ni tenían cuerpo alguno de tropas organizadas, ni plazas fuertes, ni guarnición que pudieran defenderse con las armas, sino que eran una multitud desperdigada. Donde cada uno encontraba un valle retirado o un lugar impracticable o un pantano inaccesible que le ofreciera alguna esperanza de defensa o salvación, allí se refugiaba. Estos parajes eran sólo conocidos por los comarcanos y era necesaria gran cautela, no para defender el grueso del ejército (pues ningún peligro podían correr todos frente a unos hombres aterrados y dispersos), sino para salvar la vida de cada soldado: de lo cual, sin embargo, dependía, en parte, la conservación del ejército. Pues muchos se alejaban demasiado, impulsados por la codicia de botín, y las selvas, con sus

vericuetos desconocidos y ocultos, les impedían ir juntos. Si quería llevar la cosa a buen término y extirpar aquella ralea de forajidos, tenía que enviar separados muchos destacamentos, desmembrando el ejército; si quería mantener la formación de las tropas, según lo pedían la disciplina militar y la costumbre del ejército romano, el terreno mismo protegía a los bárbaros, a quienes no faltaba osadía para apostarse en emboscadas y cargar sobre los nuestros, viéndolos dispersos. De modo que, siendo tales las dificultades, se tomaban todas las medidas que la prudencia aconsejaba, prefiriendo César quedar corto en castigar al enemigo, aunque todos los nuestros ardían en deseos de venganza, a castigarlo con algún detrimento de los soldados. Así, despacha mensajeros a los pueblos limítrofes: los invita a todos, con la esperanza de botín, al saqueo de los eburones, con el fin de que peligrara más en aquellas breñas la vida de los galos que la de sus legionarios y, al mismo tiempo, para que, rodeados de gran multitud de gente, no quedase rastro ni memoria de aquel pueblo, en castigo de su alevosía. Muchos fueron los que de todas partes acudieron en seguida.

XXXV. Mientras esto sucedía en el país de los eburones, se echaba encima el día séptimo, para el cual había resuelto César volver junto a la legión que guardaba los bagajes. En esta ocasión pudo comprobarse cuánto puede la Fortuna en la guerra y cuán diversos lances ocasiona. Dispersos y atemorizados los enemigos, como hemos dicho, no quedaba ninguna tropa que pudiera causar el más pequeño temor. Llega a los germanos del otro lado del Rin la noticia del saqueo de los eburones y que se convida a él a todos los que quieran acudir. Reúnen dos mil jinetes los sugambros, que habitan a la orilla del Rin y que, según dijimos, habían acogido a los tencteros y usipetes fugitivos. Pasan el río

en naves y balsas, treinta mil pasos más abajo de aquel lugar donde se había construido el puente y había dejado César una guarnición; cruzan las fronteras de los eburones; apresan a muchos que huían descarriados; se apoderan de gran cantidad de ganado, del que son muy codiciosos los bárbaros. Cebados en la presa, se adentran por el territorio. Ni pantanos ni selvas detienen a estos hombres nacidos en la guerra y en la rapiña. Preguntan a los cautivos en dónde se encuentra César; se enteran de que está muy lejos y de que todo el ejército se ha marchado. Y uno de los cautivos les dice: *¿Para qué os cansáis en perseguir esta presa miserable y ruin, siendo así que tenéis la mayor fortuna al alcance de las manos? En tres horas podéis llegar a Atuatuca; allí tiene el ejército romano todas sus riquezas; la guarnición es tan escasa que ni siquiera basta a cubrir el muro, ni se atreve nadie a salir de las fortificaciones.* Tentados por esta esperanza, los germanos dejan escondida la presa que habían hecho y se dirigen a Atuatuca, llevando como guía al mismo que les había descubierto todo aquello.

XXXVI. Cicerón, que todos los días anteriores, ajustándose a las órdenes de César, había contenido con el mayor cuidado a los soldados dentro del campamento, sin permitir que ni siquiera un calón saliera de las fortificaciones, al séptimo día, desconfiando de que César cumpliese su palabra en cuanto al plazo, pues oía decir que se había alejado mucho y no se tenía noticia alguna de su vuelta, y, al mismo tiempo, picado por los dichos de aquellos que calificaban su tesón algo así como asedio, pues no se les permitía salir del campamento; no recelando ningún percance que pudiera ocasionarle daño, ya que en el espacio de tres mil pasos estaban acuarteladas nueve legiones y muchísima caballería, mientras que los enemigos andaban

dispersos y casi aniquilados, envía cinco cohortes a recoger trigo en las mieses vecinas, que sólo por una colina estaban separadas del campamento. Muchos soldados de las otras legiones habían quedado allí enfermos; unos trescientos de éstos, que habían convalecido en aquellos días, son también enviados con su bandera; los sigue, obtenido el permiso, gran multitud de calones, con gran número de acémilas, que se alojaban en el campamento.

XXXVII. En esta ocasión y coyuntura llegan los jinetes germanos y, repentinamente, con el mismo ímpetu que traían en la marcha, tratan de irrumpir en el campamento por el lado de la puerta decumana, y, por haber bosque de aquel lado, no fueron vistos hasta que llegaron junto al campamento; tanto que los mercaderes que tenían sus tiendas junto al vallado no pudieron refugiarse. Los nuestros, que se hallaban desprevenidos, se turban con la sorpresa, y a duras penas resiste el primer choque la cohorte de guardia. Los enemigos corren alrededor de todo el campamento, para ver si podían hallar alguna entrada. Trabajo cuesta a los nuestros defender las puertas; los demás accesos están defendidos por el terreno mismo y por las fortificaciones. Corren asustados por todo el campamento y se preguntan unos a otros la causa de aquel tumulto: ni saben a dónde han de hacer frente ni a qué parte debe acudir cada uno. Este asegura que ya el campamento ha sido tomado, el otro porfía que los bárbaros han venido como vencedores, después de destruir nuestro ejército y a su general; la mayor parte se imaginan nuevos malos presagios de aquel lugar, poniendo ante los ojos la tragedia de Cota y de Titurio, que habían perecido en aquella misma fortaleza. Acobardados todos por el miedo, se confirman los bárbaros en su opinión de

que no había dentro guarnición alguna, como les había dicho el cautivo. Se esfuerzan en abrir brecha y mutuamente se exhortan a no dejar escapar de las manos tan gran fortuna.

XXXVIII. Había quedado enfermo en el campamento Publio Sextio Báculo, que había sido primipilo a las órdenes de César, del cual ya hicimos mención en las batallas anteriores y que llevaba cinco días sin tomar alimento. Éste, temiendo por su vida y la de todos, sale desarmado de la tienda; ve que los enemigos se echan encima y que la situación está en su momento crítico: arrebata las armas al primero que encuentra y se coloca en la puerta. Lo siguen los centuriones de la cohorte que estaba de guardia; sostienen juntos la lucha durante poco tiempo. Pierde Sextio el sentido después de recibir graves heridas; con dificultad lo salvan, llevándolo en brazos. En este intervalo, los demás se recobran lo suficiente para atreverse a ocupar sus puestos en las fortificaciones y hacer ver que las defienden.

XXXIX. En esto nuestros soldados, que ya habían terminado de recoger trigo, oyen el griterío; se adelantan corriendo los jinetes y ven en qué peligro está la situación. Pero allí no hay fortificación alguna donde puedan acogerse en su terror; siendo todavía bisoños y sin experiencia militar, vuelven los ojos al tribuno y a los centuriones, esperando sus órdenes. Ninguno hay tan valiente que no esté asustado con la novedad del caso. Los bárbaros, divisando a lo lejos las enseñas, desisten del ataque: creen, al principio, que están de vuelta las legiones, que por informes de los cautivos creían muy distantes; pero luego, despreciando su corto número, arremeten por todas partes.

XL. Los calones suben corriendo a una colina próxima. Desalojados pronto de allí, se precipitan hacia las enseñas y manípulos, con lo que asustan más aún a los temerosos soldados. Unos opinan que, puesto que el campamento está tan cerca, formándose en cuña, deben romper velozmente hacia delante, pues aunque algunos caigan en el empeño, esperan que los demás podrán salvarse; otros, que deben mantenerse en la colina y correr todos la misma suerte. Desaprueban esto los veteranos que, como hemos dicho, fueron también con su bandera. Así, pues, animándose recíprocamente, capitaneados por C. Trebonio, caballero romano que los mandaba, rompen por medio de los enemigos y llegan todos, sin faltar uno, sanos y salvos al campamento. Siguen detrás, con el mismo empuje, los calones y jinetes, y se salvan gracias al valor de los soldados. Pero los que habían quedado en la colina, no habiendo adquirido todavía experiencia militar, ni perseveraron en su anterior propósito de defenderse en aquel lugar ventajoso, ni lograron imitar el empuje y la rapidez que habían visto ser de provecho a los otros, sino que, al intentar acogerse al campamento, se metieron en un lugar desfavorable. Los centuriones, de los cuales algunos, en premio a su valor, habían sido promovidos de los grados inferiores de las demás legiones a los superiores de ésta, por no perder la gloria militar antes conquistada, cayeron haciendo extremos de valor en la pelea. Parte de los soldados, arredrados los enemigos por la valentía de aquéllos, llegó, contra toda esperanza, incólume al campamento; los demás perecieron rodeados por los bárbaros.

XLI. Los germanos, perdida la esperanza de apoderarse del campamento, pues veían que ya los nuestros se habían situado en las fortificaciones, se retiraron al otro lado del Rin con la presa

que habían dejado guardada en los bosques. Y tan grande fue el terror de los nuestros, aun después de la retirada de los enemigos, que, aquella noche, habiendo llegado al campamento C. Voluseno, que había sido enviado con la caballería, no podía hacer creer que César estaba para llegar con el ejército incólume. Tan por completo había embargado los ánimos el miedo, que, casi fuera de sí, llegaban a decir que, destrozada toda la infantería, la caballería se había puesto a salvo huyendo, y aseguraban que, si estuviera intacto el ejército, no habrían intentado los germanos asaltar el campamento. Semejante temor se disipó con la llegada de César.

XLII. Vuelto él, haciéndose cargo de los lances de la guerra, sólo se quejó de que hubieran sido enviadas fuera las cohortes que debían estar de guardia y protegiendo el campamento (pues ni siquiera debía haberse dado ocasión al más pequeño accidente) y consideró que la Fortuna había intervenido grandemente en la repentina llegada de los enemigos, y más aún en haber rechazado a los bárbaros cuando ya casi estaban dentro del campamento. Y lo que más admirable parecía de todos estos sucesos era que los germanos, habiendo pasado el Rin para devastar los territorios de Ambiórix, derivando hacia el campamento de los romanos, hicieron a aquél el beneficio que más pudiera desear.

XLIII. César, saliendo nuevamente a castigar a los enemigos, envió por todas partes fuerzas de caballería, que en gran número había reunido de los pueblos vecinos. A todas las aldeas y caseríos que encontraban les prendían fuego, mataban los ganados, saqueaban todos los lugares; los trigos no sólo eran consumidos por tan gran multitud de bestias y hombres, sino

que, además, por la estación del año y por las lluvias estaban encamados, de manera que, aunque de momento algunos lograsen esconderse, al retroceder el ejército parecían quedar condenados a perecer de pura miseria. Y no pocas veces, corriendo por todas partes tanta gente de a caballo, dividida en piquetes, se llegó a un punto en que los cautivos afirmaban que acababan de ver a Ambiórix fugitivo y pretendían que todavía se le veía a lo lejos, con lo cual, ante la esperanza de darle alcance y con infinitas fatigas, los que creían que ganarían con ello una ilimitada estimación de César hacían esfuerzos casi sobrehumanos, y siempre parecía haberles faltado muy poco para ser del todo afortunados, pues aquél se escabullía en escondrijos y bosques y, a favor de la noche, se dirigía a otras regiones y comarcas, sin más escolta que cuatro jinetes, únicos a quienes se atrevía a confiar su vida.

XLIV. Asoladas de este modo aquellas comarcas, César, habiendo perdido dos cohortes, vuelve con el ejército a Durocortoro, capital de los remos y, convocando para aquel lugar la asamblea de la Galia, determina hacer una investigación sobre la conjuración de los senones y camutes; y, pronunciada pena de muerte contra Acón, que había sido el promotor de aquélla, lo ejecutó según la costumbre de los romanos. Algunos, temerosos de la justicia, huyeron. Después de condenar a éstos a perder todos los derechos, alojó dos legiones en los territorios de los tréveros, otras dos entre los lingones y las seis restantes en Agedinco, en el país de los senones, para que allí invernaran, y, dejando al ejército provisión de trigo, marchó a Italia a celebrar las asambleas de costumbre.

LIBRO VII

I. Pacificada la Galia, César, conforme había determinado, parte para Italia a celebrar las asambleas. Allí tiene noticia de la muerte de P. Clodio, y, habiéndose enterado de que toda la juventud de Italia era obligada por decreto del senado a prestar juramente militar, resuelve hacer una leva en toda la provincia. Estas noticias llegan rápidamente a la Galia transalpina. Los galos, por su parte, las exageran y añaden de su cosecha lo que parecía deducirse de ellas: que las turbulencias de Roma detenían a César, quien, por tan grandes disensiones, no podía venir al ejército. Movidos por estas circunstancias favorables, los que ya antes llevaban a mal el Verse sujetos al imperio del pueblo romano, comienzan a planear la guerra más abiertamente y con mayor audacia. Los principales de la Galia, reuniéndose en parajes silvestres y apartados, se quejan de la muerte de Acón; hacen ver que lo mismo puede ocurrirles a ellos; lamentan la suerte común de la Galia; prometen los mayores premios a quienes comiencen la guerra y arriesguen su vida por libertar a la patria. Dicen que ante todo se ha de procurar cortar a César el paso hacia el ejército antes de que se divulguen sus secretos proyectos. Que esto era fácil, porque ni las legiones, en ausencia de su general, se atrevían a salir de los cuarteles de invierno, ni

el general podía llegar sin escolta hasta las legiones; y que, en último término, más les valdría morir en la lucha que dejar de recobrar su antigua gloria militar y la libertad heredada de sus mayores.

II. Discutidas estas cosas, los carnutes aseguran que ellos no rehuirán ningún peligro por la salvación común; prometen ser los primeros en hacer la guerra, y, puesto que de momento no pueden darse mutuos rehenes como garantía, no sea que la cosa se divulgue, piden que se les prometa, jurando y empeñando la palabra sobre las enseñas militares (ceremonia usada por ellos en los momentos más solemnes), que, una vez comenzada la guerra, no serán abandonados por los demás. Entonces, después de aplaudir a los camutes, habiendo prestado juramento todos los presentes y señalado el día para romper las hostilidades, se disuelve la asamblea.

III. Llegado aquel día, los carnutes, a las órdenes de Cotuato y Conconetoduno, hombres resueltos a todo, dada la señal, van corriendo a Cenabo y matan a los ciudadanos romanos que residían allí para comerciar, entre ellos a C. Fufio Cita, noble caballero romano, a quien César había encargado del aprovisionamiento de trigo, y roban sus bienes. Rápidamente llega la noticia a todos los pueblos de la Galia (porque, cuando ocurre algún suceso importante y notable, lo divulgan a voces por los campos y por las diversas comarcas, y los que lo oyen lo comunican a su vez a los inmediatos, como entonces sucedió); pues lo ejecutado en Cenabo a la salida del sol se supo en el país de los arvernos antes de acabarse la primera vigilia, a pesar de mediar una distancia de cerca de ciento sesenta millas.

IV. Aquí, de igual manera, Vercingetorix, hijo de Celtilo y joven arverno muy poderoso (cuyo padre había llegado a ser el hombre más influyente de toda la Galia, siendo al fin muerto por sus conciudadanos por querer hacerse rey), convocando a sus clientes, los enardece con facilidad. Pero, conocido su intento, su tío Gobanición y los demás jefes, que desaprobaban aquella empresa, se arman contra él y lo expulsan de la ciudad de Gergovia: no desiste, sin embargo, sino que hace en los campos una leva de hombres miserables y vagabundos. Reunida esta tropa, atrae a su partido a cuantos ciudadanos encuentra: los exhorta a empuñar las armas en defensa de la libertad común y, habiendo reunido mucha gente, expulsa de la ciudad a sus adversarios, por quienes poco antes había sido él expulsado. Es proclamado rey por los suyos. Despacha embajadas a todas partes, conjurando a todos a que le guarden lealtad. Rápidamente se atrae a los senones, parisios, pidones, cadurcos, turonos, aulercos, lemovices, andes y a todos los demás habitantes de las costas del Océano; todos unánimemente le confían el mando. Revestido de este poder, exige rehenes a todos estos pueblos y manda que pongan inmediatamente a su disposición un número determinado de soldados. Señala la cantidad de armas y el tiempo preciso en que cada pueblo ha de fabricarlas; se ocupa principalmente de la caballería: aúna en su gobierno la más grande actividad con la severidad más grande; a los irresolutos, los obliga con el temor de enormes castigos; pues, para los delitos mayores, establece pena de muerte en el fuego y en toda clase de tormentos; por faltas ligeras, manda cortar las orejas o sacar un ojo, y envía a los culpables a sus casas, para que sirvan de escarmiento y amedrenten a los demás con el rigor del castigo.

V. Reunido muy pronto un ejército por estos medios violentos, envía al cadurco Lucterio, hombre sumamente arrojado, con parte de las tropas al país de los rutenos; él, por su parte, marcha al de los bitúriges. Sabiendo su venida, los bitúriges envían emisarios a los heduos, sus protectores, a pedirles ayuda para poder resistir más fácilmente a las tropas enemigas. Los heduos, aconsejados por los legados que César había dejado con el ejército, envían tropas de caballería y de infantería en socorro de los bitúriges. Las cuales, habiendo llegado al Loira, que separa a los bitúriges de los heduos, se detienen allí unos días y, no atreviéndose a pasar el río, vuelven a su tierra y se excusan con nuestros legados diciendo que han dado la vuelta por temor a la traición de los bitúriges, pues se habían enterado de que el plan de éstos era, si pasaban el río, atacarlos ellos de una parte y de otra los arvernos. Si hicieron esto por el motivo que expusieron a los legados o por traición, es cosa que no nos atrevemos a asegurar, puesto que no nos consta. En vista de su retirada, los bitúriges se unieron al punto con los arvernos.

VI. César, enterado en Italia de estas novedades, viendo que los asuntos de Roma habían mejorado ya gracias al talento de Cn. Pompeyo, marchó a la Galia transalpina. Llegado allí, se vio muy apurado para disponer la manera de llegar al ejército: pues, si mandaba que las legiones vinieran a la Provincia, comprendía que tendrían que luchar en el camino sin que él estuviera presente; si él se dirigía al ejército, veía que no era prudente confiar su persona ni aun a aquellos que hasta entonces parecían estar en paz.

VII. Mientras tanto el cadurco Lucterio, enviado al país de los rutenos, atrae a este pueblo al partido de los arvernos. Pasando después a los territorios de los nicióbroges y gábalos, recibe rehenes de unos y otros y, reunida una gran tropa, se dirige a la Provincia, dispuesto a irrumpir en ella por el lado de Narbona. Enterado César de esto, creyó que debía anteponer a todos sus proyectos el marchar a Narbona. Llegado allí, levanta los ánimos caídos y establece guarniciones entre los rutenos que dependían de la Provincia, entre los volcas arecómicos, entre los tolosanos y en tomo a Narbona, lugares vecinos al enemigo. Manda que parte de las tropas de la Provincia y el refuerzo que había traído de Italia se reúnan en tierras de los helvios, que limitan con los arvernos.

VIII. Tomadas estas medidas, reprimido ya y alejado Lucterio, por considerar peligroso adentrarse por medio de las guarniciones, César se dirige al país de los helvios. Aunque el monte Cevena, que separa a los arvernos de los helvios, siendo entonces la época más dura del año y estando cubierto de nieve muy espesa, le estorbaba el paso, sin embargo, quitando una capa de nieve de seis pies y abriéndose camino de este modo, llega, con grandísima fatiga de los soldados, al país de los arvernos. Habiéndolos cogido desprevenidos, pues se creían resguardados por el Cevena como por un muro, ya que en esta estación del año nunca habían estado abiertos sus caminos ni siquiera para un hombre solo, manda a los jinetes que extiendan sus correrías cuanto puedan y que infundan a los enemigos el mayor terror posible. Rápidamente llega a Vercingetorix la noticia de estos sucesos, confirmada por mensajeros: rodéanle todos los arvernos, aterrados, y le suplican que mire por sus fortunas y no permita que sean saqueados por los enemigos; pues

bien puede ver que toda la guerra se dirige ahora contra ellos. Movido él por sus ruegos, levanta el campamento del país de los bitúriges y se dirige al de los arvernos.

IX. Pero César, después de haber permanecido dos días en aquellos parajes, previendo lo que había de hacer Vercingetórix, con el pretexto de reunir refuerzos y caballería, se ausenta del ejército. Confía el mando de estas tropas al joven Bruto; le recomienda que los jinetes hagan por todas partes las mayores correrías; que él hará lo posible para no estar ausente del campamento más de tres días. Dispuestas así las cosas, sin que lo sospecharan los suyos, llega a Viena a marchas forzadas. Encontrando allí la nueva caballería, que muchos días antes había enviado a esta ciudad, sin interrumpir la marcha ni de día ni de noche, se dirige a través del país de los heduos al de los lingones, donde invernaban dos legiones, a fin de prevenir con su rapidez cualquier plan que acaso pudieran tramar también los heduos contra su persona. Habiendo llegado allí, envía mensajeros a las demás legiones y las reúne a todas en un solo lugar antes de que los arvernos pudieran tener noticia de su llegada. Enterado de esto Vercingetórix, lleva de nuevo su ejército a los bitúriges, y, marchando de aquí a Gorgobina, capital de los boyos, a quienes César había establecido allí, una vez vencidos en la guerra helvética, poniéndolos bajo la dependencia de los heduos, determina asediarla.

X. Este asedio daba mucho que pensar a César, pues, si retenía las legiones en un solo lugar durante el resto del invierno, temía que, expugnados los tributarios de los heduos, toda la Galia le abandonase, al ver que sus amigos no teñí ah en él defensa alguna; si las sacaba del campamento de invierno antes

de tiempo, se exponía a carecer de trigo por la dificultad de los transportes. Sin embargo, le pareció mejor arrostrar todas las dificultades que tolerar semejante afrenta y enajenarse con ello las voluntades de todos sus aliados. Así, pues, recomendando a los heduos que no dejaran de acarrearle víveres, envía mensajeros a los boyos para que les anuncien su llegada y les exhorten a permanecerle fieles y resistir con valentía el ímpetu de los enemigos. Dejando en Agedinco dos legiones y los bagajes de todo el ejército, se dirige al país de los boyos.

XI. Al día siguiente, habiendo llegado a Velaunoduno, plaza fuerte de los senones, para no dejar a su espalda ningún enemigo y tener más libre el camino para el transporte de los víveres, determinó sitiarla, y en dos días la circunvaló; al tercer día, habiéndole enviado emisarios la ciudad para rendirse, les mandó traer las armas, entregar las cabalgaduras y dar seiscientos rehenes. Para hacer cumplir lo tratado, deja allí al legado C. Trebonio: él, por su parte, sin pérdida de tiempo, se dirige a Cenabo, ciudad de los carnutes, los cuales, acabando entonces de recibir noticias sobre el asedio de Velaunoduno y creyendo que esta empresa iría despacio, andaban reuniendo gente para enviarla como guarnición a Cenabo. César llegó allá en dos días. Asentado el campamento delante de la ciudad, por impedírselo lo avanzado del día, deja el asalto para el siguiente y ordena a los soldados que preparen lo necesario para tal empresa; y, como la ciudad de Cenabo tenía un puente sobre el Loira, temiendo que los habitantes escaparan de noche, ordena que dos legiones velen sobre las armas. Los cenabenses, saliendo en silencio de la ciudad poco antes de media noche, comenzaron a pasar el río. César, avisado de esto por los exploradores, introduce en la ciudad, después de quemar sus puertas, las legiones a las que

había mandado estar dispuestas y se apodera de ella, quedando muy pocos de los enemigos que no fuesen presos, debido a que la estrechez del puente y de los caminos detenían a la multitud en su huida. Saquea e incendia la ciudad, abandona el botín a los soldados, pasa el ejército al otro lado del Loira y llega al territorio de los bitúriges.

XII. Vercingetórix, tan pronto como supo que llegaba César, desistió del asedio y salió a su encuentro. Éste había resuelto asaltar a Novioduno, plaza fuerte de los bitúriges, situada en su camino. Pero, habiéndole llegado emisarios de esta ciudad a rogarle que les perdonase y les conservase la vida, para acabar lo que le faltaba con la rapidez que tantos éxitos le había procurado, les ordena entregar las armas, traer los caballos y darle rehenes. Entregada ya parte de los rehenes, mientras se ejecutaba lo demás en presencia de los centuriones y de los pocos soldados que habían entrado en la ciudad para recoger las armas y cabalgaduras, se divisó a lo lejos la caballería de los enemigos, que se había adelantado al ejército de Vercingetorix. Tan pronto como la vieron los de la ciudad y concibieron esperanzas de socorro, alzando un griterío, comenzaron a empuñar las armas, a cerrar las puertas y a cubrir la muralla. Los centuriones que estaban en la ciudad, comprendiendo por la algazara de los galos que éstos tramaban alguna novedad, desenvainando las espadas, tomaron las puertas y se pusieron a salvo con todos los suyos.

XIII. César manda sacar del campamento su caballería y traba combate con la de los galos; cuando ya los suyos se veían apurados, les envía de refuerzo unos cuatrocientos jinetes germanos, que desde el principio había recibido en sus filas. Los galos no pudieron resistir su empuje y, puestos en fuga, se

retiraron al grueso del ejército con muchas pérdidas; la huida de éstos infundió nuevo terror a los de la ciudad, los cuales, prendiendo a los que consideraban autores de la sublevación de la plebe, los condujeron a César y se le rindieron. Acabada esta empresa, César se dirigió contra la ciudad de Aváíico, que era la mayor y mejor fortificada del país de los bitúriges y estaba situada en la comarca más fértil; pues esperaba que, una vez tomada esta ciudad, se haría dueño de todo el pueblo de los bitúriges.

XIV. Vercingetorix, recibidos tantos y tan continuos descalabros en Velaunoduno, en Cenabo, en Novioduno, convoca a consejo a los suyos. Les dice que la guerra tiene que ser hecha de muy diversa manera que hasta entonces: que se ha de procurar por todos los medios privar a los romanos de forrajes y víveres. Que esto era fácil, puesto que tenían a su disposición numerosa caballería y la época del año les favorecía: los pastos no estaban para segarse, lo cual obligaría a los enemigos a dispersarse en su busca por las alquerías; todos los cuales podían ser diariamente destruidos por la caballería. Que, por lo demás, la salvación común exigía que se descuidaran los intereses particulares; era necesario incendiar las aldeas y caseríos en todo el territorio adonde, durante su marcha, pudieran llegar los enemigos en busca de forraje. Que, por lo que a ellos se refería, tenían estas cosas en abundancia, pues serían abastecidos por los habitantes de los territorios en que se hiciera la guerra: en cambio los romanos, o no soportarían la escasez, o se alejarían del campamento con gran peligro: y que lo mismo daba matarlos que quitarles los bagajes; perdidos los cuales, no se puede hacer la guerra. Que también era necesario incendiar las ciudades que no estuvieran seguras de todo peligro por sus fortificaciones o por su posición natural, a fin de que no sirvieran a los suyos para

sustraerse a la milicia ni ofrecieran a los romanos ocasión de proveerse de víveres y hacer botín. Que, si esto les parecía duro y doloroso, mucho más duro debía parecerles el que sus hijos y mujeres fuesen reducidos a esclavitud y muertos ellos mismos; lo cual forzosamente ocurre a los vencidos.

XV. Aprobada esta decisión unánimemente, en un solo día se pone fuego a más de veinte ciudades de los bitúriges. Lo mismo hacen los demás pueblos. Por todas partes se ven incendios; y, aunque a todos causaban gran dolor, se consolaban pensando que pronto recuperarían lo perdido, pues daban casi por segura la victoria. Deliberan en asamblea general si convendría incendiar o defender la ciudad de Avárico. Echanse los bitúriges a los pies de todos los galos, suplicándoles que no les obliguen a incendiar con sus propias manos la ciudad más hermosa de casi toda la Galia, baluarte y gloria de su pueblo; afirman que su posición natural les permitirá defenderla fácilmente, pues, estando rodeada casi totalmente por el río y una laguna, sólo tenía un acceso, y éste muy angosto. Se accede a su petición, oponiéndose al principio Vercingetorix, que luego condescendió, movido por sus ruegos y por la compasión general. Se confía la defensa de la ciudad a hombres elegidos para ello.

XVI. Vercingetorix sigue a César en jornadas pequeñas y elige para acampar un lugar defendido por lagunas y bosques, a diez y seis mil pasos de Avárico. Allí, valiéndose de exploradores regulares, que iban y venían sin interrupción, se enteraba de lo que sucedía en Avárico y daba las órdenes oportunas. Observaba todas nuestras salidas en busca de forraje y trigo y, cuando nuestros soldados se desbandaban o se alejaban con

exceso, los atacaba y les causaba grave daño, a pesar de que los nuestros tomaban todas las medidas que estaban a su alcance, variando las horas y los caminos.

XVII. César, acampando por aquel lado de la ciudad donde el río y los pantanos dejaban un estrecho paso, como arriba queda dicho, comenzó a levantar el terraplén, armar los manteletes y construir dos torres, pues la naturaleza del lugar impedía una circunvalación. No dejaba de instar a los boyos y a los heduos sobre el aprovisionamiento de trigo: pero los unos, por su absoluta falta de interés, bien poco le ayudaban; los otros, siendo escasos sus recursos, pues aquel pueblo era reducido y débil, agotaron pronto sus reservas. Mas, a pesar de verse el ejército agobiado por la enorme dificultad de conseguir víveres, debido a la pobreza de los boyos, a la negligencia de los heduos y a los incendios de los caseríos, hasta el punto de que durante varios días carecieron de trigo los soldados, teniendo que ir a buscar reses en aldeas muy lejanas para acallar el hambre, no se les oyó ni una palabra indigna de la majestad del pueblo romano y de sus anteriores victorias. Más aún, como César, inspeccionando los trabajos, se dirigiera a cada legión y dijera que, si las privaciones les parecían excesivamente duras, levantaría el sitio, todos le pedían que no hiciera esto; que durante muchos años habían militado a sus órdenes sin haber sufrido la menor afrenta y sin dejar de acabar una empresa comenzada: que considerarían una deshonra abandonar el asedio emprendido, y que preferían soportar las mayores miserias a dejar sin venganza la muerte de los ciudadanos romanos que en Cenabo habían perecido por la traición de los galos. Estas mismas razones daban a los centuriones y tribunos de los soldados, para que las hicieran presentes a César.

XVIII. Cuando ya las torres se aproximaban al muro, supo César por los cautivos que Vercingetórix, acabado el forraje, había venido a acampar más cerca de Avárico y que él en persona, con su caballería y las tropas ligeras que solían combatir entre los jinetes, había marchado a emboscarse en el paraje adonde pensaba que irían los nuestros a forrajear al día siguiente. Enterado de esto, salió en silencio a media noche y llegó por la mañana al campamento de los enemigos. Éstos, advertidos pronto de su venida por los exploradores, escondieron sus carros y bagajes en la espesura de los bosques y formaron todas sus tropas en un lugar abierto y elevado. Sabido lo cual, César mandó poner rápidamente aparte la impedimenta y aprestar las armas.

XIX. La colina se alzaba en suave pendiente desde el llano; la ceñía casi por completo una laguna difícilmente practicable, cuya anchura no excedía de cincuenta pies. Los galos, habiendo cortado los puentes, se mantenían en esta colina, confiados en su posición, y, repartidos por pueblos, ocupaban todos los vados y calzadas de la laguna, dispuestos a caer sobre los romanos atollados, si intentaban pasarla; de manera que, considerando la proximidad del lugar, podría juzgarse que estaban dispuestos a combatir casi en las mismas condiciones que los nuestros, mas, conociendo la desigualdad de las posiciones, se veía que su ostentación no era más que vana apariencia. Indignados de que los enemigos se atrevieran a hacerles frente a tan corta distancia, nuestros soldados pedían la señal de ataque; César les hace ver cuánto daño acarrearía y a cuántos valientes soldados costaría la vida esta victoria; que, pues ellos se mostraban tan animosos que no rehuían ningún peligro por su gloria, él sería el hombre más ingrato, si no estimara la vida de ellos más que la propia. Después

de consolar así a los soldados, aquel mismo día se retiró con ellos al campamento, disponiéndose a terminar los preparativos para el asalto de la ciudad.

XX. Vercingetorix, cuando volvió a los suyos, fue acusado de traición por haber aproximado el campamento a los romanos, por haber marchado con toda la caballería, por haber dejado sin jefe tropas tan numerosas y porque, después de marchar él, los romanos habían llegado tan a punto y tan pronto —que todas estas cosas no habían podido suceder casualmente o sin haberse puesto de acuerdo; que él prefería reinar en la Galia con el apoyo de César antes que por el favor de los suyos—. A estas acusaciones contestó Vercingetorix: Que si había levantado el campamento, lo había hecho por la escasez de forraje y a instancias de ellos mismos; que se había acercado a los romanos movido por la ventaja del lugar, que por sí mismo se defendía; que la ayuda de los jinetes de nada habría servido en aquel lugar pantanoso, mientras que había sido provechosa allí donde habían ido: que, al marchar, de intento no había dejado el mando supremo a nadie, no fuera que, por agradar a la multitud, se arriesgara al combate; de lo cual veía que todos estaban deseosos a causa de su molicie, que no les permitía soportar las fatigas por más tiempo. Que si los romanos habían acudido casualmente, había que dar gracias a la Fortuna; si habían sido invitados por algún traidor, había que darlas a éste, por haber podido, desde aquella posición ventajosa, conocer su corto número y despreciar el valor de quienes, no atreviéndose a combatir, se habían retirado vergonzosamente al campamento. Que él no quería obtener de César con la traición un mando que podía lograr con la victoria, la cual tanto él como todos los galos daban ya por segura: más aún, que estaba dispuesto a resignarlo

en ellos, si se imaginaban hacerle un honor más bien que recibir de él la salvación. *Para que veáis*, dijo, *que hablo sinceramente, oíd a los soldados romanos.* Saca unos esclavos que pocos días antes había hecho prisioneros mientras andaban forrajeando, y que había extenuado con el hambre y las cadenas. Éstos, instruidos de antemano acerca de lo que debían contestar cuando se les preguntara, dicen ser soldados legionarios: que, incitados por el hambre y la miseria, habían salido a escondidas del campamento, por ver si en los campos podían encontrar algún trigo o ganado: que todo el ejército se veía reducido a la misma miseria, y que ya nadie tenía fuerzas ni podía soportar la fatiga de los trabajos: que, en vista de ello, el general había resuelto, si no tenían algún éxito en el cerco de la ciudad, retirar el ejército a los tres días. *Todo esto*, dice entonces Vercingetórix, *me lo debéis a mí, a quien acusáis de traidor: a mí, por cuyas medidas, sin derramar sangre vuestra, veis un ejército, antes tan poderoso y vencedor, casi muerto de hambre; al cual, cuando huya vergonzosamente, ningún pueblo recibirá en su territorio, gracias a mis diligencias.*

XXI. Alza sus clamores toda la multitud y bate las armas según su costumbre; lo cual suelen hacer cuando aprueban el discurso de alguien; gritan que Vercingetorix es un jefe sin par y que no se debe poner en duda su fidelidad ni se puede dirigir la guerra con más acierto. Deciden que se envíen a la ciudad diez mil hombres escogidos entre todo el ejército, pareciéndoles que no se debía encomendar la libertad de todos a los bitúriges solos, pues comprendían que de la conservación de aquella ciudad dependía toda la seguridad de la victoria.

XXII. Al singular valor de nuestros soldados oponían mil artificios los galos, pues son gente muy mañosa y de mucha habilidad para imitar y practicar todo lo que ven hacer a otros. Así, apartaban nuestras hoces con lazos y, cuando las habían sujetado, las introducían en la ciudad con ciertos aparatos; asimismo, socavaban nuestro terraplén, lo cual hacían con mucha destreza, porque, teniendo grandes minas de hierro, conocen y manejan toda clase de máquinas de zapa. Además, habían guarnecido todo el muro con torres de madera, las cuales habían recubierto de cueros. Tampoco dejaban de hacer frecuentes salidas de día y de noche, poniendo fuego al terraplén o atacando a los soldados ocupados en el trabajo; y, cuanto subían nuestras torres con el crecimiento diario del terraplén, otro tanto elevaban las suyas, añadiéndoles postes, que trababan unos con otros; y contrarrestaban las minas abiertas con maderos, aguzados y endurecidos al fuego, con pez hirviendo y con piedras de enorme peso, impidiendo a los minadores acercarse a las murallas.

XXIII. La estructura de todas las de la Galia es aproximadamente ésta: se tienden en el suelo, con un intervalo regular de dos pies y a todo lo largo del muro, vigas perpendiculares a éste. Se las sujeta por la parte de dentro y se llenan los huecos con mucha tierra y cantos. Los intervalos que hemos dicho se guarnecen por delante con muchas piedras. Colocado todo esto y hecho un solo cuerpo, se añade otra capa encima, de manera que quede el mismo intervalo, sin que las vigas se toquen entre sí, sino que, guardando bien las distancias, cada una ocupe su debido lugar, con las correspondientes piedras interpuestas. Así se sigue alzando toda la obra, hasta alcanzar la conveniente altura del muro. Esto no sólo da a la

construcción buen aspecto, por la variedad con que alternan vigas y piedras en líneas rectas bien ordenadas, sino que, además, es sumamente apropiado para la seguridad y defensa de las ciudades; porque la piedra resiste al fuego y al ariete la madera, que, asegurada por dentro con vigas de una pieza, generalmente de cuarenta pies, ni se puede romper ni desunir.

XXIV. A pesar de que el asedio tenía en contra todos estos obstáculos y los soldados se veían de continuo entorpecidos por el frío y las lluvias incesantes, todo lo vencieron con su asiduo trabajo, y en veinticinco días levantaron un terraplén de trescientos treinta pies de ancho y ochenta de alto. Cuando ya casi tocaba el muro enemigo y César, según su costumbre, velaba junto a las obras, exhortando a los soldados a no interrumpir el trabajo un solo momento, poco antes de la tercera vigilia se advirtió que humeaba el terraplén, que había sido minado e incendiado por los enemigos, y, levantando al mismo tiempo gran vocerío por todo el muro, hacían una salida por dos puertas, a ambos lados de las torres. Unos arrojaban desde la proximidad del muro teas y madera seca sobre el terraplén, otros vertían pez y otras materias con que pudiera incrementarse el fuego; de modo que apenas se podía resolver a dónde se acudiría primero o qué cosa pedía más pronto remedio. No obstante, como César había ordenado que dos legiones estuvieran siempre alerta delante del campamento, mientras otras varias se turnaban en los trabajos, rápidamente se consiguió que unos hicieran frente a las salidas y otros retirasen las torres y cortasen el terraplén, acudiendo todo el resto del ejército a extinguir el fuego.

XXV. Mientras se luchaba en todas partes, pasado ya el resto de la noche, renovándose continuamente en los enemigos la

esperanza de la victoria, sobre todo al ver quemadas las cubiertas de nuestras torres y advertir la dificultad de llevar socorro a pecho descubierto, relevando ellos continuamente a los cansados con tropas de refresco y creyendo que la salvación de la Galia dependía por completo de aquel momento, sucedió ante nuestros ojos un caso que, por ser tan memorable, nos pareció que no debía ser omitido. Cierto galo que ante la puerta de la ciudad arrojaba al fuego frente a una torre las bolas de sebo y pez que de mano en mano le pasaban, atravesado el costado derecho por un tiro de escorpión, cayó muerto. Uno de sus compañeros, saltando por encima de su cadáver, pasó a ocupar su puesto: muerto éste segundo de otro tiro semejante de escorpión, le sucedió otro tercero, y al tercero el cuarto, sin que faltase quien ocupara aquel puesto de combate, hasta que, apagado el terraplén y rechazados los enemigos por todas partes, se puso fin a la lucha.

XXVI. Los galos, habiendo puesto en juego todos sus medios y visto que ninguno les daba resultado, al día siguiente tomaron la decisión de huir de la ciudad por consejo y mandato de Vercingetorix. Esperaban que, intentándolo en el silencio de la noche, podrían llevarlo a cabo sin grandes pérdidas de los suyos; porque el campamento de Vercingetorix no distaba mucho de la ciudad y, además, había en todo aquel trayecto una laguna que servía de obstáculo a los romanos para perseguirlos. Y ya se disponían a hacer esto por la noche, cuando las mujeres salieron de pronto corriendo por las calles y se arrojaron llorando a los pies de los suyos, conjurándolos a no permitir que ellas y sus hijos, que por su naturaleza y sus pocas fuerzas no podían huir, quedaran a merced de los enemigos. Cuando vieron que ellos persistían en su resolución, pues de ordinario en un peligro

extremo el miedo excluye la compasión, comenzaron a dar voces, advirtiendo a los romanos la proyectada fuga. Asustados los galos y temerosos de que la caballería romana cerrase los caminos, desistieron de su intento.

XXVII. Al día siguiente, habiendo César hecho avanzar la torre y reparar las obras que había proyectado, comenzó a llover con fuerza, y, pareciéndole aquel temporal favorable para tomar una decisión, pues veía a los que guardaban el muro algo más descuidados, mandó a los suyos que se mostraran también más remisos en el trabajo, manifestándoles su intención. Exhorta a las legiones, escondidas y dispuestas entre los manteletes, a recoger por fin con la victoria el fruto de tantas fatigas; ofreció premios a los primeros en escalar el muro, y dio la señal a los soldados. Ellos se lanzaron impetuosamente desde todas partes y pronto cubrieron el muro.

XXVIII. Los enemigos, consternados por este ataque imprevisto, desalojados del muro y de las torres, se formaron en cuña en la plaza y lugares espaciosos, decididos a luchar ordenadamente, si se les atacaba por algún lado. Cuando vieron que nadie bajaba al terreno llano, sino que el enemigo se esparcía por todo el perímetro del muro, temerosos de que se les quitara toda esperanza de huir, arrojaron las armas y corrieron en tropel a las partes más remotas de la ciudad, y allí, oprimiéndose ellos mismos al querer salir por las estrechas puertas, unos fueron muertos por la infantería, otros, ya fuera de la ciudad, por la caballería; y no hubo ninguno de los nuestros que pensara en el pillaje. Hasta tal punto estaban enfurecidos por la matanza de Cenabo y por las fatigas del asedio, que no perdonaron ni a ancianos, ni a mujeres, ni a niños. Finalmente, de toda aquella

multitud, que casi llegaba a los cuarenta mil, apenas ochocientos, que al oír los primeros gritos habían salido corriendo de la ciudad, llegaron incólumes a Vercingetorix. A los cuales él, muy avanzada ya la noche, recogió de su fuga en silencio (temiendo que, si llegaban todos de golpe, la compasión de la gente produjera algún motín en el campamento), disponiendo que les salieran lejos al encuentro sus amigos y los principales de cada pueblo para separarlos y llevarlos a la parte del campamento que desde el principio había correspondido a los suyos.

XXIX. Al día siguiente, convocando una junta, los consoló y exhortó a que no se desanimasen ni se apesadumbrasen demasiado por aquel revés: que los romanos no habían vencido por su valor ni en batalla, sino por cierta estratagema y pericia en el asalto, en lo cual ellos no tenían práctica; que se equivocaban quienes pensaran que todos los sucesos de la guerra les iban a ser favorables; que él nunca había sido partidario de defender Avárico, de lo cual ellos mismos eran testigos; pero la imprudencia de los bitúriges y la excesiva condescendencia de los otros habían dado lugar a este infortunio: no obstante, que él lo remediaría pronto con éxitos mayores. Pues, a los pueblos que no estaban con los demás galos, con su diligencia los uniría a los otros, y haría un solo partido de toda la Galia, a cuya unión ni el mundo entero podría oponerse; y que esto ya casi lo tenía logrado. Mientras tanto, era justo que, con miras a la salvación común, se resolvieran a fortificar el campamento, a fin de poder resistir más fácilmente los repentinos asaltos del enemigo.

XXX. No desagradó a los galos este discurso, sobre todo viendo que él no estaba desanimado, a pesar de haber sufrido tan gran descalabro, y que no se había escondido ni se ocultaba

de la vista de la multitud; y les parecía que a todos aventajaba en prudencia y previsión, puesto que, antes del peligro, había propuesto, al principio, incendiar Avárico, y luego, abandonarlo. Así, mientras que otros generales suelen perder el crédito con las derrotas, el prestigio de éste crecía, por el contrario, de día en día después del desastre. Al mismo tiempo, concebían la esperanza de ver cumplida su promesa de atraerse a los demás pueblos; y entonces fue cuando los galos se resolvieron por vez primera a fortificar su campamento, y tal era su consternación que, a pesar de no estar hechos al trabajo, creyeron que debían sufrir y soportar todo lo que se les ordenase.

XXXI. Vercingetórix, por su parte, no omitía medio alguno para cumplir su promesa de atraer a los demás pueblos, ganándose a sus jefes con dones y promesas. Elegía para este fin hombres aptos, que con palabras halagüeñas o por amistad fuesen los más adecuados para conquistarlos. A los refugiados de Avárico procúrales armas y vestidos. Al mismo tiempo, para reforzar sus disminuidas tropas, ordena a los pueblos que aporten un número determinado de soldados, señalándoles un plazo dentro del cual tenían que llegar al campamento; manda, asimismo, que todos los arqueros, que abundaban muchísimo en la Galia, sean buscados y enviados a él. Con estas medidas recupera muy pronto lo perdido en Avárico. Mientras tanto Teutomato, hijo de Olovicón, rey de los nicióbroges, cuyo padre había recibido de nuestro senado el título de amigo, se une a Vercingetórix con gran contingente de su caballería y con la que había reclutado en Aquitania.

XXXII. César, deteniéndose varios días en Avárico, donde encontró gran cantidad de trigo y demás provisiones, dejó que el

ejército se repusiera de sus fatigas y privaciones. Ya casi acabado el invierno, cuando la estación misma convidaba a salir a campaña y él estaba resuelto a ir en busca del enemigo y ver si podía o bien atraerlo fuera de los pantanos y bosques o bien ponerle apretado cerco, le llega una embajada de los principales de los heduos a rogarle que socorra a su pueblo en las circunstancias más críticas; que su (situación era en extremo peligrosa; porque, siendo antigua costumbre crear un solo magistrado, que gozaba de autoridad regia durante un año, ahora había dos que se arrogaban el mando, pretendiendo cada uno haber sido nombrado de acuerdo con las leyes. Uno de ellos era Convictolitán, joven afortunado y de gran lustre; el otro. Coto, de rancio abolengo y, personalmente, hombre muy poderoso y bien emparentado, cuyo hermano Valeciaco había desempeñado el año anterior la misma magistratura. Que toda la nación estaba en armas, dividido el senado, dividido el pueblo, cada uno a la cabeza de sus partidarios. Que, si seguía fomentándose la contienda, se llegaría a la guerra civil. El evitar esta desgracia dependía de la diligencia y autoridad de César.

XXXIII. Éste, aunque creía perjudicial abandonar la guerra y al enemigo, sin embargo, no ignorando cuán grandes males suelen provenir de las discordias, para evitar que aquella nación tan importante y tan unida al pueblo romano, a la cual él siempre había favorecido y honrado por todos los medios, apelara a la violencia y a las armas, y el partido que se creyese más débil pidiera ayuda a Vercingetórix, pensó que debía dar preferencia a este asunto; y, como las leyes de los heduos prohibían a los que desempeñaban la suprema magistratura salir de su territorio, para no parecer que violaba en algo sus derechos o leyes, determinó ir él al país heduo y convocó a su presencia en

Dececia al senado y a los competidores. Habiéndose reunido allí casi todo el pueblo, y conociendo César por las declaraciones secretas de unos pocos que un hermano había sido proclamado por el otro donde y cuando no debía, siendo así que las leyes prohibían, no sólo elevar a la magistratura, sino incluso admitir en el senado a aquel de cuya familia viviera otro que hubiese desempeñado estos cargos, obligó a Coto a resignar el mando. Adjudicó el poder a Convictolitán, que había sido elegido por los sacerdotes, según costumbre de la ciudad, estando presentes los demás magistrados.

XXXIV. Pronunciada esta sentencia, después de exhortar a los heduos a que olvidaran sus querellas y disensiones y, dando de mano a todo, le ayudaran en esta guerra, con la seguridad de que, vencida la Galia, sabría premiarles en la medida de sus merecimientos, y le enviaran rápidamente toda su caballería y diez mil infantes, que dejaría de guarnición en diversos puntos para atender al aprovisionamiento de trigo, dividió el ejército en dos cuerpos; confió cuatro legiones a Labieno, para que las condujese al país de los senones y parisios; otras seis las llevó consigo al de los arvernos, avanzando hacia la ciudad de Gergovia, siguiendo el curso del río Allier; parte de la caballería la entregó a Labieno, reservándose él la otra parte. Sabiendo esto Vercingetórix, hizo cortar todos los puentes de aquel río y comenzó a seguir su orilla opuesta.

XXXV. Estando los dos ejércitos a la vista y acampando casi frente por frente, teniendo exploradores apostados para impedir que los romanos hicieran algún puente por donde pasar las tropas, veíase César en una situación muy difícil, temiendo perder la mayor parte del verano ante el obstáculo del río;

porque el Allier no suele ser vadeable casi nunca hasta el otoño. Para evitar este inconveniente, acampando en un lugar cubierto de bosque, frente a uno de aquellos puentes que Vercingetórix había mandado cortar, al día siguiente permaneció emboscado con dos legiones; mandó marchar a las demás tropas, como de costumbre, con todos los bagajes, después de haber dividido algunas cohortes, teniendo cuidado de que las legiones parecieran íntegras. Habiéndoles ordenado alejarse todo lo que pudieran, cuando por lo avanzado del día conjeturó que ya habrían acampado, comenzó a reconstruir el puente sobre sus antiguos soportes, cuya parte inferior permanecía intacta. Acabada rápidamente la obra, pasó las dos legiones, eligió un lugar apropiado para el campamento y mandó llamar a las demás tropas. Vercingetórix, sabido el caso, para no verse obligado a combatir contra su deseo, siguió adelante a grandes jornadas.

XXXVI. César llegó desde allí, en cinco jornadas, a Gergovia, y, el mismo día, después de una ligera escaramuza de la caballería, viendo la posición de la ciudad, que, por estar situada en un monte altísimo, era de acceso difícil por todas partes, perdió la esperanza de tomarla por asalto; el asedio no quiso emprenderlo hasta solucionar la cuestión triguera. Por su parte Vercingetórix, acampando en el monte, cerca de la ciudad, había dispuesto a su alrededor las tropas, dejando pequeños intervalos entre las de cada pueblo, y, ocupados todos los cerros de aquella altura en cuanto alcanzaba la vista, presentaba un aspecto aterrador: y cada día, al amanecer, mandaba que los jefes de aquellos pueblos a los que había elegido para consejeros suyos se reunieron ante él, ya para consultarles algo, ya para disponer lo conveniente: y casi no dejaba ningún día sin probar el ánimo

y valor de los suyos mediante alguna escaramuza de caballería entreverada de arqueros. Frente por frente de la ciudad, al pie mismo del monte, había una colina muy bien pertrechada y escarpada por todas partes, que, si la ocupasen los nuestros, dejaría probablemente a los enemigos privados en gran parte de agua y de la facilidad de forrajear. Pero esta posición tenía una guarnición enemiga bastante fuerte. No obstante, saliendo César del campamento en el silencio de la noche, desalojó la guarnición y se apoderó del lugar antes de que pudieran llegar socorros de la ciudad, estableciendo allí dos legiones y abriendo un doble foso de doce pies desde el campamento mayor hasta el menor, para que incluso de uno en uno pudieran ir y venir los soldados sin temor a un súbito ataque del enemigo.

XXXVII. Mientras esto pasa ante Gergovia, el heduo Convictolitán, al cual, según dijimos, había sido adjudicada por César la magistratura, sobornado por los arvernos, se pone al habla con algunos jóvenes acaudillados por Litavico y sus hermanos, que descendían de una familia ilustre. Reparte con ellos la suma recibida y les exhorta a recordar que han nacido libres y para mandar a otros: que el pueblo heduo era el único que retardaba la victoria segurísima de la Galia; que con su influencia contenía a los demás pueblos; si cambiaban de partido, no podrían los romanos permanecer más en la Galia: que él había recibido de César algún beneficio, si bien era cierto que la justicia estaba de su parte; pero que estimaba en más la libertad común: pues ¿por qué motivo habían de acudir los heduos a César como definidor de sus derechos y leyes, y no los romanos a los heduos? Ganados rápidamente aquellos jóvenes por las palabras del magistrado y por el dinero, y ofreciéndose incluso a ponerse al frente de la empresa, andaban buscando la

manera de llevarla a cabo, puesto que no esperaban que el pueblo se dejara inducir temerariamente a la guerra. Decidieron que Litavico tomaría el mando de aquellos diez mil hombres que iban a ser enviados en ayuda de César, encargándose de conducirlos, y que sus hermanos se adelantasen al encuentro de César. Determinan asimismo el plan que había de seguirse luego.

XXXVIII. Litavico, ya al frente del ejército, cuando distaba unos treinta mil pasos de Gergovia, convocando de pronto a los soldados, les dice lagrimeando: *¿A dónde vamos, soldados? Toda nuestra caballería, toda nuestra nobleza ha sucumbido: nuestros principales ciudadanos, Eporedorix y Viridomaro, calumniados de traición, han sido muertos por los romanos sin proceso alguno. Preguntad sobre esto a los que huyeron de en medio de la matanza: pues a mí el dolor por la muerte de mis hermanos y de todos mis parientes me impide exponeros lo sucedido.* Se presentan entonces los que él tenía ya instruidos sobre lo que habían de decir, y confirman a la multitud lo que acababa de decir Litavico: Que todos los jinetes de los heduos habían sido muertos por achacárseles haber hablado con los arvernos; que ellos mismos se habían ocultado entre la multitud de los soldados y habían huido de en medio de la matanza. Prorrumpen en gritos los heduos y conjuran a Litavico a que se preocupe de su salvación. *¡Como si la situación,* exclamó él, *pidiera consejo y no nos fuera necesario marchar a Gergovia y unirnos con los arvernos! ¿Acaso podemos dudar de que los romanos, una vez cometido este horrendo crimen, se dispongan ya a matamos? Por consiguiente, si tenemos algún valor, venguemos la muerte de aquellos que han perecido tan injustamente, y matemos a estos ladrones.* Les muestra a los ciudadanos romanos que estaban allí bajo su salvaguardia. Les

quita al punto gran cantidad de trigo y de víveres, y los hace perecer entre crueles tormentos; envía mensajeros por todo el territorio de los heduos, amotinando a la gente con la misma mentira de la matanza de los jinetes y de los principales: los exhorta a vengar sus afrentas del mismo modo que él lo ha hecho.

XXXIX. El heduo Eporedórix, joven de ilustre alcurnia y de gran influjo en su patria, y junto con él Viridomaro, de igual edad e influencia, pero de linaje inferior, a quien César, por recomendación de Diviciaco, había elevado desde su humilde origen hasta la más alta grandeza, venían con la caballería, llamados expresamente por él. Ambos se disputaban la primacía, y, en la pasada contienda de los magistrados, ambos habían luchado con todas sus fuerzas, uno por Convictolitán, el otro por Coto. Eporedórix, conocido el designio de Litavico, hacia la media noche delata la situación a César, rogándole que no consienta que su pueblo, por las malvadas intenciones de unos mozalbetes, se aparte de la amistad del pueblo romano; lo cual veía que iba a suceder, si llegaban a unirse con los enemigos tantos miles de hombres, cuyas vidas no podrían desamparar sus familias ni tener en poco la república.

XL. César, hondamente preocupado por esta noticia, porque siempre se había esmerado en favorecer al pueblo heduo, sin dudar un solo instante, saca del campamento cuatro legiones expeditas y toda la caballería; y, en semejante apuro, ni siquiera hubo tiempo de reducir el campamento, pues el éxito parecía depender de la rapidez. Deja al legado C. Fabio con dos legiones para defender el campamento. Al mandar prender a los hermanos de Litavico, descubre que poco antes habían huido al

enemigo. Exhortando a los soldados a que no se dejen asustar por las fatigas del camino en situación tan urgente, marchando todos con gran ardor, después de avanzar veinticinco mil pasos, da vista al ejército heduo y, destacando la caballería, detiene y estorba su marcha, prohibiendo a todos los suyos que maten a alguno. Ordena a Eporedorix y a Virodomaro, a quienes los heduos creían muertos, que se muestren entre la caballería y llamen por sus nombres a los suyos. Al conocer a éstos y ver el engaño de Litavico, los heduos comienzan a tender las manos y hacer señas de rendición, y a pedir, despuestas las armas, que se les perdone la vida. Litavico huye a Gergovia con sus clientes, para quienes, según la costumbre gala, es un crimen abandonar a sus patronos, incluso en la mayor desventura.

XLI. César, después de enviar mensajeros al pueblo heduo, para hacerles saber que por su benignidad había perdonado la vida a quienes por derecho de guerra hubiera podido matar, dando al ejército tres horas de la noche para descansar, se dirigió de nuevo a Gergovia. Hacia la mitad del camino, unos jinetes enviados por Fabio le exponen el enorme peligro en que quedaba la situación: le dicen que el campamento se halla cercado por tropas numerosísimas, relevando frecuentemente a las cansadas otras de refresco y agobiando con ininterrumpidos ataques a los nuestros, que, a causa de la extensión del campamento, tenían que permanecer de continuo y sin relevo en la empalizada; que eran muchos los heridos por la multitud de flechas y por toda clase de armas arrojadizas; para resistir semejantes ataques habían servido de mucho las máquinas de guerra; Fabio, al partir ellos, dejando sólo dos puertas, quedaba tapiando las demás y añadiendo parapetos al vallado, y se preparaba para un ataque semejante el día siguiente. En vista de

esto, César, secundado con gran ardor por los soldados, llegó al campamento antes de salir el sol.

XLII. Mientras esto sucedía ante Gergovia, los heduos, recibidos los primeros mensajes de Litavico, no se toman tiempo alguno para deliberar. Mueve a unos la codicia, a otros la cólera y temeridad, vicio dominante y natural en esta gente, que da por cosa cierta el más leve rumor. Saquean los bienes de los ciudadanos romanos, los asesinan en masa, los reducen a esclavitud. Echa leña al fuego Convictolitán y enfurece a la multitud, para que, una vez cometido el crimen, se avergüence de volver al buen camino. Hacen salir de la ciudad de Cabilono, dándole seguridades, al tribuno militar M. Aristio, que iba a juntarse con su legión; obligan a hacer lo mismo a cuantos se habían establecido allí para comerciar. Asaltándolos seguidamente en el camino, los despojan de todo cuanto llevaban: a los que resisten, los asedian día y noche; muertos muchos de ambas partes, llaman en su ayuda mayor número de gente armada.

XLIII. Habiendo llegado entre tanto la noticia de que todos sus soldados estaban en poder de César, corren a excusarse ante Aristio, diciéndole que nada se había hecho con la aprobación pública; decretan que se hagan pesquisas de los bienes robados; confiscan los de Litavico y sus hermanos; envían emisarios a César para disculparse. Hacen todo esto para recobrar a los suyos; pero, complicados ya en el crimen y enriquecidos con el reparto de los bienes robados, como habían sido muchos los participantes, asustados por el castigo que temían, comienzan a forjar secretamente planes de guerra y tratan de soliviantar con embajadas a los demás pueblos. Aunque César conocía estos

designios, sin embargo, contesta a los emisarios con la mayor afabilidad posible: que por la ceguera y ligereza del vulgo no se formaba él un concepto desfavorable para todo el pueblo, ni disminuía su benevolencia para con los heduos. Por lo demás, temiendo mayores sublevaciones de la Galia, para no verse cercado por todos los pueblos, andaba deliberando cómo retirarse de Gergovia y reunir de nuevo todo el ejército, evitando que su marcha, ocasionada por el miedo a la rebelión, se pareciera a una huida.

XLIV. Mientras pensaba esto, se le presentó una ocasión que le pareció favorable. Pues, habiendo ido al campamento menor para examinar las obras, vio desprovista de defensores una colina que ocupaba el enemigo, la cual en los días anteriores apenas se veía por la muchedumbre que la cubría. Extrañado, pregunta el motivo a los desertores, que en gran número se pasaban a él diariamente. Todos convenían en afirmar lo que ya el mismo César había sabido por los exploradores: que la cima de aquella colina era casi llana, pero intrincada y estrecha por donde comunicaba con el otro lado de la ciudad; que los enemigos temían mucho por esta posición, y estaban persuadidos de que, ocupada ya una colina por los romanos, si perdían la otra, quedarían, por decirlo así, casi cercados y sin poder salir ni forrajear: que todos habían sido llamados por Vercingetórix para fortificar este lugar.

XLV. Sabiendo esto César, envía allá varios escuadrones de caballería a media noche: les ordena que corran por todas partes con más alboroto que de costumbre. Al rayar el alba, manda sacar del campamento gran número de acémilas y que los muleteros, provistos de capacetes, cual si fueran soldados de

caballería, cabalguen alrededor de las colinas. Mete entre ellos algunos jinetes, para que alarguen más las incursiones y causen sensación. Manda que todos se dirijan a un mismo lugar, evolucionando ampliamente. Estas maniobras se veían a lo lejos desde la ciudad, pues desde Gergovia se dominaba con la vista nuestro campamento, pero a tanta distancia no podía distinguirse bien lo que era en realidad. César destaca una legión hacia aquella colina y, habiendo avanzado un poco, la detiene en la falda y la oculta en los bosques. Crece la sospecha en los galos y llevan todas sus tropas a defender aquel lado. Viendo César vacío el campamento enemigo, cubiertas las insignias de los suyos y ocultas las enseñas militares, va pasando en pelotones, para que no los vieran desde la ciudad, los soldados del campamento mayor al menor y manifiesta a los legados que había puesto al frente de cada legión cuál era su designio: sobre todo les encarga que contengan a los soldados, no sea que por el deseo de combatir o por la codicia del pillaje se adelanten demasiado; les hace ver la desventaja del lugar a causa de su fragosidad: inconveniente que sólo con la rapidez puede evitarse; que se trataba de una sorpresa, no de un combate. Dicho esto, da la señal y, por el lado derecho, destaca al mismo tiempo a los heduos por otra subida.

XLVI. El muro de la ciudad distaba de la llanura donde comenzaba la cuesta mil doscientos pasos en línea recta, sin contar los repliegues del terreno. Todo lo que se rodeaba para suavizar la pendiente, alargaba el camino. Hacia la mitad de la colina, los galos habían levantado a lo largo, siguiendo la disposición del terreno, un muro de seis pies, formado de grandes piedras, para retardar el ímpetu de los nuestros, y, dejando libre todo el espacio inferior de la colina, habían llenado

por completo de tropas la parte superior hasta el muro de la ciudad. Nuestros soldados, dada la señal, llegan rápidamente a la línea defensiva y, cruzándola, se apoderan de tres secciones del campamento enemigo. Y con tal rapidez lo hicieron que Teutomato, rey de los nicióbroges, sorprendido en su tienda mientras dormía la siesta, a duras penas logró escapar, desnudo de medio cuerpo arriba y con el caballo herido, de las manos de los soldados que andaban al saqueo.

XLVII. César, logrado ya su intento, ordenó tocar retirada, y habiendo arengado a la legión décima, que entonces le acompañaba, le mandó hacer alto. A los soldados de las demás legiones, que no oyeron el sonido de la trompeta por. estar al otro lado de un valle bastante grande, trataban de contenerlos, ajustándose a las órdenes de César, los tribunos militares y los legados; pero, enardecidos por la esperanza de una pronta victoria, por la fuga de los enemigos y por los éxitos obtenidos en anteriores batallas, nada les parecía tan difícil que con su valor no pudieran lograrlo; y no dejaron de perseguir al enemigo hasta llegar al pie del muro y de las puertas de Gergovia. Entonces, alzándose grandes alaridos por todos los barrios de la ciudad, los que estaban más distantes, aterrados por aquel repentino alboroto y creyendo que el enemigo estaba ya puertas adentro, salieron precipitadamente de la ciudad. Las mujeres arrojaban desde la muralla vestidos y plata, y, descubierto el pecho, tendían las manos a los romanos, suplicándoles que tuvieran piedad de ellas y no hicieran como en Avárico, donde ni siquiera a las mujeres y a los niños habían respetado. Algunas, dándose la mano para descolgarse por el muro, se entregaban a los soldados. L. Fabio, centurión de la legión octava, a quien los suyos habían oído decir aquel día que, estimulado por los premios otorgados

en Avárico, no permitiría que nadie escalase antes que él el muro, cogiendo a tres de sus soldados, y ayudado por ellos, subió a la muralla. A su vez tendió la mano a cada uno de ellos y les ayudó a subir.

XLVIII. Mientras tanto, los que, según hemos dicho, se habían reunido a la otra parte de la ciudad para fortificarla, al oír los primeros gritos y llamados luego por continuos avisos de que los romanos se apoderaban de la ciudad, acudieron en tropel, enviando delante la caballería. Conforme iban llegando, se paraban al pie del muro y reforzaban el número de sus combatientes. Al ver reunida gran multitud de ellos, las mujeres, que poco antes tendían las manos desde el muro a los romanos, comenzaron a suplicar a los suyos, soltándose el cabello, según costumbre de la Galia, y mostrándoles a sus hijos. Era desfavorable el combate para los romanos, tanto por el lugar como por el número; además, cansados ya por la carrera y la duración de la lucha, no les era fácil resistir a los que venían de refresco y con las fuerzas íntegras.

XLIX. César, temiendo por los suyos al ver que combatían en lugar desfavorable y que las tropas enemigas aumentaban, envió al legado T. Sextio, a quien había dejado guardando el campamento menor, orden de sacar rápidamente las cohortes y apostarlas en la falda de la colina por el lado derecho de los enemigos, a fin de que, si veía a los nuestros desalojados de su posición, intimidase a los enemigos, dificultándoles la persecución. Él, por su parte, adelantándose un poco con su legión desde el lugar en que había hecho alto, aguardaba a ver el giro que tomaba el combate.

L. Mientras se luchaba cuerpo a cuerpo con gran brío, confiando los enemigos en su posición y número, y los nuestros en su valor, súbitamente, por el lado descubierto de los nuestros, aparecieron los heduos, a quienes César había enviado por otra ladera, a mano derecha, para distraer al enemigo. Éstos, por la semejanza de sus armas con las de los galos, asustaron mucho a los nuestros; y, aunque mostraban descubierto el hombro derecho, lo cual solía ser la contraseña convenida, nuestros soldados creían que esto mismo lo hacían los enemigos para engañarlos. Mientras tanto, el centurión L. Fabio y los que con él habían escalado el muro, rodeados y muertos, eran precipitados desde la muralla. M. Petronio, centurión de la misma legión, mientras intentaba romper las puertas, se vio rodeado por la multitud y, perdiendo la esperanza de vivir, por haber recibido ya muchas heridas, dijo a los suyos que le habían seguido: *Puesto que no puedo salvarme con vosotros, por lo menos aseguraré vuestra vida, ya que, atraído por el ansia de gloria, os he metido en este peligro. Vosotros aprovechad la ocasión de poneros a salvo*. Diciendo esto se lanza en medio de los enemigos y, matando a dos, aleja un poco de la puerta a los restantes. Como intentasen socorrerle los suyos. *En vano,* les dijo, *os esforzáis por salvar mi vida, pues ya no me quedan sangre ni fuerzas. Por consiguiente, marchad de aquí mientras podéis hacerlo e incorporaos a la legión.* Luchando así, cayó momentos después, pero salvó a los suyos.

LI. Los nuestros, acosados por todas partes y habiendo perdido cuarenta y seis centuriones, fueron desalojados de sus posiciones; pero la legión décima, que estaba de repuesto en un lugar algo más ventajoso, detuvo a los galos en su persecución encarnizada. Esta legión se vio apoyada, a su vez, por las cohortes

de la legión XIII, que, saliendo del campamento menor, habían tomado, a las órdenes del legado T. Sextio, un lugar más elevado. Las legiones, tan pronto como llegaron al llano, se detuvieron dando frente al enemigo. Vercingetórix retiró a los suyos de la falda de la colina, resguardándolos detrás de la línea defensiva. Aquella jomada nos costó cerca de setecientos hombres.

LII. Al día siguiente, César, reuniendo las tropas, censura la temeridad y codicia de los soldados, que por sí mismos habían resuelto hasta dónde se debía avanzar o qué les parecía oportuno hacer, y no se habían detenido después de darse la señal de retirada, ni habían podido ser contenidos por los tribunos militares y legados. Les expuso el peligro de una posición desfavorable, y su propia conducta en Avárico, cuando, sorprendidos los enemigos sin jefe y sin caballería, había preferido renunciar a una victoria cierta, por no exponerse a sufrir en el combate algún daño, por pequeño que fuese, ocasionado por la desventaja del terreno. Que, en la misma medida en que admiraba su valentía, la cual no se había arredrado ante las fortificaciones del campamento, ni ante la altura del monte, ni ante el muro de la ciudad, reprendía su indisciplinada arrogancia, que les había hecho creerse más avisados que el general en lo referente a la victoria y al resultado de la situación: y que él no requería menos en un soldado la docilidad y obediencia, que el valor y la grandeza de ánimo.

LIII. Después de este discurso, al fin del cual exhortó a los soldados a que no se desanimasen por eso, ni atribuyesen al valor de los enemigos el revés ocasionado por la desigualdad de las posiciones; persistiendo en sus anteriores proyectos de retirada,

sacó las legiones del campamento y las formó en orden de batalla en un lugar apropiado. Como a pesar de todo Vercingetórix permaneciese dentro de las fortificaciones y no bajase al llano, después de una ligera escaramuza de la caballería, que le fue favorable, retiró el ejército al campamento. Hizo lo mismo al día siguiente y, creyendo que esto bastaba ya para quitar humos a los galos y levantar el ánimo a nuestros soldados, alzó el campamento y se dirigió al país de los heduos. Ni siquiera entonces le siguieron los enemigos, y al tercer día reparó los puentes del Allier y pasó el ejército.

LIV. Viniendo a encontrase allí con él los heduos Viridomaro y Eporedorix, se entera de que Litavico había marchado con toda la caballería a sublevar a los heduos: era necesario que ellos mismos se anticipasen para mantener al pueblo en su deber. Aunque por muchos indicios conocía ya César la deslealtad de los heduos y creía que la marcha de éstos dos no haría más que apresurar la rebelión de aquel pueblo, sin embargo, le pareció que no debía retenerlos, para que nadie pudiera pensar o que les hacía violencia o que tenía miedo. Al partir éstos, les recuerda brevemente los beneficios que había hecho a los heduos: en qué estado de abatimiento los había tomado bajo su protección, acorralados en sus ciudades, despojados de sus tierras, privados de todos sus recursos, agobiados de tributos, obligados ignominiosamente a dar rehenes, y a qué prosperidad y esplendor los había elevado, de manera que no sólo habían recobrado su situación pasada, sino que nunca se habían visto tan considerados e influyentes. Después de estas advertencias, los despidió.

LV. Novioduno, ciudad de los heduos, estaba situada a orillas del Loira, en una posición ventajosa. Aquí tenía César depositados todos los rehenes de la Galia, el trigo, el dinero público y gran parte de su equipaje y de los del ejército; aquí había reunido gran número de caballos que para esta guerra había comprado en Italia y España. Habiendo llegado allí Eporedórix y Viridomaro y enterados de la situación en que se hallaba el pueblo: cómo Litavico había sido recibido por los heduos en Bibracte, que es entre ellos la ciudad de mayor prestigio; cómo el magistrado Convictolitán y gran parte del senado se habían unido con él; cómo se habían enviado oficialmente emisarios a Vercingetórix para concertar paz y amistad, les pareció que no debían desaprovechar ocasión tan favorable. Así, pues, dando muerte a los defensores de Novioduno y a cuantos traficantes había en la ciudad, se repartieron el dinero y los caballos; hicieron conducir los rehenes a Bibracte, poniéndolos a disposición del magistrado; incendiaron la ciudad, juzgando que no podrían defenderla, para que no se aprovechasen de ella los romanos; se llevaron todo el trigo que pudieron en las embarcaciones que hallaron a mano, echando el resto al río y al fuego, y ellos mismos comenzaron a reunir tropas en las comarcas vecinas, a colocar guarniciones y centinelas a orillas del Loira y hacer por todas partes incursiones con la caballería, para infundir temor y ver si podían cortar los víveres a los romanos o echarlos, forzados por la escasez, a la provincia. Esta esperanza suya se veía muy alentada por la crecida del Loira, tan caudaloso por el deshielo, que, al parecer, no podía vadearse por ningún sitio.

LVI. Enterado César de estos sucesos, creyó que debía apresurarse, para que, si al hacer los puentes se veía obligado a

pelear, lo hiciese antes de que se reunieran allí más tropas enemigas. Porque, cambiar de plan y dirigirse a la provincia (cosa que ni aun en el mayor peligro estaba dispuesto a hacer), se lo impedía no sólo la infamia y vileza del hecho, sino también la interposición del monte Cevena y la dificultad de los caminos, y, sobre todo, el gran temor que sentía por Labieno, de quien estaba separado, y por las legiones que había enviado con él. Así, pues, forzando mucho la marcha día y noche, llegó al Loira antes de lo que nadie pensaba, y, por un vado que hallaron los jinetes, bastante cómodo para caso tan urgente, aunque sólo dejaba fuera del agua los hombros y los brazos para sostener las armas, disponiendo la caballería de manera que quebrantase la fuerza del río y aprovechando el desconcierto que su repentina llegada había causado al enemigo, pasó el ejército sin pérdida ninguna, y, hallando gran cantidad de trigo y ganado en los campos, bien abastecido el ejército con esto, determinó marchar al país de los senones.

LVII. Mientras esto sucede al ejército de César, Labieno, dejando en Agedinco para defender los bagajes a los reclutas que habían llegado recientemente de Italia, marcha con cuatro legiones sobre Lutecia. Es ésta una ciudad de los parisios, situada en una isla del río Sena. Al enterarse de su venida los enemigos, se reunieron grandes tropas de los pueblos vecinos. Se confía el mando supremo al aulerco Camulógeno, que, a pesar de hallarse ya casi agotado por la vejez, fue nombrado para este cargo por su singular pericia en el arte militar. Éste, habiendo observado una laguna que llegaba hasta el Sena, rodeando todo aquel lugar y protegiéndolo muy bien, acampó allí, dispuesto a impedir el paso a los nuestros.

LVIII. Labieno, al principio, se esforzaba en acercar los manteletes y en rellenar el pantano con zarzos y tierra, haciendo así un camino firme. Pero, luego que vió la dificultad de esta empresa, saliendo en silencio del campamento a media noche, llegó a Metiosedo por el mismo camino que había traído. Es ésta una ciudad de los senones, sita en otra isla del Sena, lo mismo que Lutecia. Apresadas aquí cerca de cincuenta embarcaciones, las unió rápidamente y, metiendo en ellas a los soldados, se apoderó sin lucha de la ciudad, aprovechándose del terror que la novedad del caso había infundido a sus habitantes, gran parte de los cuales había marchado a la guerra. Restaurado el puente, que pocos días antes habían cortado los enemigos, pasa el ejército y, río abajo, se encamina a Lutecia. Los enemigos, enterados de lo sucedido por los fugitivos de Metiosedo, ponen fuego a Lutecia y mandan cortar los puentes de esta ciudad: y, marchando de la laguna, acampan a orillas del Sena, frente por frente de Lutecia y del campamento de Labieno.

LIX. Ya se tenían noticias de que César se había retirado de Gergovia; ya corrían rumores sobre el alzamiento de los heduos y la sublevación afortunada de la Galia, y en sus corrillos afirmaban los galos que César, a quien se había cortado el camino y todo acceso al Loira, obligado por la escasez de trigo, iba en dirección a la provincia. Por su parte los belovacos, que ya antes eran de suyo poco fieles, conocida la rebelión de los heduos, comenzaron a reunir tropas y hacer abiertamente preparativos de guerra. Entonces Labieno, viendo tan cambiada la situación, comprendió que tenía que adoptar otro plan muy diverso del que antes se había propuesto: y ya no pensaba en conquistas ni en provocar al enemigo a combate, sino en la manera de retirar el ejército sin bajas a Agedinco. Pues por un

lado le amenazaban los belovacos, pueblo famosísimo en la Galia por su valor, y el otro lo tenía ocupado Camulógeno con el ejército formado y dispuesto para el combate; además, las legiones estaban separadas de su base de operaciones y de los bagajes por un río muy caudaloso. Encontrándose de pronto en situación tan grave, veía que no le quedaba más recurso que el valor.

LX. Habiendo convocado una junta al atardecer, después de exhortar a los suyos a ejecutar con diligencia y maña lo que ordenase, encomienda cada una de las embarcaciones que había traído de Metiosedo a otros tantos caballeros romanos y, después de la primera guardia, les manda que, aprovechando la corriente del río, avancen silenciosamente cuatro mil pasos y le esperen allí. Deja de guarnición en el campamento cinco cohortes que le parecían las menos aguerridas; ordena que las otras cinco de la misma legión marchen a media noche río arriba con todos los bagajes y gran alboroto. Procura asimismo reunir unas barcas y las envía en la misma dirección, encargando que hagan mucho ruido con los remos. Él, por su parte, saliendo poco después en silencio, se dirige con tres legiones al sitio adonde había mandado arribar las embarcaciones.

LXI. Cuando se hubo llegado allí, los exploradores enemigos, que estaban distribuidos por toda la orilla del río y descuidados por haberse levantado súbitamente una gran tempestad, fueron sorprendidos por los nuestros: rápidamente son transportados el ejército y la caballería, bajo la dirección de los caballeros romanos que había puesto al frente de aquella operación. Al rayar el alba, casi a la vez llegan noticias a los enemigos de que en el campamento de los romanos había gran alboroto, contrario

a su costumbre, y que un gran cuerpo de ejército subía río arriba, oyéndose al mismo tiempo gran estrépito de remos por aquella parte, mientras que, poco más abajo, los soldados eran transportados en naves. Enterados de esto, creyendo que las legiones pasaban el río por tres puntos y que, asustados todos por la sublevación de los heduos, se disponían a huir, distribuyeron también sus tropas en tres cuerpos. Y, así, dejando una guarnición frente a nuestro campamento y enviando una pequeña tropa hacia Metiosedo, con orden de avanzar tan sólo lo necesario para seguir a nuestras naves, dirigieron el resto de su ejército contra Labieno.

LXII. Al amanecer, ya todos los nuestros habían sido transportados y se veían las formaciones enemigas. Labieno, después de exhortar a los soldados a que se acordaran de su antiguo valor y de tantas victorias gloriosísimas, y se portaran como si César mismo, bajo cuyas órdenes habían vencido muchas veces a los enemigos, estuviera presente, da la señal del combate. Al primer encuentro los enemigos son desbaratados y puestos en fuga por el ala derecha, donde estaba formada la legión séptima; por la izquierda, donde peleaba la duodécima, a pesar de haber caído las primeras filas de enemigos atravesadas por nuestros dardos, los otros resistían vigorosamente, y ninguno daba señales de querer huir. Camulógeno, general de los enemigos, estaba personalmente entre los suyos, arengándolos. Pero los tribunos de la legión séptima, mientras estaba aún indecisa la victoria, enterados de lo que sucedía en el ala izquierda, se dejaron ver con la legión a espaldas de los enemigos y cargaron sobre ellos. Ni siquiera entonces abandonó nadie su puesto, sino que todos fueron rodeados y muertos. La misma suerte corrió Camulógeno. Pero los que habían quedado de

guarnición frente al campamento de Labieno, al saber que se había trabado batalla, acudieron en socorro de los suyos y tomaron una colina; mas tampoco ellos pudieron resistir la acometida de nuestros soldados vencedores. Así, mezclados en la fuga de los suyos, los que no pudieron esconderse en los bosques y montes fueron muertos por la caballería. Acabada esta empresa, vuelve Labieno a Agedinco, donde habían quedado los bagajes de todo el ejército. Desde allí, con todas sus tropas, llega a reunirse con César.

LXIII. Conocida la sublevación de los heduos, se acrecienta la guerra. Por todas partes se envían embajadas: todo el poder de su influencia, prestigio y dinero lo emplean en soliviantar a los pueblos. Echando mano de los rehenes que César había confiado a su custodia, amenazan con matarlos, para asustar a los indecisos. Piden los heduos a Vercingetórix que venga a conferenciar con ellos sobre la manera de hacer la guerra. Logrado esto, pretenden que se les entregue el mando supremo: como se discutiera el asunto, se convoca una asamblea de toda la Galia en Bibracte. Se reúnen aquí de todas partes en gran número. Se somete la cuestión a los sufragios de la multitud: todos unánimemente confirman a Vercingetórix en su cargo de general. No acudieron a esta asamblea los remos, ni los lingones, ni los tréveros: aquéllos, porque seguían siendo amigos de los romanos; los tréveros, porque estaban lejos y oprimidos por los germanos, lo cual fue causa de que no tomaran parte alguna en esta guerra y permanecieran neutrales. Los heduos sienten vivamente el verse privados de la hegemonía; lamentan el cambio de su suerte y echan de menos la benevolencia de que César los hacía objeto; pero, empeñados ya en la guerra, no tienen valor para separarse de los otros. Eporedórix y

Viridomaro, jóvenes de grandísimas esperanzas, aunque de mala gana, se someten a Vercingetórix.

LXIV. Éste exige rehenes a los demás pueblos, señalándoles el plazo para entregarlos; manda que se reúna prontamente con él toda la caballería, en número de quince mil hombres; dice que se dará por contento con la infantería que tenía antes, y que no probará fortuna ni entrará en batalla; pero que, teniendo tanta caballería, le será muy fácil impedir a los romanos proveerse de trigo y de forraje: bastará que ellos se resignen a destruir sus trigos e incendiar sus caseríos, comprendiendo que con esta merma de sus haciendas conseguirán una independencia y libertad eternas. Tomadas estas determinaciones, da orden a los heduos y segusiavos, que confinan con la provincia, de aportar diez mil infantes: a este número añade ochocientos jinetes. Confía el mando de estas tropas a un hermano de Eporedórix, y le ordena marchar contra los alóbroges. Por otra parte envía a los gábalos y a los arvernos de los distritos más cercanos contra los helvios, y asimismo a los rutenos y cadurcos a devastar los territorios de los volcas arecómicos. No por eso deja de enviar ocultamente mensajeros y embajadas para ganarse a los alóbroges, esperando que los resentimientos de la guerra pasada no se hubieran apagado aún en sus ánimos. A sus jefes, les promete dinero, y al pueblo, el dominio de toda la provincia.

LXV. Para prevenir todas estas contingencias había dispuestas veintidós cohortes, que, reclutadas en la provincia misma, estaban distribuidas por todas partes a las órdenes del legado L. César. Los helvios, adelantándose a pelear con los pueblos comarcanos, son desbaratados, y, muerto, junto con otros muchos, C. Valerio Domnotauro, hijo de Caburo, jefe de aquel

pueblo, se ven acorralados dentro de los muros de sus ciudades. Los alóbroges, disponiendo numerosas guarniciones a orillas del Ródano, defienden su territorio con gran celo y diligencia. César, sabiendo que el enemigo era superior en caballería, y no pudiendo, por estar cortados todos los caminos, recibir socorro alguno de la provincia ni de Italia, despacha emisarios al otro lado del Rin, a los pueblos de Germania que había pacificado años atrás, pidiéndoles soldados de a caballo e infantes armados a la ligera, que solían combatir entre aquéllos. A su llegada, como los caballos que montaban eran malos, toma los de los tribunos militares y demás oficiales, e incluso los de los caballeros romanos y soldados reservistas, y los distribuye a los germanos.

LXVI. Mientras esto se lleva a cabo, se reúnen las tropas enemigas enviadas por los arvernos y la caballería que se había mandado apronta a toda la Galia. Al frente de este ejército tan numeroso, mientras César se dirigía al país de los secuanos por las fronteras de los lingones para poder acudir más fácilmente en socorro de la provincia, Vercingetórix vino a situarse en tres campamentos a unos diez mil pasos de los romanos; y, convocando a los jefes de la caballería, les manifiesta que ha llegado el momento de la victoria: que los romanos huyen a la provincia y abandonan la Galia; que con esto tienen ellos bastante para conseguir la libertad de momento; mas no para asegurar la paz y tranquilidad en el futuro, pues volverán después de reunir más tropas y no pondrán fin a la guerra. Por consiguiente, deben atacarlos en medio del embarazo de la marcha. Si la infantería acude en socorro de los suyos y se detiene en esto, no podrá acabar su camino; si, abandonando los bagajes (y esto le parece más probable), procuran ponerse a salvo, quedarán privados de las cosas más necesarias, y sin honra.

Pues, en cuanto a los jinetes enemigos, ni siquiera deben poner en duda que ninguno de ellos se atreverá a dar un paso fuera de las filas. Para animarlos todavía más, formará todas las tropas delante del campamento, causando así pavor al enemigo. Alzan la voz los jinetes y dicen que todos deben juramentarse solemnemente a no recibir en su casa ni permitir que vuelva a ver a sus hijos, ni a sus padres, ni a su esposa, al que no atraviese dos veces a caballo por las filas de los enemigos.

LXVII. Aprobada esta propuesta, que juraron todos, al día siguiente, distribuyendo la caballería en tres cuerpos, dos se colocan a los dos flancos: el tercero comenzó a estorbar el paso a nuestra vanguardia. Al saberlo César, ordena que su caballería, dividida asimismo en tres cuerpos, marche contra el enemigo. Entonces se entabla un combate general: se detiene la marcha: se ponen a cubierto los bagajes entre las legiones. Si en algún sitio los nuestros iban de vencida o se veían más acosados, allí atacaba César y dirigía sus fuerzas: esta táctica frenaba la persecución del enemigo y animaba a los nuestros con la esperanza de socorro. Finalmente los germanos por el lado derecho, tomando la cima de una colina, desalojan al enemigo de sus posiciones; persíguenlos hasta el río, donde Vercingetórix estaba acampado con la infantería, y matan a muchos. Advirtiendo esto, los otros, por miedo a verse cercados, se dan a la fuga. La matanza se hace general. Tres heduos de la primera nobleza caen prisioneros y son llevados a César: Coto, prefecto de la caballería, que en los últimos comicios había sido competidor de Convictolitán; Cavarilo, que después de la rebelión de Litavico había mandado la infantería, y Eporedorix, a cuyas órdenes habían luchado los heduos, antes de la venida de César, contra los secuanos.

LXVIII. Puesta en fuga toda la caballería, Vercingetórix recogió sus tropas, que tenía situadas delante del campamento, y, súbitamente, tomó el camino de Alesia, ciudad de los mandubios, después de ordenar que sacaran rápidamente del campamento los bagajes y le siguieran con ellos. César, retirando los suyos a una colina próxima y dejando para guardarlos dos legiones, fue persiguiéndolo mientras se lo permitió el día, matando cerca de tres mil enemigos de la retaguardia, y, al siguiente, acampó frente a Alesia. Visto el emplazamiento de la ciudad y que los enemigos estaban aterrados por haber sido derrotada su caballería, en la que principalmente confiaban, animando a los soldados para el trabajo, determinó circunvalar a Alesia.

LXIX. Esta ciudad estaba situada en la cima de una colina muy elevada, de manera que parecía imposible tomarla sin asedio. Dos ríos, por dos partes, bañaban el pie de la colina. Delante de la ciudad se extendía una llanura de cerca de tres mil pasos de longitud: por todas las demás partes la ceñían, con pequeños intervalos, colinas de igual altura. Debajo del muro, toda la parte oriental de la colina estaba ocupada por las tropas de los galos, que habían abierto un foso y levantado un muro de adobes de seis pies de alto. La línea de circunvalación trazada por los romanos ocupaba un circuito de once mil pasos. Nuestro campamento estaba situado en posiciones favorables, guarnecidas con veintitrés fortines, en los cuales se disponían cuerpos de guardia durante el día, para evitar cualquier ataque repentino; durante la noche se reforzaban con centinelas y fuertes guarniciones.

LXX. Comenzados los trabajos, se traba un combate de caballería en aquel llano que, según dijimos, se extendía entre las colinas en una longitud de tres mil pasos. Se pelea con sumo brío por ambas partes. Viendo César apurados a los nuestros, envía en su ayuda a los germanos, y dispone las legiones delante del campamento, a fin de prevenir cualquier ataque repentino de la infantería enemiga. Con este apoyo de las legiones se levanta el ánimo de los nuestros; los enemigos, puestos en fuga, se estorban con su misma multitud y se amontonan en las puertas demasiado estrechas que les quedan. Entonces los germanos los persiguen fieramente hasta las fortificaciones. Se hace gran matanza. Algunos, abandonando los caballos, tratan de saltar el foso y franquear el muro. César manda adelantarse un poco a las legiones que tenía formadas delante del vallado. No es menor entonces el espanto de los galos que estaban dentro de las fortificaciones; creyendo que iban a lanzarse contra ellos, gritan llamando a las armas; algunos, aterrados, irrumpen en la ciudad. Vercingetórix manda cerrar las puertas para que no quede abandonado el campamento. Después de matar a muchos y coger gran número de caballos, los germanos se retiran.

LXXI. Vercingetórix, antes que los romanos acabasen sus fortificaciones, resuelve despedir por la noche toda la caballería. Al marchar, les encarga que vaya cada uno a su país y obligue a tomar las armas a cuantos por la edad estén en condiciones de hacerlo; les recuerda todos los beneficios que le deben, y los conjura a que miren por su seguridad y no lo abandonen a la crueldad de los enemigos, después de haber contraído él tantos méritos en defensa de la libertad común: les advierte que, si se muestran negligentes, perecerán con él ochenta mil hombres escogidos: que, según sus cálculos, le queda trigo escasamente

para treinta días, aunque podrá, con restricciones, sostenerse algo más. Con estas recomendaciones, hace salir a la caballería sin ruido, durante la segunda guardia, por el espacio que aún dejaban libre nuestras obras; manda que se le lleve todo el trigo; establece pena de muerte para los que no obedezcan; asigna a cada soldado su parte correspondiente de ganado, que en gran cantidad habían recogido los mandubios; determina que se vaya racionando el trigo con tasa y poco a poco; retira a la ciudad todas las tropas que había colocado delante de ella. Con estas medidas se dispone a esperar los refuerzos de la Galia y a sostener la guerra.

LXXII. Informado César de todo esto por los prófugos y cautivos, resolvió fortificarse de la manera siguiente. Abrió un foso de veinte pies, con las paredes cortadas a pico, de manera que el fondo tuviera una anchura igual a la distancia de sus bordes. Todas las demás fortificaciones quedaron situadas a cuatrocientos pies de aquel foso: el objeto de esto era impedir (ya que se veía obligado a abarcar tanto terreno y no era fácil coronar de soldados toda la obra) que de improviso o por la noche se lanzara sobre las fortificaciones una multitud de enemigos, o que durante el día pudiesen alcanzar con sus disparos a nuestros soldados ocupados en el trabajo. Dejando en medio este espacio, abrió dos fosos de quince pies de anchura y de igual profundidad: el de la parte interior, cavado en un terreno inculto y bajo, lo llenó de agua derivada del río. Detrás de ambos, levantó un terraplén y una estacada de doce pies. A éste añadió un parapeto y almenas, con grandes astas que sobresalían en las junturas de la estacada y del terraplén, para estorbar la subida al enemigo: y flanqueó toda la obra de torres, de manera que mediaran ochenta pies entre cada una.

LXXIII. Nuestras tropas se veían obligadas a atender al mismo tiempo al acarreo de madera, al aprovisionamiento de trigo y a los grandes trabajos de las fortificaciones, para lo cual eran escasas, por tener que alejarse mucho del campamento; y los galos no perdían ocasión de molestar a nuestros operarios haciendo impetuosas salidas por diversas puertas de la ciudad. En vista de ello, creyó César que debía reforzar estas fortificaciones, a fin de poder defenderlas con el menor número posible de soldados. Así, pues, cortando troncos de árboles de ramas muy fuertes, y descortezando y aguzando bien las puntas de éstas, se abrían fosas seguidas, de cinco pies de profundidad. Metiendo en ellas aquellos troncos, que se ataban unos con otros por la parte inferior, para que no pudieran ser arrancados, quedaban al descubierto las ramas. Había cinco hileras, unidas y trabadas entre sí; quienes allí entraban, ellos mismos se clavaban en aquellas agudísimas empalizadas. Les daban el nombre de cepos. Delante de éstos, en filas oblicuas dispuestas al tresbolillo, se clavaban hoyas de tres pies de hondura, que poco a poco se iban estrechando hasta el fondo. Aquí se metían estacas redondas del grosor de un muslo, aguzadas y endurecidas al fuego por la punta, de modo que no sobresalieran del suelo más de cuatro dedos; al mismo tiempo, para asegurarlas y consolidarlas, cada pie se sujetaba desde lo más hondo con tierra bien apisonada; el resto de la estaca se tapaba con mimbres y varas, para ocultar la trampa. Se colocaron ocho hileras de estas hoyas, que distaban entre sí tres pies. Les daban el nombre de lirios, por su semejanza con esta flor. Delante de todo esto había unos zoquetes de un pie de longitud, erizados de púas de hierro, que se enterraban por completo, sembrándolos por todas partes con pequeños intervalos: llamaban a éstos aguijones.

LXXIV. Acabado este trabajo, siguiendo siempre los parajes más ventajosos que pudo, según la naturaleza del terreno, y abarcando una extensión de catorce mil pasos, estableció fortificaciones del mismo género, paralelas a éstas y vueltas al otro lado, contra los enemigos de fuera, para que, ni siquiera una gran multitud, si tal ocurría después de su marcha, pudiera rebasar las guarniciones de las trincheras, y para que no se viera obligado a salir del campamento con peligro; manda que todos hagan provisión de forraje y trigo para treinta días.

LXXV. Mientras esto sucede ante Alesia, los galos, convocando una junta de hombres principales, deciden que no deben ser llamados a filas todos los que puedan empuñar las armas, como había dicho Vercingetórix, sino que cada pueblo contribuya con un número determinado, temiendo que, en la confusión de tan gran multitud, no les sería posible gobernar ni distinguir a los suyos, ni hallar medio de abastecerlos. Mandan aportar a los heduos y a sus clientes los segusiavos, ambivaretos, aulercos branovices y blanovios, treinta y cinco mil hombres; igual número a los arvernos, junto con los eleutetos, cadurcos, gábalos y velavios, que suelen ser vasallos de los arvernos; a los secuanos, senones, bitúriges, santonos, rutenos y camutes, a cada uno doce mil; a los belovacos, diez mil; a los pictones, turonos, parisios y helvios, ocho mil a cada uno; a los ambianos, mediomátricos, petrocorios, nervios, morinos y nicióbroges, a cada uno cinco mil; a los aulercos cenomanos, otros tantos; a los atrébates, cuatro mil; a los veliocasios, lexovios y aulercos eburones, tres mil a cada uno; a los rauracos y boyos, mil a cada uno; a todos los pueblos costeros del Océano, que ellos suelen llamar armóricos (entre los cuales se cuentan los coriosolites, redones, ambibarios, cadetes, osismos, lemovices, y únelos),

veinte mil. De éstos, los belovacos no aportaron el número que se les había asignado, pues decían que ellos harían la guerra a los romanos por sí mismos y como les pareciese, y que no aceptarían órdenes de nadie; sin embargo, a ruegos de Comio y en atención a su amistad, enviaron dos mil.

LXXVI. Este Comio era el mismo que, según dijimos arriba, había prestado a César en los años anteriores fieles e importantes servicios en la empresa de Bretaña; por estos méritos César había declarado libre de impuestos a su pueblo, restituyéndole sus fueros y leyes, y a él personalmente le había dado jurisdicción sobre los morinos. Pero fue tan universal la conspiración de la Galia para reivindicar su libertad y recuperar sus antiguas glorias militares, que ni los beneficios recibidos ni el recuerdo de la amistad influían en ellos; y todos consagraron a esta guerra sus esfuerzos y recursos. Reunidos ocho mil jinetes y cerca de doscientos cuarenta mil infantes, se pasó revista a estas tropas y se hizo su recuento en el territorio de los heduos: se nombraron los jefes; se repartió el mando supremo entre el atrébate Comio, los heduos Viridomaro y Eporedórix y el arverno Vercasivelauno, primo de Vercingetórix. Pusieron a disposición de éstos, para que les aconsejasen en el plan de operaciones, hombres elegidos de diversos pueblos. Todos se encaminan a Alesia, animosos y llenos de confianza: y no había entre todos uno solo que no creyera irresistible el mero aspecto de tan gran multitud, sobre todo en un combate de dos frentes, cuando los romanos tuviesen que resistir las salidas de los sitiados y viesen por fuera tan numerosas tropas de a caballo y de a pie.

LXXVII. Pero los sitiados en Alesia, pasado el plazo en que esperaban el socorro de los suyos y consumido todo el trigo,

ignorando lo que sucedía en tierras de los heduos, reunieron una asamblea para ver qué decisión debían tomar. Entre las diversas proposiciones que allí se hicieron, aconsejando unos la rendición y otros una salida vigorosa mientras aún les quedaban fuerzas, me parece que no debe omitirse el discurso de Critoñato, por su inaudita y bárbara crueldad. Era éste un arverno de la más alta alcurnia y que gozaba de gran prestigio. Habló así: *Nada quiero decir sobre el parecer de aquellos que a la más infame servidumbre llaman rendición; a mi juicio, esos tales no son ciudadanos, ni deben ser admitidos al consejo. Me dirijo a aquellos que aconsejan la salida; en cuyo dictamen, a juicio de todos vosotros, parece alentar el recuerdo de nuestro antiguo valor. Flaqueza de ánimo es, que no valor, el no poder soportar un poco la escasez. Más fácil es encontrar quienes se ofrezcan espontáneamente a la muerte, que quienes soporten el dolor con paciencia. Yo, por mi parte, aprobaría este parecer (tanto puede en mí el honor), si viera que no exponíamos más que nuestra vida; pero, al tomar resolución, volvamos los ojos a toda la Galia, a la cual hemos llamado en nuestro socorro. ¿Qué ánimo pensáis que van a tener nuestros allegados y parientes, después que hayan muerto en un solo lugar ochenta mil hombres, si se ven obligados a combatir casi entre nuestros mismos cadáveres? No queráis privar de vuestra ayuda a quienes, por salvaros, han despreciado el peligro; ni arruinar a toda la Galia y condenarla a perpetua esclavitud por vuestra necedad e imprudencia, o por vuestra cobardía. ¿Es que, porque no han llegado dentro del plazo, vais a dudar de su lealtad y firmeza? ¿Pues qué? ¿Acaso pensáis que los romanos trabajan incesantemente en esas nuevas fortificaciones sólo por divertirse? Si no podéis recibir mensajeros de los nuestros, por estar cortados todos los caminos, ved en los mismos enemigos la prueba de que se aproxima su llegada; pues*

el temor que ésta les causa es lo que les hace trabajar día y noche. ¿Cuál es, en conclusión, mi consejo? Hacer lo que, en la guerra de los cimbros y teutones, de ningún modo igual a ésta, hicieron nuestros mayores; los cuales, acorralados en sus ciudades y agobiados por penuria semejante, sustentaron su vida con los cuerpos de aquellos que por la edad parecían inútiles para la guerra, y no se rindieron a los enemigos. Aunque no tuviéramos ejemplo de esto, sin embargo, por amor a la libertad, me parecería gloriosísimo darlo y trasmitirlo a nuestros descendientes. Pues ¿qué tuvo que ver aquella guerra con ésta? Los cimbros, después de haber devastado la Galia y haber causado grandes estragos, salieron por fin de nuestro país y marcharon a otras tierras, dejándonos nuestros fueros, leyes, campos y libertad. Pero los romanos ¿qué otra cosa pretenden o quieren sino, envidiosos de nuestro renombre y poder militar, asentarse en nuestros campos y ciudades y condenamos a eterna esclavitud? Nunca, en efecto, han hecho la guerra con otras miras. Pues, si ignoráis lo que sucede en naciones lejanas, mirad a la vecina Galia, que, reducida a provincia, privada de sus fueros y leyes, sometida a las segures romanas, gime en perpetua servidumbre.

LXXVIII. Habiéndose pronunciado diversos pareceres, resuelven que los inútiles para la guerra por sus achaques o por su edad abandonen la plaza, y que se prueben todos los medios antes de seguir el consejo de Critoñato: no obstante, se manifiestan dispuestos a seguirlo, si la situación les obliga y se retrasa el socorro, antes que admitir condición alguna de rendición o de paz. Los mandubios, que los habían recibido en la ciudad, son echados de ella con sus hijos y mujeres. Éstos, habiendo llegado a las fortificaciones de los romanos, les

suplicaban encarecidamente y deshechos en lágrimas que los recibieran como esclavos y les dieran de comer. Pero César, poniendo guardias en la estacada, prohibía que fueran recibidos.

LXXIX. Mientras tanto, Comio y los demás jefes, a quienes se había confiado el mando supremo, llegan con todas sus tropas ante Alesia y, ocupando una de las colinas exteriores, acampan a mil pasos de nuestras fortificaciones. Al día siguiente, sacando del campamento la caballería, cubren todo aquel llano que, según hemos dicho, medía tres mil pasos de longitud y apostan cerca de allí, ocultas en las alturas, sus tropas de infantería. Desde la ciudad de Alesia se dominaba el llano con la vista. Al divisar estos socorros, se buscan unos a otros; se felicitan mutuamente y los ánimos de todos rebosan de alegría. Así, pues, sacan sus tropas y acampan delante de la ciudad, cubren con zarzos el foso inmediato y lo llenan de tierra, disponiéndose para el ataque y cualquier otra contingencia.

LXXX. César, disponiendo el ejército a ambos lados de las fortificaciones, para que, si el caso lo requiere, cada uno conozca y ocupe su puesto, manda que la caballería salga del campamento y trabe combate. Desde todo el campamento, que ocupaba la cima de todos aquellos montes, se veía el campo de batalla; y todos los soldados, atentos al combate, esperaban su resultado. Los galos habían diseminado entre los jinetes algunos arqueros e infantes armados a la ligera, para que acudieran en socorro de los suyos, si retrocedían, y sostuvieran el empuje de nuestra caballería. Hirieron éstos por sorpresa a varios de los nuestros, que se retiraron del combate. Los galos, creyendo que los suyos llevaban ventaja en la lucha y viendo a los nuestros abrumados por la multitud, comenzaron a dar voces y alaridos,

desde todas partes, tanto los sitiados como los que habían venido en su auxilio, animando a los suyos. Como la acción se desarrollaba a la vista de todos y ningún rasgo de valor o cobardía podía ocultarse, a unos y otros daba bríos tanto el deseo de gloria como el temor a la ignominia. Continuaba la batalla desde el mediodía hasta casi ponerse el sol con la victoria indecisa, cuando los germanos, en apretados escuadrones, cargaron en un solo lugar sobre los enemigos y los rechazaron: con la fuga de éstos, los arqueros fueron cercados y muertos. Al mismo tiempo, los nuestros, persiguiendo por las demás partes a los fugitivos hasta su campamento, no les dieron lugar a rehacerse. Entonces los que habían salido de Alesia, entristecidos y perdidas casi por completo sus esperanzas de victoria, se retiraron a la ciudad.

LXXXI. Después de un día, que emplearon los galos en hacer gran número de zarzos, escalas y harpones, saliendo en silencio de su campamento a media noche, acércanse a las fortificaciones que teníamos por el lado del llano. Levantando súbitamente gran griterío, que sirviera a los sitiados como señal de su acometida, comienzan a lanzar los zarzos y, con hondas, saetas y piedras, atacan a los defensores de nuestra estacada y disponen todo lo demás para el asalto. Al mismo tiempo, oído el griterío, Vercingetórix, a toque de trompeta, hace salir de la ciudad a los suyos. Acuden los nuestros a las fortificaciones, ocupando cada cual su puesto, que ya tenía señalado desde días anteriores: con hondas y piedras de a libra y con estacas que tenían dispuestas en las trincheras, aterran a los galos. En medio de una oscuridad completa, hay muchos heridos por ambas partes. Las baterías lanzan una lluvia de dardos. Por su parte, los legados M. Antonio y M. Trebonio, a quienes se había encomendado la defensa de

aquel lado, tan pronto como notaban que los nuestros se veían apurados en algún sitio, sacaban gente de los reductos más alejados y los enviaban en su ayuda.

LXXXII. Mientras los galos estaban alejados de nuestras fortificaciones, nos causaban mayor daño con sus numerosos disparos: luego que llegaron más cerca, o ellos mismos se metían en los abrojos cuando menos lo esperaban, o caían en los cepos y quedaban empalados, o perecían atravesados por los rejones lanzados desde el vallado y las torres. Después de recibir desde todas partes muchas heridas, sin lograr romper ninguna fortificación, cuando ya quería amanecer, temiendo ser atacados por el lado descubierto y cercados por una salida desde la parte elevada de nuestro campamento, se retiraron a los suyos. Por su parte, los de la ciudad, mientras ponen en juego todo aquello que por orden de Vercingetórix habían preparado para la salida y ciegan los primeros fosos, habiendo gastado mucho tiempo en tales maniobras, supieron la retirada de los suyos, antes de haberse acercado ellos a nuestras fortificaciones. Así, pues, abandonando su empresa, volvieron a la ciudad.

LXXXIII. Los galos, rechazados dos veces con grandes pérdidas, deliberan sobre lo que han de hacer. Recurren a los conocedores del país: se enteran por éstos del emplazamiento y fortificaciones de la parte alta de nuestro campamento. Había por el lado norte una colina que, por su gran extensión, no habían podido abarcar los nuestros con las obras, viéndose obligados a poner el campamento en un lugar poco favorable y algo pendiente. La defensa de esta parte estaba encomendada a los legados C. Antistio Regino y C. Caninio Rébilo, con dos legiones. Reconocidos los parajes por medio de sus

exploradores, los jefes enemigos eligen entre todas sus tropas sesenta mil hombres de aquellos pueblos que tenían más fama de valientes; determinan secretamente entre sí el plan de operaciones; señalan para el ataque la hora de mediodía. Dan el mando de estas tropas al arvemo Vercasivelauno, uno de los cuatro generales, pariente de Vercingetórix. Sale, pues, del campamento en la primera vigilia y, terminando su marcha casi al amanecer, se oculta detrás del monte y manda a los soldados que descansen de la fatiga nocturna. Cuando ya parecía acercarse el mediodía, marcha contra aquella parte del campamento que hemos dicho; al mismo tiempo, la caballería comenzó a acercarse a las fortificaciones del llano, y las demás tropas, a desplegarse delante del campamento.

LXXXIV. Vercingetórix, viendo a los suyos desde la ciudadela de Alesia, sale de la ciudad; saca del campamento las pértigas, las galerías cubiertas, las hoces y demás aprestos que había hecho para la salida. Se lucha encarnizadamente al mismo tiempo en todas partes y se emplean todos los medios. Si algún punto parece menos defendido, allá se abalanzan. La tropa de los romanos se ve diseminada en tan extensas fortificaciones, y no le es fácil acudir a tan diversos lugares. Mucho contribuyó a atemorizar a los nuestros el griterío que se alzó a espaldas de los que luchaban, que medían su peligro por el valor ajeno: pues con frecuencia las cosas distantes perturban más hondamente los corazones humanos.

LXXXV. César, habiéndose situado en un lugar a propósito, observa cuanto pasa y envía socorro a los que peligran. Unos y otros se dan cuenta de que ha llegado el momento de hacer el esfuerzo supremo. Los galos se dan por perdidos, si no rompen

nuestras fortificaciones: los romanos esperan que, con la victoria, se acaben todas sus fatigas. El mayor peligro está en la parte alta del campamento, cuyo ataque, según dijimos, se confió a Vercasivelauno. La pequeña cima que domina la cuesta tiene gran importancia. Unos concentran allí sus disparos; otros, avanzan formando la tortuga; los cansados son relevados por otros de refresco. El terraplén que todos acumulan contra las fortificaciones facilita la subida a los galos y, al mismo tiempo, inutiliza las trampas que los romanos tenían ocultas en el suelo; ya las armas y las fuerzas comienzan a faltar a los nuestros.

LXXXVI. Al conocer esta situación, César envía en su ayuda a Labieno con seis cohortes: le ordena que, si no puede resistir, retire las cohortes y haga una salida; pero esto, sólo en caso de necesidad. Él mismo acude a los demás; los exhorta a no desfallecer: les dice que todo el fruto de sus anteriores combates depende de este día y hora. Los sitiados, perdiendo toda esperanza de tomar la parte del llano a causa de la magnitud de las fortificaciones, tratan de subir a lugares escarpados: llevan allí todos los pertrechos que habían dispuesto. Con una lluvia de dardos desalojan de las torres a sus defensores; ciegan los fosos con material de relleno y zarzos, allanando así el camino: cortan con hoces la estacada y el parapeto.

LXXXVII. César envía primeramente al joven Bruto con seis cohortes; luego, con otras seis, al legado C. Fabio: por fin, él mismo, cuando más arreciaba el combate, acude con tropas de refresco. Restablecida la lucha y rechazados los enemigos, marcha a unirse con Labieno; saca cuatro cohortes del reducto inmediato; manda que le siga parte de la caballería, y que otra parte dé la vuelta a las fortificaciones exteriores y ataque a los

enemigos por la espalda. Labieno, viendo que ni los terraplenes ni los fosos podían contener el empuje de los enemigos, reuniendo cuarenta cohortes retiradas de los fortines más próximos y que le deparó la suerte, envía mensajeros a César para que le comuniquen su designio.

LXXXVIII. Apresúrase César para asistir al combate. Al conocer su llegada por el color del vestido, pues solía llevar en los combates uno que lo distinguiera, y ver los escuadrones de caballería y las cohortes que por orden suya le seguían, ya que desde las alturas se descubrían estos parajes pendientes y bajos, los enemigos traban combate. Se alza por ambas partes un griterío, que se repite en la estacada y en todas las fortificaciones. Los nuestros, dejando a un lado las picas, echan mano a las espadas. Súbitamente aparece por detrás del enemigo nuestra caballería; se acercan otras cohortes; vuelve las espaldas el enemigo; a los fugitivos los ataja nuestra caballería; se hace una gran matanza. Sedulo, caudillo y príncipe de los lemovices, cae muerto; el arverno Vercasivelauno es cogido vivo mientras huye: son llevadas a César setenta y cuatro enseñas militares; pocos de tan gran multitud llegan incólumes a su campamento. Viendo desde la ciudad la matanza y fuga de los suyos, perdida toda esperanza de salvación, retiran sus tropas de las fortificaciones. Al tener los galos noticia de esto, huyen súbitamente del campamento. Y, a no estar rendidos nuestros soldados de tanto correr a reforzar las posiciones y de la fatiga de todo el día, no hubieran dejado uno vivo. Hacia media noche, la caballería destacada en su persecución da alcance a la retaguardia: muchos caen prisioneros o muertos; los demás huyen a sus respectivos pueblos.

LXXXIX. Al día siguiente, Vercingetórix, convocando una asamblea, declara que no ha emprendido esta guerra por sus intereses personales, sino por defender la libertad común, y, puesto que era necesario ceder a la Fortuna, se les ofrecía para que eligieran entre aplacar con su muerte a los romanos o entregarlo vivo. Se envían legados a César con estas proposiciones. Les manda entregar las armas y que le traigan a los jefes. Él mismo se acomodó en un reducto delante del campamento; allí son conducidos los generales. Se entrega Vercingetórix; se arrojan las armas. Reservándose los heduos y arvernos, por ver si le valían para recuperar estos pueblos, de los demás cautivos da uno a cada soldado en concepto de botín.

XC. Hecho esto, marcha al país de los heduos; acepta su rendición. Allí recibe emisarios de los arvernos, que le prometen obedecerle en todo. Les exige gran número de rehenes. Envía las legiones a cuarteles de invierno. Devuelve cerca de veinte mil prisioneros a los heduos y arvernos. Manda a T. Labieno marchar con dos legiones y la caballería al país de los secuanos; le da como ayudante a M. Sempronio Rútilo. A C. Fabio y L. Minucio Básilo los sitúa con dos legiones entre los remos, para proteger a éstos contra todo ataque de sus vecinos los belovacos. Envía a C. Antistio Regino al país de los ambivaretos; a T. Sextio, al de los bitúriges, y a C. Caninio Rébilo, al de los rutenos, cada uno con su legión. A Q. Tulio Cicerón y a P. Sulpicio los sitúa en Cavilón y Matiscón, ciudades de los heduos, en las riberas del Saona, para el aprovisionamiento de trigo. Él resuelve invernar en Bibracte. Conocidos estos sucesos en Roma por una carta de César, se decreta una rogativa pública por espacio de veinte días.

LIBRO VIII

PRÓLOGO. Movido de tus instancias continuas, Balbo, pues te parece que mi porfiada resistencia no tanto se dirigía a excusar la dificultad, como la flojedad mía, he entrado en un empeño sumamente difícil. He compuesto un Comentario de los hechos de nuestro César en las Galias, no comparable a sus escritos antecedentes y posteriores; y he formado otro, bien que imperfecto, de los sucesos de Alejandría hasta el fin, no de la disensión civil, que éste hasta ahora no le vemos, sino de la vida de César. Los cuales ojalá sepan los que los leyeren cuan contra mi voluntad he emprendido escribirlos, para que más fácilmente me absuelvan del crimen de necio y arrogante en haberme interpolado con los escritos de César. Porque es constante entre todos, que no se halla obra de alguno escrita con todo el trabajo y esmero posible, que no quede obscurecida a la vista de la elegancia de estos comentarios, los cuales se han publicado para que los escritores tuviesen noticia de tales sucesos; y han merecido tanta estimación en la opinión de todos, que no parece dan facultad a los autores, sino se la quitan, para escribir sobre ellos una historia. Acerca de lo cual es mucho mayor la admiración mía que la de los demás. Porque los otros saben al cabo con cuánta elegancia y pureza están escritos; pero yo fui

testigo de cuan pronta y fácilmente los concluyó. Tenía César, no sólo una suma facilidad y elegancia en el escribir, sino también una rara habilidad para explicar sus pensamientos. Además, no tuve yo la suerte de hallarme en la guerra de África, ni en la de Alejandría; de las cuales, aunque en mucha parte tuve noticia por conversaciones del mismo César, con todo, con diferente impresión oímos aquellos hechos que nos preocupan con la novedad, o la admiración, de aquella con que referimos los sucesos como testigos de vista. Mas cuando voy recogiendo todas las razones de excusarme de ser puesto en paralelo con César, caigo en este mismo delito de arrogancia de pensar, que a juicio de algunos pueda yo ser comparado con él. Adiós.

I. Sujeta toda la Galia, no habiendo interrumpido César el ejercicio de las armas en todo el verano antecedente, y deseando que descansasen las tropas de tantos trabajos en los cuarteles de invierno, tuvo noticia de que muchas naciones trataban de renovar la guerra a un mismo tiempo y conjurarse para este fin. De lo cual se decía que verosímilmente sería la causa el haber conocido los galos, que ni con la mayor multitud junta en un lugar se podía resistir a los romanos; pero si a un tiempo muchas provincias les declarasen diversas guerras, no tendría su ejército bastantes auxilios, ni tiempo ni gente para acudir a todas partes. Y así ninguna ciudad debía rehusar la suerte de la incomodidad si con esta lentitud podían las demás recobrar su libertad.

II. Para que no se confirmase la opinión de los galos, dejó César el mando de los cuarteles de invierno al cuestor M. Antonio, y marchó con la caballería el último día de diciembre de la ciudad de Bibracte a juntarse con la legión trece, que invernaba no lejos de los términos de Bibracte, y le añadió la

undécima, que era la más inmediata. Dejó dos cohortes para resguardo del equipaje, y marchó con el resto del ejército a la fertilísima campaña de los bituriges, cuyos moradores, como tenían espaciosos términos y muchas ciudades, no podían ser contenidos con una sola legión de hacer prevenciones de guerra y conspiraciones con este intento.

III. Sucedió con la repentina llegada de César lo que era preciso a gente desprevenida y desparramada: que estando cultivando los campos sin temor alguno, fueron sorprendidos por la caballería antes que pudiesen refugiarse en las poblaciones. Porque aun aquella ordinaria señal de sobrevenir el enemigo, que acostumbra a hacerse entender por los incendios de los edificios, había sido prohibida con orden formal de César, para que no le faltase abundancia de pasto y trigo, si acaso pasaba más adelante, ni los enemigos se amedrentasen con los incendios. Atemorizados los bituriges con la presa de muchos millares de hombres, los que pudieron escapar de la primera entrada de los romanos se acogieron a las ciudades circunvecinas, o fiados en los privados hospedajes, o en la sociedad de los designios. Mas fue en vano; porque haciendo César marchas muy largas, acudió a todas partes, sin dar tiempo a ninguna ciudad de mirar antes por su salud y conservación ajena que por la suya propia; con cuya prontitud mantuvo en su fidelidad a los amigos, y con el terror obligó a los dudosos a las condiciones de la paz. Propuesta ésta, y viendo los bituriges que la clemencia de César les abría camino para volver a su amistad, y que las ciudades de su comarca habían sido admitidas sin otra pena que haberle dado rehenes, hicieron ellos lo mismo.

IV. César, a vista de la constancia con que los soldados habían tolerado tan grandes trabajos, siguiéndole con tan buen deseo en tiempo de hielos por caminos muy trabajosos, y con unos fríos intolerables, prometió regalarlos con doscientos sestercios a cada uno, y dos mil denarios a los centuriones con título de presa, y enviadas las legiones a sus cuarteles, se volvió a Bibracte a los cuarenta días que había salido. Estando aquí administrando justicia, llegaron comisionados bituriges a pedirle socorro contra los carnutes, quejándose de que les habían declarado la guerra. Con cuya noticia, sin haber sosegado más que dieciocho días, mandó salir a las legiones decimocuarta y sexta, que invernaban sobre el Saona, de las cuales se dijo en el libro anterior que estaban destinadas aquí para facilitar las provisiones de víveres. Con estas legiones partió a castigar el atrevimiento de los carnutes.

V. Llegada a los enemigos la fama del ejército, y temiendo iguales daños que los otros, desamparando las poblaciones que habitaban, en que por necesidad habían levantado unas pequeñas chozas y cabañas para guarecerse del frío (porque recién conquistados habían perdido muchas de sus ciudades), dieron a huir por diversas partes. César, que no quería exponer sus tropas a los rigores de la estación que amenazaba entonces, puso su campamento sobre Cénabo, ciudad de los carnutes, y alojó parte de los soldados en las casas de los galos, parte en las chozas que hicieron de pronto con la paja recogida para cubrir las tiendas; pero a la caballería e infantería auxiliar despachó por todos aquellos parajes por donde se decía que habían escapado los enemigos, y no en vano, pues volvieron casi todos cargados de presa. Oprimidos los carnutes por el rigor del invierno y el miedo del peligro, echados de sus casas, sin atreverse a

permanecer en un paraje mucho tiempo, ni poderse refugiar al amparo de las selvas por la crueldad del temporal, dispersos, y con la pérdida considerable de los suyos, se fueron repartiendo por las ciudades comarcanas.

VI. César, considerando el rigor de la estación, y teniendo por bastante deshacer estos cuerpos de tropas, para que no se originase algún nuevo principio de guerra; y conociendo cuanto alcanzaba con la razón, que no se podía mover empresa considerable para el verano, puso a C. Trebonio en el cuartel de Cénabo con las dos legiones que tenía consigo. Noticioso por frecuentes avisos de los remos que los belóvacos, señalados entre todos los galos y belgas en la gloria militar, y las ciudades de su comarca prevenían ejército y se juntaban en sitio señalado, teniendo por caudillos a Correo, de los belóvacos, y a Comio el atrebate, para hacer una entrada con toda su gente en las tierras de los suesiones, de la jurisdicción de los remos; y juzgando que importaba no sólo a su reputación, sino a su propio interés que los aliados beneméritos de la república no recibiesen daño alguno, volvió a sacar de los cuarteles de invierno a la legión undécima, escribió a C. Fabio que se fuese acercando a los suesiones con las dos que tenía, y envió a pedir a Labieno una de las que estaban a su mando. De esta manera, cuando lo permitía la inmediación de los cuarteles y el presupuesto de la guerra, repartía el cargo de ella alternativamente a las legiones, sin descansar él en ningún tiempo.

VII. Juntas estas tropas, marchó la vuelta del territorio de los belóvacos; y habiendo acampado en sus términos, destacó varias partidas de caballos a diversas partes, que hiciesen algunos prisioneros de quienes informarse de los designios de los

enemigos. Hicieron éstos su deber, y volvieron diciendo que habían hallado muy poca gente en las poblaciones, y ésta no que hubiese quedado por causa del cultivo de los campos, pues se habían retirado con diligencia de toda la comarca, sino que eran enviados como espías, A quienes, preguntando César dónde estaba la multitud de los belóvacos o cuál era su designio, halló que todos los que podían tomar las armas habían formado un cuerpo, y con ellos los Ambianos, Aulercos, Cáletes, Veliocases y Atrebates, y elegido para su campamento una eminencia rodeada de una laguna embarazosa; que habían retirado todo el equipaje a los montes más apartados; que eran muchos los capitanes de aquella empresa, pero que toda la multitud obedecía a Correo, por haber entendido que era el que más odio mostraba al Pueblo Romano; que pocos días antes había marchado Comio de este campo a traer tropas auxiliares de sus vecinos los germanos, cuya multitud era infinita; que tenían determinado del belóvaco, por consentimiento de los cabos principales y con gran contente de la plebe, en caso de venir César, como se decía, con tres legiones, presentarle desde luego la batalla, para no verse después precisados a pelear con menos ventaja con todo el resto de su ejército; pero si traía mayores tropas, permanecer en el puesto que habían tomado, y con emboscadas estorbar a los romanos el forraje, escaso y disperso por la estación, y las provisiones de víveres.

VIII. Hechas estas averiguaciones, por convenir muchos en lo mismo, y viendo que las resoluciones que le proponían estaban llenas de prudencia y muy distantes de la temeridad de gentes bárbaras, pensó todos los medios posibles para que, menospreciando los enemigos el corto número de su gente, saliesen a campo raso. Tenía consigo las legiones séptima, octava

y novena, las más veteranas y de singular valor; la undécima, de grandes esperanzas, compuesta de mozos escogidos, que llevando ya cumplidos ocho años de servicio, con todo no había llegado aún a igual reputación de valiente y veterana. Y así, convocada una junta, y expuestas en ella todas las noticias adquiridas, aseguró los ánimos de los soldados; y por si podía atraer a los enemigos a la batalla con el número de las tres legiones, ordenó el ejército en esta forma: Hizo marchar delante del equipaje a las legiones séptima, octava y novena, después todo el equipaje (que no era considerable, como suele en tales expediciones), al cual cerrase la legión undécima para no darles apariencia de mayor número que el que ellos habían pedido. Ordenado así el ejército, casi en forma de cuadro, llegó a la vista de los enemigos antes de lo que pensaban.

IX. Viendo ellos que se acercaban las tropas en ademán de pelear, aunque se le había dado a entender a César su mucha confianza en sus designios, o por el peligro de la batalla, o por la llegada repentina, o por esperar nuestra resolución, ordenó no moverse del terreno elevado. César, aunque había deseado venir a las manos, con todo, admirado de la multitud de los enemigos, acampó enfrente de ellos, dejando en medio un valle más profundo que de grande espacio. Mandó fortificar el campamento con un muro de doce pies, y a proporción de esta altura fabricar un parapeto. Asimismo que se hiciesen dos fosos de quince pies de profundidad, tan anchos por arriba como por abajo; que se levantasen varias torres de tres altos, unidas con puentes y galerías, cuyos frentes se fortaleciesen con un parapeto de zarzos, para que fuese rechazado el enemigo por dos órdenes de defensores, uno que disparase sus flechas de más lejos, y con mayor atrevimiento desde las galerías, cuanto estaba más seguro

en la altura, y el otro más cercano al enemigo en la trinchera se cubriese con los puentes, de sus flechas; y a todas las entradas hizo poner puertas y torres muy altas.

X. El objetivo de esta fortificación era doble. Con tan grandes obras y la sospecha de temor de su parte esperaba aumentar la confianza de los bárbaros; y habiéndose de ir lejos por el forraje y víveres, la fortificación por sí misma permitiría defender el campamento con una fuerza pequeña. Entre tanto, adelantándose muchas veces algunos soldados de una y otra parte, se peleaba sobre una laguna que había en medio, la cual pasaban a veces nuestras partidas, o las de los galos y germanos, persiguiendo con más ardor a los enemigos, y a veces la pasaban ellos retando a los nuestros. Además, sucedía diariamente en los forrajes (como era preciso yéndose a buscar a los edificios raros y dispersos), que, desparramados los que le buscaban en parajes quebrados, eran cercados, cosa que aunque de poco daño para los nuestros, de caballerías y esclavos, con todo no dejaba de levantar los necios pensamientos de los bárbaros, y más habiendo venido Comio, de quien dijimos había ido por socorros a Germania, con una partida de caballos, que aunque no eran más que quinientos, bastaban para hincharlos con el socorro de los germanos.

XI. Viendo César que se mantenía el enemigo mucho tiempo en su campamento fortificado con una laguna, y en sitio ventajoso por naturaleza, y que no podía asaltarlos sin un choque peligroso, ni cercar el sitio con obras sin un ejército más numeroso, escribió a C. Trebonio que lo más pronto que pudiese llamase a sí la legión decimotercia, que invernaba en territorio biturige al mando del lugarteniente T. Sextio, y viniese a largas

marchas a incorporarse con él con tres legiones. Entre tanto, destacaba todos los días la caballería de los remos y langreses, y de las demás naciones, de que tenía un número considerable, de escolta a los forrajeadores para que contuviesen las correrías repentinas de los enemigos.

XII. Como esto se hiciese todos los días, y con la costumbre, como suele suceder, se fuese disminuyendo la diligencia, dispusieron los belóvacos una emboscada con un trozo de infantería escogida, habiendo advertido de antemano dónde solían apostarse nuestros caballos; y enviaron allí mismo su caballería al día siguiente, para sacar primero a los nuestros al lugar de la emboscada y acometerlos después cogiéndolos en medio. Esta desgracia cayó sobre la caballería de los remos, a quien tocó aquel día resguardar a los forrajeadores. Porque advirtiendo de pronto la de los enemigos, y despreciándolos por verse superiores en número, los siguieron con demasiado ardor, y fueron cercados por la infantería emboscada. Con cuyo hecho perturbados, se retiraron más presto de lo acostumbrado en las batallas de a caballo con pérdida de su general Vertisco, sujeto muy principal de su Estado. El cual, pudiendo apenas manejar el caballo por su avanzada edad, con todo, según la costumbre de la nación, ni se había excusado de tomar el mando ni permitido que se pelease sin su presencia. Se hincharon y levantaron más los ánimos de los enemigos con la prosperidad de la batalla y la muerte de una persona tan principal como el general de la caballería de los remos; y los nuestros fueron avisados con aquel daño para apostarse examinando antes los parajes con más diligencia, y seguir con más moderación las retiradas de los enemigos.

XIII. Con todo no cesaban las diarias escaramuzas a vista de uno y otro campo en los vados y pasos de la laguna. En una de días los germanos que César había traído para pelear mezclados con nuestros caballos, habiendo pasado todos la laguna con gran tesón y muerto a algunos que les quisieron hacer frente, y persiguiendo con denuedo a todo el resto de la multitud, se amedrentaron de suerte, no sólo los oprimidos de cerca o heridos desde lejos, que huyeron vergonzosamente, sin dejar de correr, perdiendo siempre las alturas que ocupaban, unos hasta meterse dentro de su campamento y otros mucho más lejos movidos de su propia vergüenza. Con cuyo riesgo llegaron a cobrar tal miedo todas las tropas, que apenas se podía discernir si eran más insolentes en las cosas favorables y muy pequeñas, que pusilánimes en las adversas de alguna mayor consideración.

XIV. Pasados muchos días en su campamento, y noticiosos los generales de los enemigos que se acercaban las legiones y el lugarteniente C. Trebonio, temiéndose un cerco semejante al de Alesia, despacharon una noche a los que por sus años, debilidad o falta de armas eran menos a propósito para la guerra, y enviaron con ellos el resto de los equipajes; cuyo perturbado y confuso escuadrón, mientras se dispuso a la marcha (pues aunque marchen estas gentes a la ligera, les sigue siempre una gran multitud de carros), sobreviniendo la luz del día, formaron algunas tropas al frente del campamento, no fuese que los romanos salieran en su seguimiento antes que se adelantase el equipaje. Pero ni César tenía por conveniente provocarlos, cuando se defendían desde un collado muy alto, ni tampoco dejar de acercar las legiones, hasta no poder retirarse los bárbaros de aquel puesto sin recibir algún daño. Y así, visto que la laguna embarazosa separaba un campo de otro, cuya dificultad

podía estorbar la prontitud de seguirles el alcance, y que el collado, pegado al campamento enemigo a espaldas de la laguna, estaba también separado de los suyos por un mediano valle, echando puente sobre la laguna, pasó las legiones del otro lado, y tomó prontamente el llano de encima del collado, que con suave declive estaba fortalecido por los lados. Ordenadas aquí las legiones, subió a lo alto de la cuesta, y sentó su campamento en un paraje desde donde con máquinas podían herir las flechas al enemigo.

XV. Confiando los bárbaros en la situación de su campo, y no rehusando pelear si los romanos intentaban subir la cuesta, pero no atreviéndose a echar partidas separadas por no ser sorprendidos hallándose dispersos, se estuvieron quietos. César, vista su pertinacia, previno veinte cohortes, señaló el espacio para el campamento, y mandó que se fortaleciesen. Concluida la obra, formó las legiones en batalla al frente de la trinchera, y dio orden de detener los caballos aparejados en sus puestos. Viendo los enemigos dispuestos a los romanos para perseguirlos y no pudiendo pernoctar ni permanecer más tiempo en aquel paraje sin vitualla, tomaron para retirarse esta resolución: Fueron pasando de mano en mano delante del campamento todos los haces de paja y fagina sobre que estaban sentados, y de que tenían gran copia (pues como se ha dicho en los libros anteriores, así lo acostumbraban), y dada la señal del anochecer, a un tiempo les pusieron fuego. Así extendida la llama, quitó todas las tropas de la vista de los romanos, lo cual hecho, dieron a huir con gran prisa.

XVI. César, aunque no podía distinguir la fuga de los enemigos por el estorbo de las llamas, con todo, sospechando

que habrían tomado aquella resolución para escaparse, adelantó las legiones, y echó delante algunas partidas de caballos que los siguiesen. Él marchaba más despacio temiendo alguna emboscada por si permanecía el enemigo en el mismo puesto y pretendía llamar a los nuestros a algún desfiladero, los de a caballo temían penetrar por el humo y por las llamas muy espesas; y si algunos más animosos penetraban, como apenas viesen las cabezas de sus propios caballos, temerosos de alguna celada, dieron a los enemigos oportunidad para ponerse a salvo. De esta manera, con una fuga llena de temor y astucia, habiendo caminado sin estorbo no más que diez millas, sentaron su campamento en un puesto muy ventajoso. Desde allí, poniendo muchas veces en celada ya la infantería, ya la caballería, hacían mucho daño a los nuestros en los forrajees.

XVII. Como esto sucediese con frecuencia, supo César, por un prisionero, que Correo, general de los enemigos, había escogido seis mil infantes de los más esforzados y mil caballos de todo el resto de su gente para armar una celada en cierto paraje, adonde creía que enviarían los romanos a hacer forraje, porque le había en abundancia. Sabido este designio, sacó César más legiones de las que acostumbraba, y echó delante la caballería, según solía enviarla para escolta de los forrajeadores. Puso entre ellos algunas partidas de tropa ligera, y se acercó lo más que pudo con las legiones.

XVIII. Los enemigos puestos en la emboscada eligieron para dar el golpe un lugar que sólo se extendía hasta mil pasos, fortalecido alrededor con selvas muy embarazosas y con un río muy profundo, y le cercaron todo. Los nuestros, averiguada la intención de los enemigos, prevenidos de armas y valor para la

batalla y no rehusando peligro alguno, por saber que los seguían las legiones, llegaron al paraje en varias partidas. Con su venida pensó Correo que se le había ofrecido la ocasión del logro de su empresa, y así se mostró a lo primero con poca gente y arremetió a las partidas que tenía más inmediatas. Los nuestros sufrieron constantemente el ataque de los emboscados, sin juntarse el mayor número, como sucede en los choques de a caballo, así por algún temor como por el daño que se recibe de la misma multitud de la caballería.

XIX. Como ésta pelease a pelotones, dispuestas alternativamente las partidas, sin permitir que los cercasen por los lados, salió corriendo todo el resto de las selvas con el mismo Correo a su frente. Trabóse la batalla muy reñida, la cual mantenida largo rato sin conocida ventaja, se dejó ver poco a poco la multitud de infantería en formación de batalla, la cual obligó a retirarse a nuestra caballería; pero acudió presto a su socorro la infantería ligera, que dije había marchado delante de las legiones y peleaba con grande esfuerzo entreverada con los caballos. Peleóse algún tiempo con igual resistencia; más después, como el lance lo pedía de suyo, los que sostuvieron los primeros encuentros de la emboscada, por esto mismo eran superiores, porque aunque fueron cogidos de sobresalto no habían recibido daño alguno. Entre tanto se iban acercando ya las legiones, y a un mismo tiempo llegaban frecuentes avisos a los nuestros y a los enemigos de que se acercaba el general con todo el resto del ejército. Con esta noticia, confiados los nuestros con el socorro de las legiones, peleaban con grande esfuerzo, para que no se creyese que por descuido comunicaban la gloria con el ejército. Los enemigos cayeron de su estado, y por diversos caminos buscaban la fuga en vano, pues se veían

cercados en las mismas dificultades en que habían pretendido encerrar a los nuestros. Al fin, vencidos, derrotados y perdida la mayor parte, huían consternados por donde los llevaba la suerte, parte a guarecerse de las selvas, parte a escapar por el río, los cuales acabaron de perecer en la fuga, siguiendo el alcance porfiadamente los nuestros. Correo, sin embargo, no pudiendo ser vencido de la calamidad, ni reducido a salir de la batalla y esconderse en las selvas, ni a rendirse, como le instaban los nuestros, peleando valerosamente e hiriendo a muchos, obligó al cabo a los vencedores a que, airados de su obstinación, le atravesasen de una multitud de flechas.

XX. Con este suceso siguió César los pasos de la victoria; y supuso que el enemigo había sido aplastado por tan terrible desastre, y que al enterarse de ello abandonarían su campamento, que se decía distaban sólo ocho millas de donde había pasado la refriega, aunque veía el embarazo del río, con todo pasó adelante con su ejército. Los belóvacos y sus aliados, habiendo recogido muy pocos de los suyos, y éstos maltratados y heridos, que evitaron la muerte al favor de las selvas, viendo las cosas tan contrarias, informados de la calamidad, muerto Correo, perdida la caballería y la mejor parte de la infantería, y creyendo que vendrían sobre ellos los romanos, convocada una junta al son de las trompetas, clamaron todos a una voz que se enviasen comisionados y rehenes a César.

XXI. Aprobada por todos esta resolución, Comio el atrebate se pasó huyendo a aquellos pueblos de Germania de quienes había recibido auxilios para esta guerra. Los demás, sin detención, enviaron diputados a César, pidiéndole: «Se contentase con aquel castigo, que aun pudiendo y sin haber

abatido sus fuerzas con la victoria, nunca se le impondría tal por su clemencia y humanidad; que había quedado desbaratado su poder con la batalla ecuestre; habían perecido muchos millares de gente escogida de infantería, quedando apenas quienes les llevasen la infausta noticia; pero que con todos estos males le aseguraban haber conseguido un gran bien en que Correo, autor de aquel levantamiento y alborotador de la muchedumbre, hubiese quedado sepultado en sus ruinas; pues nunca en vida de él había podido tanto en la ciudad el Senado como la necia plebe».

XXII. Hecha esta súplica por los diputados, les trajo César a la memoria: «Que el año pasado ellos, y todas las demás provincias de la Galia habían emprendido a un mismo tiempo la guerra, pero ninguno permaneció en su resolución con tanta obstinación como ellos, no habiéndose querido reducir a la razón y cordura con la entrega y rendición de los demás; que sabía y entendía muy bien con cuánta facilidad se atribuyesen las causas de los yerros a los muertos, pero que nadie era tan poderoso que con el flaco ejército de la plebe fuese capaz de emprender y sostener una guerra contra la voluntad de los principales, contradiciéndolo el Senado y oponiéndose todos los buenos. Mas con todo eso él quedaría satisfecho con aquel castigo que ellos mismos se habían acarreado».

XXIII. A la noche siguiente volvieron los diputados con la respuesta a los suyos, y sin más detención aprontaron los rehenes. Concurrieron allí mismo los comisionados de otras ciudades que observaban el éxito de los belóvacos, trajeron sus rehenes y obedecieron las órdenes que se les dieron, menos Comio, a quien el temor no dejaba fiar de nadie su persona. Porque

estando César el año antes administrando justicia en la Galia cisalpina, averiguó Labieno que este Comio solicitaba las ciudades y tramaba una conjuración contra César, por lo cual, creyendo que sin injusticia podía oprimir su perfidia y que aunque le llamase a su campamento no vendría, por no hacerle más cauto por otros medios, envió a C. Voluseno Cuadrato, que con pretexto de alguna conferencia procurase matarle, para cuya empresa le dio unos centuriones escogidos. Habiendo venido a la plática, y tomado la mano a Comio, que era la seña acordada, uno de los centuriones, como irritado de la familiaridad tan poco usada, arremetiendo a él, le dejó maltrecho de la primera cuchillada que le descargó en la cabeza, aunque no acabó de matarle, porque se lo estorbaron prontamente los que le acompañaban. Unos y otros sacaron las espadas, pensando no tanto en ofenderse como en huir, los nuestros por creer que era mortal la herida de Comio, y los galos porque, conocida la traición, temían más de lo que veían. Con esto se dijo que Comio había hecho propósito de no ponerse jamás delante de ningún romano.

XXIV. Debeladas estas gentes tan belicosas, y viendo César que no quedaba ya nación que pudiese romper la guerra para oponérsele, pero que todavía se salían algunos de los pueblos y huían de los campos para evitar el yugo del Imperio, determinó repartir el ejército en diversas partes. Incorporó consigo al cuestor M. Antonio con la legión undécima. Despachó al lugarteniente C. Fabio con veinticinco cohortes a una parte de la Galia más distante, porque tenía noticia que estaban todavía en armas algunas ciudades de ella, y creía que Caninio Rebilo, que mandaba en aquel paraje, no tenía muy seguras las dos legiones de su cargo. Llamó a sí a T. Labieno, y envió la legión XV que

había estado invernando en la Galia cisalpina, para defensa de las colonias romanas, y que no les sucediese una desgracia igual a la que acaeció el verano anterior a los pueblos del Ilírico, que fueron sorprendidos de una inundación y pillaje repentino de los bárbaros. Él marchó a talar y destruir las tierras de Ambiorix el cual andaba atemorizado y fugitivo; y desconfiando de reducirle a su obediencia, creía que era lo más conveniente a su reputación abrasar de tal manera sus tierras, haciendo todo el daño posible en los hombres, en los ganados y en los edificios, que cayendo en odio de los suyos, si algunos amigos le había dejado la fortuna, no tuviese acogida en su país por haberle causado tantas calamidades.

XXV. Extendidas por sus tierras las legiones o las tropas auxiliares, asolado todo con muertes, incendios y robos, matando y cautivando muchas gentes, envió a Labieno con dos legiones contra los tréveros, cuyos moradores ejercitados en continuas guerras por la inmediación a Germania, no se diferenciaban mucho de los germanos en su grosería y fiereza, ni obedecían jamás a las órdenes sino obligados por fuerza de armas.

XXVI. En este intermedio, informado el teniente general C. Caninio por cartas y avisos de Duracio de que se había congregado una gran multitud de gente en los términos de los pictones, el cual, aun rebelada una parte de su Estado, se había mantenido siempre fiel a la amistad del Pueblo Romano, marchó la vuelta de la ciudad de lemonum. Cuando ya estaba cerca, sabiendo con certeza de los cautivos que, encerrado en ella Duracio, era combatido por muchos millares de hombres a las órdenes de Dumnaco, general de los andes, y no atreviéndose a oponer sus legiones debilitadas a los enemigos, sentó su

campamento en un sitio fuerte por naturaleza. Informado Dumnaco de que se acercaba Caninio, dirigió todas sus tropas contra los romanos, resuelto a atacar su campo. Después de consumidos muchos días en este intento, sin haber podido forzar parte alguna de las fortificaciones, volvió otra vez al cerco de Poitiers.

XXVII. A este tiempo, el lugarteniente Fabio redujo muchas ciudades a la obediencia, las aseguró con rehenes y fue avisado por cartas de Caninio de lo que pasaba en territorio de los pictones, con cuya noticia se puso en marcha para socorrer a Duracio. Dumnaco, que supo la venida de Fabio, desconfiando de su salud si a un mismo tiempo se veía en precisión de resistir al ejército de Fabio, al enemigo de fuera, y estar atento, y recelarse de los sitiados, levantó al momento el campo, y aun no se tuvo por seguro si no pasaba con sus tropas el Loira, que por su profundidad tenía construido puente. Fabio, aunque no había llegado a avistar al enemigo ni incorporádose a Caninio, con todo, guiado por gentes prácticas de la tierra, creyó más bien que amedrentados los enemigos se encaminarían a aquel paraje adonde, con efecto, se enderezaban. Así dirigió su marcha al mismo puente y dio orden a la caballería que se adelantase a las legiones, tanto cuanto pudiese volver al mismo campamento sin cansar los caballos. Alcanzó nuestra caballería, conforme a la orden, y acometió al ejército de Dumnaco; y dando sobre la marcha en los temerosos y fugitivos con el peso de sus cargas, mató una gran parte y se apoderó de mucha presa. Con esto, logrado el golpe, se retiró al campamento.

XXVIII. La noche siguiente echó Fabio delante la caballería, dispuesta para pelear y estorbar la marcha hasta que él llegase.

Para que se ejecutase la acción según sus órdenes. Q. Acio Varo, general de la caballería, varón de singular valor y prudencia, animó a su gente; y habiendo alcanzado el ejército enemigo, dispuso parte de los suyos en puestos ventajosos, y con otra parte dio la batalla. Hizo alto animosamente la caballería enemiga sostenida de toda la infantería, formada con todo el resto para dar socorro a los suyos. Trabóse la batalla con gran denuedo; porque los nuestros, despreciando al enemigo, a quien habían vencido el día antes, y en la confianza de que venían detrás las legiones con el pundonor de no ceder y la codicia de acabar por sí la acción, pelearon contra la infantería con el mayor esfuerzo; y los enemigos, creyendo que no se les juntarían más tropas como el día anterior, juzgaban se les había venido a las manos la ocasión de deshacer del todo nuestra caballería.

XXIX. Duraba algún tiempo el choque muy porfiado, y preparaba Dumnaco la infantería para que sirviese de refuerzo a los suyos, cuando llegaron de repente las legiones formadas a la vista de los enemigos. Con su vista, desbaratadas las cohortes de a caballo, amedrentadas las de a pie y perturbado el escuadrón del convoy, con gran grita y carrera se pusieron en fuga. Entonces nuestra caballería, que había peleado antes con tanto valor contra los que le hacían frente, animados con la alegría de la victoria y levantando una grande algazara, partieron en seguimiento de los fugitivos y mataron cuantos las fuerzas de los caballos pudieron alcanzar y los brazos descargar golpes. Así, muertos más de doce mil hombres, unos armados, otros que de miedo habían arrojado las armas, se tomó todo el equipaje.

XXX. Después de esta derrota, se supo que Drapes el senon (el cual luego que se rebeló la Galia, recogiendo la gente perdida

de todas partes, llamando a la libertad a los esclavos, convidando a los desterrados de todas las ciudades, y admitiendo a los ladrones, había robado varias veces nuestros convoyes y vituallas) se encaminaba a la provincia con solos dos mil hombres recogidos de la fuga, y se había unido con él Lucterio el cadurco, de quien se dijo en el libro anterior que había intentado hacer una entrada en la provincia en el primer levantamiento de la Galia. Marchó en su seguimiento el lugarteniente Caninio con dos legiones, no fuese que con el miedo o daños de la provincia se recibiese una infamia grande por los latrocinios de aquella gente perdida.

XXXI. Cayo Fabio, con el resto del ejército, marchó contra los carnutes y los demás pueblos de donde sabía se habían sacado tropas para la batalla en que fue Dumnaco derrotado, no dudando hallarlas más sumisas por la reciente pérdida, pero que si se les daba lugar y tiempo, podrían volverse a levantar a instancias del mismo Dumnaco. Acompañó a Fabio una suma presteza y felicidad para recobrarlas. Porque los carnutes, que muchas veces maltratados, jamás habían hecho mención de paz, dándoles rehenes, vinieron a rendirse; y las demás ciudades sitas en los últimos confines de la Galia, junto a las orillas del Océano que se llama armórica, movidas de la autoridad de los carnutes, con la venida de Fabio y las legiones, al punto obedecieron la ley. Dumnaco, desterrado y fugitivo de su país y oculto, se vio precisado a huir a los últimos rincones de la Galia.

XXXII. Pero Drapes y Lucterio, sabiendo que venían sobre ellos las legiones y Caninio, desconfiando de poder entrar en la provincia persiguiéndolos el ejército, y perdida la disposición de andar salteando y robando libremente, hicieron alto en la tierra

de los cadurcos, donde habiendo sido Lucterio hombre de mucho poder entre sus ciudadanos cuando se hallaban las cosas de mejor semblante, y alcanzando siempre grande autoridad por favorecedor de novedades, ocupó con sus tropas y las de Drapes la ciudad de Uxeloduno, que había antes estado bajo su protección, muy fuerte por su situación, y atrajo a su partido a los ciudadanos.

XXXIII. Vino prontamente sobre ella C. Caninio, y viendo que por todas partes estaba muy fortalecida con unas peñas cortadas, adonde, aun sin otra resistencia, era muy difícil que subiese gente armada, y observando el grande equipaje de los ciudadanos, el cual si intentasen retirar con una fuga secreta, no sólo no podrían escaparse de la caballería, pero ni aun de las legiones, dividió en tres trozos sus cohortes y formó tres campamentos en un sitio muy elevado, desde donde poco a poco, según lo permitía el número de sus tropas, empezó a tirar una línea de circunvalación alrededor de la plaza.

XXXIV. Advertido esto por los de adentro, y solícitos con la memoria tristísima de Alesia, temiendo semejante suceso del cerco, y aconsejando más vivamente Lucterio, que había probado aquella fortuna, que se cuidase de la provisión de trigo, determinaron de común acuerdo dejar allí una parte de sus tropas, y salir ellos con toda prontitud a conducir vitualla. Aprobado este parecer, la noche siguiente, dejando dos mil soldados, salieron Lucterio y Drapes con el resto de la ciudad. En pocos días acopiaron gran cantidad de trigo en el país de los cadurcos, que en parte deseaban ayudarlos con esta provisión, y tampoco podían estorbar que lo tomasen. Algunas veces, con salidas de noche acometían a nuestros fuertes. Por lo que se

detuvo Caninio en rodear toda la plaza con fortificaciones, no fuese que o no pudiese defender las obras hechas, o se viese precisado a poner débiles presidios en muchas partes.

XXXV. Acopiada gran provisión de trigo, hicieron alto Drapes y Lucterio a diez millas de la plaza, desde donde pensaban conducir poco a poco el trigo. Repartieron entre sí la ocupación, de manera que Drapes quedó de guarnición en el campamento con parte de las tropas y Lucterio conducía a la plaza una porción de caballerías cargadas. Dispuestas por allí ciertas guarniciones, cerca de las cuatro de la mañana empezó a conducir el trigo por caminos montuosos y estrechos. Cuyo estrépito sentido de nuestras centinelas, y enviados batidores que trajesen noticia de lo que pasaba, salió Caninio prontamente con las cohortes de los castillos inmediatos y al amanecer dio sobre los conductores. Éstos, atemorizados del acontecimiento repentino, huyeron a sus escoltas, las cuales, cuando fueron vistas de los nuestros, movidos con vehemencia contra ellas, no permitieron que se hiciese un prisionero de todos ellos. Escapó Lucterio con unos pocos, sin atreverse a parar en el campamento.

XXXVI. Logrado este golpe, supo Caninio de los cautivos que por parte de las tropas estaban con Drapes en el campamento a distancia de diez millas. Confirmado lo cual por otros muchos, y entendiendo que puesto en fuga el uno de los dos capitanes, fácilmente podrían ser desbaratados los demás con el miedo, juzgaba gran fortuna el que nadie se hubiese retirado al campamento que llevase a Drapes la noticia de la primera derrota. Mas como no veía riesgo en hacer la experiencia, envió toda la caballería e infantería germana, que es de una ligereza increíble, hacia el campamento enemigo.

Repartió una legión por su campo, y partió con la otra a la ligera. Cuando estaba ya cerca del enemigo, supo por los corredores que, conforme a la costumbre de los bárbaros, habían éstos sentado su campamento a orillas del río, abandonando las alturas, y que los germanos y nuestras caballerías, cogiéndolos de improviso, se habían echado sobre ellos y trabado la batalla. Con esta noticia encaminó hacia aquel paraje la legión en orden de batalla, y así de repente, dando señal en todas partes, se tomaron todas las alturas. Lo cual hecho, los germanos y la caballería, viendo las insignias de la legión, pelearon con gran denuedo. Al punto acometieron las cohortes por todas partes; y muertos todos, o hechos prisioneros, se apoderaron de la presa, que era cuantiosa, y quedó el mismo Drapes prisionero.

XXXVII. Caninio, logrado el lance felicísimamente, sin tener apenas un hombre herido, volvió a cercar a los ciudadanos, y deshecho el enemigo de afuera, cuyo temor le había estorbado el aumento de sus presidios y la circunvalación de la plaza, dio orden de que por todas partes se adelantasen las obras. Al día siguiente llegó C. Fabio con sus tropas y tomó a su cargo el ataque de una parte de la ciudad.

XXXVIII. En este intermedio dejó César en territorio belóvaco al cuestor M. Antonio con sus quince cohortes, para que no les quedase otra vez disposición de alterar las cosas y mover la guerra. Visitó las otras ciudades, las hizo aprontar muchos rehenes, y aseguró y consoló todos los ánimos temerosos. Llegando a territorio carnute, en donde dejó dicho César en el libro anterior que se había suscitado la guerra, y entendiendo que los de este país tenían más miedo que todos por el remordimiento de su atentado, para sacarlos más presto

del temor, pidió al principal autor de la guerra, Guturvato, para castigarle a su arbitrio. El cual, aunque ni de los suyos se fiaba, con todo, buscado con gran cuidado, fue llevado al campamento. Se vio obligado César a su castigo contra su propio natural, con gran contento de todos los soldados, que le atribuían todos los peligros y daños de la guerra. Y así se le dio muerte después de cruelmente azotado.

XXXIX. Aquí tuvo la noticia por cartas frecuentes de Caninio de los sucesos con Drapes y Lucterio, y de la resolución en que permanecían los cercados. Cuyo corto número, aunque miraba con desprecio, con todo juzgaba merecía grave castigo su pertinacia, para que no pensase la Galia que le habían faltado fuerzas, sino constancia para resistir a los romanos; y para que con su ejemplo las demás ciudades, fiadas en la proporción de sus situaciones, no pensasen en recobrar la libertad, sabiendo que no ignoraban los galos que no le faltaba ya más que un año de su gobierno, el cual si hubieran podido sostenerse, no tenían que temer otro peligro. Así que dejó a Q. Caleño su lugarteniente con dos legiones que le siguiese por sus marchas regulares y él partió lo más pronto que pudo con toda la caballería a juntarse con Caninio.

XL. Llegado César a Uxeloduno, contra la expectación de todos, y viendo concluida la circunvalación de la plaza, y que con ninguna condición se podía levantar el cerco, informado de que los de adentro tenían gran copia de vitualla, empezó a tentar cómo cortarles el agua. A la parte inferior cortaba el río un valle que ceñía casi todo el monte en que estaba sita la ciudad de Uxeloduno, áspero y quebrado por todos lados. La naturaleza del sitio no permitía echar al río por otra parte, porque tan bajo

corría por la falda del monte, que en ningún lado se le podía sangrar con grandes fosos. Era también áspera y difícil para los cercados la bajada al río; de suerte que sin mucho daño, como lo resistiesen los nuestros, ni podían llegar a él, ni retirarse con la fragosidad de la subida. Conocida esta dificultad por César, dispuestos sus honderos y flecheros en ciertos parajes, y colocadas también algunas máquinas contra los más fáciles descensos, estorbaba a los cercados tomar agua del río, cuya multitud acudía después a un solo paraje a proveerse de ella. Porque debajo de la misma muralla brotaba una gran fuente, por la parte que no bañaba el río, que se extendía como a trescientos pies.

XLI. Deseando todos que se les cortase el agua de esta fuente, y sabiendo solamente César que no se lograría sin grave peligro, empezó a formar manteletes enfrente de ella contra el monte, y a levantar valladar con mucho trabajo y continuos combates. Porque acudían los cercados desde puestos ventajosos, y peleaban a lo lejos sin riesgo, hiriendo a muchos que con porfía se arrimaban. Con todo, no se recelaban los nuestros de adelantar los manteletes, y vencer con el trabajo y reparos las dificultades del terreno. Al mismo tiempo hacían minas al origen de la fuente, la cual obra podía hacerse sin peligro ni sospecha de los enemigos. Levantó un valladar de sesenta pies de alto; se colocó en él una torre de diez altos, no que igualase a las murallas, que ésta era obra imposible, sino que excediese la situación de la fuente. Desde ella se disparaban dardos con máquinas a las cercanías de la fuente. Los cercados no podían tomar el agua sin mucho peligro; se morían de sed, no sólo los ganados y caballerías, sino también las personas.

XLII. Atemorizados de esto, empezaron a disparar contra nuestros reparos barriles llenos de sebo, pez y bardas ardiendo. Al mismo tiempo hicieron una vigorosa salida para estorbar a los romanos el apagar el fuego con el peligro del combate. En un instante se extendió una llama terrible por nuestras obras. Porque todos cuantos fuegos arrojaban por aquel sitio precipitado, detenidos en el valladar y el parapeto, incendiaban todo cuanto tropezaban. Con todo eso nuestros soldados, aunque se veían apretados de un peligroso combate y un puesto muy contrario, soportaban con el mayor espíritu todos estos trabajos. Porque pasaba la acción en un paraje exento, y a la vista del resto del ejército. Levantábase una grande algazara de ambas partes; de suerte que el que más presto podía, y como podía, para que fuese más claro y patente su valor, se ofrecía a las armas y fuego del enemigo.

XLIII. Viendo César que recibían mucho daño los suyos, dio orden a las cohortes de que por todos los lados de la ciudad subieran al monte y levantasen una algazara falsa, como si se apoderasen de las murallas. Con esto, atemorizados los cercados, sin saber lo que pasaba en los otros parajes retiraron sus tropas del ataque de las obras, para acudir a coronar la muralla. De esta manera pudieron los nuestros, puesto fin al combate, apagar parte del fuego y cortar lo restante. Resistíanse los cercados con tanta obstinación, que aun habiendo perecido mucha gente por falta de agua, con todo estaban firmes en su resolución; pero al fin fueron cortados con las minas los conductos de la fuente, y echados por otra parte; de suerte que viniendo a secarse el manantial que los sustentaba, los puso en tal desesperación, que creyeron no haberse ejecutado sin particular disposición de los

dioses, no que por obra de hombres. Y así obligados de la necesidad se rindieron.

XLIV. César, puesto que todos tenían bien conocida su clemencia, no recelando entendiesen que había obrado por crueldad de su propio natural, y por otra parte no sabiendo que fin tendrían sus designios si empezaban a rebelarse del mismo modo otros en diversas partes, pensó hacer con éstos un ejemplar que contuviese a los demás. Y así mandó cortar las manos a todos cuantos habían tomado las armas, concediéndoles la vida para que fuese más notorio el castigo de los malvados. Drapes, de quien dije que había sido preso por Caninio, o por indignación y sentimiento de las prisiones, o por temor de un castigo más severo, no quiso comer en unos días, y así murió. Al mismo tiempo Lucterio, de quien dije había escapado huyendo de la batalla, habiendo caído en manos de Espasnacto el averno, pues mudando frecuentemente de estancia se fiaba de muchos en la inteligencia de que no estaba fuera de peligro en parte alguna, sabiendo cuan enojado debía tener a César, fue entregado preso a éste por su grande amigo Epasnacto.

XLV. En este intermedio ganó Labieno una batalla a los tréveros, y habiéndoles muerto mucha gente, y también a los germanos, que a nadie negaban socorro contra los romanos, vinieron a su poder las personas más principales, y entre ellos Suro el heduo, que así por su valor como por su nacimiento era famoso, y el único de este país que se había mantenido hasta entonces en campaña.

XLVI. Avisado César de estas victorias, vistos los buenos sucesos de sus armas en toda la Galia, y juzgando que con la

campaña pasada quedaba conquistada y sometida, determinó pasar el resto del verano en visitar la Aquitania, adonde él no había estado en persona, sino que le había rendido en parte por P. Craso. Se puso en marcha la vuelta de ella con dos legiones, y logró esto como todo lo demás con presteza y felicidad. Porque todas las ciudades de Aquitania le enviaron embajadores y le dieron rehenes. Lo cual hecho, partió hacia Narbona con una escolta de caballería, y destinó el ejército a los cuarteles de invierno al mando de sus tenientes. Colocó en la Galia bélgica cuatro legiones a cargo de los lugartenientes M. Antonio, C. Trebonio, P. Vatinio y Q. Tulio; dos envió a al país de los heduos, que eran los pueblos de más reputación y autoridad entre todos; otras dos alojó entre los túronos, cerca de los carnutes, para contener a toda la región confinante con el Océano, y las dos restantes en el país de los lemovices, no lejos de Auvernia, para que no faltasen tropas en ninguna provincia de la Galia. Detúvose muy pocos días en la provincia; recorrió prontamente todas las audiencias; juzgó las diferencias públicas; repartió premios entre los beneméritos, porque tenía la mayor habilidad para conocer de qué ánimo había estado cada uno en la universal rebelión contra la república, a quién había contenido con la fidelidad y socorros de esta provincia; y concluida la visita, se restituyó a las legiones que invernaban en la Galia bélgica, y se alojó en territorio atrebate.

XLVII. Aquí supo que Comio había tenido un choque con su caballería; pues habiendo pasado Antonio a su cuartel de invierno, y estando los pueblos Atrebates bajo nuestra obediencia, Comio, que después de aquella herida de que arriba se hizo mención, siempre había estado a la mira, para que si sus pueblos querían renovar la guerra no les faltase caudillo, se

mantenía a sí y a un escuadrón de caballos con robos, interceptando con correrías diversos bastimentos que se conducían a los cuarteles de invierno de los romanos.

XLVIII. Estaba a las órdenes de Antonio en el mismo alojamiento el prefecto de caballería C. Voluseno Quadrato. Diole Antonio la comisión de perseguir la escolta del enemigo. Voluseno acompañaba el valor en que era muy señalado con el odio grande que profesaba a Comio, y así hacía con más gusto lo que se le mandaba. Dispuso, pues, varias celadas e hizo algunas salidas contra la caballería enemiga, en que llevó siempre lo mejor; pero últimamente, trabada una recia batalla y habiendo perseguido Voluseno a los contrarios con demasiado ardor por el deseo de acabar con Comio, llevado por éste algo lejos con precipitada fuga, invocó de repente la fidelidad y socorro de los suyos para que no dejasen sin venganza la herida que recibió con amistad fingida. Dijo, y revolviendo el caballo, se adelantó desapoderadamente sobre el prefecto. Todos los suyos, haciendo lo mismo, desbarataron y retiraron el corto número de los nuestros. Comio, apretando el caballo, llegó a encontrarse con el de Quadrato, y con la lanza en ristre, le pasó con gran fuerza un muslo. Herido el comandante, no dudaron los nuestros hacer frente a los enemigos; volvieron sobre ellos unidos todos, y los desbarataron. Muchos de los contrarios fueron heridos en el primer encuentro; otros murieron en la fuga, y parte quedaron prisioneros. El general se escapó por la velocidad del caballo, y el prefecto fue conducido al campamento herido gravemente y casi en el último riesgo de la vida. Mas Comio, o por haber satisfecho su resentimiento, o por haber perdido la mayor parte de los suyos, envió diputados a Antonio; y dándole rehenes, le aseguró que estaría a su obediencia donde le señalase; sólo le

suplicó concediese a su temor el no ponerse delante de ningún romano. Antonio condescendió a esta pretensión, creyendo que nacía de un justo miedo, le perdonó, y recibió sus rehenes. No ignoro que César hizo de cada año un comentario; mas yo he pensado que no debía hacer lo mismo; porque en el año siguiente en que fueron cónsules L. Paulo y C. Marcelo, no hubo suceso memorable en la Gaita. Pero para que se sepa en qué parajes estuvo César y su ejército, he añadido estas pocas noticias al mismo comentario.

XLIX. Pasaba César el invierno en la Galia bélgica, sólo con el presupuesto de mantener la amistad de las ciudades y no dar a nadie esperanza o motivo de renovar la guerra. Porque nada menos deseaba que el que al tiempo de partir se le ofreciese alguna precisión de volver a tomar las armas, por no dejar algún movimiento, habiendo de licenciar el ejército, que excitase con gusto a toda la Galia, sin temor del peligro presente. Y así tratando honoríficamente a las ciudades, honrando con premios a las personas principales, no imponiendo nuevos tributos, contuvo en paz fácilmente, con la condición de una suave obediencia, a la Galia, trabajada con tantas batallas adversas.

L. Después de concluida la invernada, partió a largas marchas la vuelta de la Italia contra su costumbre, para hablar a las colonias y municipios y recomendarles la pretensión del sacerdocio que tenía su cuestor M. Antonio; en la cual se empeñaba, así por favorecer a un sujeto con quien tenía suma estrechez y a quien había enviado un poco antes a seguir su pretensión, como por resistir animosamente a la poderosa facción de algunos que con la repulsa de Antonio intentaban abatir la exaltación de César que le favorecía. Y aunque en el

camino antes de llegar a Italia supo que Antonio estaba nombrado agorero, con todo pensó tener no menos justo motivo de visitar las colonias y municipios, para darles las gracias de haber interpuesto su asistencia a favor para con Antonio y para recomendarse a sí y a su empleo para el año siguiente; porque se vanagloriaban sus émulos con insolencia de que habían sido creados cónsules Lentulo y Marcelo con el fin de despojar a César de su honra y dignidad, habiendo quitado además el consulado a Sergio Galba, que había tenido más votos y crédito que ellos, por ser muy amigo suyo y su lugarteniente.

LI. Fue recibido César en todos los municipios y colonias con increíbles demostraciones de amor y estimación, por ser esta la primera vez que volvía de la conquista de toda la Galia. Nada quedaba que hacer de cuanto se podía inventar para el adorno de las puertas, caminos y lugares por donde había de pasar. Ha todas partes salía el pueblo con los hijos a recibirle, en todas partes se ofrecían sacrificios; ocupábanse las plazas y los templos con mesas prevenidas, igualándose la alegría a la del más deseado triunfo: tanta era la magnificencia en los más poderosos, y los afectos en los más humildes.

LII. Habiendo recorrido César toda la Galia tomada, volvió con prontitud a Nemetocenna a incorporarse a su ejército; y convocadas las legiones de todos los confines del país de los tréveros, partió hacia allá y las pasó revista. Dio a Tito Labieno el gobierno de la Galia cisalpina para hacerle más recomendable en la pretensión del consulado. Él mismo marchaba sólo lo que le parecía suficiente para conservar la salud de las tropas mudando de país. Y aunque oía a menudo que sus enemigos solicitaban a Labieno, y tenía noticia de que se trataba por

consejo de unos pocos de quitarle una parte del ejército, interpuesta la autoridad del senado, con todo, ni creyó en Labieno mudanza alguna, ni se movió a hacer nada contra la autoridad del Senado, juzgando que alcanzaría fácilmente el logro de sus deseos estando libres los padres conscriptos para decir sus pareceres. Pues habiendo tomado a su cargo C. Curión, tribuno de la plebe, defender la causa y dignidad de César, había prometido muchas veces al Senado que si le causaban algún recelo las armas de César, supuesto que la dominación y tropas de Pompeyo ponían no poco pavor y grima en el Foro, dejasen uno y otro las armas, y licenciasen los ejércitos; de esta manera quedaría la ciudad libre y señora de sí misma. Mas no sólo prometió esto, sino que ya el Senado por sí se inclinaba a tomar este partido, cuando los cónsules y los amigos de Pompeyo se pusieron de por medio, y así dilatándolo, se separaron.

LIII. Era grande el testimonio de todo el Senado, y muy conforme a lo que antes había pasado. Porque hablando Marcelo el año antes contra la dignidad de César, dio parte antes de tiempo al Senado contra la ley de Pompeyo y Craso sobre las provincias de César; y dichos los pareceres, retirado Marcelo como cabeza de partido, pretendiendo acrecentar su dignidad con el odio de César, pasó el Senado a tratar de otras cosas muy diversas. Con estos sucesos no se aquietaban los ánimos de los enemigos de César, sino se excitaban a buscar nuevas amistades para obligar al Senado a aprobar lo que ellos tenían determinado.

LIV. Hízose después un decreto para que Pompeyo y César enviase cada uno una legión para la guerra de los partos, las cuales se le quitaron a César claramente. Porque Pompeyo dio

como de su número la legión primera que había enviado a César, compuesta de gente joven escogida en la provincia; pero César, aunque nadie dudaba que era despojado por amor de los contrarios, envió la legión a Cn. Pompeyo, y mandó que de las suyas se entregase la decimoquinta, conforme a la orden del Senado, la cual estaba en la Galia cisalpina. En su lugar destacó a la Italia la legión decimotercia, para defensa de los presidios de donde salía la decimoquinta, y distribuyó su ejército por los cuarteles de invierno. Puso a C. Trebonio en la Galia bélgica con cuatro legiones; envió a C. Fabio con otras tantas a Bibracte; pensando que así estaba más segura la Galia, contenidos con las tropas los belgas, cuyo valor era el más respetado, y los heduos, que por su autoridad daban la ley en toda la Galia.

LV. Él mismo partió hacia Italia, donde supo que las dos legiones que había enviado, las cuales, según la orden del Senado, debían destinarse a la guerra de los partos, habían sido entregadas por el cónsul C. Marcelo a Cn. Pompeyo, y retenidas en Italia. Aunque a partir de este hecho nadie dudaba que se trataba de tomar las armas contra César, aun así, determinó éste sufrirlo todo, siempre y cuando le quedara alguna esperanza de disputar sus derechos en justicia, antes de recurrir a las armas. Pidió César al Senado que Pompeyo renunciase al poder, prometiendo imitarle; de lo contrario, añadió, César sabrá mantenerse digno de él y defenderá a su patria.

ÍNDICE GENERAL

